

ROBERTO J. PAYRÓ

---

# CRÓNICAS



BUENOS AIRES  
M. RODRÍGUEZ GILES, EDITOR  
CORRIENTES, 1379

---

1909



Lesson 50-4-31

Fraternamente  
Manned Apar  
i  
Mas como eucaulor  
que como complice de  
Roberto J. Rojas

10 May 1909

CRÓNICAS

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

- La Australia Argentina.** (Dos vols.).  
**El falso Inca.** (Cronicón de la conquista).  
**El casamiento de Laucha.** (Novela picaresca).  
**Sobre las ruinas...** (Drama en cuatro actos).  
**Marco Severi.** (Drama en tres actos).  
**El triunfo de los otros.** (Drama en tres actos).  
**Pago Chico.** (Novela de costumbres).  
**Violines y toneles.** (Cuentos y relatos).  
**Ensayos poéticos.** (Agotada).  
**Antígona.** (Novela, agotada).  
**Scripto.** (Cuentos, agotada).  
**Novelas y fantasías.** (Agotada).  
**Los italianos en la Argentina.** (Agotada).  
**Emilio Zola.** (Agotada).

## EN PRENSA

**En las tierras de Inti.**

---

Todas las obras no agotadas del autor se hallan de venta al por mayor en esta Casa Editora, Corrientes 1379, y al detalle sólo en las buenas librerías de la República.—*M. Rodríguez Giles.*



# INDICE

*Págs.*

I.—Crónica de estas «Crónicas».	7
II.—Bajo el nublado.	11
III.—Lucha romana.	14
IV.—Las píldoras del Centenario.	17
V.—El Club en la calle.	20
VI.—Conservas de Chicago.	23
VII.—Sensaciones trágicas.	27
VIII.—Huelga de millonarios.	30
IX.—El castigo sin venganza.	33
X.—La luz mala.	36
XI.—La ópera barata.	40
XII.—Antes del espectáculo.	44
XIII.—La puerta cerrada.	48
XIV.—El destierro de Momo....	51
XV.—La carne es flaca.	55
XVI.—La Indiada ad portas.	59
XVII.—Mirando la luna.	63
XVIII.—Luto americano.	65
XIX.—Cómo el teatro educa...	68
XX.—God save the Queen.	71
XXI.—Nora y Frou-Frou.	74
XXII.—Los derechos del reporter.	77
XXIII.—La dama vendada.	80
XXIV.—La moral en las tablas.	83
XXV.—Las pequeñas explotaciones.	86
XXVI.—Nuncios de primavera.	89
XXVII.—El regalo de Santa Rosa.	93
XXVIII.—Comunión benéfica.	97
XXIX.—Emociones fuertes.	100
XXX.—¡ Oh recuerdos, y encantos, y alegrías...! ...	104
XXXI.—Confesión de parte.	107
XXXII.—La cuadratura del círculo.	110
XXXIII.—¡ Oid, mortales, el grito sagrado!... ..	113
XXXIV.—¡ Hogar, dulce hogar! ... ..	117
XXXV.—Las hojas del rábano.	121
XXXVI.—El Evangelio del reposo.	125
XXXVII.—Las opiniones de M. Lugné Poë.	129
XXXVIII.—La ciudad escuela «Mitre».	133
XXXIX.—Lección de cosas.	136
XL.—El clamor de los niños.	139
XLI.—La casa de los que no la tienen.	142
XLII.—La copa de leche.	144
XLIII.—El hogar intelectual.	147

XLIV.—La Sociedad de Escritores. ... ..	150
XLV.—Horizontes turbios. ... ..	153
XLVI.—Egoísmos ilegales. ... ..	157
XLVII.—El día de los niños. ... ..	161
XLVIII.—Una comedia de Dumas (hijo). ... ..	165
XLIX.—Babel en opereta. ... ..	168
L.—La frase breve. ... ..	171
LI.—Primavera. ... ..	173
LII.—La estancia sin carne ... ..	176
LIII.—Ocio. ... ..	179
LIV.—Literatura periodística. ... ..	183
LV.—Conciértense estas medidas... ..	186
LVI.—Dime cómo pisas. ... ..	190
LVII.—Alrededor del trabajo. ... ..	194
LVIII.—Contra los nervios. ... ..	198
LIX.—Esperar sentados. ... ..	202
LX.—No lean las señoras. ... ..	205
LXI.—Correspondencia femenina. ... ..	210
LXII.—Viaje vertiginoso. ... ..	213
LXIII.—A propósito de estampillas. ... ..	216
LXIV.—No hay mal que por bien no venga. ... ..	219
LXV.—Historia de una novela. ... ..	223
LXVI.—La decencia en la calle. ... ..	226
LXVII.—Símbolos respetables. ... ..	230
LXVIII.—El capítulo de los sombreros. ... ..	233
LXIX.—Entre los árboles. ... ..	236
LXX.—Juguetes del viento. ... ..	239
LXXI.—Postales. ... ..	243
LXXII.—Hacer política. ... ..	246
LXXIII.—La locura de la velocidad. ... ..	249
LXXIV.—Una nueva profesión. ... ..	253
LXXV.—Enseñar sabiendo. ... ..	256
LXXVI.—El pan de cada día. ... ..	260
LXXVII.—Excelente noticia. ... ..	264
LXXVIII.—El gran liquidador. ... ..	268
LXXIX.—El mes de los niños. ... ..	272
LXXX.—La ciudad del tedio. ... ..	275
LXXXI.—El costo de la vida. ... ..	278
LXXXII.—Flor del fango. ... ..	282
LXXXIII.— Quien paga las huelgas. ... ..	285
LXXXIV.—Una extraña suerte de escamoteo. ... ..	290
LXXXV.—Precedentes que no lo son. ... ..	295
LXXXVI.—El concurso dramático. ... ..	299
LXXXVII.—Los bastidores de la Bolsa. ... ..	302
LXXXVIII.—La Navidad del escéptico. ... ..	306
LXXXIX.—Hamlets oriollos. ... ..	309

Barcelona, 24 noviembre 1908.

—¿A qué viene este libro?—se preguntará quien por acaso lo tome del mostrador, en alguna de las pocas librerías que no destierren al altillo las obras nacionales, el mismo día de su aparición.

—¿A qué viene?—me pregunto yo también, aunque, siendo su autor, debiera estar informado al respecto.

Y me veo en figurillas para contestarme satisfactoriamente, porque no viene en procura de ganancias materiales, ni trata siquiera de meter un poco de ruido: está por sonar la hora en que los libros argentinos hagan rentistas á los autores, y la prensa bonaerense—salvo una ó dos honrosísimas excepciones—los desdeña demasiado para que, publicándolos, se gane el escritor su poquito de «reclamo».

No. No es ni una ni otra cosa.

No es, tampoco, el deseo natural en el ausente, de hacerse recordar por los que en su país dejó, amigos y enemigos, pues la existencia de los unos y de los otros constituye la afirmación concluyente de la propia vida y de la propia acción. Otros trabajos, preparados ya, despertarían con mayor eficacia el recuerdo cariñoso ó la recrudescencia de la

inquina. No viene á eso, y no quiero dar pretextos, sino razones.

Entre estas razones podría poner, muy en primer término, la persistente sugestión á que algunos camaradas me someten desde hace tiempo, aconsejándome que reúna mis Crónicas en un volumen, y hasta exigiéndomelo, «para que el público vea» no sé qué condiciones periodísticas que, según ellos, tengo. Pero esta no es razón, sino pretexto también, porque el público no las leerá, ó, mejor dicho, no las releerá; y no podría hacer apreciaciones sobre su conjunto, aunque las releyese, ignorando—como ignora,—que esto no es sino una parte de mi tarea diaria, hecha á tambor batiente, improvisada y febril. Sin embargo, este pretexto vendría de perlas, sobre todo si, como tantos, lo pusiera en boca del complaciente editor, y transformara á unos pocos amigos en los «innumerables lectores» de que se echa líricamente mano en estas emergencias. ¡Fuera el pretexto, pues!

La razón real parecerá un poco *narcisista*. No importa. Quiero á estas Crónicas, porque en ellas he puesto mucho de mi alma, todo lo que cabía dentro del impersonalismo normal en el diario á que estaban destinadas, y que las honré prohijándolas como prenda propia. Si yo hubiera sido el único responsable de ellas, claro está que se mostrarían más sueltas de cuerpo, más atrevidillas—sin faltar al decoro,—y muchísimo más *mias*; pero ya eran harto desenvueltas y personales para la correctísima y selecta compañía en que se presentaban, y para el diario que se hacía responsable de ellas, y como padre, debo agradecer á LA NACIÓN la indulgencia demostrada á las traviesas hijas de mi escaso ingenio. Con todo y verlas cohibidas ante aquella sociedad intelectual, las quiero, y este sentimiento es, si no razón, causa de que inopinadamente reaparezcan en la escena. Tanto es así, que me lo había propuesto desde un principio, sin consejo ni indicación de na-

die ; esto vino después, más como encubrimiento que como complicidad activa.

Por otra parte, confesaré que, desde niño, me ha gustado ver mis manuscritos en letras de molde y en forma de libros, y que hice más de un despilfarro para darme ese placer, sin pensar en ulterioridades de reembolso ó gloria ; también, si no fuera así, no perseveraría, desde hace ya mucho tiempo, en este achaque de *publicar* sin público ó poco menos. Ver los hijos bien vestidos, aunque no despunten por la inteligencia ni el saber, es afición de todos los buenos padres.

Esto en cuanto á mi fuero interno ; pero, ¡caramba !, algunas razones de utilidad para los demás podrían agregarse también á los motivos íntimamente personales, y si de ello se tratara, dicho se está que una de las mayores es el espíritu de sana crítica que inspira estos trabajos y les da unidad, así como el hecho de que muchos errores y defectos, en ellos señalados, subsisten y se agravan cada día, y el de que, burla burlando, formen una especie de panorama de Buenos Aires, ó si se prefiere, de subhistoria argentina durante algunos meses... Ni se crea, tampoco, que toda esta tinta ha sido inútil : insignificante es la obra, pero no tanto que no haya tenido cierta influencia y no pueda tenerla todavía. En efecto, algunas críticas fueron escuchadas provocando la enmienda de lo criticado ; algunas iniciativas se recogieron y llevaron á la práctica ; algunos aplausos alentaron á los aplaudidos, haciéndolos perseverar en sus buenas obras ; algunas incitaciones interrumpieron más de un marasmo. ¡No ! no me forjo ilusiones. Ya sé que esa eficacia no es tanto de mi palabra cuanto de la gran tribuna en que resonó, dándole una autoridad incomparable ; pero, en mi inmodestia, re-objeto que, en resumidas cuentas, por mucho que á la tribuna toque, algo ha de quedarme á mí, y aun algos, porque motivos debieron existir para permitirme trepar hasta allí, diaria-

mente, con honra y provecho, y al fin y al cabo, yo fuí quien dijo lo que dije.

Se me observará que, en vez de hacer una colección casi completa de las Crónicas (muchas se extraviaron y no puedo reponerlas desde aquí), más valdría haber hecho una selección, puesto que entre ellas abundan las malas. Convenido. Pero, ¿quién las clasifica? Para mí todas son iguales, con la particularidad de que las peores son, probablemente, las que más esfuerzo me costaron. Además, seleccionando, no tendría el triste orgullo de mostrar la suma de mi trabajo, de aquella parte de mi trabajo, mejor dicho, que puede fácilmente separarse de la obra colectiva. Ni las he retocado siquiera; sólo me permito poner aquí y allí alguna nota que me parece del caso. Y ¡vean ustedes qué desfachatez! hasta lamento que falten varios buñuelos hermanos de éstos, sobre todo en los últimos dos meses, porque, á tenerlos, aquí iban, descaradamente, con el resto de la familia.

Para esto viene el volumen... Para nada, posiblemente, para algo quizá. Los libros tienen su destino; éste corre en busca del suyo, sea cual sea. Si le fuese favorable habría que admirar un nuevo milagro; si adverso, ¡vamos! el orden de las cosas seguiría su curso natural. Y esto último no puede sorprender á nadie, ni siquiera al autor, amigo como es de la normalidad.

II

**Bajo el nublado.**

Buenos Aires, 2 de agosto de 1906.

Desde hace cinco días los habitantes de la capital estamos echando pestes contra el mal tiempo. «Mal tiempo» es una manera de decir, hoy menos justificada que nunca, pues de oro podría llamarse, con verdad, el que nos llueve del cielo.

Un mal entendido egoísmo nos hace ocuparnos sólo del presente y no mirar sino alrededor, las calles enlodadas, las paredes chorreantes, las aceras salpicadas de lagunas, el cielo color ceniza, el agua molesta y pertinaz. La atmósfera densa, pesada, triste, penetra el ánimo, y se comprende el «spleen», la tirria, el mal humor, sencillamente porque se experimentan de un modo invencible. Diversiones interrumpidas, visitas y negocios dificultados, tráfico molesto en la vía pública, mil pequeñas miserias, distintas para cada clase y para cada individuo, nos hacen odiar en la ciudad los días tormentosos que se prolongan atacando los nervios. Y, sin embargo, este aparente ceño adusto del cielo debería considerarse cariñosa sonrisa.

Mientras lamentamos la ausencia del sol, los labradores festejan el nublado. Mientras nos irrita el fastidioso presente, descuentan el fructífero y cercano futuro. A la puerta de su rancho ó de su casa, ven que los hilos grises de la lluvia están tejiendo la

alfombra dorada de la cosecha, y el redoble del agua en la techumbre les parecerá, sin duda, marcha de triunfo, regocijada en su monotonía por todo lo que para mañana vaticina y sugiere.

Este buen mal tiempo tiene el don de la oportunidad. Llega en la hora más propicia, cuando ya se preparaba la rastra para cubrir la semilla con la tierra endurecida y reseca, á la espera de los caprichos de la atmósfera y en la expectativa siempre febril de la cosecha. Así, el agricultor debe sentirse fortalecido por la confianza que inspira todo cuanto empieza bien, y vislumbrará la holgura que le aguarda merced á sus fatigas y á la benignidad de los elementos. El agua que cae lenta y continua, lo arrulla y lo aduerme en la esperanza como un cántico amoroso y maternal. Y esto en muchas leguas á la redonda, desde el extremo Sur de la provincia de Buenos Aires, hasta el extremo Norte de la provincia de Corrientes, desde la costa del Atlántico hasta la región puntana. La lluvia, esta vez, ha querido ser un verdadero don del cielo, uniendo á la oportunidad la abundancia y abarcando en su bendición fecunda la mayor parte de nuestras comarcas agrícolas...

Lo que no impide que siga echándose pestes contra el tiempo de perros en esta capital, siempre sucia y chorreando barro, á despecho de bocas de tormenta, alcantarillas, entarugados y barrenderos municipales, como si sobre ella pesara el sortilegio del hada maléfica, siempre lista para desbaratar ó amenjugar siquiera los presentes de sus hermanas bondadosas.

Pero no maldigamos tampoco del lodazal. Ese limo significa, aquí también, fecundidad, vida intensa, metamorfosis, progreso: viene principalmente de los derribos que dan á Buenos Aires el aspecto de una ciudad en construcción, y de él saldrán las hermosas calles de mañana, orladas de edificios modernos, que mejorarán la higiene y el modo de vivir de sus

habitantes, y se ofrecerán á los mismos agricultores á quienes esta lluvia enriquezca, ya que es inevitable el éxodo de los victoriosos del campo hacia el lujo y los atractivos que les brindan las ciudades.

—¡Cómo si las ciudades no estuvieran en el campo!—decía Calino, con admirable sutileza de observación.

He aquí, pues, como hasta los males son cuestión de punto de vista. Filosofando podría arribarse á suprimir el mal, y quien no se consuela es porque no quiere.

En fin, y aunque futuras contingencias vengan á desvanecer las brillantes perspectivas que vislumbramos tras del velo denso y gris de la lluvia, siempre queda en pie el hecho de que sólo por ingrata ceguera ó estrechez de criterio, podemos maldecir de estos días encapotados, que, si nos impiden corretear por las calles y nos privan de alguna diversión, pueden resarcirnos y nos resarcirán con creces dando nuevo impulso á la vida, trayendo la abundancia, rejuveneciendo el sol que brilla más para los corazones satisfechos.

Sin embargo... ¡pensar que ahora tenemos que volver á casa, con este maldito tiempo!...

III

**Lucha romana.**

3 de agosto.

El buen público bonaerense afluye desde hace dos noches á un espectáculo que estima sobre todos, á juzgar por la acogida entusiasta que le dispensó en años anteriores.

El campeonato de lucha romana, con su ostentación de fuerza y sus incidentes violentos, tiene la virtud de enardecer, tanto á ciudadanos pacíficos incapaces de matar una mosca, cuanto á la parte del pueblo—cada día menor, afortunadamente,—en que sobrevive un moreirismo degenerado.

El gentío que llena el teatro y sigue con movimientos de ola mansa ó de mar embravecida las peripecias comunes ó inesperadas de la lucha, ora silencioso, pendiente de un lance apasionador, ora alborotado, aplaudiendo, silbando, gritando, pataleando, pertenece á todas las clases sociales, y en tal palco ó en cuales sillones de orquesta se ven las mismas caras de hombre que se vieron en las noches líricas de la Opera ó las veladas dramáticas del Odeón.

Decididamente, la lucha tiene un poderoso atractivo ; pero, ¿cuál? ¿Será el espectáculo de la fuerza,

que es belleza, ó el del cuerpo humano en pleno desarrollo de sus líneas, por lo que tiene de arte escultural? Mucho nos tememos que sea más bien por otra causa menos elevada, y que la lucha se tome simplemente como un sucedáneo de las corridas de toros, por todo lo que tiene de simulacro de combate. En este caso—el más probable,—el espectáculo en cuestión resultaría tan antipático y grosero, como los motes y alias de muchos gladiadores de arrabal. (1)

Entre la multitud, algunos concurrentes, muy pocos, irán al teatro llevados por la vaga sensación de arte y de belleza más arriba indicada: la mayoría no va por semejante cosa, va por la lucha misma, por la agresión, por la violencia, por la visión ó el tufo de las carnes sudorosas que despiertan recuerdos atávicos de arenas ensangrentadas.

De los primeros, muchos salen llamándose á engaño. Anoche, por ejemplo:

—Me repugnan esos movimientos de reptación—decía uno al retirarse.—El cuerpo humano pierde su nobleza y su hermosura en cuanto se arrastra. El hombre debe estar de pie... Preferiría el box si no lastimara, y desde luego, cualquier esgrima es más bella.

Ello es así, también, porque la parte de inteligencia y de astucia, indudablemente necesaria en la lucha romana, tiene que pasar casi inadvertida tras de la ostentación brutal del músculo, en su apogeo, con detrimento del cerebro en decadencia. Mírense, si no, los cráneos de los luchadores, casi todos microcéfalos, como exteriorizando su degeneración intelectual.

Sin embargo, la embriaguez del público se explica después del abuso del «mens sana in corpore sano», que como todas las verdades, lo es hasta cierto punto, y que lleva miras de hacer «pendant» á la famo-

---

(1) Raúl el Carnicero, La Pelada, y otros peor engastados.

sa «mejora de la raza equina»—incentivo de ingé-  
nitas aficiones al juego,—á juzgar por el desarrollo  
de los deportes físicos, que ya no van dejando á los  
muchachos tiempo para estudiar sus lecciones.

Ni tanto ni tan poco...

Bueno es pensar en la salud del cuerpo, bueno ejer-  
citar los músculos, pero también la inteligencia ne-  
cesita su higiene y las circunvoluciones cerebrales  
su ejercicio. Hay también «fields» y arenas para el  
pensamiento, y su frecuentación tiene atractivos,  
aunque aun haya quien se resista á creerlo, y desde-  
ñe el teatro, el libro, la conferencia científica y lite-  
raria, el debate de asuntos artísticos ó de cualquier  
otro orden intelectual. Pero no haya cuidado de que  
las multitudes acudan allí en masa, entren á empe-  
llones, se apiñen en racimos apretados, y pasen—  
como en la lucha—horas enteras de emoción y mo-  
lestia, sudorosas y enajenadas por el apasionamiento  
de la idea. Ya ni el terreno de la política activa, ma-  
terialización del pensamiento...

Pero no exageremos la nota pesimista, pues tam-  
bién la gimnasia intelectual tiene sus cultores y sus  
admiradores, aunque escasos, y sin ir más lejos, hoy  
se premia con una fiesta honrosísima á un lucha-  
dor de la idea que en medio de la brega diaria y pro-  
ficua tuvo el *bello gesto* de desafiar á un gigante, y  
opuso al Facundo de Sarmiento el Juan Facundo  
Quiroga, de David Peña. Este David no habrá ven-  
cido al Goliat creador de una tradición y de una figu-  
ra de epopeya. Pero el ademán es noble, es hermo-  
so, merece el aplauso.

Tomémoslo como uno de tantos síntomas precur-  
sores, y no desesperemos de ver un día corriendo á  
los torneos intelectuales la misma muchedumbre que  
hoy se agolpa á presenciar la lucha romana. ¡Tan  
numerosa, pero ya mejor!

**IV**

**Las píldoras del centenario.**

4 de agosto.

¿En qué quedamos? La celebración del centenario de la independencia argentina ¿es asunto serio ó cosa de broma?

A primera vista no cabe sino una contestación, y hasta indignada: «¡Serio y muy serio, pues hombre!»—Pero la publicación de los proyectos recibidos por la comisión nacional provoca la duda: ¿Si será puro *titeo*?

La de ayer, por ejemplo, ha dado tema todo el día para el comentario irónico, si no burlón y jaranista. Los mismos comisionados—justo es decirlo,—cayeron en cuenta á tiempo, y, poniéndose en guardia, determinaron no recibir más proyectos anónimos, y devolver los recibidos ya. Pero es el caso que los anónimos no resultan los peores. Hay algunos firmados con nombre y apellido—varios de nota,—que no admiten la competencia de los «incluseros». De los menos descabellados vienen á ser los que, so pretexto del centenario, comprometerían las finanzas del país durante otra centuria...

¿Qué se proponen los que han sudado agua, tinta y sangre para construir algunos de esos hacinamientos informes de obras irrealizables?... Asociemos ideas antes de contestarnos la pregunta.

En el escaparate de un bazar, el dueño, hábil reclamista, ha puesto en estos días, sobre un velador tapizado de terciopelo rojo, dos platillos de porcelana cubiertos con dos copas de cristal, conteniendo una píldora verde cada uno. Las palabras «¡No se venden!» pintadas con grandes letras en un cartelito, hacen detener al transeunte más apresurado. El cartel cuenta luego que una de las píldoras contiene letal veneno, y la otra un laxante inofensivo. Hay aquí la sugestión de un duelo tácito, de un desafío terrible lanzado á una X cualquiera, quizás al mismo público si se permitía dudar de la seriedad de la casa y la excelencia de sus artículos. Eso basta para llamar la atención, y los objetos que «se venden», son vistos y examinados necesariamente por el grupo en continua renovación de los curiosos y... compradores.

El comerciante psicólogo sabe que su negocio estriba en llamar la atención; el medio importa poco, si es eficaz. Las píldoras laxantes ó venenosas no tienen nada que ver con el comercio de ropas hechas; pero, ¿quién resiste á la curiosidad folletinesca que provocan y deja de miraras, y, en consecuencia, de examinar el original escaparate?

Asocie, ahora, ideas el lector, que nosotros aquí nos quedamos, para no ofender á nadie, ni al comerciante de las píldoras, ni á los proyectistas del centenario... Pero no dejaremos de decir que estos últimos, en su mayoría, y según la opinión general, han errado el camino.

—La celebración del centenario debe ser más moral que material—se dice.—Basta una solemnidad en que el pueblo tome parte con toda su alma, y cualquier cosa tangible que la conmemore luego perpetuando su memoria: un monumento ó una simple inscripción. Hay que comprender que lo ensalzable es el 25 de mayo de 1810, no el 25 de mayo de 1910, cuya significación no puede adivinarse todavía.

Mientras tanto, algunos, embriagados quizá por

la danza de millones que los proyectistas han hecho desarrollar ante sus ojos, quizá entregados á desenfundada chirigota, se atreven á proponer :

—Ya que de algo grande se trata, ¿por qué no fundar una ciudad modelo, que se llame Independencia ó 25 de Mayo, ó con algún otro nombre conmemorativo, y que reuna cuanto perfeccionamiento pueda desearse, desde los grandes barrios de obreros hasta los más hermosos edificios públicos? Los nombres de las calles, los de los palacios, paseos, plazas, todo se referiría á aquella fecha gloriosa... Sería, al propio tiempo, una ciudad y un libro de historia... Y el proyecto sigue y asume naturalmente proporciones gigantescas, pues la ciudad modelo exigiría un puerto modelo, una red de ferrocarriles modelo, y á su alrededor tierras productivas, modelo también.

Otros cavilan sorbiéndose los sesos con la patriótica idea de monopolizar el centenario en provecho propio. Y lo curioso es que consiguen dar con un medio para realizarlo y desde ahora comienzan á obtener beneficios, siquier sea el de que se hable de ellos...

En el escaparate de un bazar, etc...

Pero, á la verdad, acompañaríamos más gustosos y decididos á los que sueñan con festejos morales, con una fiesta cívica en la acepción más pura de la palabra. ¡Qué hermoso, y qué noble y qué digno de un pueblo hijo de tales padres, comenzar desde luego á prepararlo todo para poder erigir el 25 de mayo de 1910, este incomparable monumento: el imperio real y absoluto de la constitución!

Pero, como la cosa es por lo menos difícil, aunque barata, no sería malo — sin perderla de vista, á pesar de su improbabilidad, — remediar el exhibicionismo á que da margen la admisión de todo orden de proyectos, organizando un concurso, con lema y demás requisitos usuales.

Dejémonos de píldoras...

**V**

**El club en la calle.**

5 de agosto.

La conversación no se pierde, se ha perdido en Buenos Aires. La sociedad porteña ha ido desdiciendo y olvidando una de sus características más simpáticas, sin preocuparse de adquirir alguna que la compense, y sin que la combinación fortuita de los hechos la llevara de la mano á conseguirlo.

Tradicción, leyenda casi, son los modestos salones de nuestras abuelas, tan animados y embellecidos con aquellas tertulias en que los hombres lucían su ingenio, poco ó mucho, y las mujeres desplegaban, sin ostentación, su gracia y su encanto. Nada ha venido á suplantarlos, sobre todo para el elemento masculino, al que no pueden satisfacer las diversiones del club, continuación, generalmente más febril, de los negocios y zozobras del día.

En Buenos Aires no se conversa: apenas si se cambian gritos y saludos, rápidos informes, opiniones sintéticas, en una prisa que semeja la de los marinos cruzándose en medio de una borrasca.

Excepciones existen, pero como siempre, confirman la regla.

Sin embargo, no habría que sorberse los sesos para demostrar la utilidad y el deleite de la conversación, aunque ello no fuera un lugar común. El comercio de ideas estrecha los vínculos entre los hombres al

mismo tiempo que ensancha su campo de acción material é intelectual. Tan cierto es, que ya no conversan solamente los individuos ; también hay tertulias de naciones, como en La Haya, como en Río de Janeiro.

¿Por qué no se conversa, entonces, en Buenos Aires? ¿Por qué la afición ha disminuido hasta morir al fin, desde la hora—pasada ya sin embargo,—en que las opiniones políticas intransigentes aislaban los hogares por una parte, mientras que la pasión por el lujo, la moda arrolladora del brillo á todo trance, echaban á rodar, por otra, la antigua modestia y su adorable sencillez?

No. La afición no ha disminuido ; está retraída por falta de teatro en que desenvolverse.

Anoche, pasando por la calle de Florida, solitaria y triste á pesar del derroche de las grandes lámparas de arco voltaico, cuya luz anaranjada, poderosa y grata á los ojos, chorrea sobre el pavimento de asfalto liso y luciente, y se quiebra en las soñolientas y mudas fachadas de las casas—recordamos un espectáculo grátisimo, que allí se desarrollaba no hace muchos años.

Aquellas veladas hubiéranse creído una manifestación popular. La gente desbordaba de las aceras á la calzada misma, en un ir y venir pausado y manso. El rumor de las conversaciones imitaba el de una marea, cuando invade suavemente la playa con un poquito de espuma en la orla. Animados grupos, detenidos aquí y allá, desviaban y variaban las corrientes de flujo y de reflujo. Las frases de saludo entrecruzábanse, con timbre amistoso y regocijado. Aquellos centenares, aquellos millares de personas, se conocían, fraternizaban, se codeaban al menos sin la violencia de la lucha, en uno como entreacto de la vida utilitaria. Era un avance poderoso de la democracia en aquel club al aire libre que tenía mucho de la plaza pública romana, aunque allí no se resolvieran graves negocios de estado.

Era, también, una notable originalidad de Buenos Aires, y quizá por eso haya desaparecido...

Hoy, el club en la calle ha muerto, y Florida puede recorrerse de extremo á extremo, después de las ocho de la noche, sin tener que cambiar un saludo, aunque perdure su vieja tradición y la capital entera pase por allí, á pie ó en coche, cuando los primeros velos del crepúsculo anuncian la hora de la retirada.

En aquel tiempo, pasado ya, bastó para que la reunión popular se formara noche á noche, con que se impidiese el tránsito de vehículos en una extensión determinada de la calle. Lo mismo bastaría hoy, tanto más cuanto que ya no existe ni funciona, como entonces, haciendo inevitable el acceso de los carruajes hasta su vestíbulo, el teatro Nacional, arrasado por un incendio sin víctimas, y no reemplazado por ninguna otra sala de espectáculo.

Se dirá que la aristocrática (¡cuán democrática entonces, sin embargo!), que la aristocrática vía no ofrece desde hace mucho el atractivo de sus escaparates desbordando de luces y riquezas, que los comercios se cierran al anochecer, que la animación será forzosamente menor... Pero muchos negocios mantienen ahora mismo sus vidrieras iluminadas á despecho de la falta de gente, y muchos más harían el sacrificio de abrirse ante la perspectiva de una clientela suplementaria, buscando y hallando, para ello, los medios legales ó los subterfugios necesarios al objeto. Por esto no hay que afligirse.

Lo lamentable es el silencio porteño, mal sustituto de las antiguas amenísimas conversaciones, que si hoy impera lo debe sólo á la falta de un punto de reunión donde no sea casi imprescindible jugar ó beber, de un campo neutral, en fin, más accesible y modesto que el club, más elevado también.

Todas las originalidades, todas las características se van, ¿por qué no ha de volver alguna ya que no se inventan nuevas?...

**VI**

**Conservas de Chicago.**

6 de agosto.

Tomando el aire y el sol, después de la semana de trabajo, paseaba ayer tarde en Palermo uno de nuestros librereros más conocidos; y como en aquel momento paseáramos también, solos y distraídos, junto al vistoso desfile de los carruajes y entre el gentío multicolor de los veredones, la oportunidad nos pareció de perlas para una conversación informativa ó si se quiere interviú.

Podría renovarse el antiguo refrán, diciendo con más justicia, aunque no de un modo infalible: «Dime lo que lees y te diré quien eres.» Siempre es un dato sociológico interesante el de las lecturas preferidas en un país cualquiera, y mucho más en el propio. De saberlo tratamos en la charla provocada en aquella avenida de las palmeras, que el viaducto del ferrocarril al Rosario ha cerrado en mal hora como una verja, en el sitio mismo en que el horizonte indefinido del Plata daba más valor á su perspectiva.

El comerciante nos contó que el negocio de librería va bien, aunque no se gane tanto como para mostrarse muy satisfecho. Esta seña es mejor de lo que parece. En el comercio hay frases hechas desde tiempo inmemorial: «todo marcha admirablemente»,

quiere decir, por lo general, que se está perdiendo plata ; «no cubrimos los gastos», suele significar que el negocio es de oro, pues como no es bueno tentar á los posibles competidores...

Particularizando, el comercio de novedades literarias, traídas en corto número de ejemplares, proporciona una utilidad tanto más crecida cuanto mayor es la actividad del librero y sus corresponsales de Europa. El primero á quien le llega un libro, vende fácilmente la remesa toda, si su casa es algo frecuentada. El libro clásico tiene, en cambio, poquísimas ventas.

La literatura, sobre todo la novela, es lo que más se busca. Vienen después—muy lejos— los libros de viaje, de cuentos, el teatro. Al último las obras científicas especiales, las de filosofía, sociología, etc.

Un dato que nos llama la atención :

—Los libros de Anatole France se venden por centenares.

—¿Y cuántos los leen?

—Mi función termina en cuanto la obra sale del mostrador—contesta discretamente el librero.

En fin, léanse ó no, esto de la compra es un homenaje que el público rinde al ingenio, á la espiritualidad, al buen gusto, á la amplitud de miras. No hay que quejarse ; peor es nada.

—Pero el gran negocio de libros es, en la actualidad, el de las ediciones económicas de novelas, hechas en España y en Francia (reediciones)—nos dice nuestro interlocutor.—Son las obras que alcanzan mayor difusión, sin que en ello influya su mérito sino su baratura. No puede competirse. El número de los aficionados á leer crece visiblemente, pero sus recursos no mejoran ni su criterio tampoco.

Y nos da detallados informes acerca de la invasión de los malos libros, peor traducidos, que desbordan de Buenos Aires sobre las ciudades de provincia, las aldeas apartadas, y llegan, acarreados por los mercachifles, hasta los últimos rincones del país, allí

donde no se creería encontrar un lector ni con la linterna del cínico, ni con el microscopio de Pascualón con el que veía cuanto se le antojaba.

Esa literatura, que muchos juzgan innocua á pesar de que es gravemente malsana, porque no hace sino estimular las bajas pasiones y los gustos groseros, se difunde como podría difundirse la más elevada, no porque sea la preferida en realidad, sino en razón de la eficacia del vehículo que la propaga: la edición económica.

El editor europeo es un Armour peor que el yanqui, pues está alimentando á nuestro pueblo de embutidos y conservas intelectuales hechos con toda clase de elementos y desperdicios, sin otro fin que el de vender mucho para ganar muchos pocos varias veces al año. Quince, veinte mil ejemplares, permiten ventas á precio irrisorio, y ¿qué le importa al mercachifle que va de aldea en aldea, el valor moral de un libro, si se le vende á él en forma que le permite darlo barato y ganar un ciento por ciento? ¿Y cómo no ha de preferir el editor los malos libros y las pésimas traducciones, cuando ello disminuye en gran manera sus gastos de producción? El cliente, por su parte, no se niega á leer una obra maestra (y hasta lo preferiría á la corta ó á la larga), si se la ofrecen en las mismas condiciones de una de Montepin ó de Ponson du Terrail; pero éstos y otros tienen á su favor la incalculable ventaja de la baratura.

Preguntamos, interesados, por el remedio posible.

El único está en hacer ediciones económicas de buenos libros y competir vigilante y diligentemente con los editores españoles que no tienen, como no tiene la Pakingtown, por qué preocuparse ni de la higiene ni de la salud de sus clientes. Ahora bien: la competencia es difícil, pues dichos editores cuentan con toda la América latina para colocar sus productos, mientras aquí el mercado es muchísimo más estrecho, y para hacer negocio hay que ganar bastante en cada ejemplar y no céntimos en innumera-

bles ejemplares, como ellos pueden hacerlo, realizando al fin grandes beneficios.

—¿De modo, que el libro nacional se vende poco? —preguntamos, pasando á otro punto.

—Más que antes.

Esto es vago, pero el librero no quiere aclarar mejor el concepto. Sin duda sigue apreciándose más el «corned beef» de Chicago que el pobre puchero argentino sin sofisticaciones. Y esto nos hace recordar lo que meses antes nos decía un impresor.

—Yo haría ediciones que compitiesen con las europeas en cuanto á precio. Pero es el caso que, so pretexto de facilitar la instrucción del pueblo, se deja entrar libre de derechos toda clase de libros, hasta pornográficos y escatológicos, mientras que todos los elementos para hacerlos aquí, desde el papel hasta los tipos, pagan un derecho intolerable, prohibitivo, que nos ata las manos...

Comenzaba la retreta y los troncos de los brillantes carruajes trotaban ya hacia el centro, seguidos por los rocines sin aliento de las victorias alquiladas. Era hora de volver y nos despedimos del librero desconsolador, haciendo votos por que un Roosevelt, nacional ó extranjero, nos infunda el santo horror de las conservas intelectuales para la exportación...

**VII**

**Sensaciones trágicas.**

7 de agosto.

Era de ver la expresión aterrada, ansiosa ó afligida de los que en las pizarras de LA NACIÓN leían las primeras noticias referentes al naufragio del *Sirio*. El grupo no podía ser más interesante. La curiosidad que reflejaban los rostros de los recién llegados trocábase al punto en estupor y zozobra. Ante la catástrofe se revela el alma sensible y compasiva de la humanidad que, por instinto de conservación cuando menos—como dirán los escépticos,—tiene siempre un calofrío y una lágrima para las grandes desgracias colectivas. Y como si las pizarras irradiasen extraño poder de sugestión, los lectores, continuamente renovados, no cesaban de ofrecer, en conjunto, la misma escena, repitiendo la misma gradación de sensaciones, palpitando con igual emoción simpática y profunda. Quizá entre aquellas personas hubiera, de vez en cuando, alguna vinculada por parentesco ó amistad á pasajeros del trasatlántico; pero su zozobra y su horror no sobresalían de la dolorosa impresión general. Abiertos aquellos pechos se hubiera visto que los corazones latían al unísono.

Allá, lejos, del otro lado de los mares, en la ciudad de Cartagena, produciase isocrónicamente y con

mayor intensidad aún, la misma exteriorización de sentimientos altruistas en la multitud reunida en la plaza de toros, y al grito compasivo del pueblo, siguió su acción generosa de reunir fondos para las víctimas del naufragio. Dato curioso y elocuente de la misma sensibilidad colectiva.

Amaneció el día de ayer. Los periódicos eran arrebatados á los compradores ; todo el mundo quería conocer las últimas noticias, leer el nombre de los muertos ó desaparecidos, saber el número de los ahogados, entusiasmarse ante algún hecho heroico, criticar ó condenar los posibles actos de cobardía ó de egoísmo ; nadie se desinteresaba de la tragedia ocurrida á tantas leguas de distancia ; nadie, porque entre aquellos náufragos, algunos son de los nuestros, y muchos estaban ya virtualmente vinculados á nosotros, por su voluntad puesta en práctica, de incorporarse á la vida del país, como inmigrantes y colaboradores.

El tema único de conversación y comentario sigue siendo, pues, la catástrofe, y en la glosa conmovida del terrible suceso, no faltan las interjecciones de indignación contra quienes, con brutal abuso de la fuerza, convertidos en fieras por el miedo horrendo de perder la vida, se salvaron á costa del sacrificio de infelices mujeres y niños inocentes, cuyos cadáveres han quedado flotando en el mar.

Por fortuna para la humanidad, no puede afirmarse, ni aun frente á estos hechos, que sólo tenga sentimientos generosos en las butacas del teatro ó leyendo diarios y libros. También este naufragio ofrece á la admiración general actos de abnegación y de olvido de sí mismo en favor de los más débiles —uno se desprendió del salvavidas para salvar á una mujer y un niño,—y heroicos sacrificios como los que realizaron muchos pescadores, dedicándose al salvamento de los náufragos, con arrojo singular y digno de las más calurosas alabanzas.

Pero, sobre todos estos hechos se cierne á gran al-

tura, extrahumano, sublime, el amor materno, jamás igualado por otro sentimiento alguno. Léase lo que hicieron esas madres, cómo supieron morir, y déjese que el corazón haga sus comentarios, porque para ello la pluma no tiene rasgos ni la palabra sonoridades y elocuencia.

Pueden perder la cabeza, enloquecer, animalizarse hasta el más fiero egoísmo, los que sólo viven por sí y para sí. En cuanto hay una misión ó un ideal que ensanche la individualidad, la duplique, la multiplique, viene el desprecio de la propia vida cuando peligran las ajenas, la grandeza admirable de la abnegación y el sacrificio. Por eso el heroísmo de las madres ; por eso la indecible humanidad de los rudos marineros que, revólver en mano, se imponen al rebelde montón de los asilados en su barca—que quieren escapar solos, no comprometer una sola probabilidad favorable á ellos,—para salvar un naufragio más ; por eso tantas otras nobilísimas acciones que se engarzan como diamantes en la tétrica narración del drama.

El calofrío de horror que la catástrofe ha hecho correr por todo el pueblo, durará muchos días, se borrará luego. Pero algunas escenas quedarán vivas y terribles en la memoria : los niños abandonados á su suerte, disputando su vida á la ola, tierno y apretado racimo de vida humana que el mar sorbió ; los cadáveres de las madres, flotando con sus hijos apretados contra el pecho que no los pudo proteger ; las mujeres cantando y bailando, dementes, al hundirse en las profundidades...

Y sobre todo este horror, el aire diáfano, la atmósfera serena, una magnífica puesta de sol, oro y naranja, irradiando resplandores, como una aureola. ¿La impassibilidad desesperante del cielo? ¿La aureola de las madres y dé los héroes?

**VIII**

**Huelga de millonarios.**

8 de agosto.

Una de las cosas que será bueno disimular á mister Root cuando llegue, es la huelga de millonarios que desde hace mucho retarda nuestro progreso.

Aunque el fenómeno constituya una originalidad, no es cosa de enorgullecerse con él. Sobre todo, á quien menos debe ser presentado, es al ministro de un país donde el trabajo y la iniciativa no son característicos de las clases pobres, exclusivamente, sino que absorben y entusiasman á los más ricos, á los Morgan, á los Rockefeller, á los que gozan en la labor y se embriagan en la lucha sin darla jamás por terminada.

Hay que disimularle la huelga.

Para que no la note, y entre otras precauciones análogas, cuando se le haga recorrer la capital, no debe llevarsele por tantos barrios céntricos, cuyas calles tienden todavía la rectilínea pobreza de la arquitectura colonial, con casas de un solo piso, viejas y sórdidas, sólo aceptables en alguna petrificada ciudad de provincia, y menos debe decirsele que esos edificios se perpetúan mientras una gran masa de población no tiene donde meterse, y mientras la locación de casas de comercio y particulares da un

interés que pocos negocios, ni aun los más arriesgados, producen en la actualidad.

Mr. Root, que acaba de dejar en su tierra palacios con tantos pisos cuantos días tiene el mes, que viene de un país donde no se desdeña ni desperdicia esfuerzo alguno productor de inmediata y aun remota compensación, que ha vivido entre el hervidero de las empresas y el torbellino de los capitales en actividad, tendría necesariamente la más pobre idea de nosotros, si se le dijese que muchos de nuestros ricos anulan el poder del dinero por conservarlo mejor, como un atleta que se debilitase no ejercitando sus fuerzas para no gastarlas.

Si, por una parte, no extrañaría el hecho de que la gente se apresure á alquilar y ocupar edificios todavía en construcción, porque á ello lo habrá acostumbrado el crecimiento vertiginoso de las ciudades yanquis, por otra, se quedaría estupefacto al ver que aun no comienzan á derribarse, en pleno centro, las viejas casas que ocupan terrenos desmesurados, cuando millares de personas claman por habitación y la pagarían á peso de oro, y cuando ingentes capitales se contentan con un ínfimo interés, confundiendo la inmovilidad infecunda de las cajas de hierro con la seguridad de los negocios, que es cosa muy distinta.

De imaginarse es la sorpresa con que escucharía el cálculo miope de algunos propietarios y la razón que aducen para no reedificar sus fincas.

—Esta casa vieja, de un solo piso—dicen,—representa, *verbi gratia*, un capital de cien pesos, y tal como está, rinde doce pesos al año. Para reedificarla, á la moderna, tendría que duplicar el capital, y como en el centro de la ciudad el que gana buenos alquileres es el piso bajo, los doscientos pesos invertidos sólo me darían dieciséis ó dieciocho. El interés baja, y por lo tanto no me conviene hacer nada.

Este raciocinio cristalizador, que no llega más allá del presente, que no induce á sembrar para ma-

ñana ; esta forma de la falta de miras y la sobra de inercia, no limita su esfera de inacción á la propiedad raíz en Buenos Aires.

Es—aunque haya, afortunadamente más excepciones cada día,—el espíritu de la generalidad de los grandes capitalistas, con tantas variantes, atenuaciones ó exageraciones cuantos casos hay.

Para convencerse, basta recordar los inmensos campos de propiedad particular todavía improductivos, las sumas á que ascienden los depósitos en los Bancos, el montón del dinero invertido en hipotecas, las capitales que ruedan en especulaciones infecundas.

No se ha aprendido todavía á colocar el dinero.

Los millonarios huelgan ó poco menos, porque en el marco de la adolescencia del país, mientras la savia hierve en torno suyo, no se apasionan por el trabajo, viendo en él únicamente el trabajo mismo y no el hermoso fruto que ha de dar en el porvenir. Creen que la riqueza es una autorización de inutilidad, ó un salvoconducto que los exime de todo servicio en pro de la patria y la humanidad. Olvidan que el zángano lleva en la colmena una vida regada, es cierto: la del condenado en capilla, á quien nada se niega.

Si Mr. Root llega á darse cuenta—como ha de dársela,—de esta original huelga de ricos, volverá á Estados Unidos diciendo de nuestro país lo que el músico célebre de la ópera que le consultaban:

—Tiene cosas nuevas y bellas ; pero, las nuevas no son bellas, y las bellas no son nuevas...

**IX**

**El Castigo sin venganza.**

9 de agosto.

Antiguamente se mataba en nombre de la «vindicta pública». Hoy, también se mata, pero en nombre de la «defensa social». El nombre ha variado, el concepto filosófico es otro; pero la cosa sigue siendo la misma.

El doctor Palacios, diputado socialista, quiere, con razón, que la filosofía y los hechos armonicen por fin, y ayer ha presentado á la cámara un proyecto de abolición de la pena de muerte.

Sería hermoso que ese proyecto se convirtiese en ley. Muchas son ya las naciones que han borrado de sus códigos la pena capital, sin que por ello aumentase la criminalidad (¡al contrario!), ni se conmovieran en lo más mínimo los cimientos sociales, de modo que, haciendo lo propio, no correríamos riesgo alguno, ni siquiera el de ser originales ó exageradamente avanzados. Otras naciones hay que matan todavía, tratando, sin embargo, de dulcificar en lo posible el suplicio de los reos: esas no invocan ya, como hemos dicho, la vindicta pública, sino la defensa social. Sienten que «matar porque matar es un crimen», formula un concepto indigno de mantenerse en pie. Y á la verdad que, apurando la lógica por ese rumbo, se caería inevitablemente en un

círculo vicioso, y la serie de matanzas podría no acabar sino con el último habitante del globo terráqueo.

Lo sienten así, y disfrazan para su propio uso una pena que para el condenado resulta igual que antes, pues detalle más, detalle menos, el suplicio es el mismo, como que consiste en la muerte prematura y violentamente provocada. Dícense, pues—y lo decimos todavía en nuestro país, para disculpar la barbarie del hecho, resabio de las épocas primitivas,—que matan para impedir que el criminal vuelva á atentar contra la sociedad, y para infundir saludable terror en los que se sientan inclinados al crimen.

Pero es el caso que el delincuente encerrado en el presidio ó en la cárcel deja de constituir un peligro para la sociedad, por una parte, y que el «saludable terror» del suplicio no tiene influencia real, por otra. Esto último lo demuestran las estadísticas comparadas de los países que han abolido la pena capital, y de aquellos en que rige todavía. Lo primero es evidente, y no hay que demostrarlo.

No es este el sitio indicado para apurar la argumentación en contra de la pena de muerte, y menos cuando el debate del proyecto Palacios hará que en la cámara corran los habituales torrentes de elocuencia. Sólo nos incumbe anotar la reaparición de este importante problema, y las probabilidades que hay de un movimiento favorable á su solución, de acuerdo con el progreso de las ciencias sociales y jurídicas.

El pueblo argentino viene manifestando, desde ha mucho, sus deseos de que la pena capital desaparezca, juzgándola inhumana é innecesaria, si no contraproducente. Cada día ha traído consigo un poco más de convicción á ese respecto. Los abolicionistas no son ya una minoría que se cobije bajo una sola bandera. Ningún partido puede reivindicar para sí una opinión que propician todos, ó por lo menos la gran mayoría de los miembros de cada uno.

Esta vez, la iniciativa de dar forma á una aspiración general, pertenece á un socialista : no se la disputamos ni queremos disminuir la significación de su actitud ; decimos, sólo, que el origen del movimiento que va á producirse no debe alejar de él á los hombres de buena voluntad que no comulguen con el socialismo. Pudo esa iniciativa, en efecto, ser lanzada por cualquier otro, por un cristiano, por ejemplo como que la vieja ley de Dios, dice «no matarás», sin distingos. Sólo que, después de la ley divina, llegó, como siempre, la «reglamentación» humana y... ya se sabe lo que es una reglamentación : La ley quedó llena de excepciones : «No matarás»... sino colectivamente... en defensa propia, etc., etc.

Como en la fábula de Núñez de Arce, en que la prohibición gubernativa de beber vino comenzó por interpretarse que no se debía catar vino blanco...

**X**

**La luz mala.**

10 de agosto.

Desde hace mucho, cuando se oye hablar de la luz mala, nadie cree ya que se trate de la superstición gauchesca ; todo el mundo sabe á qué atenerse, y al escuchar esas palabras cada cual evoca, ó las tinieblas de su casa, ó la cuenta fabulosa de fin de mes.

Sin embargo, esta nueva «luz mala» es también un fantasma que nos persigue y horroriza... Hay que libertarse de esa obsesión, y hallar el medio de sacudir el yugo de las empresas de alumbrado, eléctrico ó de gas.

Los lectores de LA NACIÓN han visto en estos días cómo se defiende la municipalidad, y cómo hace para no pagar sino lo que consume, tanto en cantidad cuanto en calidad ; pero lo que no han visto es cómo podrían hacer ellos para defenderse de una manera análoga y eficaz, y no seguir al arbitrio de las empresas. Eso es lo que les interesaría más directamente, aunque también lo otro les importa, pues lo pagan por interpósita persona.

Una feliz casualidad nos permite indicar el camino que podría seguirse para que cese este estado de cosas y para que la luz mala, como la de la leyenda criolla, se hunda en la noche del pasado, junto con las cuentas gigantescas á que da lugar. En efecto,

escuchamos ayer la conversación que un alto empleado municipal mantenía sobre este asunto con un capitalista argentino, y aunque todavía no se trate sino de un simple proyecto en el aire, vamos á repetir lo esencial de aquel coloquio. No hay indiscreción ; ó, mejor dicho, se nos permite ser indiscretos.

La idea madre del proyecto es la de formar una sociedad cooperativa para el alumbrado particular— á gas ó electricidad,—de la que puedan ser y sean accionistas los mismos consumidores. El empleado ó funcionario municipal de quien parte esta iniciativa, asegura que los consumidores pagarían de un 40 á un 50 por 100 menos de lo que pagan actualmente por el alumbrado, obteniéndolo mejor, es decir, ganando en calidad como en cantidad. Si repetimos esta aseveración es porque quien la hizo tiene autoridad en la materia y domina el asunto hasta en sus menores detalles.

Pero sigamos.

Parece ser que una vez lanzado el proyecto, con los estudios previos que se imponen, la municipalidad prestigiaría la formación de la sociedad, abandonando así su actitud egoísta de defensa propia mientras deja que con el público se hagan mangas y capirotos. Y para que su colaboración no fuese puramente lírica, podría ceder gratuitamente y por el término necesario, uno de los terrenos que posee, ya en el puerto, ya en cualquier otro punto adecuado, para la instalación de usinas y demás construcciones destinadas al objeto. Con esto, el éxito de la cooperativa quedaría asegurado.

Y aun con menos también. Bástenos, para demostrarlo, adelantar esta noticia, á primera vista inverosímil: ¡Las acciones de la Compañía alemana de electricidad se cotizan actualmente al setecientos por ciento!... Esa compañía, que tiene ramificaciones en diversos países, no alcanza tal resultado en ninguna otra ciudad del mundo, pues para ello se requiere condición tan poco usual como nuestra cán-

dida bonhomía, agravada por la apatía y el indiferentismo de nuestros gobiernos, chicos y grandes.

Y á propósito de gobiernos: también el nacional podría echar su cuarto á espadas en el asunto, protegiendo á los habitantes del país que están más inmediatamente bajo su soberanía, en la capital de la República, contra la dictadura de las empresas de gas y luz eléctrica. Para ello bastaría con que permitiera la introducción libre de derechos de los materiales que necesitara la cooperativa de alumbrado.

Lo dicho pone de relieve las excelencias de la idea. En cuanto á su practicabilidad, repetiremos lo que á su interlocutor decía ayer el capitalista argentino:

—Yo estoy pronto, y como yo muchos particulares, á iniciar las gestiones precisas para que la cooperativa sea un hecho. A mí y á los demás no nos falta otra cosa que la seguridad de encontrar apoyo en las autoridades. Si se cuenta con él, como sería lógico, la realización del proyecto es cosa fácil.

Pensamos lo mismo, como creemos que ha llegado el momento de trabajar de firme en ese sentido.

Los lectores de LA NACIÓN saben ya á qué atenerse respecto de las compañías de gas; en cuanto á la de electricidad, que hoy monopoliza la luz eléctrica, vamos á ofrecerles algunos datos que acabarán de demostrar la necesidad de la cooperativa de alumbrado, ó de algún otro medio eficaz de defensa, que no se nos ocurre ahora ni nadie inicia por el momento.

Actualmente no existe contrato alguno en vigor entre la compañía Trasatlántica Alemana y la municipalidad, para el servicio de alumbrado público, pues ya ha caducado el que se hizo cuando ésta absorbió por compra á las demás. En el primer contrato, que databa de 1889, se fijó la tarifa de 19.10 \$ mensuales por cada lámpara de 10 amperios. Hoy los precios son: 25.70 mensuales por lámpara de 16 amperios; 24.75 por lámpara de 16 amperios; 24.50 por lámpara de 15 amperios; 21 por lámpara de 12

amperios. La dirección de alumbrado hizo un estudio de las tarifas y proyectó su unificación, y la compañía alemana ofreció cobrar tres centavos y medio oro por kilovatio-hora ; pero, por achas ó por erres, ofrecimiento y proyecto quedaron en agua de borrajas. Las oficinas públicas y las dependencias de los gobiernos nacional y comunal tienen contratos con una tarifa de nueve centavos oro por kilovatio-hora para luz y cinco y medio centavos oro por kilovatio-hora para fuerza motriz.

Esto á la autoridad ; véase en seguida cómo se aprieta el torniquete á los particulares :

Hasta hace poco, el público pagaba á razón de veinticinco centavos oro el kilovatio-hora ; pero fué tal el clamor, que la compañía rebajó el precio á veinte centavos oro para luz, y á diez para fuerza motriz el kilovatio-hora. Y la rebaja no ha influido en la cotización de las acciones de la Trasatlántica Alemana, lo que quiere decir...

Lo que quiere decir lo estableció la citada dirección de alumbrado cuando proyectaba la municipalización del servicio, afirmando que el público podía tener luz á razón de *veinticuatro centavos papel el kilovatio-hora*.

Compárese los veinticuatro centavos papel con los veinte centavos oro, y se verá por qué las acciones de la venturosa y dictatorial compañía se cotizan al setecientos por ciento.

La cooperativa pondría orden en esto, y merced á ella se iniciaría para Buenos Aires y en el siglo xx, el siglo de las luces que para otros más felices terminó con el último día del siglo xix, dando lugar á otros progresos.

Y perdónesenos lo árido del tema, en gracia de que—no se nos discutirá,—es de los más luminosos. (1)

---

(1) Esta Crónica dió motivo á una larga y benéfica campaña periodística.

**XI**

**La Opera barata.**

11 de agosto.

Diálogo oído en uno de los clubs en que aun suele conversarse un rato entre partida y partida :

—¿Estuviste anoche en la Opera?

—Sí.

—Pues no te he visto. ¡Qué silbatina, eh!

—Como ninguna. Pero es lástima presenciarlas en un teatro que, más que teatro, es el punto de reunión de nuestra mejor sociedad, de la verdaderamente culta y...

—¿Cómo? ¿cómo?

—Digo que tales manifestaciones no están en su sitio en el teatro de la Opera. Disuenan en nuestras *soirées*.

—Pero, hombre, piensa adónde iríamos á parar con semejantes escrúpulos. ¿Es posible que consideres criticable una protesta tan justa como la de anoche, la condenación de un verdadero abuso?...

—Aquí no acostumbramos...

—Peor para nosotros: ¡se silba en todos los teatros del mundo!

—En la Opera, no.

—Al oírte se diría que formas parte de la empresa, ó que te va algo en la parada; y si yo no supiera...

—Pero no me negarás que sería una verdadera lástima desnaturalizar ese gran centro de la elegancia, la cultura, el buen tono: que no debe convertirse la Opera en un café-concierto...

—*Commencez, messieurs les assassins!*

—¿Qué es eso?

—Parodio á Alfonso Karr: que comiencen los señores empresarios por no reirse del público.

—¡No tanto, hombre, no tanto!

—¿Qué no? ¡Pues chico habrá sido el traspie cuando dió lugar á la silbatina, contra el torrente de la costumbre!...

—Verdad que la tal «Figlia di Jorio»...

—Había sido silbada en los principales teatros de Italia, y, sin embargo, la empresa ha tenido el tupé de imponérsola.

—Bueno: pero una vez no hace costumbre.

—¿Y dos, tampoco, y tres? El «Edgard»...

—Se silbó en Europa, y aquí le faltó poco, á pesar de la presencia del autor.

—Y no se silbó, gracias á esa cultura, á esos miramientos sin razón de ser, que nos entregan atados de pies y manos. ¡Oh! hay que silbar, hay que silbar, ya que no se puede dejar de ir. Porque, ¿sabes el motivo de que semejantes óperas se canten en Buenos Aires, cuando no las aceptan en ciudad alguna del mundo? Pues por su «baratura», porque los empresarios, poniéndolas en escena, se ahorran unos cuantos miles de francos de derechos.

—¡Bah! eso no es creíble. Poco pueden importar esas insignificancias á una empresa que, en la temporada, se embolsa medio millón de pesos.

—Trigo es limosna...

—En fin, puede ser, porque en el comercio, aunque sea de arte, se atiende siempre á las pequeñeces que aumentan la ganancia, y economizando se abarca desde las gruesas partidas hasta el chocolate del loro.

—¡Ah, vas entrando en razón!

—Sí: cuando pago muy cara alguna cosa, quiero que, por lo menos, sea muy buena.

—¡Y en cuánto á pagar, pagamos! ¡vaya si pagamos! ¡Tres veces más que cualquier otro público del mundo!

—¿Tres veces?

—Sí; con lo que nos cuesta un palco de la Opera podríamos tomar tres del mejor teatro lírico europeo. Y pagamos sin protestar, lo que no cohibe á la empresa para darnos á sabiendas gato por liebre, como anoche, ó negarnos hasta con descortesía y con mezquindad lo que le pidamos, por insignificante que sea, y riéndose del desaire.

—¿Qué ha sido eso? Porque supongo que te referirás á algo ocurrido.

—Sí; yo, como la mayoría de los abonados, como algunos hombres del gobierno, como muchas damas—¡damas, eh!—pedimos que se pusiera en escena una ópera nacional...

—Lo recuerdo: la empresa anduvo con subterfugios, y la ópera no se cantó.

—Ni esa ni otra, nacional también, que hubiera dado gusto á los deseosos de fomentar el arte, quienes dan á la empresa cuanto oro quiere, esperando alguna compensación, alguna galantería por lo menos. América no sirve sino para *far l'America*. Sin embargo, con cualquier obra nacional no hubiera habido silba. Sin *chauvinismo*, Buenos Aires hubiese premiado un noble esfuerzo del autor, quien quiera que sea, tanto más cuanto que con la anuencia y el aplauso del público generoso en demasía, se nos imponen, sin otra razón que la *baratura* para el empresario (razón tácita, naturalmente), óperas europeas que no han podido defenderse en ninguna parte, ni en Europa ni en el Africa. ¿Y aun condenas la rechifla de anoche?

—No: me voy dando cuenta, al contrario, de que todavía pudo ser mayor. La cultura del público re-

sulta un escudo invulnerable para el negocio de la empresa.

—Tanto más grande cuanto que Franchetti no ha de cobrar derechos. ¡Figúrate con qué gusto verá la resurrección artificial de ese cadáver! ¡Es capaz de dar plata encima!

—Pues, si volvemos á las andadas, yo también silbaré mientras no haya otro medio eficaz de hacer entrar en vereda á los monopolizadores de la música.

—¿De la música? Dí de la «ópera barata» para el empresario y «cara» para el público, pues aquí no se tira de la cuerda por igual para todos. Y silba, silba, que de algo servirá, donde la haya, la libertad del sufragio.

**XII**

**Antes del espectáculo.**

12 de agosto.

Gran movimiento había anoche en la calle Florida y en la Avenida de Mayo: carruajes particulares, automóviles, victorias de plaza, hombres y mujeres á pie, surgiendo del todo un regocijado rumor de fiesta. La gente curiosa recorría parte del trayecto que se iluminará en honor del ministro norteamericano Mr. Root, esperando ver de repente brotar ríos de luz de los millares de lamparillas incandescentes ó de los innumerables arcos voltaicos. Pero todo quedó para muchos que no tuvieron la paciencia de esperar, en una luz que sería penumbra, comparada con el deslumbramiento de la iluminación.

Sin embargo, el espectáculo era interesante por la inusitada animación que promete para la fiesta, á despecho de los que quisieran deslucirla haciendo de gansos desorientados de un Capitolio que nadie amenaza... justamente cuando se solemniza el centenario de las invasiones, la reconquista, y todo aquello que nos dió clara noción de que podíamos ser y seríamos un pueblo independiente, libre y hasta poderoso.

La curiosidad que anoche movía á la concurrencia, favorecida por una temperatura agradable, á pesar de la humedad de la atmósfera, es el prólogo na-

tural del interés de mañana, y podríamos adelantar sin temor de equivocarnos, que los festejos á mister Root serán brillantísimos, sobre todo por la participación que en ellos ha de tomar el pueblo bonaerense.

La iluminación en sí promete ser muy hermosa en la calle Florida, con sus ondulantes guirnaldas de lamparillas de colores ; en la Avenida tendrá menos gracia, por los ángulos rectos que forma con los faroles del alumbrado permanente, y que le dan el aspecto de un larguísimo emparrado. Pero, para juzgar con conocimiento de causa, es preciso verlo funcionando en toda su extensión.

Por otra parte, lo que más interesa es la gente. Si las calles se llenan de concurrencia, todo resultará hermoso, pues no hay adorno mejor para una ciudad que la muchedumbre pacífica y regocijada, que la hace vivir con una vida intensa, múltiple y desbordante.

Anoche evocábamos una fiesta análoga á la que se prepara, y recorriendo esas calles tan rumorosas ya, recordábamos la venida del presidente brasileño Campos Salles, hace seis años, y el espectáculo que la capital le ofreció: el espectáculo de su propio pueblo.

Lo más bello de Buenos Aires no es monumento alguno, ni edificio alguno, ni paseo alguno. Lo más bello de Buenos Aires es su pueblo.

Nunca, hasta entonces, y quién sabe por qué serie de circunstancias, habíamos visto tanta gente reunida. Nunca, hasta entonces, habíamos tenido tan clara evidencia de que pertenecíamos á un pueblo hermoso, de tipo casi determinado ya, aunque lo compongan tantos y tantos tipos diversos. Nunca, tampoco, había podido observarse mejor la importancia que tiene el traje en las muchedumbres y el carácter que les imprime. La Avenida de Mayo presentaba aquella noche un golpe de vista estupendo. De un extremo á otro, el gentío parecía una masa

compacta, un solo ser inmenso, vivo y palpitante. Hombres, mujeres, niños, bajo los raudales de la iluminación, se movían formando olas, tropezándose en corrientes encontradas, con curiosidad, pero sin prisa, con animación, pero sin gritos. El entusiasmo no sería mucho quizá; quizá faltara el motivo que lo despertase caldeando á la multitud. Pero ¡qué espectáculo!...

Las calles iluminadas eran muchas, mas tanto da correr tres cuartos de hora por entre luces, como permanecer igual tiempo en un mismo espacio iluminado. Para el entusiasmo se necesita emoción, algo de sorpresa por lo menos. Y no era el caso. No había en aquella fiesta nada ostensible que moviera la pasión en la muchedumbre, nada que la embriagara, á no ser el rumor de sus propios pasos, el zumbido inacabable de sus conversaciones, la música de algunas bandas militares. Pero así, tranquilo y correcto, el pueblo era realmente hermoso. Parecía un enorme ser lleno de bondad por la misma convicción inquebrantable de su fuerza. Tantas caras inteligentes, tantos cuerpos ágiles, tanto lindo rostro de mujer, tanto sonrosado moflete de chicuelo, formaban un conjunto sorprendente y prometedor, como una visión del mañana.

Y aquel mar fragoroso y en calma, que llenaba la Avenida y desbordaba por las calles adyacentes y paralelas, aquellos millares y millares de personas de todas las condiciones sociales, contemplados desde algún sitio dominante, infundían una sensación de respetuoso recogimiento. ¿Qué no podría ese gigante, así, formando un todo compacto y único, en cuanto se propusiera alguna cosa, en cuanto tuviera un ideal ó una pasión?...

Y luego, volviendo el pensamiento hacia el detalle ¡qué grata sorpresa la de ver la muchedumbre vestida toda con decencia, calzada, encorbatada, hasta presumida y elegante, ostentando un aire de holgu-

ra y bienestar que se respira en pocas ciudades del mundo!

Este espectáculo promete repetirse, y al presenciarlo, el ministro yanqui tendrá dos sensaciones gratísimas que se confunden: la de recibir una vibrante demostración amistosa, y recibirla de un pueblo robusto, feliz y dotado con generosidad para las luchas pacíficas de la vida y del progreso.

Esto, si no nos ciega el amor propio...

**XIII**

**La puerta cerrada.**

13 de agosto.

...Al pasar, una fuerza magnética, siempre irresistible, siempre creciente desde largos años, hace volver los ojos hacia esa puerta modesta, en la fachada española sencilla y patriarcal.

Los millares de transeuntes que cruzan diariamente la calle céntrica y rumorosa, argentinos ó extranjeros, sabios ó ignaros, ricos ó pobres, ilustres ú oscuros ; las mujeres, lo mismo que los ancianos y las tiernas criaturas ; las personas de ideas más encontradas, de opiniones más enemigas, de partidos más extremos, sienten, al pasar, una fuerza magnética, siempre irresistible, siempre creciente desde muchos años, que les hace volver los ojos hacia esa puerta modesta, en la fachada española sencilla y patriarcal.

Esperan, como antes, ver asomar por ella la figura de un anciano de cuerpo nervioso, cabeza algo inclinada como bajo el peso del cerebro en que vive un mundo, mirada clara, tranquila, penetrante bajo el ala recta del sombrero que oculta la estrella de la frente, y cuya sombra acusa más los rasgos nobles y enjutos de su fisonomía...

O piensan, como antes, adivinar á ese mismo anciano en la penumbra estudiosa de la biblioteca, ilustrando á su pueblo, dándole ejemplo de infatigable y fecunda labor ; ó rodeado, en la salita llena de re-

cuerdos, por sus discípulos y amigos, para indicarles el deber de la hora presente; ó consultado en los momentos difíciles, en los minutos trágicos, por los mismos que quisieran dejarlo en la sombra, para que su consejo salve la república y abra de par en par el porvenir...

O recuerdan los días luminosos en que, formando parte del inmenso pueblo que le tenía por padre amado y venerado, llegaron hasta esa puerta, llenos de entusiasmo y amor, y entraron en esa casa, hospitalaria para todos, y estrecharon aquella mano delgada, larga y fina—más fuerte que la muerte, pues continúa tendida sobre nosotros para bendecirnos y alentarnos, en el mismo ademán con que nos señala el camino...

Y al pasar, todos, por una fuerza magnética siempre irresistible, siempre creciente, vuelven los ojos hacia la puerta modesta, en la fachada española sencilla y patriarcal...

¡La puerta está cerrada!

Después que la noche de la muerte inundó aquellos ojos de luz, la puerta permaneció entornada en señal de duelo, sobre la casa obscura y silenciosa.

Ahora se ha cerrado del todo.

¡Hace ya cuatro días que la puerta está cerrada! Y un sentimiento de nuevo luto, una sensación de soledad y abandono, produce cierto calofrío extraño. Se quisiera pasar por allí de puntillas, como en el aposento de un enfermo, como en una cámara mortuoria... El prócer parece desaparecido otra vez, en este paréntesis abierto entre su vida terrena y la vida de la inmortalidad.

La puerta está cerrada...

Está cerrada, porque la casa va á convertirse de hogar en santuario, porque los hijos de quien fué padre de su pueblo tienen que compartir su primogenitura por igual con todos los argentinos, y dejar que la sombra del patricio sea la única y veneranda individualidad que haga los honores del recinto á

cuantos lleguen á él buscando ejemplo, consejo é inspiración.

La familia se ha ensanchado y es nación; la morada se ha transfigurado, y es Partenón y es Capitolio, al que acudirán procesionalmente, con místico patriotismo, las jóvenes y viejas generaciones, cuando vuelva á abrirse hacia el pasado y el futuro esa puerta cerrada.

Esa puerta cerrada, frente á la cual un presidente de la República Argentina decía á un ilustre extranjero que, impulsado también por fuerza magnética, irresistible, volvió hacia ella, al pasar, los ojos sorprendidos:

— ¡Allí, en esa casa solitaria y silenciosa, vive un hombre que sin ejército, sin funcionarios, sin ministros, sin partido, puede más que el presidente de la república, y gobierna y dirige la marcha del país!

Esa puerta cerrada, por la que nadie pasa hoy sin que se dibuje en su rostro una expresión instintiva de melancolía respetuosa, de dolor íntimo que nada tiene de egoísta y mucho tiene de grande, pues sus vibraciones armonizan con las de todo corazón argentino...

La puerta está cerrada.

Cuando vuelva á abrirse, al pasar, una fuerza magnética, siempre irresistible, siempre creciente mientras este pueblo sea pueblo, hará volver los ojos de argentinos ó extranjeros, sabios ó ignaros, ricos ó pobres, ilustres ú oscuros, mujeres, ó ancianos ó niños, amigos ó enemigos, hacia esa puerta modesta, en la fachada española sencilla y patriarcal. Y todos, en su hueco, verán una figura tranquila, enérgica y bondadosa, que tiende la mano hacia el porvenir, suprime con su ademán las asperezas del camino, y ahuyenta las sombras como un rayo de luz...

Esa puerta, hoy cerrada, dió paso al presente: de ella saldrán también las inspiraciones del futuro, si lo queremos hermoso y grande.

**XIV**

**El destierro de Momo.**

14 de agosto.

La risa es la expresión más natural de la alegría franca y completa. La animación y el ruido son otras expresiones significativas de lo mismo, aunque en una tonalidad menos brillante.

Alphonse Karr, el espiritual cronista parisiense, dijo, en sus tiempos, y con mucha razón: «el hombre es el único animal alegre, el único que sabe reír.» La Bruyère, á quien no puede tacharse de paradójico en tan alto grado, nos aconsejaba que riéramos antes de ser felices, para evitar morirnos sin haber reído, y Mme. de Girardin proclamó que sólo los tontos no saben reír.

Aunque estas afirmaciones no sean artículos de fe, que deban creerse so pena de arder para siempre en el infierno, dan materia para reflexionar un poco. Es evidente que el autor de las «Avispas», al señalar la diferencia entre los animales que no saben reír y los hombres que saben hacerlo, atribuía á los últimos un mérito real. Daba importancia á la risa. A la alegría también, atribuyendo á la familia humana—de que era miembro legítimo y directo,—la exclusiva posesión de esa «hermana de la libertad», como la llamaba Voltaire. De las afirmaciones de La Bruyère y Mme. de Girardin se desprende la

misma conclusión, corroborada por Hipólito Taine, para quien la alegría es como un resorte que da elasticidad al alma.

Volviendo todo esto por pasiva, resultará que el individuo que no ríe, que no sabe estar alegre, debe tener el alma rígida, no ser pariente de la libertad, parecer—por lo menos parecer,—tonto, y acercarse á los animales, más que sus congéneres en general. Y lo que se dice del individuo podría hacerse extensivo á los pueblos.

El nuestro, al contrario del francés, nunca ha sido muy alegre que digamos. Siempre tuvo cierto carácter melancólico, que no excluía, sin embargo, las regocijadas expansiones. Ahora es un pueblo tétrico, de una gravedad rayana en el luto, y á la que parece faltar muy poco para el llanto. Si cayéramos bajo una tiranía, no sabríamos templarla «con canciones» como los franceses: la exacerbaríamos con elegías y «tristes».

Un hombre que ríe es *rara avis* entre nosotros: y el conjunto de los hombres, el pueblo, no ríe jamás sino á hurtadillas y como si cometiera un pecado, como si temiese el anatema de Bossuet:

—¡ Desgraciados los que ríen !

No hay más que observarlo en las calles, en los paseos, en los teatros, hasta en los cafés y las tabernas, al salir del trabajo, al ir á sus talleres, cuando busca diversión y cuando corre la tuna. Tan inusitadas son la alegría y la risa, que el obrero que pasa cantando la «Marianina», ú «Orechina bella», es mirado por el agente policial de facción como candidato indiscutible á dar con sus huesos en la comisaría por ebriedad y escándalo, y á «oblar la multa correspondiente,» después de una noche en la cuadra ó en el calabozo. Una carcajada repentina en un café lleno de gente—¡ que se divierte y regocija, sin embargo!—es como el estallido de una bomba anarquista: todo el mundo calla, y se consulta azorado, por ver si no tiene algo roto, si no ha ocurrido

un cataclismo, y el rumor de las conversaciones tarda en volver al mismo diapasón de antes.

El infeliz concurrente al teatro, á quien, por casualidad, haga mucha gracia un chiste cualquiera y suelte el trapo á reir, no tardará un segundo en arrepentirse y convertir su alegría en confusión y enfado: trescientas, quinientas miradas de asombro se clavarán en él, acompañadas por gran ruido de cuerpos en movimiento, haciéndole enrojecer de vergüenza y de rabia, y envenenándole la noche.

No recordemos—¡para qué!—nuestro carnaval; de él puede decirse que es un carnaval-velorio.

Y así en lo demás.

Pero, si el tema se presta á grandes desarrollos, es también de una psicología tan sutil como interesante. Profundizándole se demostraría que si bien la fiebre de actividad que nos devora es un enemigo de la alegre expansión, también influye en alto grado para matarla antes de nacer, el exceso de leyes, reglamentaciones, ordenanzas, etc., que van haciendo hasta del más ignorante un erudito á la fuerza de cosas inútiles y no sabidas, por aquello de que «nadie puede alegar ignorancia para substraerse al castigo,» etc.

—¡Demasiadas leyes!—exclamaba Herbert Spencer.

Pero el positivista inglés no dijo que ese exceso era, si no el juez de sentencia, el verdugo de la risa.

En fin: el tema, que nos sugiere la inmediata proximidad de ~~grandes y pomposos~~ festejos, tan sin-alegría como todos, seguramente — queda propuesto á los que se animen á estudiarlo: era nuestra intención, sin más. Sólo agregaremos que el que intente esa labor, debe encarar otra de sus faces, no señalada más arriba.

Así como carecemos de la risa infantil, bonachona é ingenua, poseemos la falsa risa, la risa-mordedura: sátira, sarcasmo, hablilla, burla, difamación... Risa que debió ser la única anatematizada por el

águila de Meaux, en cuyo caso lo acompañaríamos exclamando :

—¡ Desgraciados los que ríen !

Pero cuidaríamos bien de aclarar el concepto, añadiendo :

—¡ Felices, porque son sanos y tienen «el alma elástica» los pueblos de buen humor !

**XV**

**La carne es flaca.**

15 de agosto.

Brillante era anoche el aspecto de la iluminación, en la calle Florida, sobre todo. El tiempo, arrepentido de la descortesía con que acogiera al ilustre huésped norteamericano, había mejorado, limpiando el cielo de nubarrones y haciendo correr un aire fresco y vivo, nada desagradable como que nada tenía que ver con las crudezas del invierno. La iluminación de la calle Florida, vista desde algunos puntos, presentaba la curiosa perspectiva de una pirámide de flores de luz, que entremezclaban los colores argentinos con los de la gran República del Norte. Y bajo aquel palio de banderas luminosas, que proyectaba sobre los edificios, las aceras y la calzada una suave é igual claridad diurna, la concurrencia, los carruajes descubiertos atestados de curiosos (mientras se permitieron), aumentaban minuto por minuto hasta que llegaron á convertirse en un gentío colosal, en el gentío que preveíamos, exactamente, en una de nuestras crónicas anteriores. La gente olvidaba gustosa en aquel paseo desusado, en el ambiente acariciador, entibiado aún más por la profusión de lamparillas, la febril actividad del día, los complejos problemas impuestos á los mismos que quisieran simplificar la existencia — hasta los últi-

mos extremos ; hasta imitar á los anacoretas y ermitaños,—la vertiginosa rueda que nos arrastra en su volteo inacabable, pese á nuestra voluntad, haciéndonos vivir á la manera de automóviles lanzados á todo escape para devorar algún «record» inverosímil.

Contemplábamos el animado cuadro, sin que se nos ocurrieran, á decir verdad, estas consideraciones de contraste, sugeridas luego por un hecho tan sencillo en apariencia, que no valdría la pena relatarlo si no formara parte integrante de la historia del momento actual. Y—dejando de lado cálculos materiales,—sentíamos cierta íntima satisfacción al ver esta fiesta que, como otras, va acercándonos poco á poco á la realización de algo deseado desde hace mucho y con muchos títulos : que Buenos Aires sea gran ciudad, no únicamente por su población...

—¡ La carne es flaca !

Esta frase llamativa resultaba mucho más interesante por pronunciarla—según vimos al volver sorprendidos la cabeza—una hermosa mujer, en pleno florecimiento, la «femme de trente ans», de Balzac, que conversaba con otra no mal parecida por cierto, al abrigo de las corrientes del público, escaso en ese momento, gracias al hueco dejado por la delantera de un escaparate.—La frase, de suyo sugerente, resultólo más por la contestación de la interlocutora :

—¡ Y cara !—exclamó ésta.

Algunos otros se detuvieron á escuchar, sonriendo con malicia. ¿ Era aquello ingenuidad, era cinismo ? Las conversadoras, sin embargo, ni se turbaron, ni se dieron por entendidas. Continuaron hablando :

—El kilo...

¡ Ah, el kilo ! Y nosotros que pensábamos...

—El kilo costaba ayer cuarenta centavos, pero hoy lo he pagado á cincuenta, y lleva miras de subir todavía más.

—Con lo mismo me ha amenazado mi carnicero.

¡La vida es un horror! ¡No se puede vivir en Buenos Aires!

—Lo que no impide que se gasten cientos de miles en cosas inútiles ó, por lo menos, superfluas.

En medio de la multitud abigarrada, libre al parecer de preocupaciones, satisfecha del momento presente, entretenida y regocijada por el espectáculo, esta conversación resultaba de un interés único á pesar del desencanto de no ser pasional. Ningún maestro del teatro ha llevado á la escena un croquis tan saliente de la vida real, eficacísimo por su misma sencillez; y psicológico ¡cuánto! Porque aquí no está, ni puede estar escrita, la impresión que produjera aquella continuación de las preocupaciones del hogar en la fiesta misma, entre el torbellino de la vida artificial, del lujo, de la fiebre del momento. La mujer de su casa que la administra mentalmente hasta donde se la creería más lejos de ella, y que da ejemplo á financistas y políticos, demostrándoles que sólo con la dedicación de todos los minutos se llega á dominar una materia, aunque sea tan sencilla en apariencia como el manejo de un hogar. ¡Qué asunto para una crónica y hasta para un libro, aquí, donde todo se hace á la buena de Dios, entre los más encontrados quehaceres y diversiones, improvisando, sin detenerse á reflexionar, á elegir siquiera entre dos ó más caminos!...

La conversación siguió, tranquilamente, salpicada aquí y allí con algunas observaciones sobre la concurrencia, las luces, los centenares de lamparillas que no funcionaban...

Pero los torrentes luminosos de las calles, no arrojaban luz sobre el problema, ni el eco de las quejas formuladas en todas partes en todos los tonos parece tener virtud para llegar hasta la municipalidad y otras regiones administrativas, ni aun para hacer parpadear sus arcos voltaicos y sus lamparillas incandescentes. ¡Ah! ¡si se restableciera el régimen municipal electivo y se pudiera llevar al con-

cejo deliberante dos ó tres administradores como los que anoche escuchábamos en la calle de Florida!...

Pero... la carne es flaca, y la vuelta á lo derecho en una comuna demócrata como debiera ser ésta, puede que resultara la vuelta á los tiquis miquis (por no decir otra cosa) deliberativos de antaño.

**XVI**

**La Indiada ad portas.**

17 de agosto.

Cuando la celebración del centenario de la Reconquista, en medio de la afluencia de gente que recorría las calles buscando una iluminación anunciada y no encendida, y antes de anoche, en la Avenida de Mayo, donde se aglomeraba una multitud pacífica y maravillada por los adornos y luces de la fiesta—asistimos al resurgimiento de la indiada.

Fenómenos simultáneos, que nos apresuramos á señalar como una coincidencia más que curiosa, porque parecería que los hechos se repitiesen á través del tiempo: en las mismas fechas reaparecía «la primera del mundo» á las puertas de la casa Guerrico, donde se celebraba el baile que hará época en la sociedad argentina.

La indiada y la primera del mundo andaban también juntas por estas tierras «in illo tempore». Tenían sus afinidades y sus rivalidades. La una tendía á suprimir á la otra, y viceversa. De aquí una serie de escándalos mayúsculos, grescas, escaramuzas, hasta batallas campales.

Pero no queremos exagerar ni ser injustos. Pese á algunos síntomas condenables, la policía actual está muy lejos de ser la de entonces. Afortunadamente. Y un buen esfuerzo la alejará todavía más de ta-

les extravíos, haciéndola de veras merecedora de las buenas palabras que la dedicó American Girl en este mismo diario, comparándola con otra que en resumidas cuentas tendría motivos para ser superior.

En cuanto á la indiada, ya es otra cosa. Su reaparición constituye la amenaza de un flagelo, ó mejor dicho, un flagelo ya real, aunque todavía pichón, pero que crecerá si le dan tiempo y soltura.

Al renacer se presenta con caracteres nuevos. Los «indios» tomados de las manos como estudiantes parisienses cuando hacen una farándula, pero peor intencionados que ellos, se precipitan sobre la muchedumbre pacífica, eligiendo, sobre todo, los grupos en que forman mayoría las mujeres y las niñas, y entre el vocerío del malón, arrollan y estrujan lo que encuentran á su paso, manoseando á sus víctimas si no logran escapar, ó haciéndolas, si escapan, correr á la desbandada en busca del precario refugio que les ofrecen los quicios de las puertas.

No se crea que estos «indios» surgen de la hez de la población. No, señor. Como sus gloriosos antecesores son, generalmente, hijos de familia á quienes podría tenerse por bien educados si se esforzaran menos en demostrar que no lo son, que no han recibido ó que no han aprovechado lecciones de urbanidad y compostura, ni aun la idea de que el undécimo mandamiento de la ley de Dios es no incomodar ni menos martirizar al prójimo.

Los viejos «indios», retirados ya y arrepentidos—debemos creerlo,—eran también miembros futuros de la sociedad más brillante de Buenos Aires (muchos lo son hoy en día en plena actividad), pero tampoco parecían tener noción de lo que se debe á los demás, ni de lo que se pierde en el ajeno concepto portándose como pilletes, ni de la sombra que su mala conducta y fama proyectaba sobre sus inocentes familias.

Aquéllos eran un azote de los transeuntes que recorrían, no ya el suburbio, sino las calles más cén-

tricas de la capital. Siempre en pandilla, como una banda de salvajes, andaban á caza del que tuviese cara de bueno (ó de tonto) para tirarle de las barbas, meterle los dedos en los ojos, trepársele á babucha de un salto, ponerle cola ó darle de trompadas, sin qué ni para qué, contando con el número y la impunidad.

Cierto que á veces les resultó la torta un pan, y yendo á dar recibieron mercedamente un buena tunda donde menos se lo esperaban. Pero estos casos eran pocos, y constituían la excepción confirmadora de la regla de moler impunemente al género humano, y «mantear» á los infelices. Largo tiempo manosearon mujeres, persiguieron niñas de palabra y de hecho, befaron á los débiles y los pobres, se hicieron odiosos á todo bicho viviente, lo mismo que comienzan á hacerse sus retoños de hoy.

Los cafés y otros puntos de reunión menos propios de la adolescencia y la primera juventud, eran teatro de hazañas todavía peores, y las grescas asumían proporciones inauditas, saliendo á relucir las armas á cada dos por tres, rompiéndose espejos, disparando tiros de revólver, haciendo frente á la misma policía, que, por su parte, no se quedaba atrás en lo de aumentar innecesariamente el alboroto.

Aquello concluyó merced á una represión enérgica y sobre todo continua, y más aún gracias á la prevención; más vale prevenir que castigar. Sólo reaparecían algunos síntomas del mal en estado latente, allá cuando el carnaval abre las válvulas del juicio, y permite á locos é impulsivos sacudir las ligaduras morales de todo el año. Como estos degenerados eran pocos, la policía los atrapaba sin dificultad, y aquí paz y después gloria: la comparsa se despide hasta el otro carnaval.

Pero el recrudecimiento que ahora nos ocupa puede ser más serio que esas explosiones anuales, por el tiempo y la ocasión en que se produce, así como por

el medio á que pertenecen estos jóvenes «indios», peores que los del desierto, aunque sean hijos de familias respetables y respetadas, de cuyo nombre les importa por lo visto un bledo.

Y como puede ser más serio, digamos que la policía debe mostrarse inflexible é implacable con estos tiranuelos de la vía pública, ya que en sus casas no han sabido inculcarles profundamente el sentimiento del deber para con los demás. Lo que no han hecho las máximas paternas, hágalo el calabozo policial, en cuanto los chicos merecen la reprimenda pública. Ellos tomarán el calabozo como penitencia escolar, y en tal sentido lo recomendamos, pues es preciso que aprendan cultura.

La policía puede usar de todo rigor sin miedo de que se la critique: el medio puesto en práctica para civilizar á los salvajes, hasta por las naciones más humanitarias (sarcasmo aparte) del orbe, ha sido el fusil de chispa, de fuego central, ó de repetición. Los de hoy se apellidan voluntariamente «indios» á sí mismos. Pues toda proporción guardada, contra estos indios lampiños y de puro lujo, puede usarse sin miedo el calabozo. Y es probado.

**XVII**

**Mirando la luna.**

18 de agosto.

El temblor de tierra ha puesto en conocimiento del público un hecho por demás curioso: Un reporter, tratando de reunir los mayores datos acerca del fenómeno sísmico, y de tenerlos de fuente autorizada y científica, apenas sintió el movimiento del suelo corrió al observatorio astronómico de La Plata—el mismo nacionalizado hace poco para que sus servicios refluyan en bien del país en general, y no de una pequeña parte únicamente. El sol sale, ó debe salir, para todos.

Era de noche, y, sin embargo... no llovía; pero al revés de lo que ocurre en cualquier observatorio astronómico del mundo, en el de La Plata no se observa sino de día. El celoso reporter se dió, en efecto, de narices contra la puerta cerrada á piedra y lodo, y tuvo que contentarse con dar la noticia de que no había noticias—lo que es una noticia al fin.

Pero, no satisfecho con este resultado negativo, sin poder convencerse de buenas á primeras de su fracaso, buscó dónde inquirir las costumbres de los astrónomos.

—No van de noche—le dijeron por los alrededores.

—Dejarán una guardia...—insistió él.

—En el observatorio no queda más que el sereno.

—¿Qué observan, entonces?—preguntó azorado.

—Supongo que los astros diurnos y los que aparecen el treinta de cada mes, traídos por el pagador.

El reporter pensó que esto era una reproducción

de la proeza del mono que enseñaba la linterna mágica sin encender la lamparilla ; pero, aunque se retirase mohino y displicente, no se dió por vencido, y se propuso sacar algo del observatorio.

Y ayer volvió á la carga.

Los astrónomos estudiaban los diarios de la capital, acabaditos de llegar.

—¿Qué pueden ustedes decirme del temblor de tierra?—les preguntó, después de un cortés saludo.

—¿Del temblor? Todavía no hemos leído las noticias : dentro de un rato...

—¡ No ! Me refiero á las observaciones hechas por ustedes.

—No hemos hecho observaciones. Vimos en el club que se movía una araña, pero supusimos que fuera á causa de un carruaje que pasaba por la calle...

—Ya sé que no vienen ustedes de noche y que sólo veñ las estrellas del día. Pero los instrumentos registradores...

—No tenemos instrumentos registradores.

—¡ Ah !

El reporter, boquiabierto, permaneció pasmado tres cuartos de minuto, al cabo de los cuales se le ocurrió una idea genial.

—¿ Puedo hablar con el profesor Porro ?

—¡ Imposible ! .

—¿ Cómo imposible ?

—Hace días que se marchó á Europa, enviado por el Gobierno...

—¡ Ah ! ¿ Conque el Gobierno tiene aquí gente que no viene, y manda á Europa á la que podría trabajar porque sabe y quiere trabajar ? ¡ Qué curioso !

—¡ No estamos para observaciones !

—¡ Por sabido se calla ! En el observatorio...

Bien dicen los que dicen que este país tiene una estrella aparte, aunque no la haya descubierto telescopio alguno.

¡ Y luego nos asustamos de los anarquistas sin sueldo !

**XVIII**

**Luto americano.**

19 de agosto.

La horrorosa catástrofe que acaba de devastar toda una hermosa y riente región de Chile, no repercute en los argentinos despertando un simple sentimiento de piedad. No: les toca de tan cerca que no da lugar á la compasión sino al dolor, directo, personal, íntimo.

La misma aflicción y el mismo luto reinan á uno y otro lado de los Andes. La desgracia de familia estalla como un rayo en medio de la fiesta de solidaridad americana, y á las alegres expansiones, al regocijo general con que se agasaja al huésped ilustre, á Mr. Root, suceden ahora la tristeza y la consternación. Los deslumbrantes adornos tienen que ceder su lugar á los arreos de luto, y las ruidosas aclamaciones al silencio y el recogimiento del dolor.

América está triste, la República Argentina está de duelo, acompañando á su hermana de ultracordillera. La misma sangre ha corrido de la herida abierta por el desastre.

Así se comprendía ayer, viendo la ansiedad, la agitación aterrada con que se aguardaban, con que se solicitaban, con que se temían las noticias de Chile. Así se comprendía al ver cómo se aferraba todo el mundo á las últimas probabilidades de esperanza ilusoria.

¡No! ¡la catástrofe no debía ser tan tremenda!  
¡No! ¡Valparaíso no podía estar destruida, presa  
de las llamas! ¡No! ¡Santiago estaba íntegro, en  
pie! ¡No! ¡el ángel de la muerte no había ejecu-  
tado la implacable sentencia de millares de criatu-  
ras, ni el genio de la devastación había arrasado tan  
ingentes riquezas!...

Pero las noticias venían, heladas como un soplo  
de ultratumba, agostando y desbaratando hasta las  
más pertinaces ilusiones. Los despachos telegráficos  
llegaban siniestros en su síntesis—en la síntesis bru-  
tal por su exterioridad de indiferencia,—y cada uno  
traía consigo—después de la zozobra del silencio  
mortal,—un poco más de dolor y de amargura...

En esta hora tremenda, los vínculos de la sangre  
y del sentimiento nos invitan á compartir de una ma-  
nera íntima y directa el luto de nuestros hermanos.  
Nadie permanecerá sordo á ese llamamiento, na-  
die...

Pero no bastan las manifestaciones materiales y  
superficiales. No basta levantar subscripciones, por  
cuantiosas que sean y por espontáneas que resulten,  
para socorrer á las víctimas y aliviar en algo su des-  
gracia. Debe hacerse, pero no basta. No basta, no,  
tampoco, enviar telegramas y notas de condolen-  
cia á las autoridades, por más que ello deba hacerse  
también. Es necesario encontrar algo más frater-  
nal, más demostrativo de cariño leal y franco, más  
probatorio de que no sólo de palabra nos considera-  
mos y proclamamos miembros de la misma gran fa-  
milia.

Un grupo de argentinos, por ejemplo, de argen-  
tinas si fuese posible — ¡de argentinas, sí! — debe  
transponer la cordillera, ponerse en contacto con el  
afligido pueblo chileno, dedicarle en nombre del pue-  
blo argentino los consuelos que ha menester, llevar-  
le, en fin, parte de nuestra alma y de nuestro cora-  
zón, para que no se vea solo en su desgracia.

Por solidaridad universal, por solidaridad ameri-

cana, de todas partes lloverán auxilios á la atribulada Chile. A nosotros nos toca hacer más. La solidaridad debe ser en nosotros fraternidad; y, al llevarle consuelos y socorros materiales, debemos hacerlo con la delicadeza del hermano que no deja solo al hermano afligido, y le ofrece, junto con su apoyo, la confortación incomparable de su presencia.

Estemos junto á Chile en esta hora de prueba, y que palpite al unísono el corazón de ambas naciones. (1)

---

(1) Esto se hizo, tal como lo indicamos en el primer momento, pero sin recordar la iniciativa del autor, á quien—por otra parte—sólo le interesaba que se hiciera, y se hizo.

**XIX**

**Como el teatro educa...**

20 de agosto.

Apartando la mirada de los espectáculos de horror, forzando la memoria á desvanecer el recuerdo de impresiones terribles, con el ansia insaciable que tiene la humanidad de creerse feliz y sugerirse la dicha, un público numeroso y brillante acudió ayer á los teatros.

En el Odeón trabajaba Suzanne Desprès, y en la Opera debutaba Tina di Lorenzo ante una concurrencia que henchía las salas de bote en bote. Así viene sucediendo en la primera desde el estreno de la compañía, y así sucederá en la segunda, si hemos de guiarnos por los síntomas.

Buenos Aires, con su millón y pico de habitantes, siempre tiene con qué llenar dos, tres ó más teatros, y poblar otros diez ó veinte, no diremos sólo en estas circunstancias, sino también hasta cuando la situación nada tiene de floreciente.

En el momento actual, el público sobra para los espectáculos, como pudimos comprobarlo anoche en una rápida recorrida de la zona en que se han aglomerado los salones públicos; sus respectivas empresas no podían quejarse; estaban haciendo negocios de oro. Naturalmente, cada teatro tenía su concurrencia, no distribuida según las aficiones, sino se-

gún los medios disponibles de cada uno y el precio de la localidad: una organización semejante á la de la banda de música del coronel Ramollot, en que los instrumentos se adjudicaban á los ejecutantes de acuerdo con su estatura, y no con su habilidad, ó «virtuosismo», como ahora se estila.

En los teatros principales no había sino gente pudiente ó bien acomodada, ó que puede aparentar lo uno ó lo otro—observación vieja, pero que nos sugirió una idea, no nueva tampoco, pero sí oportuna.

Nuestro pueblo, tanto de las clases ricas como de las pobres, es aficionadísimo al arte dramático y lírico; pero, como las compañías, buenas de veras, tienen que traerse de Europa con grandes gastos, todo lo no mediano ó malo es inaccesible para la mayoría, que no puede pagar cinco ó diez pesos por una butaca, ó por un simple asiento de paraíso.

El teatro educa, se dice generalmente, y hasta da grima repetirlo, por lo gastado y manoseado del aforismo. Por otra parte, el pueblo acudiría con entusiasmo á esa escuela de la que sólo lo aparta la escasez de medios pecuniarios, y en modo alguno sus plebeyas aficiones: va á lo barato—que generalmente no resulta bueno,—porque lo demás no está á su alcance.

Muy hermoso es el aspecto de nuestros grandes teatros, con su gran concurrencia lujosa, y nada deja que desear para quien no se ocupa de los ausentes. Pero causa desazón acordarse de cuantos no están allí que desearían estar, y á quienes la asistencia al espectáculo procuraría provecho moral é intelectual: trabajadores ganosos de saber, estudiantes que á duras penas logran seguir sus cursos, y entre los cuales están, precisamente, los artistas y literatos y pensadores de mañana, los mismos intelectuales á quienes la incipiente del mercado de ideas mantiene en una especie de proletariado vergonzante, etc.

Es injusto que no puedan ver las compañías serias y sacar fruto de esa educación tan indirecta cuanto

eficaz del teatro ; es injusto que no logren conocer las obras maestras del pensamiento humano sino á través de interpretaciones insuficientes, torpes y hasta ridículas, hechas por cómicos de la legua.

París, advertido de esto, ha colocado ya el gran teatro al alcance de todo el mundo, con una eficacia que nos hace sonreír tristemente, recordando la parodia de funciones populares iniciada aquí, y que acabaron de hacer fracasar los revendedores.

No una parodia, sino una seria aclimatación de ese medio de ilustrar á las masas es lo que necesitamos y lo que recomendaríamos á nuestros hombres de gobierno, si los viéramos inclinados á preocuparse un poco de algo ajeno á la pura materialidad— aspiración arrojada al viento como santa semilla, que la casualidad puede hacer caer en terreno fecundo.

Examinen los amigos del pueblo todo cuanto en tal sentido se hace en París, é imite á Francia, en eso que es de veras digno de imitación.

Francia—dicen sus enemigos—tiene hoy, tan sólo, el brillo artificial de la decadencia.

¡ Dios nos diera una decadencia así, que en cuestiones científicas, literarias, artísticas, filosóficas, sociales, nos pusiera á la cabeza de la humanidad !

**XX**

**God save the queen.**

21 de agosto.

Solemos armar grandes algazaras por la ignorancia de los europeos con respecto á nosotros. Esa ignorancia raya á veces, por cierto, en lo increíble. Y mientras disminuye la admiración que ritualmente debe producirnos cuanto viene del viejo mundo, la verdad es que tanta ignorancia deprime y aja nuestro amor propio.

De esto nacen las críticas, ya indignadas, ya mordaces, el cúmulo de epigramas y dicitrios ó de espirituales ironías con que acogemos las enormidades de quienes desbarran al otro lado del charco. ¡No conocer lo que es la América del Sur, y su división en naciones, y su parcelamiento en estados y provincias! ¿Pero, qué diablos hacen los europeos en las escuelas? ¿Qué aprenden? ¿Por qué se interesan?...

Nosotros, por lo general, estamos mejor informados—sin broma,—y, poco más ó menos, al corriente del movimiento geográfico-político de las diversas partes del mundo. Así, por ejemplo, ya no consideramos al Transvaal como república independiente, y tenemos noticia de la última guerra con que se lo atrapó la Gran Bretaña. Y este ejemplo podría reforzarse con otros y otros más recientes, que nos

ofrecería la guerra rusojaponesa ó algún suceso por el estilo.

Pero este legítimo orgullo tiene ¡ay! que verse muy rebajado. Por mucho tiempo estamos condenados á guardar silencio profundo y modestísimo, aunque Europa y sus dependencias digan, respecto de nosotros, las atrocidades más garrafales y calumniosas, vistiéndonos de plumas ó haciéndonos (¡oh arcaica calumnia!) devorar crudo á cualquier otro nuevo Solís.

Mr. Root lo sabe.

Mr. Root, que al visitar uno de nuestros emporios de saber, uno de esos hirvientes almacigos en que se preparan las admirables generaciones argentinas del futuro, se quedó con la mandíbula inferior pendiente de sorpresa y hasta si se quiere de espanto, al oír que los niños le saludaban cantando el «God save the Queen»...

Porque, á decir verdad, la dirección de la escuela había errado, no en una sola forma, como creería cualquier espíritu vulgar y rutinario, sino de diversos modos y añadiendo disparate á disparate.

Al hacer cantar el «God save the Queen» ignoraba que los Estados Unidos de Norte América constituyen, desde hace más de un siglo, una nación libre é independiente.

Que, por lo tanto, sacudieron hace más de un siglo el yugo de la Gran Bretaña.

Que la canción nacional inglesa, por consiguiente, no es la canción nacional de los Estados Unidos.

Que Mr. Root, ministro de los Estados Unidos, no debía ser saludado con la canción nacional inglesa, porque él nada tiene que ver con Inglaterra.

Que cantarle el «God save the Queen» es como si en Europa recibieran á un plenipotenciario argentino con el himno de Riego ó la marcha real española.

Ahora bien, la dirección de la escuela tiene en su favor y descargo, la fuerza de la lógica, que siempre

sirve á quien sabe buscarla con paciencia, y no la apura mucho, ó la deja á media asta, para decirlo más claro.

Así, puede alegar en su abono:

El «God save the Queen» es la canción inglesa; Mr. Root habla exclusivamente inglés; ergo: á mister Root puede cantársele el «God save the Queen» porque lo entiende. Sin embargo, esto tiene sus peros.

Cuando la guerra de independencia de los Estados Unidos, mandaba en Inglaterra el rey Jorge III—salvo mejor información de los maestros,—y, por consiguiente, retrotrayéndonos á aquel entonces, correspondía cantar otra canción, ú otra letra: el «God save the King,» si se quería aludir á aquella remota y gloriosísima circunstancia.

Y aun más; hoy mismo rige aquel *The King*, porque su majestad la reina Victoria, falleció hace años y actualmente es emperador y rey Eduardo VII, á quien vuelve á corresponder la canción de Jorge III.

¡Y no sigamos! Basta la bromita para dejar demostrado que en nuestra educación común no es oro todo lo que reluce, y que, si muchos ó algunos maestros no están al corriente de la actualidad rabiosa, tampoco saben historia universal... ¡Váyase lo uno por lo otro!

—¡Pero, señores! ¡Un poco más de actualidad y otra vez hagan, siquiera, entonar el tan citado «God save the King» á falta del «Hail Columbia», si acaso vuelve á visitarnos Mr. Root.

**XXI**

**Nora y Frou-Frou.**

23 de agosto.

La reaparición en nuestra escena de las heroínas de Ibsen y Halevy se prestaría para que algún psicólogo nos hablara de las virtudes y defectos de la mujer argentina, su posición en la sociedad, su papel en el hogar, y estudiase, considerándola como educadora de las generaciones en formación, las peculiaridades internas y externas de su espíritu, y tantos otros puntos interesantes que á ella se refieren.

Pero, aunque seguramente haya entre nosotros quienes se ocupen de estas materias, las estudien y profundicen, acopien materiales de observación directa, y se preparen á ilustrar el tema, más tarde ó más temprano—lo cierto es que, por el momento, ni en periódicos, ni en revistas, ni en libros se plantean y tratan estas cosas, pese á su actualidad, cada vez mayor por lo trascendente, y á su interés reavivado por toda clase de sucesos, ya que la mujer está más ligada á nuestra vida de pueblo de lo que ella misma parece sospechar.

Sería, por ejemplo, muy curiosa una estadística que estableciese la proporción de Nora, de Ibsen, y de Frou-Frou, de Halevy, que entran en la formación de esa entidad compleja que se llama «la mujer argentina», con el propósito de atribuirle un tipo co-

mún para el uso de la literatura y la sociología, ó con el más sencillo de designar á todas en conjunto valiéndose de una sola palabra.

Para nosotros, sea cual sea, matemáticamente, esa proporción, el término medio de las mujeres del país está en sus efectos equidistante de Nora y de Frou-Frou.

Los casos de extremada frivolidad que suministraron su loco personaje al espiritual dramaturgo francés, son raros entre nosotros; aunque crezca y se desarrolle enfermizamente de tiempo atrás el amor al lujo, á las diversiones, al ruido, al aparato, Frou-Frou es, todavía, excepción, y las crónicas escandalosas y de tribunales registran rara vez el desenlace de las novelas de esta clase de heroínas.

También Nora. Sobreviviente la herencia de sencillez doméstica de los antepasados, aunque nuestra incuria la deje disiparse, la mujer tiene todavía una acción demasiado importante en el hogar, como hija, como esposa y como madre, para que pueda rebelarse con justicia contra el hombre, rechazando indignada y despreciativa un papel de muñeca, de lindo y frágil juguete, que nadie le atribuye.

El argentino peca, generalmente, del defecto contrario, cosa de que no tiene, por cierto, que quejarse la mujer, tratada de igual á igual, considerada como partícipe en las aspiraciones, las creencias y los ideales, y como colaboradora eficaz en la obra y en la vida.

Nos agradaría poder desarrollar este asunto con la abundancia que exige, ó verlo encarado por un sociólogo ó psicólogo clarividente, ó mejor aún por un novelista que fuera ambas cosas á la vez, ya que sus observaciones y sus ideas alcanzarían, bajo la forma romancesca, mucha mayor difusión que en las páginas, para tantos áridas y antipáticas, del libro de ciencia.

Si Ibsen viviera, y viviera entre nosotros, podría trazar como «pendant» de su Nora, algún magistral

retrato de mujer argentina, poniéndola en escena solicitada por las diversas tentaciones modernas del lujo y la bambolla, próxima á ceder, pero reconquistándose al fin y siendo ella misma, la compañera valerosa, modesta y abnegada, que vemos aparecer en la historia y en la tradición, enteramente dedicada á las virtudes positivas, á la felicidad tranquila y suave del hogar sin episodios, pese á malos ejemplos de frivolidad, de «frou-frouismo» disfrazado á veces de aficiones intelectuales, de libertad de pensamiento, de reivindicación de derechos de andar, pensar, actuar como los hombres.

Viendo la *Casa de muñecas*, muchas gentiles espectadoras habrán lamentado la suerte de la heroína ibseniana, apartada de la vida real por un hombre que sólo la considera un niño caprichoso, un pajarrillo sin misión, un juguete adorable; y volviendo los ojos á su hogar, se habrán sentido enaltecidas con su papel de esposas y de madres, sostén y aliento del compañero de la vida, consuelo y disminución para él de las rudezas de la lucha.

Y anoche, al ver á esa otra muñeca, que, en vez de reconquistarse, resbala y cae y rueda hasta el abismo, arrastrando en su derrumbamiento lo que ella hubiera debido apuntalar y sostener—lo que hubiera apuntalado y sostenido si hubiese encarado la vida bajo su verdadero aspecto,—muchas, también, se habrán sentido reconfortadas para sobrellevar pequeñas desazones, para desdeñar lo artificial que á tan bajos extremos conduce, para dejar más lejos aun las frívolas y malsanas compañías, y para seguir pensando alto y queriendo bien, única solución del grave problema de la existencia.

Porque la felicidad real está compuesta de infinitos pequeños infortunios. Cuando uno logra soportarlos impasible, ha conquistado la dicha.

**XXII**

**Los derechos del reporter.**

24 de agosto.

Las fiestas con que se recibió á Mr. Root y cuyos ecos no se han extinguido completamente todavía, resultaron un tormento para los repórteres.

En ningún país civilizado se desconocen los derechos de la prensa tanto como aquí—es sabido,—pero nunca, hasta ahora, se había llevado ese desconocimiento á límites semejantes. Las mismas cortes europeas son mucho más solícitas y amables con los periodistas á quienes los soberanos brindan, gustosos, acceso á sus salones, pasaje en sus trenes, camarote en sus buques, cuando dan una fiesta ó realizan un viaje. Y si esto pasa en las monarquías, ya puede imaginarse lo que será en las repúblicas del viejo y del nuevo mundo, desde que es indiscutido artículo de fe la influencia de los diarios y lo imprescindible de la publicidad en todo aquello á que se quiere dar movimiento y vida.

Piense el lector lo que hubiese resultado la recepción de Mr. Root sin el concurso de la prensa, y deberá confesar que habría perdido, por lo menos, un cincuenta por ciento de su esplendor, si no llegaba á convertirse en fiambre, no bastando para animarla, por cierto, las simpatías latentes y sin cohesión hacia la gran república. Y maravílese luego al saber que la prensa, lejos de ser solicitada en la ocasión,

recibió un trato casi podría decirse hostil, y, sin casi, desatento y frío.

Los mismos que hubieran puesto el grito en el cielo, si los diarios se hubiesen mostrado esquivos con la fiesta, hicieron caso omiso de los repórters, como si pudiese, sin ellos, haber información. Probablemente será porque entre nosotros se aguardan los bombos de generación espontánea, como que bailes hay sin invitaciones para los cronistas, aunque se espere la crónica, como en los banquetes no tienen cubierto los periodistas si no se lo pagan, aunque se les crea en el deber de publicar la noticia, dar la nómina de los concurrentes, extractar, por lo menos, dos ó tres discursos...

Esto no se haría jamás con la prensa europea: antes pasarían en el silencio de los desiertos el más suntuoso de los saraos y la más opípara y elegante de las comidas.

En París, por ejemplo, no sólo se invita y se suplica á los repórters, sino que luego se agradece (cuando no se paga *rubis sur l'ongle*), hasta una simple mención, no ya una crónica completa, en los diarios.

Aquí, donde el término medio debería imperar, se hacen las cosas justamente al revés que en Francia. Ni se invita, ni se paga la publicación. Y esta anomalía se ha extremado, sobre todo, en las últimas fiestas. Todo el mundo, como de acuerdo, lo repetimos, llegó casi á la hostilidad con la prensa, comenzando por la policía. Esta, con muchas precauciones para evitar la intromisión de personas extrañas á los diarios, para librarse de «colados», si se nos permite la palabra, dió á los repórters tarjetas individuales intransferibles, con las que podrían recorrer los puntos de la ciudad donde se efectuaban las fiestas, y donde el acceso y la circulación estuvieran reglamentados. Pues bien, la policía desconoció estos pases y fué la primera en burlarse de ellos.

En la función de gala dada en el teatro de la Opera, las localidades de la prensa fueron suprimidas; más, se distribuyeron á otras personas de tal modo que ni pagándolas podían recuperarse. A bordo del Vigilante, cuando el paseo por el puerto de la capital, los repórteres fueron admitidos, «tolerados». Pero peor que si no lo fueran. Se les confinó en un rincón del buque, y allí se les mantuvo, creemos que hasta con centinela de vista. Para el suspendido baile del Jockey Club, los diarios principales no recibieron sino una sola y única invitación, como si para la crónica de una fiesta de tal magnitud bastara con los datos que puede recoger una persona. Por lo visto, pocos son los que se dan cuenta de la cantidad de trabajo y el número de individuos entendidos que exige no ya la confección de un diario entero, sino la de una cualquiera de sus secciones informativas.

Probablemente no faltará quien crea que las crónicas de sport, por ejemplo, que los lunes suelen llenar una página de LA NACIÓN, son la obra de uno ó dos hombres, sin parar mientes en que la ubicuidad no se ha difundido todavía tanto que permita á un simple mortal hallarse en veinte sitios al mismo tiempo.

Y esto, que parece una exageración rebuscada, es lo que han demostrado creer los organizadores de los festejos á Mr. Root, quienes, en vez de aligerar la tarea periodística, la obstaculizaron de mil modos y con empeño digno de mejor causa, alegando que «como algunos repórteres suelen conducirse mal» debíase condenar á muerte á todos, dejando á los diarios huérfanos de información...

Es evidente que tal sistema no puede continuar, y toca á los diarios mismos exigir su abolición, y conseguirla—cosa más fácil de lo que parece, porque sin los diarios no hay... notoriedad.

¿Y quién se condena á la modestia forzosa?...

**XXIII**

**La dama vendada.**

25 de agosto.

Un asunto civil que la justicia de instrucción ha tomado en sus manos, retrotrayéndolo á su comienzo y encarándolo del punto de vista del código penal, aunque éste no proceda en modo alguno, condujeron ayer al departamento de policía donde funcionan los juzgados de instrucción á que indirectamente nos hemos referido.

El asunto que motivaba nuestra presencia allí no es todavía del dominio de la prensa y del público, pues se trata de una cuestión privada, de familia; no obstante provocó en nosotros una serie de reflexiones y observaciones que pueden ser, y son realmente, de interés general.

No decimos una novedad al afirmar que nuestra justicia es algo de lo más primitivo, ineficaz y arbitrario que haya en la materia. Recientes casos han ocupado á los repórters y redactores, y en las columnas de este diario vienen leyéndose desde largos años protestas y condenaciones que no por haber caído en el vacío dejaban de estar sobradamente fundadas. Ya se sabe que entre nosotros no se desperdicia ocasión de poner en práctica aquel dicho tan vulgar cuanto expresivo: «Después del niño ahogado, María tapa el pozo.» Así, nadie ha acudido con el remedio á órgano tan vital de la sociedad, y lejos de dis-

minuir los casos de queja, crecen y se multiplican hasta el extremo de que, respecto de la justicia, puede exclamarse con el poeta: «y no cabe lo que callo en todo lo que no digo.»

En cuanto á la justicia de instrucción en particular, parécenos evidente que por ella debería comenzar la reforma que nuestro estado de civilización y progreso reclama ya como una necesidad urgentísima, pues su estado actual nos coloca muy por debajo del nivel á que presumimos haber ascendido. Y lo que más debería tocarse en ella es precisamente su esencia, su tendencia, su espíritu. Como lo hemos condenado en la policía, debemos hallar malo y pernicioso en la justicia de instrucción el prurito de encontrar culpables, criminales ó delincuentes en cuantos caen bajo su garra.

Claro está que, en apariencia, tanto más se luce un instructor cuantas más causas eleve á plenario, y que este lucimiento buscado lo convierte—vista la aspiración al ascenso—en enemigo jurado del que comparece ante él bajo el peso de una sospecha, ó del que se le señala presunto culpable de alguna cosa. Esta enemistad instintiva, que llega á ser casi una función natural en el juez, está facilitada por el arma terrible del secreto del sumario, que pone, ni más ni menos, en manos de un hombre, el honor, la fama, la tranquilidad, etc., de sus semejantes de ambos sexos, y que en un momento dado puede turbar la paz de los hogares, trastornar una vida, acabar con los más hermosos proyectos y las más fundadas esperanzas. Nadie sabe, en efecto, por culpa de ese secreto del sumario, si en el momento actual no se está urdiendo contra él alguna horrible asechanza, de la que está momentáneamente imposibilitado para defenderse, y que puede privarlo de la libertad revelándole, cuando menos lo espera, la existencia de una montaña de calumnias ó si se quiere de equivocadas acusaciones cuya inanidad le hubiera sido fácil demostrar en un principio, mucho más fácil, por

lo menos, que cuando han tomado tanto cuerpo y extensión.

Debemos, en honor de la verdad, decir que esto ocurre pocas veces, en relación con las muchas que pudiera ocurrir; la buena fe, la discreción, la honradez y la equidad de los jueces pueden hacer y hacen menos graves las deficiencias arcaicas, casi diríamos inquisitoriales, del sistema de instrucción. Pero imaginemos que en lugar de caballeros celosos de su buen nombre y fama, los jueces fueran todo lo contrario; imaginemos que entre ellos hubiese uno, uno nada más, partidista ciego, enemigo sin piedad ó sectario fanático y sin conciencia. ¿Qué sucedería? O mejor dicho ¿qué no sucedería? ¿Quién que no fuera de su partido, de su amistad ó de su credo se hallaría al abrigo de sus golpes? ¿Quién tendría garantizados sus derechos, su libertad ó sólo su tranquilidad para incurrir en exageraciones?

Los jueces son responsables — se nos dirá. Lo son, en teoría. No se castigan los «errores», y siempre es muy difícil, si no imposible, distinguir entre un error inocente y un característico abuso de autoridad. Y eso admitiendo que los jueces sean realmente responsables, no ya simplemente en apariencia, cosa que bien se puede dudar en un país donde los juicios políticos á los magistrados brillan por su ausencia, aunque los errores, los abusos y las prevaricaciones hayan brillado por su abundancia.

No intentaremos aquí el estudio profundo de los temas que esto ofrece á la meditación de los lectores; nos basta con apuntarlos y recomendarlos á esa meditación, para que den flores ó frutos, ó una cosa y otra, sucesivamente. A la semilla no se le exige sino que sea germen, y siéndolo, cumple con toda la integridad de su deber...

**XXIV**

**La Moral en las tablas.**

27 de agosto.

En estos días festivos del invierno, en que el tiempo inseguro prohíbe ó dificulta las jiras campestres, los largos paseos al aire libre y bajo el tibio sol, mucha gente se refugia deliberada ó casualmente en los teatros que ofrecen «matinéés» al público de todas las condiciones y todas las edades.

Como á tantos otros, el capricho de la «flanerie» nos llevó ayer tarde á presenciar un espectáculo teatral que, divertido en sí, evocó sin embargo pensamientos más graves, recordándonos una carta que acabábamos de recibir, y que plantea un problema de moral, siempre nuevo, aunque ya peine canas.

Dice la carta en cuestión :

Mucho se viene hablando en estos días del teatro y de los niños. Si Mr. Root hubiera concurrido á alguna función del Argentino, ó, sin ir más lejos, á alguna de las que daba Frégoli—nada morales—y hubiese visto la cantidad de niños que concurre á esas representaciones, llevaría una nota muy negra en su carnet de brillantes recuerdos argentinos.

La discusión del asunto queda, como se ve, suscitada y agotada desde las primeras palabras, porque el corresponsal califica ya de «nota muy negra» la presencia de los niños en tales representaciones, y sólo admite, por lo tanto, que se busquen los medios de evitarla.

Estamos de acuerdo, en principio. Hay que buscar, y concienzudamente, esos medios que quizá no sean los que en la carta se suponen eficaces. En cuanto al «carnet» de Mr. Root, digamos en honor de la verdad, antes de pasar más adelante, que la misma ó análoga nota negra llevaría de cualquier otro país, y hasta de la misma pulcrísima España, tan exigente en ese sentido.

El corresponsal continúa :

Es inconcebible, hasta por higiene nacional, que se toleren tales representaciones, que no hacen sino corromper y excitar al niño á los vicios que les degradan el alma y les aniquilan el cuerpo. Así no es como se obtendrán mañana hombres del temple de nuestros patricios, ni matronas como las que honraron siempre el nombre argentino.

También coincide nuestra opinión en esto. La niñez no se retempla con ejercicios enervantes, y la mejor escuela para su espíritu no es sin duda alguna el espectáculo de las flaquezas humanas. La gimnasia saludable es otra. Otros son los modelos. Pero veamos cómo corrige esto el corresponsal :

La autoridad competente debería tomar cartas en el asunto, y la prensa iniciar una campaña contra esa tendencia desmoralizadora, que amenaza cundir por todas las escenas de la capital.

¡La autoridad! Siempre la costumbre latina de fiarlo y esperarlo todo de la autoridad, como si los hombres que la forman fuesen deidades dueñas de hacer la lluvia y el buen tiempo. La autoridad tiene muy poco que ver en la emergencia, pues no es cosa de ir ensanchando sin medida la esfera de su acción, á cada tropiezo ó dificultad que se encuentre. Por tal camino se llegaría demasiado pronto á la abolición completa de la libertad.

La prensa, sí, la prensa tiene su papel que desempeñar, pero no el que parece atribuirle el autor de la carta. La prensa no puede tender á que se destierran de Buenos Aires las obras artísticas que, más ó menos, se aceptan y aplauden en todo el mundo ;

ni puede, tampoco, substituirse en la vida privada y la educación de los hijos, á los padres de familia, arrogándose y cumpliendo las obligaciones de éstos.

Imagínese la elasticidad de la palabra «moral», y permítase que en su nombre se autoricen ó prohiban estas cosas, las otras ó las de más allá. ¿Qué no podría autorizarse y qué no podría prohibirse, no estableciendo previamente y de un modo matemático lo que debe entenderse por moral, articulando su definición y reglamentando su uso?

Por esto ni los mismos diarios pueden legislar sobre obras artísticas, sean de teatro ú otras, pues así como en escultura ó pintura algunos consideran, por ejemplo, que no debe admitirse el desnudo, mientras los más lo juzgan como la obra del arte más puro, así también, en las otras ramas, la diversidad de criterios es múltiple, y la moral resulta individualísima.

Lo más que pueden hacer los diarios es informar á sus lectores acerca de las peculiaridades de las obras que se representan, y eso es lo que hacen ya en sus críticas y en el relato incidental que éstas contienen generalmente del argumento y los episodios principales.

En suma, y saltando de esas premisas á la conclusión: el corresponsal está en lo cierto, y hay que poner remedio á la asistencia de los niños á los espectáculos inmorales. Pero, ese remedio no está en manos de la autoridad ni en las de la prensa. Está en manos de los padres, que deben cuidar de la educación de sus hijos. A ellos incumbe la tarea, y sólo ellos son responsables de su cumplimiento ó abandono.

¿No resulta evidente la imposibilidad de imponer á todas las escenas que se conviertan en «Teatro para niños»? Sería una prolongación única de las ediciones «ad usum delphini», y nos llevaría de la mano, sencillamente, á la abolición del teatro.

**XXV**

**Las pequeñas explotaciones.**

28 de agosto.

Es curioso lo que el teatro y las cosas pertenecientes al teatro preocupan á nuestro público.

No pasa día sin que se suscite un tema teatral mas no dramático: ya sea la hora de comenzar ó terminar los espectáculos; ya sea la cuestión internacional de los sombreros; ya la moral; ya la abominable costumbre de entrar tarde y con ruido en palcos ó plateas; ya el vicio incorregible de conversar en los actos para callar en los intervalos; ya las escuelas; ya los géneros; ya las compañías...

Una enumeración que pretendiera ser completa, ocuparía muchas líneas y aburriría muchos minutos; por eso nos detendremos aquí.

Pero lo dicho basta para comprender cuán ligado está el teatro á nuestra vida de pueblo, desde que con él se vinculan más ó menos directamente nuestro carácter, nuestro modo de pensar, nuestra ilustración, nuestra educación, nuestro gusto bueno ó malo, nuestra misma filosofía y nuestra misma ética.

Se perdonará, pues, la aparente monotonía que resulta de tratar en estas crónicas tantos asuntos teatrales, ó que con el teatro se ligan; no en vano se dijo que «el mundo comedia es», ni se dirá sin ra-

zón que al teatro convergen muchas manifestaciones de nuestra moderna sociabilidad.

Esto, que va como exordio, nos permite—ó hará tolerable—que nos ocupemos aquí de la nunca bastante perseguida plaga de los «revendedores».

El revendedor de localidades es uno de los ejemplares más antipáticos de la antipática clase de los intermediarios. Por definición sería el que comprara localidades de un teatro para venderlas á su vez, con una utilidad más ó menos grande, según la demanda por parte del público. En la práctica es muy distinto.

El revendedor suele ser — estaríamos por decir «es», salvo muy raras excepciones,—una prolongación de la empresa, su boletería ambulante, un tentáculo con que ésta chupa un poco más de sangre al concurrente, sin darle lugar á la queja y la protesta, pues se lava las manos como Pilatos, ó mejor dicho, opera en la sombra como el vampiro y no deja lugar á la defensa y la corrección.

Y que el revendedor es hijo de las mismas empresas teatrales, parece probarlo el hecho de que éstas nunca se hayan puesto en pugna con él, ni hayan colaborado en la acción de las autoridades cuando han querido perseguirlo y extirparlo de los vestíbulos y adyacencias de los teatros, excepto una, cuya actitud resuelta bastó para hacerlo desaparecer como por encanto é «in secula».

El caso es curioso y digno de contarse.

Viendo el empresario del Casino que le acometía la malhadada plaga de que nadie se ve libre, toma ¿y qué hace? Pues, simplemente, elegir una docena de robustos y resueltos mocetones, convertirlos en revendedores «ad hoc» y encargarlos de hacer tabla rasa con los otros, ahuyentándolos del vestíbulo y las aceras, á cachete limpio si era necesario.

El procedimiento puede parecer un si es no es primitivo y criticable; pero resultó eficaz, completamente eficaz, y ahora nos sirve, si no para otra cosa,

para demostrar que las empresas tienen medios de todo orden para defender á su público en cuanto se les antoje.

La municipalidad también los tendría, si quisiera; pero hasta ahora no ha querido sino darnos el triste espectáculo de una impotencia artificial, cien veces vencida por un grupo insignificante de individuos, que burlaron sus ordenanzas, sus multas, sus ejecuciones, como si estuvieran por encima de la ley, fuera de su alcance, libres de su imperio.

Nada más lastimoso que la situación en que quedaba la municipalidad después de cada combate de éstos, ó de cada simulacro, para decirlo claro y sin retóricas. Era cosa de preguntarse cómo tenía luego alma de seguir reglamentando y ordenando, visto el ningún caso que de sus disposiciones y fulminaciones se hacía, pues en esto del ejercicio de la autoridad hay que «herrar ó quitar el banco», según reza el refrán.

¿Volverá la municipalidad por su buen nombre?

Así lo hemos oído decir ayer, á propósito de los «proyectos de ordenanza» que sobre el interesante asunto existen en la comisión. Pero para que tome, por fin, el desquite, favoreciendo al propio tiempo al público, necesita el espoleo y la ayuda simultáneos de la prensa, pues, si no, es capaz de dejarse vencer nuevamente por los revendedores...

**XXVI**

**Nuncios de primavera.**

29 de agosto.

Ayer, en cada esquina del centro, de esta City tumultuosa y babilónica, de este pandemónium que demuestra la imprevisión de los fundadores y la expansión violenta de la ciudad—niño á quien quedó corta la chapona, crecedera y todo, y que lleva los pantalones por las canillas,—íbamos deteniéndonos ante las perfumadas canastas de los vendedores de flores, desbordantes sobre la acera pisoteada por millares de pasos cada hora.

Entre la bulla de los pregoneros de diarios, el estrépito de los carruajes, los trompetazos de los automóviles, el campanilleo y el zumbido de los tranvías eléctricos, el ir y venir de los transeuntes—hombres y mujeres,—los codazos, los tropezones, las voces, los saludos, las bruscas ofertas de publicaciones, cartelitos, anuncios, el rumoreo ensordecedor é inacabable, cortado de vez en cuando por notas más fuertes ó agudas—el vaho de aquellas policromas canastas nos enviaban parecíanos como una pausa, como un descanso, como una evocación de la plácida tranquilidad de la campiña que empieza ya á des-perezarse del largo reposo del invierno.

El día estaba sereno, la temperatura suave, el sol

carriñoso y risueño. Después de tantas semanas de duras transiciones, de frío, de niebla, de lluvias, de nublados, de vientos penetrantes, ayer se renacía, inclinándose el ánimo á lo bello, lo dulce, lo tranquilizador. Ayer se veían, se palpaban, se oían cosas que se creyeran desaparecidas para siempre.

Como de feria, la gente desbordaba de las calles rebosantes á los paseos públicos, á Palermo, á Palermo sobre todo, reanudando con más intensidad la caravana de carruajes que, como una cadena sin fin, se desarrolla por avenidas y alamedas, al sol, á la luz, al aire, bajo los verdosos reflejos de la vegetación, entre las ráfagas saturadas de tibios perfumes.

Se veían cosas no vistas antes, á pesar de su presencia. Las flores, por ejemplo. Las flores de las canastas depositadas en la acera de las esquinas, para envolver al transeunte en la caricia de su aliento, tentarle con sus emanaciones capitosas, embriagarlo hasta el punto de que olvide el negocio que lo preocupa, se detenga y deposite en la lijosa mano del vendedor, la pieza de níquel trocada por vulgar y bellissimo encantamiento en mazo de violetas, vara de junquillos ó jacintos, ramillete de lirios, tulipanes, alelís, ó sonoro y regocijado latiguillo de mugetes.

Están aquí, hace días, combinando su sinfonía de colores, su sonata de perfumes, armoniosas, melodiosas, hasta rumorosas con su llamamiento incesante al ánimo distraído. Y, sin embargo, los días grises, destemplados, displicentes, embotando los sentidos con su agria invitación al «spleen» no nos dejaban verlas, apagaban sus colores en la penumbra melancólica de la calle, y anegaban su perfume en el olor desagradable del lodo, de la humedad, de las ropas saturadas y humeantes. No se las veía.

Necesitaban para su gloria, para su triunfo, un día como éste que acaba de pasar, fondo luminoso y tibio que pusiera de relieve sus esplendores, y no ensordeciese la nota cristalina del clarín con que

nos anuncian la todavía alejada, pero ya palpitante primavera.

¡ Y cuántas se aprietan en las canastas de los vendedores, cuántas sonríen en los arriates de las plazas y los jardines, cuántas ponen una gracia nueva en el adorno de las damas, prestando más animación y vitalidad á su sonrisa, más blanco al blanco, más rosa y más carmín al carmín y al rosa de las caras, más luz á la chispita eléctrica que baila y ríe en las niñas de los ojos !

Junquillos de oro pálido, elegantes y enfermizos en su esbeltez erguida y orgullosa ; jacintos multicolores que blasonan á un tiempo del arte del jardinero y la fecundidad inagotable de la Naturaleza, creados allá en Holanda por el azar colaborador de la imaginación ; pensamientos como caras atentas y sorprendidas, que siguen al transeunte con los ojos saltones y ávidos ; tulipanes de metal aterciopelado, derrochadores de color ; alelíos de perfume suave y penetrante como una palabra dulcemente persuasiva ; violetas que gritan su falsa modestia en el discurso pertinaz de su perfume ; violetas de los Alpes, francas siquiera en su orgullo, meciéndose altivas en su largo tallo ; azareros como polvo de nieve, como tiasas y apiñadas florecillas de azucar, abiertos cascabeles del muguete, pompa del lirio, ñanduty de las coquetas, esplendor de oro y lino de las Reinas Margaritas...

¡ Cuántas, cuántas y qué hermosas son estas teorías, estas muchedumbres de los heraldos de la primavera próxima, de la primavera que nos anuncia su visita oficial para dentro de un mes !

Al sorprendernos de pronto la explosión de sus fuegos artificiales en medio del día esplendoroso, aunque ardieran ya desde semanas, hemos comprobado una vez más que las percepciones tienen que armonizar con los estados de alma.

Pero, ¿ cuál será, entonces, el estado de alma necesario para que los municipales se den cuenta de

todo lo que necesita la ciudad, y hagan siquiera una parte pequeña de ese todo inmensurable? Triste caída del espíritu en contemplación ante las canastas perfumadas, al volver á lo real de los empujones, pisotones, codazos y apreturas en la acera demasiado estrecha, y entre el tumulto apocalíptico de la retirada vespertina...

**XXVII**

**El Regalo de Santa Rosa.**

30 de agosto.

Es creencia general que en el día de hoy debe desencadenarse alguna gran tormenta, tempestad ó cosa que lo valga sobre estos zarandeados países de América.

La creencia viene de lejos, es tradicional, y por lo mismo digna de respeto; cuanto peina canas es venerable, *à priori*, aunque luego de examen atento y detenido, resulte que no. Tanto más cuanto que la veneración suele impedir ó retardar el examen.

Pero no es el caso. El caso es que, desde tiempo inmemorial, tal día como el de hoy, todos los años tenemos un zipizape de elementos convulsionados. Y si no es hoy, será mañana, ó pasado ú otro día—cuestión de horas;—pero el pronóstico no debe fallar y no falla, merced á la buena voluntad de la gente.

—¿Treinta de agosto? ¡Pues tormenta segura!—se exclama.

—Pero, ¿por qué tiene usted tanta seguridad?

—¡Pues hombre! ¿No sabe que es la fiesta de Santa Rosa?

—¿Y eso?

—Que Santa Rosa se trae siempre consigo, para estas fechas, una de truenos y relámpagos, de lluvias

y ventisca, que deja temblando al mundo. Y este año será como los otros, pues, ni más ni menos.

Bien podía la Rosa limeña haber elegido alguna otra forma de hacerse presente á sus ahijados, patrona como es de América, y antes que lanzando rayos y desencadenando huracanes, preferiríamos imaginárnosla sembrando sobre los países de su patronato la lluvia de flores místicas que evoca su nombre.

Cualquier padrino ó madrina de tres al cuarto festeja y agasaja á los suyos en las solemnidades, y se esfuerza por que cuanto les rodee sea bello y regocijado, para retribuir sus atenciones y sus plácemes.

Pero ¡ya se ve! Santa Rosa era tan modesta en su vida terrenal que, sin duda, por la fuerza de la costumbre seguirá siéndolo en la celeste; el hecho es que, en lugar de envolverse en mantos de nubes de oro y armiño, se reboza en el tosco buriel de la tormenta.

Como se atormentó tanto en vida con ayunos y cilicios, y como llegó hasta el extremo de marchitar su pertinaz hermosura, dándose en el rostro feroces masajes de pimienta, no es raro que se recuerde á sus devotos con días de penitencia y de melancolía cuando llega su onomástico.

Inútil será que se hable, con respecto á los cambios de tiempo frecuentes en estas épocas, de precisión del equinoccio y de otras tonterías científicas; si llueve y truena, festejo es de Santa Rosa, y no hay vuelta que darle, pues así viene creyéndose desde tiempo inmemorial, y, por consiguiente, así y no de otro modo tiene que ser. .

Y así será, á juzgar por la predicción del tiempo hecha por la oficina meteorológica, y que se publica en otro lugar, si es cierto lo afirmado por un lector asiduo: «hay que entenderla al revés.» También á hacerlo creer concurre una porción de señales que encontramos en un antiguo librejo y que pueden interesar á más de uno.

Los halos y coronas que aparecen alrededor de la

luna, y que anoche la circundaban, anuncian cielo nublado para el día siguiente y una probable lluvia fina y bastante prolongada ; de modo que Santa Rosa se prepara, por lo menos.

Pero, ya que se presenta la oportunidad, agregaremos los demás signos para conocimiento del público :

La puesta del sol tras de vaporosas nubes escarlata que coloran de púrpura el paisaje entero, es nuncio de lluvia.—La transparencia del aire, que aproxima los objetos lejanos y permite distinguir pequeños detalles á larga distancia, anuncia lluvia también.—Los malos olores que se exhalan de ciertos sitios, cloacas, alcantarillas, pozos y aljibes, etcétera, se deben á la disminución de la presión atmosférica y á condiciones higrométricas que también anuncian lluvia. — La niebla que baja es signo de buen tiempo, de lluvia la que sube.—Ciertos animales ofrecen pronósticos casi siempre acertados: Al acercarse la lluvia, el gato se lava la cara, la golondrina vuela al ras del suelo, los pájaros se alisan las plumas, las gallinas se cubren de polvo, los peces saltan fuera del agua, las moscas fastidian y pican más que nunca.—Dos vientos opuestos que se suceden, traen, generalmente, lluvia.—Mañana gris: buen tiempo. Si las primeras luces del día aparecen sobre una capa de nubes: viento. Si aparecen en el horizonte: buen tiempo. Nubes ligeras de contornos indecisos, anuncian buen tiempo y brisas moderadas ; nubes espesas de contornos bien definidos, viento ; nubes ligeras que corren rápidas en sentido inverso á masas espesas, anuncian viento y lluvia.—Las nubes que marchan en otro sentido que el del viento de la superficie de la tierra, anuncian, generalmente, un cambio próximo en la dirección del viento hacia el sentido indicado. Y, por fin :

Cielo acarnerado y cara pintada  
no duran nada.

De todo lo cual se desprende que también este año Santa Rosa nos ofrecerá su tormenta reglamentaria.

Lástima que sus numerosos colegas de la corte celestial no imiten á la santa americana, pues eligiendo cada uno el tiempo de su día, calma ó borrasca, lluvia ó sequía, nubes ó sol, á poco andar sabría todo el mundo á qué atenerse y no se necesitarían oficinas meteorológicas ni otros Urrizas

**XXVIII**

**Comunión benéfica.**

31 de agosto.

Santa Rosa, engañando las previsiones tradicionales, humanizándose como muchos otros años, y volviendo por el honor de la oficina meteorológica, cuyos pronósticos han podido ¡por fin! leerse al derecho, nos dió ayer un día hermoso para festejarla. Como algunas dulces abuelas, la edad irá haciéndola, sin duda, más benigna, tolerante y cariñosa con sus nietos. Démosle las gracias, y aprovechemos el buen tiempo para insistir sobre un asunto que señalamos anteriormente y que no hemos dejado de mano sino para tratarlo con mayor tranquilidad en la ocasión oportuna.

Cuando hablamos de «los derechos del repórter», (1) reivindicándolos después de las irritantes conculcaciones que sufrieran en los festejos al ministro norteamericano Mr. Elihu Root, pusimos sobre el tapete una cuestión más importante de lo que parece á primera vista, ó si se prefiere, uno de los síntomas de esa cuestión.

La prensa no tiene en este país, por parte del público, la ayuda con que debiera contar.

No hablamos de la ayuda material que se traduce

---

(1) Ver pág. 77. Crónica XXII.

en suscripciones y anuncios, no: esa va adonde debe ir, franca y resueltamente, premiando los esfuerzos que se hacen para aumentar la altura moral é informativa de la hoja periódica. Nos referimos á otra ayuda, menos tangible, pero tan eficaz, complemento necesario de la primera: la comunión espiritual del lector con su diario, su colaboración, la comunicación directa ó indirecta, pero continua, de sus ideas, aspiraciones, hasta previsiones y noticias.

En épocas de agitación, de enardecimiento de pasiones, hemos visto esa confraternidad, esa unión del público y sus diarios, que venían á formar una entidad solidaria, ó por lo menos, íntimamente vinculada entre sus partes. La colaboración del pueblo, activa y entusiasta, no era una palabra vana, y el intercambio se producía fecundo, pues el diario devuelve meditado, discernido, limpio de impurezas, el montón de los materiales que el esfuerzo del público le aporta, y de lo informe saca lo modelado y útil.

Pero vienen los momentos de tranquilidad y de bonanza, los vínculos parecen aflojarse, el lector sigue con igual interés y cariño recorriendo su hoja predilecta, pero cesa su porte, no se cree en el caso de colaborar en la obra común, el diario no es ya, en su opinión, «de todos y para todos», sino un amigo que habla, que informa, que aconseja, solo y alejado, cuando no un maestro que dicta la lección desde lo alto de la cátedra.

Sin embargo, no debiera ser así.

Las épocas de agitación son aquellas en que un problema dado, una serie dada de acontecimientos hace crisis, exige su solución el primero, corre al desenlace la segunda.

Pero en todos los instantes hay problemas que resolver y series de acontecimientos que desenlazar, y de tanta importancia y tanto interés para todos, cuando menos, como en los momentos más culminantes de las crisis. La comunión entre el lector y

su diario debiera ser, pues, continua, ininterrumpida, tan calurosa en las épocas agitadas cuanto en las tranquilas, y puede que más en estas últimas, por lo que se prestan con más amplitud al examen atento de las cuestiones, á su estudio desapasionado, á la adopción meditada de ideas útiles, progresistas y hasta grandes, que pueden ocurrírsele á uno y no á los demás, por la clase de sus ocupaciones, la materia especial de sus observaciones, el campo peculiar y determinado de su acción, etc.

«Ya lo sabrán allí, ya se les habrá ocurrido,» es una conjetura que honra á un diario y á sus redactores, suponiéndolos en posesión *de omni re scibili, et quibusdam aliis*, pero que no por lo halagüeña deja de ser aventurada. Hay órdenes de cosas, de juicios, de opiniones, de hechos, en que el diario más meditado y mejor informado tiene que flaquear, si no cuenta en el momento oportuno con el colaborador especialísimo y transitorio á quien las circunstancias han puesto frente á la idea, el problema ó el suceso que puede interesar á los demás.

Estas indicaciones son ociosas, ya lo hemos dicho, en las épocas de efervescencia, pues el público gira alrededor de los diarios como en torno de su núcleo natural. Pero, ¿por qué son precisas cuando se vive en paz, fácilmente, sin muchos tropiezos enojosos en lo moral y lo material? Contestaremos con esta otra pregunta: ¿No es ese, acaso, el mejor instante para tratar de mejorar la vida, de acelerar el progreso, de prever y prevenir posibles dificultades futuras?

Es evidente: de la vinculación del pueblo con sus diarios pueden surgir innumerables beneficios. ¡A colaborar, pues! Cuando todos sean periodistas, aun ocasionales, todos serán también más ciudadanos...

**XXIX**

**Emociones fuertes.**

1 de septiembre.

Mr. Blend que, como se sabe, es un discípulo de Spencer—á quien no ha leído nunca, sin embargo,—hablaba ayer en un grupo de amigos á propósito de la prensa en general y de las noticias sensacionales en particular.

—No soy—decía,—de los que tiran el diario con desdén calificándolo de «fiambre», cuando no trae algún crimen, catástrofe, atentado, revolución ó intriga social, política ó diplomática.

Al contrario, cuando eso sucede, acaricio el periódico con la mirada, sigo columna tras columna todo lo que publica, y mi gozo es mayor á medida que veo que no ha ocurrido nada de particular en ninguna parte.

Mi ideal sería el diario informativo sin noticias sensacionales.

Buscar lo sensacional, es casi, hacer inconscientes votos porque haya ocurrido alguna perturbación en el orden físico ó moral del mundo, y el que se fastidia, cuando no lo encuentra, denota un espíritu, en cierto modo, perverso.

Es como si, yendo á casa de parientes ó amigos,

uno se disgustara y protestara porque todos gozan de buena salud, tienen cuanto necesitan y siguen sin tropiezo sus trabajos y diversiones.

¿No sería esto una demostración de maldad?

Pues la misma demostración hace el que desdeña el diario del día porque no ofrece á su curiosidad malsana ni un lindo cataclismo, ni un perfecto terremoto, ni un buen choque de trenes, ni un entretenido asesinato.

Pero, el sentimiento que empuja al lector ávido de emociones es más complejo y menos criticable en él, porque no se da cuenta exacta de su significado sintético.

La emoción no se busca por ella misma, sino por la reacción vivificante que produce, y eso es lo que tiene de plausible.

A la provocada por un terremoto, por ejemplo, responde luego la compasión; con la que produce una matanza de indefenso pueblo por cosacos ó jenizaros, rima luego generosa indignación, y así en cada caso.

Esto es lo que se busca instintivamente, sin comprenderlo, por regla general, ni aun después de encontrarlo—y hay que confesar que esto es bueno.

La Naturaleza tiene medios de tonificar el alma, de darle apetito para que busque alimento, lo mismo que hace con el estómago material. La buena señora se preocupa de sus hijos, y no se limita á cuidarles el vientre, sino también el cerebro.

Pero ni yo, ni cualquier otro hombre normal—vulgar, si ustedes quieren,—necesitamos de aperitivos alcohólicos para comer, ni de vermouths emocionales para sentir y pensar bien.

Y un pueblo equilibrado sería lo mismo, y rechazaría ó desdeñaría la prensa sistemáticamente sensacional, comprendiendo que así como los bitters arruinan el estómago y obligan á aumentar la dosis hasta lo nocivo y venenoso, también la emoción llega á ser dañina y á la larga no resulta excitante sino

cuando sería mortal para un organismo sano y no enviciado.

He observado que la «prensa amarilla», los diarios sensacionales y agitadores, no prosperan sino en los países hondamente perturbados, ó que tienen alguna tara moral.

Pero, después de la crisis ó cuando la tara, curable, ha podido desaparecer, la prensa amarilla cae en profundo desprestigio, desciende de capa en capa social, hasta las más descontentas por razón de ambiciones insaciadas y no siempre legítimas, y, por último, pierde el crédito hasta con estas mismas, porque no les entrega—¡ cómo les ha de entregar!— el cielo de felicidades prometido en sus prospectos diarios.

La pimienta de la «sensación» periodística toma á menudo la forma del ataque violento y continuo á las instituciones, los gobiernos y las personas. Hay, también, un poco de maldad y de estragamamiento en la avidez con que suelen devorarse estos platos fuertemente condimentados. A mí me gusta de cuando en cuando, en el rigor del invierno, un poco de «homard á l'américaine», de ese que hace humedecer las cejas, brillar los ojos y dar á los pómulos un ligero barniz rojizo, como un reflejo de la cáscara del crustáceo; pero maldeciría el régimen que me sometiera diariamente á cangrejo de mar con pimienta de Cayena—más pimienta que cangrejo.

Sí, amigos, las emociones fuertes son perniciosas, porque estragan, desgastan el sistema nervioso, y tienen que nacer de una desgracia, propia ó ajena.

El que las busca en los diarios, busca la desdicha de los otros, aunque sea para reaccionar después en favor de ellos. Y el que se queja cuando no las halla, se queja de que el mundo tenga, siquiera, un día tranquilo, si no feliz. Yo, por mi parte, prefiero interesarme por la marcha invasora y civilizadora del progreso, que me cautiva como una novela de fantásticas aventuras.

Y no estoy solo. Como yo pensaba el que dijo: «Felices los pueblos que no tienen historia»; á lo que debió agregar «dramática», para no cerrar la puerta á los cambios y conquistas del saber, la industria y demás. Y como yo, sentencia el refrán francés: «Pas de nouvelles, bonne nouvelle». ¡Sueño con el diario lleno de descripciones y virgen de noticias!

Así dijo Mr. Blend.

Sus amigos le enviarán, desde hoy, el *Monitor de la Sastrería*.

**XXX**

**¡Oh recuerdos, y encantos,  
y alegrías!...**

2 de septiembre.

En Lomas de Zamora ha reaparecido y vuelto á desaparecer el hombre-chancho. Así, por lo menos, lo cuentan las noticias de policía, con detalles del suceso.

Esta resurrección, que nos retrotrae á treinta años de distancia, aportándonos un renuevo de juventud, nos ha producido la alegría que provocaría la materialización viviente de un cuento de la infancia, y no en el teatro, no con fantoches, no en el cinematógrafo, sino en la vida misma y con personajes de carne y hueso. Imaginémosnos á Pulgarcito con las botas del Ogro por la Avenida de Mayo... ¡Qué delicia!

El hecho es sencillo: desde hace algún tiempo, los vecinos de las afueras de Lomas comenzaron á alarmarse con las insistentes noticias de que un hombre-chancho (con perdón de la Academia, quien apenas se atreve á decir *cerdo*), correteaba por las calles, amenazando su tranquilidad. Era cierto, indiscutible: Fulano, al volver á su casa, lo había visto corriendo como alma que lleva el diablo; Zutano, otra noche, lo había oído hozando y gruñendo como un marrano; Mengano, había tropezado con él...

—Pero, ¿qué hace?—preguntábanse los vecinos.

—Asusta.

—¿Y nada más?

—¡ Hombre! ¡ Y le parece á usted poco!...

—¡ Pero si no hace nada!...

—Precisamente, eso es lo terrible, que no haga nada. ¡ Figúrese usted lo que... haría!...

El terror de lo desconocido, la expectativa angustiosa de un peligro que no puede evitarse porque no se prevé, tendió sus alas de gasa negra sobre la población de Lomas, batiéndolas desde el anochecer con inacabable y sordo zumbido, tanto que, en los barrios más oscuros y solitarios, nadie se atrevía á salir á la calle, y las puertas se cerraban con barras y cerrojos como en tiempos de guerra, hasta que el comisario de la localidad, D. Modesto Benavides—poco supersticioso á lo que se ve,—se propuso enchiquerar al hombre-chancho, considerándolo más bien ladrón audaz, Tenorio impenitente ó feroz Oteló, que materialización cerdosa del espíritu de las tinieblas.

Pero no dió con él. Incorpórea y sutil, la aparición se deslizó entre las mallas de la red de agentes que el comisario le tendiera, ó se desvaneció en el aire sin dejar detrás ni aun el hedor del azufre con que Belzebú se cura, desde tiempo inmemorial, el reumatismo contraído junto á las calderas de Pedro Botero.

Perseguido, el fantasma volvió á sus antros infernales, sin hacer nada bueno ni malo (esto es lo terrible), y sin que podamos considerarlo fruto de algunas imaginaciones calenturientas, pues todo Lomas atestiguaba su existencia y ya se sabe que «vox populi»...

En fin, la tranquilidad ha vuelto al honesto vecindario, y la historia del hombre-cerdo corre ya velozmente á reunirse en el pasado con la más real de sus predecesores, allá en la época de los terceros, las rejas á la española, los postes á lo largo de las

aceras, las chirriantes carretas, los panaderos con arganas, el santiagueño de la mazamorra—cuando los pilluelos vociferaban el cantar popular, la «mi-longuita» en boga:

¡Mira que te corre el chanco,  
Mira que te v'agarrar!

en la época en que su terrible colega la Viuda sembraba el espanto en los barrios lodosos é intransitables, alumbrados por milagro con algún candil mortecino, y que arrancaban de la calle Garantías, «finis terram»... cuando los no supersticiosos y los de ánimo más atrevido, justificaban su abstención de salir de noche diciendo que el hombre-chanco era un ladrón y asesino, que llevaba una «coraza de corcho» impenetrable á las balas, y que por lo tanto no era posible luchar con él, y su sólo encuentro significaba la pérdida de la bolsa y la vida.

¡Cuán ridículo es todo esto! ¡Cuán ridículo, sí! pero, ¡carámbano! ¡teníamos treinta años menos!...

**XXXI**

**Confesión de parte...**

3 de septiembre.

Es raro lo que vamos á decir, y á algunos parecerá exageración, pero nada más cierto, sin embargo: La sesión celebrada ayer por la comisión municipal, después de sus largas vacaciones, resultó interesante.

Que tal pueda afirmarse de una simple junta de ediles, cuando el mismo Congreso nacional, con todos sus personajes, de cartón y otras pastas, oradores que cierran ó abren los ojos según la posición que se les da, especialistas que dicen papá y mamá cuando se les aprieta la barriga, hombres de combinaciones, fabricantes de cajas de sorpresas, autómatas de votar, etc., no alcanza á ofrecernos más que sesiones soporíferas, sin dramaticidad ni siquiera elocuencia, resulta verdaderamente extraño y hasta increíble, si se quiere.

Pero así es la verdad. Del yermo de la comisión municipal, especie de Sahara sin oasis hasta hoy, ha brotado algo que interesa, que llama la atención, y que sorprende como un fenómeno. Ha brotado un proyecto. No, no es un gran discurso, ni un acto trascendental, ni un acontecimiento de sensación. Es un proyecto.

Trata del alumbrado de Buenos Aires y viene á

apoyar resueltamente la campaña que contra «La luz mala» iniciaran estas crónicas. Los lectores lo leerán en otro sitio. Porque aquí no nos proponemos ocuparnos de su propósito, por más que nos halague, sino de otra cosa, que también nos ha dado tela en qué cortar.

La primera parte de las consideraciones que preceden al proyecto, es algo más gordo que una requisitoria contra la comisión municipal: es, lisa y llanamente, una confesión de... de incuria diremos, ya que hay tanta especificación en qué elegir.

De ese documento resulta más claro que de todas las propagandas, sueltos, artículos y peroraciones habidos y por haber, que la actual comisión municipal no ha hecho nada, pero absolutamente nada, si no es la reorganización de la asistencia pública. (Y aún nos falta saber la leche que puede dar).

La incuria no necesita probarse, como que la confiesa parte de la parte interesada, y todavía se detiene á determinar categóricamente el cómo y el cuándo. Del por qué no había que ocuparse, siendo como es de pública notoriedad.

La enumeración de los asuntos de importancia que ha ido dejando de mano la comisión municipal atenta sólo á las cuestiones insignificantes, es ejemplar, tal como aparece en el documento, y aunque éste se haya quedado corto, pues bien pudo alargarla con problemas tan vitales como la carestía de la carne, de los alquileres «e vía discorrendo». Al leerla y recordar lo que no hace mucho se dijo editorialmente del período legislativo, viene á la memoria el chascarrillo aquel, que podría rejuvenecerse así:

—¿Qué haces, Congreso?

—Nada.

—¿Y tú, municipalidad?

—Estoy ayudando al Congreso.

La comisión, lo mismo que el alto poder legislativo, podría alegar en su descargo, que más vale no hacer nada que hacer daño, y que puede que al su-

primir ó suspender el antiguo concejo deliberante se perseguía precisamente este desiderátum de incuria.

Puede ser muy bien ; pero la materia imponible y tan gravada que formamos los habitantes de la capital, no es materia dispuesta á seguir pagando sin apelar, mientras vive y se mueve cada vez peor ; aunque tenga muy en cuenta la fabulilla de las ranas pidiendo rey, no se conforma con el madero, porque á bandadas revolotean, por inercia de éste, las cigüeñas devoradoras ; y se dice á sí misma que si exigir que se haga todo de golpe es pedir gollerías, esperar que se haga algo siquiera no es exageración ni cosa parecida.

En fin : el hecho de confesarse parece envolver un laudable propósito de enmienda en la comisión, junto al deseo de que se la absuelva del pecado original.

Cuando haya hecho penitencia, el pueblo la absolverá, condicionalmente. Y la condición será que se le devuelvan sus derechos. (1)

---

(1) Ya se le han devuelto, y el Concejo es electivo.

**XXXII**

**La Cuadratura del círculo.**

4 de septiembre.

Ante el modesto biftec ó el humilde puchero de la mañana, ¡cuántos trabajadores, dependientes, empleados, pequeños comerciantes y personas en fin de recursos medianos, escasos ó precarios, se plantearán diariamente el problema de la vida, complicado por la inaudita é intolerable elevación de los alquileres, el costo de las ropas, la insuficiencia y carestía del servicio, lo oneroso que resulta todo lo necesario para alimentarse, respirar y moverse en esta gran capital del Sur! ¡Y cuántos, ante ese problema, bajarán la frente y abrirán los brazos haciendo un gesto de impotencia y desconsuelo, diciéndose que, evidentemente, no están llamados á resolverlo! Pero, ¿quién lo está? ¿A quién incumbe hallar la solución? ¿Quién se ha comprometido tácitamente á encontrarla y ofrecerla al pueblo que la espera?...

La contestación es fácil, desde que hemos substituido la Providencia de nuestros abuelos, por la providencia gubernativa: «Las autoridades» son las que tienen que remediar este problemático estado de cosas; ellas, y nadie más que ellas. Será triste, pero es así. No lograrán resolver nada, pero ellas son las que tienen que resolver.

La cuestión es más urgente de lo que ellas pare-

cen creer, sin embargo, y para comprenderlo no hay más que formularse esta otra pregunta:

—¿Qué es barato en Buenos Aires?

Pregunta á la que sólo puede contestarse con una verdad que tiene todas las apariencias de una paradoja:

—Todo lo superfluo.

Lo superfluo, lo inútil (no hablamos del lujo en su acepción más directa), lo que no ayuda realmente á vivir bien, eso es barato en Buenos Aires.

La industria del mundo entero se esfuerza por enviarnos sus buhonerías y cachivaches á precio vil: joyas de latón, piedras falsas, simili seda, imitaciones, baratijas, chucherías, todo nos llega á carretadas y por unos cuantos centavos.

Se comprende: hay que ocultar la inutilidad, la superfluidad con el brillo, y tentar el deseo con la baratura.

Podemos cubrirnos los dedos de brillantes de vidrio y oro de composición por lo que nos cuesta ese simple puchero de la mañana que diariamente perturba, con los azares del porvenir amenazador, la digestión del pobre, del empleado, del pequeño comerciante.

Para «lujos» hay, si los lujos son simplemente de aparato, y hasta es perdonable que los use como esparcimiento del ánimo el que ve que sus esfuerzos no bastan para llenar del todo las necesidades del estómago ni las crecientes exigencias del propietario.

Pero este artificialismo no puede continuar. Estamos en el momento en que cabe coñminar á los que nos gobiernan para que encaren directa y resueltamente el problema de la vida. Sólo ellos pueden mejorar en algo siquiera la situación que preocupa á los habitantes pobres y que gozan (¡no gozan, ay!) de cierta medianía que se convierte hora tras hora en escasez.

Triste es insistir en ello, porque parece tema comodín de periodista cansado: pero en el país de la

carne, la carne es un artículo que va siendo inaccesible para los entenados de la fortuna.

¿Por qué? Los miembros del gobierno comunal culpan á la exportación excesiva, diciendo que se envía todo al extranjero, que aquí no queda una res, y que la gran demanda y la pequeña oferta provocan la elevación de los precios. Apurando un poco esta premisa, se aconsejaría poner trabas á la exportación, resucitar los derechos, sistema que se ha abandonado por viejo y pernicioso.

Los vendedores de carne en el mercado, afirman por su parte que la carestía depende casi en absoluto de los pesados impuestos que el artículo debe pagar antes de su llegada á manos del consumidor.

Lo que correspondería, entonces, sería disminuir esos impuestos, que, como siempre, pesan más sobre los pobres—como pasa con el precio de la luz eléctrica, del gas, etc.

Pero el problema es más complejo, y no puede sintetizarse en estas líneas, cuyo único propósito es mantenerlo, con insistencia, sin tregua, sin contemporización, ante los ojos de quienes lo deben resolver.

Para el particular, pobre ó rico, la solución está sobre las fuerzas humanas, es el movimiento perpetuo, la cuadratura del círculo.

Para «las autoridades» no debe ser así, pues en casos como éste, cuando no tengan el cerebro de Newton bien pueden tener la espada de Alejandro, si es cierto que «salus populi...» con lo demás.

**XXXIII | ¡Oíd, mortales, el grito sagrado!**

6 de septiembre.

Mucho nos regodeamos cuando algún extranjero, de visita, pone al país por los cuernos de la luna, sin observar que la cortesía le obliga á ser amable y exagerado en el elogio. Nadie va á casa ajena por un rato con la intención de criticar al dueño en sus propias barbas.

Pero no nos alegraríamos tanto oyendo estas alabanzas si, con un poco de penetración y un mucho de sangre fría, tratáramos de darnos cuenta de su fundamento y significado.

¿Qué nos dicen, en suma, esos agradabilísimos huéspedes? ¿Qué es lo que elogian principalmente en nosotros? Despojando sus frases de circunloquios y anfibologías, ¿qué es lo que queda y qué lo que quieren decir?...

Si lo examinamos bien, veremos que no nos dicen sino esto, sempiterna, invariablemente:

—¡Pero qué ricos son ustedes!

La variante única del fondo de estos elogios es una crítica acerba:

—¡Qué lástima que no sepan ustedes aprovechar su riqueza!

Estas píldoras se doran de diversos modos, y con mayor ó menor habilidad, según el ingenio, la edu-

cación y el humor del visitante. Pero el estribillo es siempre el mismo. Ejemplo :

— ¡ Da gran idea del progreso de este país la vastísima zona cultivada, los inmensos trigales, los viñedos que cubren millares y millares de hectáreas, los innumerables rebaños, la enormidad de la producción agrícola y ganadera!...

Traducción :— ¡ Pero qué ricos son ustedes !

Otro ejemplo :— El adelanto de la república es colosal, y en cuanto se realicen algunas fáciles conquistas, como ser un buen plan educacional, las fáciles y baratas vías de comunicación, la vida desahogada de las clases media y pobre, y otras así, la Argentina estará á la altura de las naciones más civilizadas.

Traducción :— ¡ Lástima que no saben aprovechar su riqueza !

Decirlo lisa y llanamente sería sentar plaza de grosero ; no decirlo sería ocultar demasiado lo que se piensa en realidad, y correr el riesgo de pasar por tonto, á poco que el oyente sea un sí es no es perspicaz. Así, se echa generalmente mano de un circunloquio, edulcorando con él la amargura del : « ¡ Pero qué ricos son ustedes ! » elogio que el mismo Crespo repudiaría al fin, ó trocaría gustoso por cualquier otro más personal y significativo de mérito.

Cuenta Voltaire que para corregir á cierto noble orgulloso y botarate, el monarca ordenó á sus criados que le cantaran de la mañana á la noche :

« ¡ Oh, qué mérito extremado !  
» ¡ qué grandeza ! ¡ qué valor !  
» ¡ cuán contento de su estado  
» debe hallarse monseñor ! »

Y lo que al fatuo comenzó por ser gratisimo, acabó por intolerable tortura... y eso que no le cantaban « ¡ pero qué rico es usted ! » como á nosotros.

Nunca se alaba (ni hay mucho fundamento) nuestra intelectualidad, nuestras investigaciones científicas

ficas, nuestros descubrimientos, nuestras invenciones, como que nosotros mismos dejamos en segundo término todo lo relativo á la inteligencia, todo lo que tiende á cultivarla, todo lo que ella da por fruto, y nos atenemos también á la grandeza exclusiva del dinero... Porque poco hay que alabar, en otro orden, y pruébelo este hecho verídico: Hace algún tiempo un argentino encomiaba en presencia de uno de esos extranjeros de que hablábamos antes, algo que creía peculiar del país:

—La libertad individual de que aquí se goza...

Su interlocutor—franco esta vez,—le interrumpió:

—¿La libertad? No la veo. Aquí donde se prohíbe fumar en los tranvías, viajar en las plataformas, pasar por delante de una iglesia en que se celebra un casamiento...

—Sí, pero...

—Me dirá usted que eso es poca cosa, detalle ínfimo, que uno se acostumbra y no lo siente. ¡Conformes! Pero no por ello dejan de ser otras tantas limitaciones de la libertad; y hay muchísimas de ese orden.

—En Europa...

—Las hay también, pero no tantas. Y en Londres, por ejemplo (el que hablaba era francés), en Londres se tiene la completa sensación de esa libertad de que usted habla.

Nuestro compatriota hizo un gesto como para objetar, pero el otro caballero se le adelantó:

—Ahora, si usted se refiere á las libertades políticas...

—¡Oh, no, no!—apresuróse á contestar el argentino, cortando la conversación. (1)

En efecto, con el propósito de cuidar á la gente y evitarle disgustos, disputas ó percances, el hecho es que se limita de todos modos la libertad, y, aunque

---

(1) Ecan: Mr. Turot y el autor.

la cantemos en el himno, estamos á cien leguas de cultivarla y defenderla como en los Estados Unidos, por ejemplo, y aun como en España (aunque parezca mentira) en cuanto á la autonomía individual.

Allí, en América del Norte, cada cual se cuida, sin tener encima un rimero de ordenanzas y de leyes tan abrumador como la peña de Sísifo; y en España, el enorme legajo de estas restricciones escritas, sirve, cuando mucho, para que algún necesitado arme con ellas un pitillo.

**XXXIV**

**¡Hogar, dulce hogar!**

7 de septiembre.

Pocos pueblos tan llamados á comprender las dulzuras del hogar doméstico, á desearlas y buscarlas, como el pueblo argentino, en quien debe subsistir una tradición fresca y lozana todavía, puesto que no ha pasado sobre ella el soplo agostador de los siglos.

No hace cien años, no hace la mitad siquiera, el culto del hogar y de la familia estaba en su apogeo, desde Buenos Aires hasta el rincón más alejado de estas tierras, como la herencia moral más noble y más rica, más original y más provechosa que nos hubieran legado los españoles de antigua cepa, nuestros patriarcales abuelos.

La familia, cada familia formaba un núcleo unido y poderoso—como el haz de varillas de la fábula—bajo la autoridad suprema de un jefe, el padre anciano ó por lo menos grave y sesudo, que velaba celoso por el interés común—y esto desde el último peldaño inferior del pueblo, hasta los más altos círculos de la sociedad.

Ello constituía una característica, una hermosa originalidad que hemos ido perdiendo, también, rápidamente, y que hoy sólo se observa por excepción en alguna ciudad ó pueblo de provincia mediterránea, donde las costumbres no han sufrido un vuelco tan grande, y donde todavía se cree en el axioma

del viejo Montaigne: «El que se encierra en su hogar es más libre que el Dux de Venecia», repetido luego por Ibsen en «El enemigo del pueblo»:—«El hombre más fuerte, es el que está solo».

La afluencia de la inmigración, por una parte, la vida cada vez más febril á que este período de adolescencia y crecimiento nos lanza irremediablemente, han borrado en nosotros ese carácter, como han borrado otros muchos dejándonos sin sello alguno que nos distinga y especifique.

Pero esa modalidad existió, perduró largos años, y es lástima que no se haya estudiado todavía con la amplitud que merece (ó por lo menos que no se hayan hecho públicas las observaciones acopiadas al respecto), pues su desaparición deja un vacío y quizá constituya un grave mal, mientras no podamos hablar con Víctor Hugo, de su reedificación necesaria y santa:

le penseur reconstruit ces deux colonnes saintes:  
le respect des vieillards et l'amour des enfants.

Pero no era nuestro propósito emprender aquí este estudio de arqueología social, cuya amplitud está en pugna con la improvisación periodística. Nos basta la evocación de aquellos tiempos y aquellas costumbres, para fundar sobre ella otras consideraciones de mayor actualidad.

En estos días se ha hablado con insistencia de las «casas para obreros», invitándose á la comisión municipal á que encare el asunto como debe, es decir, una vez por todas, sin segunda intención, franca y resueltamente.

Esto, en efecto, tiene carácter de urgencia, desde hace mucho, y su necesidad se acentúa tanto más, cuanto más se dificulta y encarece la vida en Buenos Aires, por los precios excesivos que alcanzan los consumos, los alquileres, hasta el aire y la luz...

Las clases pobres son las que sufren con más in-

tensidad y con menos defensa, pues lo que consiguen con sus reivindicaciones, muchas veces mal encaminadas, no es sino un remedio precario y pasajero que no va al fondo de las cosas.

El peor de sus problemas es el del alojamiento, que sólo puede resolverse, á la altura á que hemos llegado, con la creación de grandes barrios obreros, la que traería consigo, no sólo un mejoramiento de las clases beneficiadas directamente, sino también de la situación general.

La casa limpia, alegre, cómoda y barata, no es una panacea ; pero nadie negará que quien habite en ella no ha de sentirse irremisiblemente impulsado á salir á la calle, á huir, á correr á la taberna ó á los puntos de reunión donde, entre el alcohol y el juego, se enardecen las bajas pasiones, se envenena la envidia y se arma el odio indeterminado á todos los felices ó más bien á cada uno de los que se tiene por tales.

¡ Hogar, dulce hogar !

Los países en que hasta los más desgraciados lo tienen, alcanzan un nivel moral muy elevado, y la paz y la tranquilidad reina en ellos. Aquí, cuando hasta los mendigos—aquellos mendigos á caballo que dejaban boquiabierto al extranjero,—tenían su rancho en las afueras de la ciudad, todo el mundo estaba contento con su suerte y podía decirse que nuestro pueblo era feliz. Hoy, no.

Hoy no sólo el hogar del obrero, sino el mismo de aquellos que mediante un trabajo bien remunerado podrían considerarse en envidiable posición, no llena las más rudimentarias necesidades y está muy lejos de ser el «home» de nuestros abuelos. De ahí la dificultad de volver á la parte merecedora de renacimiento de aquellas costumbres de antaño que señalábamos al principio.

Así, pues, hasta por un fin de moralidad, de felicidad pública bien entendida, debe tomarse, al fin, esta tan esperada iniciativa de la vivienda obrera.

¿Cómo? Hay muchos medios. Véanse éstos: Sancionar algunos de los proyectos de concesiones que la comisión municipal tiene en cartera, si están bien garantizados y remedian realmente la situación. Empezar, de lo contrario, administrativamente, la construcción de barrios obreros en varios de los muchos terrenos municipales baldíos. Eximir de toda clase de impuestos, por el término de cinco años, á las casas para obreros, de vecindad y de departamentos que se edifiquen en determinadas condiciones y cobren un máximum de alquileres determinado por la municipalidad, como defensa del inquilino. Otorgar premios á los que construyan las mejores casas para obreros, en la certidumbre de que serían más benéficos que los otorgados «á la mejor fachada». Y cien otros más para que sea accesible á todo el mundo el hoy fantástico «¡hogar, dulce hogar!»

**XXXV**

**Las hojas del rábano.**

8 de septiembre.

Cuando los diarios señalan alguna deficiencia en los servicios públicos ó privados, algún abuso de empresas, compañías ó cuerpos de otro género, particulares ú oficiales, los aludidos por su crítica creen, ó fingen creer, que ella es dictada únicamente por lo que esas faltas, descuidos ó exacciones afectan á los mismos periódicos ó á los miembros de su redacción.

El hecho es curioso, invita á sonreír y hasta tendría gracia si no envolviera un desconocimiento del papel mucho más elevado y altruista que quiere desempeñar la prensa, ó por lo menos algunos de sus representantes.

Cierto es que el periodista nota muchas veces, por lo que á él mismo le ocurre, los defectos de esta ó aquella organización, de este ó aquel servicio ; pero también es cierto que, antes de quejarse, comienza por inquirir si es el único que padece, ó si el mal hace otras víctimas y está lo bastante generalizado para fundar una campaña tendiente á corregirlo ó extirparlo.

Si se convence de esto último—como tiene que pasar generalmente, porque no se crean las cosas malas para uso exclusivo de los redactores, cronistas y repórters,—la campaña surge, más ó menos

intensa, según el diagnóstico y el pronóstico previamente hechos sobre la enfermedad.

Y entonces viene lo chistoso.

La prensa no pide, al realizar su campaña, ni una mejora, ni un correctivo á viejos ó nuevos abusos, para resultar beneficiada ; no pide para su santo.

No se excluye, naturalmente, del beneficio, pero en ningún caso lo busca para ella sola.

Así, por ejemplo, si trata de que la luz sea mejor y su tarifa más razonable, no se privará, cuando triunfe, de estar bien alumbrada y pagar menos que antes ; eso sería, sencillamente, tonto.

Pero tampoco se satisface con la inversa, y no batalla por una mejora parcial que sólo beneficie á ella, pues eso sería empequeñecer su misión de un modo deplorable y mezquino.

Pues bien : esto, tan natural y evidente que no necesita explicación, es, sin embargo, una cosa incomprendible para mucha gente particular y oficial, de la industria y del gobierno, pues no podemos creer que su conducta, en ciertos casos, obedezca á la astucia y mala fe, y no á una simple miopía intelectual y moral.

Y los ejemplos de esa conducta son de una frecuencia abrumadora—risible, ya lo hemos dicho, si no significara un medianísimo aprecio por los diarios, y un concepto erróneo y mezquino de lo que alcanzan á ser sus medios de información.

Así, ¿ aparece una denuncia ó una queja que pueda referirse á una necesidad ó á un deseo del periódico que la publica ? ¡ Pues á remediar en seguida esa necesidad en la parte que afecte al periódico en cuestión ! ¿ El resto ? ¡ Bah ! el resto poco importa : se trata del « vulgum pecus », que no tiene cómo ni dónde quejarse con fruto. Si se dirige á los diarios, éstos, que han palpado la mejora parcial, maldito el caso que le hacen.

¿ Sale un suelto contra el abominable servicio telefónico ?

Pues durante dos ó tres días, hasta una semana, si el sueldo ha sido «muy fuerte», da gusto ver cómo funciona el aparato de la redacción. ¡Lo ponen á uno en comunicación aun antes de que lo pida y con todo el mundo al mismo tiempo!... ¡Y qué amabilidad, qué almibaramiento el de los empleados y empleadas al dar con el número tantos ó el número cuantos! ¡Uno se diría en plena soirée. de Cachupín, ó en un martes de las de Gómez! El resto de los subscriptores puede bailar, entretanto, un gato cepillado frente á su teléfono. ¡Los diarios están bien servidos y basta!

¿Se inicia una campaña santa contra los revendedores?

En las noches subsiguientes no hay periodista,—ratones de imprenta inclusive,—que no se encuentre de par en par las puertas de los teatros interesados en que sobreviva la saltona esa, que ya se convertía en voladora.

¿Se rompe el fuego, al fin, contra los abusos del gas y de la luz eléctrica?

Las imprentas aparecen como por encanto, desde la primera noche, iluminadas «a giorno», y los medidores particulares de algunos miembros de la redacción, refrenan un instante su carrera infernal de caballeros del Apocalipsis...

¿Se critican los pésimos empedrados?

Al día siguiente, las cuadrillas de peones, entre nubes de polvo, remueven y rehacen la calzada enfrente de la imprenta.

¿Se clama por falta de riego?

Al salir de la redacción, aunque sea al venir el día, el periodista se encuentra con la calle inundada de la una á la otra acera...

«Et sic de cæteris»... Pero ¡señor! si los diarios no se quejan egoístamente, ni tienen en estos casos un cuerpo limitado de repórteres y noticieros, que viva en una sola casa, en un solo barrio! Se quejan por la colectividad, para beneficio de la colectividad,

y no se les ciega con tan poco ; tienen la colaboración de un informante con cien brazos como Briareo, con cien ojos como Argos, incorruptible como el Cerbero, justo como Minos, prudente como Ulises : el Público.

Y á éste no se le tapa el cielo con un harnero, porque el harnero tendría que ser tan grande como su cielo.

**XXXVI**

**El Evangelio del reposo.**

9 de septiembre.

Más que interesante, importantísimo, vital, es el debate que sobre el trabajo de las mujeres y los niños acaba de iniciarse en la Cámara de Diputados y continuará en estos días.

La misma altura de la cuestión ha elevado el nivel habitual de la oratoria parlamentaria, y la última sesión tiene el poder de sorprendernos gratamente por la abundancia de las ideas vertidas en ella (hecho excepcional), por la exactitud de muchas observaciones y apreciaciones, y por la elocuencia de algunos de los que tomaron la palabra para abogar en pro de una ley del trabajo.

Si es cierto que lo que se concibe bien se expresa con claridad, no es menos cierto que la importancia de un propósito y la generosidad de su espíritu contribuye á encontrar ó provoca la belleza de la forma y la amplitud de las ideas.

No podemos dejar de referirnos á esa sesión en estas crónicas que se ocupan, con preferencia, de temas llamados en la jerga periodística «de interés general», pues une á este carácter el de la más palpitante actualidad. Pero al hacerlo, nos limitaremos á señalar algunos de los pensamientos más verdaderos y bellos que se han formulado, para contribuir

á que permanezcan impresos de relieve en la memoria de los lectores, siempre más ó menos distraídos cuando se trata de estos asuntos, tan trascendentales y complejos sin embargo.

Porque, como lo dijo muy bien el diputado Pera, hay «verdadero interés colectivo» en la intervención del estado en el trabajo del niño y de la mujer.

Interés que ha pasado á la categoría de motivos prácticos en la sociedad actual, por la especialización de nuestra industria y por el mismo progreso de la sociedad; porque, al fin y al cabo, la cuestión social no es sino un exponente superior del progreso de la humanidad en su marcha fatigosa á través del tiempo, buscando cada vez más el perfeccionamiento general.

El mismo orador pintó luego la situación de la mujer y del niño obreros, entre nosotros. La de la mujer es inferior á la del hombre adulto, y puede considerarse, en general, incompatible con la conservación de la salud... y de la belleza, que es la soberbia salud de la mujer. La del niño es abominable, sobre todo en las industrias que los emplean en gran número. El problema se impone, pues, al estudio y la solución.

Pero el discurso del día fué, indiscutiblemente, el del doctor Piñero, quien expuso grandes verdades en una forma llena de brillo y de eficacia. Recordemos algunas:

Rodead al hombre — dijo — de condiciones ó circunstancias en las que no se vea obligado á mentir, á engañar y explotar á los demás, y, por la sola fuerza de las cosas, la moralidad se elevará á una altura desconocida hasta el presente.

El orador determina de acabadísima manera el fin de la legislación sobre el trabajo:

Es un fin de preservación común, social, higiénica, biológica, que busca la conservación del capital de vida colectiva para impedirle que degenera, para asegurar su evolución y desarrollo normal en el futuro: no es nunca una cuestión de detalle que interese sólo en el momento, que interese únicamente á una clase, á un gremio. Es siempre la cuestión de economía social más interesante para la civilización.

Luego insiste con elocuencia en el interés general que impele á organizar «humanamente» el trabajo humano:

Es cierto que, actualmente, la historia de la humanidad es la lucha incesante entre los que quieren organizarla sobre los principios de la libertad y la igualdad, y los que quieren hacer agradable la vida propia á expensas del trabajo ajeno; pero, cuando venimos á la legislación obrera, nos encontramos siempre con ese interés común y colectivo, fundamental, porque hace á la existencia y desarrollo de las naciones y de la humanidad misma, que no se concibe sin la conservación y el desarrollo del capital de vida colectiva.

Y no se puede decir, como agregó el orador, que la enfermedad, que el agotamiento, que los accidentes, la muerte, sean fenómenos indiferentes á las finanzas colectivas, al bienestar general; nadie puede negar que son sus factores directos.

Es de notar que el doctor Piñero, ajeno á todo socialismo partidista, libre de toda preocupación sectaria, hombre de ciencia y experiencia, tiene palabras de condenación para

el privilegio monstruoso y exorbitante que se ha arrogado el capitalismo moderno — el industrial y el comerciante, — de tomar en la comunidad, gratuitamente, su agente más precioso y productivo, el obrero sano y válido, y explotarlo hasta el agotamiento, hasta inutilizarlo, y, después de haberlo inutilizado, abandonarlo á la sociedad, para que ésta cargue con su asistencia en el asilo, iniquidad social la más grande y peligrosa que han cometido los hombres, peor quizá que el derecho de conquista.

Su corazón de hombre se agita y protesta contra ese abuso del trabajo que es

la angustia para el momento presente, la degeneración segura para el porvenir.

Y su previsión de político se alarma, porque

la clase desheredada llega al fin á sentir y conocer amargamente que el mundo y las leyes del mundo son sus enemigos, y de esa manera se ha forzado socialmente á muchas almas nobles — que en un ambiente más sano habrían sido agentes útiles de la sociedad, — á colocarse en abierta hostilidad con el mundo.

Y porque, pese á los que tienen oídos y no oyen, sus quejas, sus protestas, sus reivindicaciones no son vanas palabras.

¡Son las voces que del fondo de la sociedad llegan al espíritu del hombre de corazón, del verdadero psicólogo!

Más nos conmueve aún y da que pensar esta sentencia, tan sencilla, tan humana y tan práctica:

La vida no es para el saber ni para el trabajo, sino el trabajo y el saber para la vida.

General es, en efecto, confundir los términos, porque

no vemos que el trabajo — actividad mental ó actividad física, por la cual el dinero se acumula,—no es sino un medio, y que es tan irracional emplearlo prescindiendo de la vida, á la que debe servir, como es irracional en el avaro la acumulación del dinero, del que no sabe hacer ningún uso.

En suma, el diputado Piñero, libre de escolasticismos de toda especie y con su autoridad de psicólogo, fisiólogo y hombre de pensamientos propios, ha encarado la cuestión desde un punto de vista humano y de «interés general» en el sentido más amplio y elevado de la palabra, señalando el grave peligro que para la sociedad, para la nación entera, trae consigo el hecho de provocar la degeneración futura de la raza en el seno mismo de las madres, ó en el frágil y santo cuerpecillo del niño. Y ha tenido razón y elocuencia profundísimas al pronunciar las palabras que nos han dado el título de esta glosa:

Se ha abusado y se abusa del evangelio del trabajo. ¡Hora es ya de pensar en el evangelio del reposo!

No hay que cegar las fuentes del futuro. ¡Debemos prepararnos para ser la gran nación de mañana y no dilapidar inicua y tontamente lo mejor de nuestras fuerzas!

**XXXV II    Las opiniones de M. Lugué Poe.**

10 de septiembre.

En visperas de partir de regreso á Europa el eminente creador de *L'Oeuvre*, de París, hemos querido conocer las impresiones que lleva de nuestra capital, en la seguridad de que no serían triviales, sino, por el contrario, originales, sinceras y profundas.

Encontramos á M. Lugué Poe en el saloncillo de la dirección del Odeón, y expuesto el motivo especial de nuestra visita, se prestó gustoso á dar brillo á estas crónicas con su palabra :

—La impresión que llevo de Buenos Aires — nos dijo, — es la misma que tuve hace tres años. Desde un principio me llamó la atención, en el sentido que más directamente me interesa, la afición, el amor al teatro que palpita en esta ciudad. Ciudades francesas considerables, como por ejemplo Lyon, son muy inferiores á Buenos Aires, si se estudia su gusto estético en teatro ó en música. Preciso es decirlo y repetirlo para algunos franceses ignorantes que se quejan aquí. Nada tan absurdo como establecer comparaciones entre el público argentino y el público de la Europa latina.

En París — continuó M. Lugué Poe, — existe un público, si así debe considerarse la masa de los que se precipitan á las representaciones de arte ó á las grandes obras musicales ; lo hay en Milán ; en dos ó tres ciudades de la Europa latina, hay otro menos importante ; y se acabó... Aquí, el país es joven y vidente ; desea conocer, y ese deseo permite presumir fuerzas intelectuales que, el día en que hallen guías inteligentes y bastante numerosos, no conocerán obstáculo alguno para libertarse y emanciparse.

Significamos á M. Ligné Poe cuán grato nos era este modo de ver, que considerábamos exacto por mucho que favoreciera á nuestro pueblo—pues, aunque en *veremos*, el porvenir intelectual que nos vaticina, es halagüeño,—y seguimos escuchándolo en otros temas interesantes y conexos con lo anterior.

—Había oído hablar mal — nos dijo, — de la cultura de las jóvenes argentinas; pero por mediación de mi esposa (Mme. Suzanne Desprès), he podido luego apreciar las cualidades y disposiciones de muchas jóvenes. Mi esposa ha tratado á algunas, y yo comparto por entero la opinión de Suzanne: «la vida de belleza» —como ha dicho Mirbeau, — emana en este país especialmente de las mujeres. No quiere decir esto que los hombres no sean aptos para los goces del arte y del espíritu; no, sin duda. Pero durante los largos años de labranza y estudio de la fecunda tierra argentina, los hombres — para vivir, para alcanzar el maravilloso desarrollo de fortuna á que asistimos, — se han visto obligados á descuidar todo pensamiento que no fuera el de «*primum vivere*».

M. Ligné Poe considera ya más hermoso el presente, y mucho más el futuro:

—Ahora ya están en el período de reposo después del trabajo, é indudablemente pronto reanudarán la obra común y ensayarán su admirable actividad en todas las formas de la vida. Es imposible que sea de otro modo. Bastará un poeta, un pensador poderoso, un pintor ó un compositor, para que en un momento dado aparezca todo un florecimiento á los ojos del mundo. Aquí la vida se oculta hirviendo en todas partes, en el campo, en las ciudades. La fuente fecunda, pronta á manar, idéntica y adecuada al valor de los trabajadores del litoral ó de las pampas. ¡Grosero error el de los que niegan su existencia! ¡En un país donde en todas partes se asiste á una completa regeneración del individuo, también se debe vivir con pensamientos nuevos y nuevas bellezas!... ¡Sin duda cuantas les lleguen á ustedes de Europa les parecerán morales estériles y bellezas heladas! Las mujeres, las mujeres serán las primeras en advertirlo.

Al ver un movimiento nuestro que, á la verdad, no significaba duda sino sorpresa, M. Ligné Poe insistió:

—No trato de lisonjear, exponiendo estas impresiones, ni pretendo tampoco ingenuamente adivinar el porvenir. Pero esta es la segunda vez que vago por estas tierras de América, y admiro la fuerza y la vida que encuentro en cada encrucijada. Aquí tienen ustedes más teatros que cualquier ciudad de Francia, excepto

París; todos esos teatros viven, todos esos teatros «buscan». En el de los Podestá veo candor y arte; á menudo se ligan ambos, ¡no sé cómo! No hay allí semi-cultura artística, ¡mejor! Suele «no haberla de ningún modo», pero de vez en cuando brotan chispas de genialidad en el arte simplista de las representaciones.

El eminente artista, que así se nos revelaba como profundo observador de nuestra psicología, que ha estudiado—se ve—atentamente y en lo vivo, aclaró más este último concepto, agregando:

—Hay que tenerle miedo á lo mediano; mejor es tener que habérselas con seres toscos y truncos que con «héroes de semi-cultura». Ustedes sabrán que un indio antillano comprendía mejor los cuadros de nuestro gran impresionista Gauguin, que un parisiense escéptico que se jacta de entender de pintura. Desconfiar de la medianía, y esperar lo todo de sí mismo; barrer lo que venga de Europa sin el contralor de la nobleza del alma, tal es — supongo, — la verdadera idea americana, y me alegro de ello. Me es difícil decir más. El cepo de hartos sistemas europeos oprime aún las buenas voluntades; pero la verdadera revolución, la única digna de tenerse en cuenta, la íntima, la de las conciencias, ¡se hará aquí antes que allá! Las otras revoluciones no son, en realidad, más que pequeñas transacciones agradables en sus consecuencias llenas de «cuasis» y satisfacciones de menor cuantía...

Luego, M. Ligné Poe agregó, abandonando por un momento su tono reposado y tranquilo, para dar más calor á su frase, evidentemente sincera y entusiasta:

—En este momento, y cualquiera que sea el abismo que me separa de lo que llamo «un gran trabajador argentino», considero á ese semidiós con más respeto que á uno de nuestros medianos escritores ó artistas de Europa. ¡Considere usted, pues, con qué simpatía estrecharé la mano de los otros argentinos que vagan y trabajan aquí con ideales de arte ó de letras, por los que no reciben satisfacción alguna!

Después de una pausa que no quisimos interrumpir, pues daba mayor fuerza á esta generosa explosión, M. Ligné Poe cerró la interesante entrevista diciendo:

—Pero lo cierto y lo admirable es realmente la piadosa y rápida adopción del suelo argentino, por hijos de españoles, de italianos ó de franceses, de que hablaban ustedes días pasados

con M. Turot. Ese es un indicio misterioso y maravilloso de la vida futura del país. ¿Qué poder de absorción tiene sobre el individuo el aire ó el suelo de esta tierra? En Rusia, Máximo Gorki da á entender en sus obras, que el aire tónico soplará de Siberia. —Ibsen habla con entusiasmo del oeste misterioso de la Noruega como libertador de Europa... Lo cierto es que, en América, los hombres pueden revelarse á sí mismos. «Cada cual puede y debe remar en su propia barca». Y discúlpeme usted que le haya hablado tan largo...

Así dijo M. Lugné Poe, y quizá por amor propio y por «esperanza» nacional nos pareció que había hablado de perlas.

**XXXVIII**

**La Ciudad-escuela «Mitre».**

13 de septiembre.

Los lectores están informados de la iniciativa tomada por D. Domingo Mantovani, director de la escuela superior de varones de Posadas, creando allí una ciudad-escuela á imitación de la que con el nombre de «Franklin» existe y funciona, desde hace algunos años, con éxito, en los Estados Unidos. También conocen ésta por la descripción que, después de una detenida visita, hizo D. Ernesto Nelson, y, sin duda, les habrá llamado la atención lo original de la idea y lo proficuo de sus resultados.

Considerarían difícil, si no imposible—eso sí—la aclimatación de esa clase de establecimientos en nuestra tierra. Generalmente, lo que es bello y grande nos admira, pero lo consideramos con miedo y no nos atrevemos á adoptarlo, como si estuviese más arriba de nuestras fuerzas y alcances. Tenemos un concepto bastante pobre de nosotros mismos—tal, que nos hace condenar y desear *à priori* toda originalidad, y no nos permite adoptar con decisión lo que no tenga una sanción secular, aunque sea ventajoso y hacedero.

Desde las instituciones hasta las costumbres, en todo se nota este espíritu de «imitación retrasada» que algunos pueden aplaudir como resultado de pru-

dencia machucha y previsoras, pero que otros pueden criticar, con mayor razón, como prueba de una pusilanimidad intelectual y moral que nos deja en una apatía rayana en la inacción completa.

En este caso de la ciudad-escuela—que su iniciador y cooperadores han bautizado con el nombre del general Mitre, como homenaje á la memoria del gran ciudadano, como auspicio de éxito y como padrino eficaz—cuántos exclamarán entre incrédulos y epigramáticos:

—¿Una república de chicos, cuando todavía no la tenemos los grandes? ¡Bueno andará el pandero!

Pero esta, para muchos irrefutable objeción, es precisamente la razón más poderosa que existe para aplaudir y fomentar la iniciativa, y para hacer votos por que cunda y no se circunscriba al lejano territorio de Misiones.

Los hombres no saben ser republicanos, porque no lo han sabido de niños, porque en la infancia se les dieron todos los caminos trazados, todas las cosas hechas, suprimiendo su iniciativa y su voluntad para suplantarlas con la autoridad omnímota de los padres y los maestros.

El niño se encuentra en la vida, una vez hombre, sin haberla practicado, conociéndola puramente por la teoría, á veces falsa, que los libros le han expuesto. No sabe manejarse—como el que hubiera aprendido á nadar sin meterse en el agua,—y de ahí muchos de sus errores, extravíos y caídas.

Esto en general. En particular y por lo que á la vida colectiva se refiere, ¿qué puede aprender el niño del juego y funcionamiento de nuestras instituciones republicanas, en los textos de instrucción cívica que se ponen en sus manos? Esa lectura complicada, abstracta, subjetiva, sin aplicación para él, no es más que ruido de palabras que se borran de la memoria, tan pronto olvidadas como aprendidas. En cambio, cualquier impresión objetiva que despierte su actividad y su atención quedará indeleble en su

cerebro, y en la hora dada podrá ser causa de sus determinaciones conscientes y de sus actos subconscientes. El hombre puede olvidar lo que aprendió en la escuela ; lo que en ella hizo, la aventura más insignificante, el hecho más nimio, perduran en su memoria cuando ya se ha desvanecido hasta el último vestigio de lo que aprendiera en los textos.

Y aquí viene bien lo que dijo Le Bon :

Sería, tal vez, posible consentir, en caso de necesidad, todos los inconvenientes de nuestra educación clásica, aun cuando no produzca sino descalificados y descontentos, si la adquisición superficial de tantos conocimientos, la repetición perfecta de tantos textos elevase el nivel de la inteligencia. Pero ¿lo eleva realmente? Por desgracia no. El juicio, la experiencia, la iniciativa, el carácter son las condiciones de éxito en la vida ; y esto precisamente, no lo dan los libros. Los libros son diccionarios, útiles para consultar, pero de los cuales es perfectamente inútil tener grandes fragmentos en la cabeza.

Esto, en cambio, puede darlo la república escolar, que no ofrece refranes mas ó menos extensamente comentados, sino hechos positivos, vida real, experiencia, conciencia de la individualidad y de la colectividad...

Es la gran razón que existe de aplaudir esa creación de la ciudad, de la república de niños, que mañana ha de darnos—si algo puede dárnoslo,—ciudadanos conscientes de sus deberes y derechos, capaces de cumplir los unos sin esfuerzo, de mandar los otros sin violencia.

Hay que enviar á ella á los hombres...

**XXXIX**

**Lección de cosas.**

14 de septiembre.

No todo ha de ser crítica contra las costumbres, modalidades y manifestaciones sociales. También, á veces, tienen merecido el aplauso. Y no lo hemos de escatimar, por cierto, cuando nos parezca justo.

Hoy, por ejemplo, estamos ante un hecho que es toda una lección.

La gente ha caído en el pernicioso vicio de creer que todo lo que nos llega de Europa, precedido por legítima ó por usurpada fama, es aceptado en Buenos Aires sin beneficio de inventario y como cosa irremediabilmente consagrada. Esta creencia común tiene, por desgracia, sus confirmaciones prácticas; pero, más á menudo, sucede lo contrario, los hechos demuestran su inexactitud y su falta de base sólida; sin embargo, persiste como ciertos tradicionales artículos de fe, cuya destrucción es tarea de años, si no de siglos...

El caso actual nos lo ofrece la venida de la bella Otero, de que no hemos querido ocuparnos hasta ahora por dos razones: en un principio, para observar mejor cuál sería la espontánea actitud del público, y más adelante, para no agravar aún su evidente fracaso. «Il faut que tout le monde vive», ó en otras palabras, no hay que quitar á nadie el pan de cada

día, con lo que no nos referimos á la bailadora, que vino con un sólido contrato, etc., etc.—sino á los ilusos que confiaron en que deslumbraría y arrebataría al público...

Este salió por su buen nombre.

La noche del estreno, natural curiosidad llevó al teatro una importante masa de concurrentes. El entusiasmo pareció rayar en el delirio. La verdad era otra. Una claqué preparada de antemano y con instrucciones precisas, hizo con la bailarina lo que en una plaza de toros suele hacerse con el primer espada, tirando á la escena los sombreros, etc. Luego arrastró el carruaje de su ídolo de encargo. Conocido el acto, sin sus entretelones, produjo mal efecto, y trajo una reacción saludable. La gente que concurrió al teatro por curiosidad fué luego muy escasa; los que habían satisfecho esa curiosidad la primera noche, no volvieron. El «reclamo» á todo trance no pudo vencer la indiferencia. En vano se habló de aventuras que amenazaban tornarse trágicas, en vano se tocaron resortes ruidosos que en otras oportunidades y sobre todo en otros ambientes tienen por regla general la virtud de atraer á los papamoscas. La temporada claudicó, suspendiéronse funciones, no hubo concurrencia en las demás... La célebre belleza ha tenido que ceder el escenario á los modestos actores nacionales...

Tal es el hecho; ahora debemos buscar su moraleja.

Desde luego, lo que ha alejado al público no es ni puede ser nada ajeno al espectáculo mismo, pues esto no sería razonable ni justo. Si un artista llena su misión en el escenario, no hay que pedirle más, no hay que averiguarle más. El teatro no es templo, aunque así le llame la retórica—y eso lo sabe y lo tiene muy en cuenta el público.

Pero la bailarina, sola, constituía un espectáculo pobre para Buenos Aires. Sus atractivos consisten en su belleza y su gracia. Su arte de danzante no es

cosa. El de cantatriz resulta más que insuficiente. Las alhajas que la convierten en un mosaico bizantino, tienen poco poder deslumbrante, porque América no se conforma con collares de vidrios de colores—pese á Chocano,—ni con cascadas de piedras preciosas que no tienen para ella un significado tan puro como la materia de que están formadas.

En suma, y sin más circunloquios, la Otero era un buen «número» de teatro de variedades, pero nada más; pues Buenos Aires no es la feria de belleza bajo cuyo aspecto se ofrece París á los extranjeros anhelosos de frivolidad, oropel y disipación, y que se renuevan por millares cada día.

La bailarina fuera, en uno de esos teatros, aceptada y aplaudida, pues hubiese ocupado su sitio. Más arriba no estaba en su lugar, el público lo ha demostrado de una manera tan evidente como inolvidable á los que creyeron deslumbrarle con esta octava maravilla.

Y ha demostrado, también, que nada para él vale la belleza sin el arte, por más joyas de que se revista y por más oro que derroche. Mientras que, para el arte, comienza á tener algo más que admiración y respeto: amor.

Que lo diga, si no, Mme. Suzanne Desprès, que lo ha conquistado de nuevo y para siempre.

**XL**

**El Clamor de los niños.**

15 de septiembre.

Ayer continuó en la cámara de diputados la discusión del proyecto de ley del trabajo de las mujeres y los niños ; el tema no quedó agotado en la sesión, y continuará desarrollándose en otra ú otras. ¿Cuándo? No puede adelantarse todavía, porque se ha determinado comenzar el lunes la discusión del proyecto de reformas universitarias. El del trabajo de las mujeres y los niños lleva, pues, dos interrupciones, y no ha sido acogido con el calor que se debiera.

Lejos de eso.

Ayer mismo pudieron notarse los infaltables y tristes síntomas de desgano, recelo, oposición, hostilidad, temores, que se observan en nuestros cuerpos legislativos, apenas examinan obligadamente algún asunto que huela á novedad, á originalidad, á conquista avanzada.

Parecemos un pueblo de viejos, gobernado por los más achacosos y resabiados por la edad. Somos los antípodas de nuestros prohombres, de aquellos que á principios y á mediados del siglo XIX, recorrieron con la mirada el vasto mundo de las ideas para elegir las más altas, las más grandes, las más adelantadas, las más libres, y cimentar sobre ellas las instituciones de su patria. No tenemos ni siquiera la gratitud de la más lejana imitación...

Apostaríamos á que la ley del trabajo no pasa este año, ni acaba de discutirse siquiera, porque la oposición á ella no tendrá ni el valor de asumir formas resueltas y francas, sino que elegirá las tortuosas, el obstruccionismo, la postergación, el pedido de nuevos informes, para no irritar la opinión pública ya que no quieren satisfacerse sus legítimas aspiraciones.

¿Cuándo se despertará de este marasmo, que so pretexto de que no nos lancemos á saltos demasiado adelante, nos deja en el mismo sitio, si es que no nos hace descender cada vez más bajo, por fuerza de inercia? ¿No ven nuestros legisladores que cualquier nación—no cualquier república—que cualquier nación tiene ya leyes más liberales, más previsoras, más humanas que las leyes argentinas, en cuanto se refiere á la vida y al trabajo, no sólo de las mujeres y los niños sino también de los adultos y los ancianos?

Engreídos por el nombre de la cosa—y sin ocuparnos de la cosa misma,—acostumbramos mirar con desdén á otros países, atenedos á su forma de gobierno, pavoneándonos y llenándonos la boca con la palabra república. ¡Como si pudiera haber república sin republicanos y progreso sin progresistas!

Pues entre estas naciones que no son repúblicas está Alemania, cuyo emperador suele presentarse al público á modo de autócrata; y esa monarquía, ese imperio ha entrado, desde hace un cuarto de siglo, por el camino que á nosotros, republicanos, parecemos hoy sembrado de precipicios y despeñaderos, aunque á ella la haya conducido á un admirable y colosal florecimiento.

La ley alemana de seguros contra la invalidez, lleva la fecha del 15 de junio de 1883; la ley alemana de los accidentes del trabajo extensiva á los obreros navales y marineros, data de 1887... Y esta legislación ha traído, como consecuencia, la creación y desarrollo de otros seguros, como por ejemplo las cajas de

auxilios para las enfermedades, que en 1903 alcanzaban á 23.300, y contaban más de diez millones de adherentes... Esto en un imperio, no en una república social.

En Inglaterra, la legislación en vigor relativa á la infancia, no parece suficiente, y la propaganda para mejorarla es entusiasta y continua. (1)

En el número de julio de la importante publicación londinense *Quarterly Review*, aparece un hermoso trabajo, cuyo título hemos adoptado para estas líneas, y que resume todos los defectos subsistentes en las leyes, tanto sobre el trabajo infantil, cuanto sobre la represión de la delincuencia de los niños, para quienes se pide una intervención más clemente—por mucho que ya lo sea relativamente á otros países, al nuestro.

Pero, no satisfecho con esto, el notable artículo lanza una idea nueva y original, que aquí produciría el efecto de un sueño disparatado pero que en la grave Gran Bretaña ha sido acogida con respeto: la creación de un ministerio especial de la infancia, que ejercería alta intervención en cuanto se refiere á asunto de tan vital interés para las naciones...

Por todo comentario, hay que confesarse en voz baja, con rubor, hasta con miedo:

— ¡Nos vamos quedando atrás! ¡Pero, qué atrás!...

---

(1) Este año — 1909 — Inglaterra honra y protege á la vejez, comenzando á pensionarla.

**XLI**

**La Casa de los que no la tienen.**

18 de septiembre.

Cuando nos llega del extranjero algún alto, distinguido ó siquiera mediano representante de la literatura, la poesía, el teatro, el periodismo ú otras ramas relacionadas con las letras, sus colegas de Buenos Aires no tienen dónde recibirlo dignamente.

Los últimos casos nos lo han hecho palpar de una manera incómoda, si no ridícula: para reunirse y festejarlos, escritores, periodistas y poetas han tenido que llevar á sus huéspedes á la fonda.

Era el único campo neutral, el único centro accidentalmente intelectual, el único salón en que pudieran hacer los honores, como en su casa.

Todos los significados de este hecho, por cualquier faz que se le mire, son deprimentes para Buenos Aires; pero como estas líneas van dirigidas precisamente á los que lo saben, no nos detendremos á enumerarlos ni á hacer resaltar el pésimo concepto que sobre nosotros reflejan.

La causa de esta falta de un hogar intelectual consiste, exclusivamente, en que la familia de los que trabajan con el pensamiento está desunida y dispersa. No ha comprendido bien, todavía, el interés común que la une, aunque ya todos los gremios de trabajadores se han acercado, vinculado y formado corporaciones de diversa índole, pero cuyos propósitos primordiales consisten en tener representación y defenderse mutuamente, defendiendo la colectividad y alzando su nivel en el concepto público.

Los trabajadores de la inteligencia tienen en todas partes donde reunirse y donde propender á su mejoramiento general; en Montevideo, sin ir más lejos, existe desde tiempo inmemorial un Ateneo, donde se recibe á los huéspedes ilustres y donde se hace un poco de comercio intelectual.

Aquí lo hemos tenido también, pero desapareció, después de llevar vida precaria durante sus últimos tiempos. Creemos que esto ocurrió porque el concepto de la institución era equivocado y—si se nos permite la palabra—se prestaba en demasía á la bambolla. Lo que se creara hoy, para tener vitalidad, requeriría mucha mayor modestia, sobre todo en un principio. Después, soplando vientos prósperos, podría pensarse en ampliaciones.

Un círculo literario que participara de los atractivos de un punto de reunión, de un club, si se quiere, y de las ventajas positivas de una sociedad como la de Gens de Lettres y de Auteurs Dramatiques de Paris, eso es lo que á nuestro juicio necesitamos.

Como punto de reunión, serviría para cambiar ideas diariamente y para no tener que llevar á la fonda, como hoy pasa, á cualquier extranjero distinguido, y como sociedad práctica, dividida en secciones, defendería los derechos y deberes de los escritores, de los autores dramáticos, que hoy están atados de pies y manos, á la merced de empresarios y editores.

El trabajador intelectual, salvo en las ramas científicas—¡y aun en esto!—se halla completamente aislado y en una especie de ostracismo social. No cuenta siquiera con un hogar, ni aun con un sitio en que reunirse con sus colegas, si no es el punto en que trabaja ó el café. Sin embargo, un adarme de buena voluntad de cada uno haría que, en breve, se levantase la casa de los que no la tienen. (1)

---

(1) Esta Crónica dió lugar á la fundación de la Sociedad de Escritores.

**XLII**

**La Copa de leche.**

25 de septiembre.

Con las primeras brisas tibias, la luz más clara del sol, el ambiente más diáfano y regocijado, el despertar ágil y bullicioso de la primavera, la simiente palpita en el suelo que sacude la modorra invernal, los tiernos brotes asoman rebosando vida, y las flores vienen á materializar por todas partes las sonrisas más dulces y prometedoras de la Naturaleza.

Una llega á nuestra mesa de trabajo, perfumada y modesta, pero henchida de gérmenes de futuro. No es una flor material, sino una flor del espíritu. No es tampoco una flor literaria; es algo más: es una iniciativa noble y fecunda.

Bajo la forma de un pequeño folleto titulado «En defensa del niño débil», el doctor Jenaro Sisto ofrece esta flor primaveral á todos los hombres, á todas las mujeres de buena voluntad, para quienes el niño es la mayor belleza de la vida, porque constituye la viviente promesa de su perpetuación, de su perfeccionamiento, de su conquista definitiva, de todo lo fuerte, de todo lo hermoso, de todo lo grande.

Mientras en nuestro país siga siendo necesario esperar tan poco de la iniciativa oficial (recordemos el proyecto de ley del trabajo de los niños y las mujeres), á la iniciativa privada toca llenar los mayores

vacíos y combatir los peligros mayores. Por eso queremos dedicar preferente atención á estas pocas páginas impresas, dándoles todo nuestro apoyo moral, para que de simple flor pasen á ser fruto sazonado y nutritivo.

Observa el doctor Sisto, que también es misión de la escuela vigorizar á los niños débiles y mantener en su completa integridad física á los bien constituidos ó fuertes. Es preciso evitar á unos y otros, el esfuerzo excesivo, engendrador de reacciones perjudiciales y peligrosas, y á eso tienden los horarios bien distribuidos, los programas razonados, las lecciones adecuadas, los ejercicios físicos apropiados, los libros escogidos, las excursiones escolares amenas, en una palabra, los varios elementos que esgrime la escuela para educar el espíritu, desarrollar progresivamente la intelectualidad y modelar dentro de sus medios el carácter del niño, inyectándole los fermentos de las grandes virtudes.

El papel de la escuela es de orden primordial, y todo país que progresa, que adquiere prestigios—dice con mucho acierto el autor—los consigue, en último resorte, porque la escuela se los proporciona: á ella deben su éxito actual Alemania, Suiza, Suecia, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, el Japón...

Pero hay que atender á que el organismo del niño coopere á su trabajo intelectual y no lo dificulte y hasta inutilice por sus malas condiciones.

Los concurrentes á las escuelas son considerados como tipos normales, desde el punto de vista físico, y así debiera ser; para esos tipos normales se legisla, se dictan programas, etc. Pero es necesario no olvidarse de los niños débiles...

Hay que defender á éstos. ¿Cómo? Por medio de la alimentación, por medio de la leche. Así como existen asociaciones llamadas «Gotas de leche» que la suministran á las familias pobres para los niños de pecho, así también deberían formarse otras que,

llamadas «La copa de leche», servirían para alimentar á los niños débiles.

Tal es la feliz iniciativa del doctor Sisto, quien no se atribuye, por cierto, su invención.

En Suiza — dice, — he tenido oportunidad de ver esto mismo en casi todas las escuelas. Los consejos escolares rivalizan en la práctica de esta sabia medida, y es necesario ver el interés, la solicitud y el cuidado de los maestros porque los niños pálidos, débiles, vayan á tomar en la hora de recreo la leche que, perfectamente cuidada, les ofrece un empleado ad hoc. El maestro es quien indica qué niño debe tomar leche, y para que esto se haga, no es necesaria la intervención del médico escolar.

Cuenta, entre otros, el caso de un niño que en una escuela de Buenos Aires tambaleaba materialmente de debilidad por insuficiencia de alimentación, insiste en la frecuencia del caso y en la necesidad de preverlo y evitarlo, y cita como ejemplo práctico la existencia en París de las «cantinas escolares», para terminar este punto diciendo :

Entre nosotros es necesario que vigilemos más al niño débil, y la fundación de «La copa de leche» realizaría un positivo progreso en nuestra práctica escolar.

El doctor Sisto pone el hermoso proyecto en manos de los consejos escolares, para que fomenten, impulsen y dirijan este movimiento como una de sus funciones más propias y eficaces. Por nuestra parte creemos que todos los hombres, que todas las damas de buena voluntad, deben hacer llegar al director de la escuela más cercana á su domicilio la oferta de cooperación inmediata que hará de la feliz iniciativa una felicísima realidad.

Porque hay que cultivar el jardín, cuyas flores más hermosas son los niños, custodios de la simiente del mañana. (1)

---

(1) *Et le reste est literature.* La iniciativa del Dr. Jenaro Sisto, de provincia en provincia, cunde hoy por toda la República Argentina.

**XLIII**

**El Hogar intelectual.**

26 de septiembre.

—La idea que lanzaron ustedes en una «Crónica» de la semana pasada—nos dijo el escritor y autor dramático que nos visitaba anoche,—merece no ser echada en saco roto, sino llevada inmediatamente á la práctica. Los que escribimos y producimos debemos tener nuestra «casa», el hogar intelectual, el punto de reunión, el centro de donde irradie nuestro esfuerzo y la defensa de nuestros derechos é intereses... No abandonen ustedes la idea ; propáguenla, conviértanla en iniciativa fecunda...

—Ya nos han llegado algunas cartas en este sentido—le contestamos ;—sabemos también que la idea no ha producido mal efecto entre literatos, escritores y periodistas, pero como ese apoyo es todavía escaso y lejano, creemos que no habrá llegado todavía la oportunidad de defender nada, ni de recibir á los intelectuales extranjeros que nos visiten, en otra parte que en la fonda...

—Es una apreciación equivocada ; la idea ha caído en buen terreno, y muchos estamos dispuestos á ponerla en vías de realización. Nuestra apatía general, ya que no se trataba de nada bien concreto, ha encontrado pretexto en ello para no moverse. Pero, si se hubiera citado á una reunión, por ejemplo, si

se hubiese convocado una asamblea, otra cosa sería : el Círculo Literario estaría fundado ya.

—Eso no nos toca á nosotros. Dimos la idea por lo que vale. Si conviene á los interesados, que la recojan y la realicen. Nos alegraremos mucho, y propiciaremos el movimiento en la mejor forma posible.

—¿Quiere decir que á nosotros nos toca la iniciativa?

—Pues.

—La tomaremos, entonces, porque mucho nos va en ello, no sólo á causa de la carencia de un salón intelectual en que reunirnos, sino también á causa de la situación deplorable en que se encuentran casi todos los que viven de las letras ó quisieran dedicarse á ellas, después de ensayos más ó menos felices y aun de trabajos que en cualquier otra parte del mundo les hubieran procurado honra y provecho.

Nos contó, en seguida, lo que tenemos archisabido: la falta de editores ó su condenable avidez cuando se encuentran como por casualidad—avidéz que despoja al autor del fruto íntegro de su esfuerzo, bajo promesas falaces y apariencias engañosas; la propiedad literaria indefensa, á merced de todo el mundo, presa de los mercaderes poco escrupulosos; la injustificada carestía del libro argentino, causada por los derechos prohibitivos á los materiales de imprenta, mientras el libro extranjero, hasta los pornográficos y escatológicos entran al país sin pagar un centavo; la transcripción libre en la república entera del trabajo periodístico una vez publicado; la imposibilidad de escribir, fuera de los diarios, sin tener rentas, un empleo de gobierno, y quien publique—el congreso ó los editores usurarios,—el yugo que las empresas teatrales ponen al cuello de los autores, esclavizándolos con sus famosos «adelantos» ó comprándoles las obras que las enriquecen por unos cuantos centavos; la orfandad total del que escribe; la aparición de un creciente y lastimoso proletariado intelectual...

Este cuadro interesante, pero triste, le dió motivo para terminar diciendo:

—El Círculo Literario no sería una panacea inmediata para todos estos males, pero tendría desde luego la virtud de mejorar notablemente la situación. A la queja individual, por completo estéril, sucedería la acción colectiva de defensa: la solidaria protección de la propiedad literaria y teatral, el fomento de la producción, el trabajo reivindicatorio ante el ejecutivo y el congreso, la conquista de todas las protecciones directas é indirectas á que tenemos derecho... El simple acto de fundar «la casa» fundaría «la familia», y estoy seguro de que ese «hogar intelectual» traería consigo frutos tan prácticos, tan positivos y tan hermosos, como la «Société des gens de lettres», cuando se fundó en París en 1838, y cuya organización deberíamos copiar en cuanto se refiere á los derechos é intereses de los autores... Lo repito: deben ustedes insistir en la idea.

—Lo haremos. Pero la iniciativa corresponde á los interesados.

—Bien, estamos de acuerdo en cuanto á eso. Sin embargo, hay que salir del círculo vicioso: tratamos de crear un punto de reunión, lo que quiere decir que no lo tenemos; y esa es la dificultad. Yo seré el primero en enviarles mi adhesión: recíbanla, con las demás que vengan, díganlos luego quiénes somos los que estamos dispuestos á realizar la idea, y después... después ya sabremos cómo ponernos al habla y dar principio á la obra.

Prometimos hacerlo, y estamos cumpliendo la promesa, como se ve. Al despedirse, y dándonos un apretón de manos, nuestro visitante exclamó:

—¡ Ah ! y no olviden ustedes de establecer bien claro que no se trata de fundar una Academia...

**XLIV**

**La Sociedad de Escritores.**

27 de septiembre.

Algunos interesados en la idea de edificar el hogar intelectual, ó sea la casa de los que no la tienen, se han dirigido á nosotros, pidiéndonos datos acerca de la «Société des gens de lettres» establecida en Francia, y á la que se aludía en la «Crónica» de ayer.

Aunque el tema no se ajusta á la índole especial de estos trabajos, vamos á tocarlo ligeramente, accediendo al pedido. No tenemos para ello que ponernos en grandes gastos de erudición, pues las enciclopedias modernas ofrecen al respecto cuanto informe se desea, y no hay más que extractar los artículos pertinentes.

La «Société des gens de lettres» que en lo esencial podría servir de modelo para otra análoga entre nosotros, fué fundada en 1838 por Luis Desnoyers, sobre el plan de la Sociedad de autores y compositores dramáticos, de que también hablaremos, porque vendría á ser una rama de la asociación argentina. Tiene, sobre todo, por objeto, proteger «colectivamente» y, por lo tanto, «eficazmente» la propiedad literaria. Su fundador agrupó en seguida gran número de adherentes entre los más ilustres litera-

tos contemporáneos, tanto que en las primeras comisiones figuraban Víctor Hugo, Villemain, Federico Soulié, Francisco Arago, Alejandro Dumas, A. Thierry, León Gozlan, Honoré de Balzac, George Sand, H. Martin, Roger de Beauvoir, etc.

Antes de un año habían hecho acto de adhesión cuantos tenían alguna fama literaria, y la sociedad quedaba fundada con recursos suficientes, iniciando su acción tanto más benéfica cuanto que la situación de los escritores franceses era entonces casi tan precaria como lo es ahora aquí.

La Sociéte, asumiendo la representación del escritor aislado, hizo respetar sus derechos y defendió y defiende con todo éxito sus intereses, cobra sus haberes, dirime sus cuestiones, defiende á todos y á cada uno contra los avances de editores, libreros é impresores, abre concursos con premio, hace conocer á los debutantes de talento, edita obras, tiene una librería desde 1872, etc.

Para hacer más práctico su funcionamiento, la Sociéte ha hecho resolver por los tribunales ó por congresos literarios, las cuestiones litigiosas más frecuentes, poniendo así de su lado el derecho y la fuerza. Su autoridad es tal que desde 1865 su comisión directiva constituye una cámara sindical, á quien los tribunales piden resoluciones arbitrales en los asuntos litigiosos.

Según el reglamento de 1870, la Sociéte no tiene presidente propiamente dicho: la administra una comisión de veinticuatro miembros nombrados por la asamblea, de cuyo seno se elige cada tres meses un «presidente de la comisión», no de la sociedad. Los asuntos administrativos están á cargo de un delegado que se designa por elección.

La sociedad tiene dos clases de miembros: los titulares ó socios y los simples adherentes. Para ser «socio» hay que depositar dos volúmenes de obras impresas, por lo menos, y hacerse presentar por dos miembros titulares. La comisión resuelve sobre la

admisión, después de oír el informe de uno de sus miembros.

Los adherentes no depositan obras, pero no gozan de ciertos derechos privativos de los socios

La Sociedad de autores y compositores dramáticos tiene, también, como objeto la defensa mutua de los derechos de los socios ante las administraciones teatrales ó de otra clase, que se hallen en relación de intereses con los autores; la percepción, con los menores gastos posibles, de los derechos de autor, tanto en París como en los departamentos; la creación de un fondo de socorros para los socios, sus viudas y herederos; la creación de un fondo común de beneficios compartibles, etc.

Estas dos sociedades no han tenido sólo por resultado la defensa eficaz de los derechos de sus miembros; han tenido también otro de orden mucho más elevado y benéfico para todos: el fomento de las bellas letras, que, merced á ellas, alcanzaron gran desarrollo y esplendor. ¡Que así sea entre nosotros!

P. S.—Entre las numerosas adhesiones recibidas en esta redacción á la idea de fundar el Círculo Literario, ó como algunos prefieren llamarle «el hogar intelectual», figuran las de los señores doctor Agustín Alvarez, J. López Gomara, G. Daireaux, E. García Velloso, C. del Campo, Nicolás Granada, Xavier Santero, Ezequiel Soria, Emilio Ortiz Grognet, Emilio Becher, Joaquín de Vedia, Manuel Gálvez, Luis M. Jordán, Otto M. Cione, C. Vega Belgrano, Alberto J. Martínez, Arturo Jiménez Pastor, E. Holmberg (hijo), A. Duhau, J. J. Soiza Reilly, José León Pagano, Alberto Guirraldo, Alberto Tena, Alberto Gerchunoff, Manuel Argerich, etc., etc.

**XLV**

**Horizontes turbios.**

29 de septiembre.

—«Chacun est allé au plus pressé»—decía M. Turrot, consejero de la ciudad de París, hablando de los hijos de la República Argentina.

Es una manera amable de indicar que en nuestro país todo el mundo se ha preocupado en primer lugar de hacer dinero.

Pero esto ¿es, en realidad, lo más urgente?

Pero esto ¿ha sido siempre así?

La contestación á la segunda pregunta puede ser rápida y categórica:

—No. No ha sido siempre así. Esa fiebre del negocio y la ganancia, esa carrera de obstáculos detrás de la fortuna, data relativamente de poco tiempo, no se inició hasta hace un cuarto de siglo. Antes, la gente era menos ambiciosa, ó mejor dicho lo era en un orden mucho más elevado: la materialidad de la vida no absorbía sino una pequeña parte de ella, y el resto era dedicado á las necesidades del espíritu. Parece paradoja, pero podríamos demostrar su exactitud, si contáramos con tiempo y espacio, porque la materia es larga y sus argumentaciones y pruebas muy complejas.

En cuanto al primer punto, la respuesta es de dos filos: sí y no. Sí, es lo más urgente, considerándolo

bajo su aspecto individualista, ya que hoy no puede aspirarse como antes al reposo, al respeto, ni á la verdadera libertad de acción, sino cuando el individuo se apoya en la holgura ó la riqueza. No, no es lo más urgente, si se considera la cuestión bajo su aspecto colectivista ó si se prefiere nacional, pues atento cada uno á su propio encumbramiento, á su ambición inmediata, á su interés aislado, se descuida y abandona necesariamente lo general, el bien común, creando un estado de anarquía, dejando al país á merced de los esfuerzos más antagónicos y contradictorios. Nadie ve claro sino lo que está al alcance de su mano y despierta su apetito, y la ceguera llega á tal extremo que muchos, por levantarse una fortuna, serían capaces de precipitar al país en un desastre, sin ver que ellos resultarían víctimas también. De esto nace la política personal, pequeña y mezquina, la falta de altos ideales, la incoherencia de las fuerzas vivas y generosas que debieran estar trabajando en la creación del futuro.

—El momento actual—nos decía ayer un caballero que se ocupa de estudiar estos fenómenos sociológicos—es un momento de incertidumbre que suele llegar á hacerse dolorosa. La insignificancia política por una parte, la inestabilidad económica por otra, la falta de equidad y de justicia, no sólo en el orden material sino también en el moral, las dificultades para hallar medios viables de acelerar la evolución progresiva y la imposibilidad de tener una visión clara y bien probable de lo que nos reserva el porvenir para tratar de variarlo ó mejorarlo, nos quita la serenidad de espíritu, la paz interior, siembra en nosotros las dudas más atormentadoras y para remate nos ata moral é intelectualmente de manos, porque no tenemos confianza en los demás, ¡ni siquiera en nosotros mismos!... Somos—á fuerza de atender cada cual exclusivamente á lo suyo—juguete de las circunstancias, como los cuerpos ligeros que bajan y suben en el líquido de una caldera hirviendo. Nues-

tro país, por la gradual civilización de las razas primitivas, que no se realiza sin esfuerzo ni violencia ; por la continua y multiforme incorporación de elementos extraños que, antes de asimilarse, provocan por ley natural movimientos sobresaltados como los de la brújula enloquecida que no permite determinar el rumbo ; por la inmediata y repentina introducción de todas ó casi todas las recientes y trastornadoras conquistas de la ciencia y muchas de las últimas combinaciones sociológicas de la inteligencia, en las prácticas de un pueblo todavía atrasado y que no acierta á aplicarlas del modo más útil y provechoso ; por la incesante modificación del medio material y aun psíquico, debida á los modernos procedimientos de las industrias rurales, de las fabriles, y hasta de la banca, la empresa lucrativa y el comercio ; por la formación de nuevas fortunas y la decadencia y desaparición de otras antiguas ; por la absorción en la corriente del pueblo ó el surgimiento á las capas más altas de las hoy inestables clases sociales cuyo movimiento de ascensión y descenso es más rápido y frecuente de lo que se creería—por todas estas causas, por mil otras que sería largo enumerar, la república hace hoy en día el papel de la caldera en ebullición y nosotros el de cuerpo ligero en eterno vaivén, casi siempre sin un esfuerzo de la voluntad tendiente á libertarnos, pero también muchas veces contra toda la energía de nuestra volición.

Y continuó :

—Todo es hoy anárquico, indeciso, nebuloso, inseguro. No se ve ni se puede determinar todavía el cimiento en que ha de basarse nuestra sociedad futura, aunque ya pueda saberse más ó menos dónde se ubicarán algunos de los grandes núcleos irradiantes de civilización. Nada hay que sirva de guía á nuestra marcha de avance ó retroceso, nada que señale de un modo indiscutible nuestro desarrollo de nación intelectualmente civilizada. ¿Por qué? Por-

que no hemos sabido encontrar un punto de vista desde donde se abarque el campo íntegro de acción y más amplio horizonte, ni queremos examinar los puntos de referencia que nos servirían para determinar cuál es el derrotero que seguimos, y cuánta la velocidad de nuestra marcha. Atentos á lo que nos es personal, desdeñamos cuanto no nos toca bien de cerca, sin comprender que nuestra suerte se elabora fuera de nosotros mismos, sin darnos cuenta de que Harpagón trabajaba en su propia infelicidad. Cada cual ha atendido á lo más urgente — decía M. Turot.—La cortesía de nuestros visitantes suele confabularse con nuestra ceguera, y nos llenamos de gusto con una y otra, seguros de que el pan basta y sobra para vivir, sin acordarnos para nada del aforismo evangélico...

**XLVI**

**Egoísmos ilegales.**

30 de septiembre.

La exclusividad en algo puede dar desde el genio hasta la fortuna. Ser único en cualquier orden mental, industrial ó comercial, asegura la gloria ó la riqueza—á veces las dos.—Por eso pueden tanto los que á fuerza de inteligencia ó de ingenio se crean ó se conquistan una exclusividad. Por eso, todo el mundo se busca, natural ó artificialmente, la manera de explotar un monopolio: el más insignificante, el del betún, por ejemplo, daría millones al que lo tuviera.

Pero esta ventaja personal envuelve un perjuicio general, más ó menos directo y extendido, como que viene á constituir una tiranía especializada, la supresión de la competencia, que es una forma de la libertad—por cuya causa nuestras leyes fundamentales han prohibido categórica y radicalmente el monopolio, como un grave peligro para la sociedad.

Es natural que los particulares, fingiendo ignorar esta condena sin apelación posible, traten de burlar la ley consiguiéndose una de esas prebendas anticonstitucionales, más ó menos disfrazadas, y á nadie sorprende que año tras año se renueven y multipliquen las tentativas en tal sentido. Pero lo que deja con tamaña boca, es que las autoridades encar-

gadas de velar por los intereses del pueblo, como vulgarmente se dice y más vulgarmente no se hace, dejen que las engañen con cualquier subterfugio, haciéndoles pasar gato por liebre, vean simples concesiones lícitas en los que son monopolios clasificados, salgan de la guardia un día sí y otro también, y se comprometan seriamente ante el juicio público que no puede creer en tanto infantil candor cuando hasta el último barrendero está obligado á conocer las leyes, para no violarlas.

Los ejemplos abundan. Aquí tenemos uno fresquito. Y no se trata de una insignificancia; no, señor. Ni de una tentativa frustrada, ó por frustrarse tampoco. El tiro era nada menos que á monopolizar el tráfico en las arterias principales de Buenos Aires, y lo peor es que ha dado en el blanco... Parece mentira, pero es la evidente verdad... Basta, para convencerse, con examinar las últimas resoluciones de la comisión municipal, cuya buena voluntad se malogra á cada momento con nuevas erratas que pronto van á exigir, para salvarlas, más páginas que el texto de sus trabajos.

La cámara mínima y no electiva acaba de sancionar, en efecto, una concesión otorgando á una empresa particular el uso exclusivo durante diez años y para sus líneas de ómnibus automóviles, las calles más importantes de la capital. Hay que leer la extensión de los servicios que se propone hacer la empresa para comprender la enormidad de la regalía y su carácter odioso y perjudicial.

Lo más raro es que la concesión se hace mientras en la municipalidad tramitan otras solicitudes pidiendo autorización para establecer el mismo servicio sin monopolio alguno, y con garantías ó falta de garantías análogas (una triste experiencia ha convencido á todo el mundo de que las garantías y depósitos se devuelven con la más rumbosa facilidad y resultan perfectamente ilusorios en la práctica).

Y complementa esta rareza el hecho de que se pre-

para otra concesión monopolizadora de ómnibus, nada menos que por la calle Florida, que debiera seguir, libre como hasta aquí, á causa del desahogo que procura al tránsito de coches. ¡Imaginemos el desfile de las últimas horas de la tarde, por esa vía, con el amenazador aditamento de una hilera interminable de ómnibus!

Pero como todavía esperamos que esto no se haga, volveremos al asunto de actualidad, profundizándolo un poco.

Aquí se trata simplemente de monopolizar el tráfico, lo que más libre y abierto debiera ser, lo que en ninguna parte del mundo se limita ni se concede á nadie de un modo exclusivo. El tráfico sólo debe ser objeto de una reglamentación general, dentro de la que figuren los servicios de ómnibus y otros análogos, para que puedan usar de las calles, sin más restricción todos cuantos se sujeten á ella, sean empresas, sean particulares. Así se ha hecho en todas las grandes capitales del mundo. Y sería curioso que en un país que tiene desde un principio establecida la libre navegación de los ríos, se cohartara la libre circulación en las calles. Sería dar al extranjero mucho más que á los nacionales. A bien que esto suele suceder con harta frecuencia...

La mejor organización para el servicio de ómnibus y otros de la misma especie, nace siempre de la competencia que tienen que hacerse los distintos empresarios—¡no hay concesión ni regalía que lo valga, al contrario!—y esta clase de monopolios es ilegal, inmoral y contraria al interés público, en todos y en cada uno de los casos, y mucho más aún cuando, como en éste, hay empresas que piden autorización para establecer el mismo servicio sin un privilegio que repugna á nuestras leyes, en su espíritu y en su letra.

Es preciso poner remedio al mal, corregir paladinamente el error, no comprometerse en tan tonta y perjudicial aventura, y ya que falta hubo, tener

la franqueza loable de enmendarla antes de que los hechos la abulten y exageren más aún.

Para ello la comisión no tiene otra salida que echar resueltamente máquina atrás, reconsiderar la concesión, quitarle su odioso privilegio y quedarse muy tranquila. Buenos Aires no carecerá de ómnibus por eso. ¡Al revés! Tendrá más y mejores, gracias al eficaz incentivo de la competencia, el gran perfeccionador de todas las cosas humanas.

Y si la comisión no tiene el valor moral de este necesario «*mea culpa*», todavía existe un remedio que no nos limitamos á aconsejar, sino que pedimos, interpretando la voluntad y el interés del público: que el Intendente vete la resolución. Esto no le traerá complicaciones, pues ya á estas horas la comisión municipal estará lamentando su traspie.

Por cualquier medio que se obtenga, el monopolio es dañino para los intereses comunes (recuérdese la Alemana Trasatlántica de Electricidad); dañino, odioso y provocador de protestas unánimes, es cuando las autoridades lo conceden, por ignorancia, por ceguera, por descuido en su gestión, cuando no por algo más condenable todavía.

Hagamos, siquiera, un poquito de república. (1)

---

(1) La concesión fué votada por el Intendente y feneció.

**XLVII**

**El Día de los niños.**

2 de octubre.

Hoy, 2 de octubre, es el día de los niños pobres.

El año pasado, la colecta hecha con tal motivo alcanzó los mejores resultados: su importe sirvió para aliviar muchas miserias y muchos dolores, tanto más graves cuanto que los sufrían las tiernas almitas de los niños. Este año el éxito será mayor, porque los generosos contribuyentes están convencidos ya de que su óbolo da íntegramente el fruto que, al ofrecerlo, esperaban de él, y que su movimiento de bondad y de ternura no va, como tantos otros, á perderse en el vacío, sentimiento sin eco, altruismo inútil.

Comerciantes, industriales, hombres de profesión liberal, trabajadores, madres de familia, señoritas, niños que gozan de la fortuna ó el bienestar, todo el mundo, en fin, está pronto para contribuir á que también luzca un rayo de sol en torno de la infancia pobre, de los huérfanos, de los que no tienen sonrisas ni cariños en su casa, y ven transcurrir entre ajenas paredes los años que debieran ser más dulces, tibios y luminosos de la vida.

Pues, contando con esto, contando con la espontaneidad del acto, no haremos la menor propaganda

en favor suyo: así, el éxito corresponderá por entero á las iniciadoras y á los ejecutores, sin que pueda atribuirse á influencias extrañas.

Nos limitaremos á contar una «interview» que hicimos ayer, como víspera del gran día.

Lo hicimos á uno de los personajes más importantes en la emergencia: un niño.

Es una linda criatura de seis años, despierta y viva, de ojos negros y luminosos, abiertos de par en par tanto á las estupendas comedias de magia que le representa la alada imaginación, como á todas las reales y prestigiosas sensaciones exteriores.

—¿Sabes qué día es mañana?—le preguntamos.

—No. ¿Qué día?

—El día de los niños pobres.

—¡Ah! ¿es su santo?

—Algo así.

—Y les regalarán. ¿Qué les regalarán? ¿Juguetes? ¿Espadas, ferrocarriles?...

—Puede ser que también les regalen de eso. Pero, ¿sabes tú lo que es un niño pobre?

—¡Claro que sé! Uno de esos que andan por la calle, mal vestidos, vendiendo diarios ó jugando á las bolitas...

—No. Peor, mucho peor.

—¡Ah! los que andan descalzos...

—Sí. Esos y los que antes dijiste son pobres, muy pobres á veces. Pero hay otros que lo son más.

—¿Más pobres todavía? ¿Y cómo pueden ser más pobres?

—No teniendo ropa ninguna, buena ni mala, ni dónde dormir, ni qué comer.

—¿Nada de comer? ¿Ni galletitas?... ¿Ni caramelos?

—Nada. Ni sopa tampoco.

—¡Sopa! ¡Pshit! ¡para lo que á mí me gusta la sopa!...

—Es que no tienen nada, ni sopa, ni asado, ni fritos, ni postres, ni pan. ¡Nada!

—¡No puede ser! Estarán enfermos, y el médico no querrá que coman, como me hace á mí.

—No; están sanos, muy sanos. Sólo que pueden enfermarse de no comer, y hasta morir...

—Ah, entonces...

Momentos de honda y triste reflexión, en que se entornan los grandes ojos soñadores y parece como que palidecieran las sonrosadas mejillas. Y luego, regocijada, esta pregunta en que va envuelta una objeción victoriosa:

—Entonces, ¿cómo es su santo mañana?

Hay que echar al canasto la figura de retórica y decir las cosas en su sentido directo—gran lección infantil de literatura práctica.

—Su santo... Es que no es su santo en realidad, sino un día en que todo el mundo, los grandes y los chicos, les regalan algo.

—A mí me gustaría...

—¿Qué te gustaría, vamos á ver?

—Ser niño pobre. ¡Cuántas cosas les darán! De seguro que van á tener más juguetes que yo...

—¡Oh, no, hijo, no; no te equivoques! Todo el mundo les dará, pero no chiches ni cosas de lujo, sino pesos los que sean ricos ó tengan bastante, y centavos los que no pueden hacer más.

—¿Y se los darán á ellos? ¡Entonces se comprarán juguetes y caramelos! ¡No son tan zonzos!...

—Es que no se los darán directamente á ellos, querido.

—Al papá ó á la mamá, entonces...

—No tienen papá ni mamá.

—¡No tienen!... Y entonces, ¿cómo hacen?

Silencio penoso.

—¡Que no tienen papá ni mamá!... Entonces...

Una solución que ha tratado de asomar al infantil cerebro, ó que la naciente voluntad ha llamado en vano, acaba de volar perdurable, eternamente, antes de formarse. Es que la razón no resuelve es-

tos problemas, sólo planteados para el invencible sentimiento.

Y la parte inmediata de la cuestión vuelve á imponerse:

—Entonces. ¿A quién se dan las cosas, si no tienen mamás?

—A unas señoras muy buenas, que los cuidan, aunque todas tengan hijos también.

—¡Ah! ¿Y todos pueden dar?

—Todos.

—¿Los chicos también?

—Ellos más que nadie.

No acabó de oír cuando ya estaba fuera, camino de la «nursery», llena de juguetes.

El redoble apresurado de sus piececitos se oía como un entusiasta toque de llamada en el corredor. ¿Qué corría á hacer? No tardamos en saberlo.

Volvió con la carita radiante de alegría, roja como si hubiese andado al sol que da la salud, agitando en la manita regordeta un billete nuevo y haciendo crujir en el aire el papel rígido como un pergamino.

—¡Tome... para... los niños pobres!—exclamó sofocado todavía.

Su billete, su lindo billete, será enviado hoy á las damas patrocinadoras de la fiesta.

Nosotros le dimos un beso, nos despedimos; íbamos á salir cuando:

—¡Mire!—exclamó el tierno entrevistado,—  
¡Lléveles este sable, también!

El sable irá unido al billete... (1)

---

(1) Hoy, en mi país, también los niños pobres comienzan á tener juguetes.

**XLVIII**

**Una Comedia de Dumas (hijo).**

5 de octubre.

Las brillantes comedias dramáticas de Alejandro Dumas (hijo) tenían muchos atractivos.

Decíamos «tenían» y no simplemente «tienen», porque sería preciso hacer excepciones, dejar unas en el presente y otras en el pasado.

El mundo marcha, las leyes y las costumbres se modifican, la moda inconstante gira á todo viento.

Sin embargo, en las comedias que viven como en las que han muerto, Dumas hijo ponía gran acopio de materiales de primer orden. Sólida armazón ó, si se prefiere, argumento, acción interesante, agitada, rápida y viva, pasiones tan humanas cuanto calurosas, caracteres originales, magistralmente trazados, diálogo ingenioso, chispeante, paradógico, espiritual, que mantenía y mantiene aún al público en un estado de grata excitación, que es, en realidad, deleitoso.

Pero á estos muchos atractivos añadía uno, de veras original en su época del arte por el arte: la «thèse», la tésis, la opinión ó el pensamiento práctico sostenido en la obra, ya de orden social, ya de orden legal, ya de orden moral y psicológico; la tesis, que dió margen é incentivo á tantas controversias y polémicas, y que tanto papel hizo borronear en

pro y en contra de cada caso, y en contra y en pro, discutiendo si el teatro debía ó no meterse en tales honduras.

Pues este largo preámbulo va simplemente encaminado á decir que el autor de *Le fils naturel* y de *Les idées de Mme. Aubray*, tendría, si viviera hoy en Buenos Aires, socorrido tema para llenar cinco actos bien movidos de una comedia social y familiar, en que se tratara un asunto en realidad interesante.

El hecho, que ofrecemos—por si puede servirles, —á nuestros jóvenes autores dramáticos, y que recomendamos, porque es de su resorte, á la atención y el estudio de nuestros graves letrados, comienza á conocerse y comentarse en nuestros tribunales, pues ha dado lugar á un pleito cuya resolución está lejana todavía.

Vamos á relatarlo, en su carácter de argumento interesante, y tal como nos lo cuenta una persona que, por razones de oficio, lo conoce en todos sus detalles.

Hace algún tiempo falleció un caballero anciano á quien, para mayor claridad del cuento, llamaremos don Carlos Clivo.

Iniciada la testamentaría del susodicho don Carlos Clivo, que tramita ante un juzgado civil, presentóse don Rodolfo Clivo, pidiendo la parte de herencia que le corresponde como nieto del muerto é hijo natural reconocido de Alberto Clivo, hijo legítimo, á su vez, de don Carlos.

Pero don Carlos tiene otros herederos, y éstos, sin desconocer la filiación de don Rodolfo Clivo, le niegan todo derecho á los bienes, fundándose en una disposición del código civil, según la cual, los nietos naturales no heredan de los abuelos.

El caso es realmente curioso, único quizás.

Rodolfo había sido reconocido por su padre, por su abuelo, por sus tíos, con quienes vivía en comunidad.

Muerto el padre, el joven siguió viviendo con don Carlos y los demás hijos de éste.

Tiene un hogar, una familia, una fortuna.

Pero muere el abuelo á su vez, y el hogar, la familia, la fortuna, todo se desbarata, y Rodolfo queda en la sociedad en condiciones cuya anormalidad es tan original cuanto dolorosa.

La parte psicológica de este drama de familia, nos ha parecido interesantísima, y relatamos el hecho escueto para que el lector le agregue á su gusto las «filosofías».

La parte legal es también curiosa: si el abuelo hubiese muerto antes que el padre, no se habría podido producir el conflicto.

El pleito será fallado por los jueces; la laguna ó errata del código se impone al examen de los jurisprudencistas; el tema dramático, que no será aprovechado por el gran comediógrafo francés, se ofrece al ingenio de nuestros autores, proveyectos ó noveles, quienes pueden añadir al mezquino resorte del dinero, algún otro resorte moral de más valía, que brota espontáneamente del asunto: la descalificación familiar y social.

**XLIX**

**Babel en opereta.**

7 de octubre.

Se ha reivindicado también para Buenos Aires el nombre de Cosmópolis, que Paul Bourget adjudicó á otra gran capital del mundo.

Los derechos en que esa reivindicación se apoya son tan evidentes, que no es preciso enumerarlos una vez más: todas las razas, ó poco menos, están representadas en la metrópoli argentina, directa ó indirectamente, y nadie lo ignora, ni aun los niños que no van á la escuela.

Pero si faltaran pruebas de nuestro cosmopolitismo en este preciso momento, se nos ofrecería una que no puede ser más evidente, y que quizá no presentaría con tanta amplitud ninguna otra ciudad del Universo.

Buenos Aires es hoy una verdadera Babel en opereta.

—La comunión universal en la afición á los géneros híbridos y de orden secundario—como decía ayer una persona.

Tenemos, efectivamente, opereta alemana en el Odeón; inglesa, en la Opera; francesa, en el San Martín; italiana, en el Politeama; española, en el Victoria; y todavía anda por ahí una «troupe» que trabaja todas las semanas, donde encuentra local, y que lo hace en el «jargón» ó jerga israelita.

Podríamos agregar las compañías nacionales, pero éstas van purificando poco á poco su lenguaje, hasta dejarlo equidistante del castellano puro y del criollo neto, de tal manera que su fabla no puede considerarse ya realmente dialectal, ni resultar tan caricaturesca y ridícula como «suelen» presentarlo los españoles.

Estos llegan á ser injustos ó pasarse de chistosos, como ocurre con Floridor, del *A B C* de Madrid, en su artículo sobre el viaje de Benavente á Buenos Aires.

Dice el distinguido caballero oculto tras el romántico seudónimo:

«Rosas de otoño» y «Más fuerte que el amor» han sido las obras que mejor éxito alcanzaron (aquí), aparte de su mérito, porque ambas tienen soluciones tranquilas, finales blandos y aquel público no gusta de emociones, ¿y cómo no?

A este propósito recuerdo que una noche me decía un argentino amigo en el Español:

—Pero, criatura, déjense estar de violencias. ¡No somos aquí venidos al teatro, ni vos para pasar un mal ratito después de la comida!

¡Qué pícaro de hombre!

Lo mismo decimos de Floridor: ¡Qué pícaro de hombre! ¡Y qué aguda observación la suya de la manera de hablar de los argentinos! ¡Y qué amor á los amigos!

En cuanto á las inclinaciones de nuestro público, debemos confesar, sin embargo, que no va Floridor muy descaminado, pero agregando que en todas partes cuecen habas, pues si recorremos un programa de espectáculos madrileños, nos encontraremos con muy pocas «cosas trágicas», ó ninguna, como lo prueba el número de *El Liberal* que tenemos en la mano y que anuncia:

Teatro Cómico: La Vendimia, La taza de té, La gatita blanca, El arte de ser bonita.—Parish: El transformista Donnini.—Apolo: Los pícaros celos, La Pitanza, El noble amigo, La Revoltosa, El pollo Tejada.—Eslava: La Machaquito, El recluta, Los granujas, Las Estrellas.

Y pare usted de contar, pues los demás teatros están cerrados, como de costumbre, en la estación veraniega. No hay mucho que llorar en todo esto, como se ve, y no lo lamentamos.

Estas sátiras traen consigo una compensación, porque, como dice un periodista argentino:

—En cuanto nos tratan de torpes (él usa otra palabra más expresiva), es justamente cuando por natural reacción vemos lo lejos que de serlo estamos.

Volviendo ahora á la Babel en opereta, es de observar que no nos amenaza todavía la confusión de las lenguas, pese á Floridor, que nos hace hablar en un volapuk de su invención exclusiva.

Al contrario: nuestra manera de expresarnos, aunque no sea de una pureza absoluta ni mucho menos, ha mejorado notablemente de veinte años á esta parte, como puede verse en los periódicos y oírse dondequiera. Provincias españolas hay cuyo pueblo está más distante de hablar el castellano que el nuestro—entendiendo por nuestro el que forman los nacidos en el país, y no los extranjeros, con sus respectivos diferentes idiomas. En cambio, el argentino que comprende el español y se hace entender con él, abarca por infiltración y sin esfuerzo un poco de francés, y un poco de italiano, cuando menos. Y no es poca ventaja, no habiendo, como no hay, peligro de que se pierda la hermosa lengua heredada.

La Babel actual nos llama la atención como síntoma inmediato de un fenómeno no conocido. Nos encantaría si en lugar de tanta opereta tuviéramos por espectáculo inglés las obras de Shakespeare, alemán Goethe ó Schiller, italiano Alfieri ó Goldoni, etc., etc., para no hablar sino de los clásicos, y olvidando voluntariamente á los modernos, muchos de los cuales tampoco vendrían mal. Por el contrario; serían miel sobre hojuelas.

Pero eso es pedir gollerías, tanto aquí como en la ciudad más perfecta del mejor de los mundos posibles. Para pescar cotufas en el golfo ¡á Madrid!...

**L**

**La Frase breve.**

8 de octubre.

Ayer hablábamos incidentalmente de modos de expresarse y de escribir, á propósito del cosmopolitismo bonaerense.

Hoy se nos llama la atención sobre una serie de observaciones hechas por *Le Cri de Paris*, con el título de estas líneas.

Sintetizadas son como sigue :

En todas las literaturas modernas se nota una tendencia general á abreviar la extensión de las frases. El estilo breve se impone. Esta tendencia data de muy lejos. Víctor Hugo la introdujo en Francia, llevando la concisión hasta el exceso. Ahí está, como prueba, su «William Shakespeare». No se le ha seguido escrupulosamente en ese camino, pero se ha abandonado por completo el período de Bossuet. Sólo M. Brunetière suele volver á él, de vez en cuando, pero por coquetería.

Los alemanes han substituido también la brevedad á sus enmarañadas é interminables obscuridades kantianas.

En Inglaterra, todo escritor que quiere ser leído, escribe frases cortas. Esto por otra parte, remonta allí hasta Bacon. En lo que sus antecesores no redondeaban la frase sino con cincuenta ó sesenta palabras, éste empleó apenas de veinte á veinticinco. Macaulay hizo lo propio. Dickens también. Kipling, George Moore, Wells no admiten sino de veinte á veintitrés palabras. Thackeray llegó hasta treinta y una. Los periodistas ingleses de hoy en día se detienen en quince, y tratan de reducir aún este número.

Es de observar que, si bien se llega á la práctica de la máxima «Pocas palabras, muchas ideas», todavía hay escritores que se aferran á la regla contraria. Y no nos sería difícil enumerarlos...

El fenómeno señalado por *Le Cri de Paris* es positivo, y muy general.

En la misma España, cuya lengua sonora y rica

en inflexiones, parece invitar al período largo y rotundo que estilaban los clásicos y con que Castelar realizó verdaderas maravillas oratorias; en la misma España, los escritores modernos van alejándose de lo que antes de ahora se consideró característico del idioma, y muchos de ellos hacen gala de un estilo breve y cortado que puede competir, en cuanto á concisión, con los que cita el periódico francés.

Entre nosotros, esa modificación data de más lejos: viene de la época en que precisamente imperaba la oratoria castelariana.

Todavía nos parece estar leyendo los diarios en que escribían los periodistas del apogeo del romanticismo, sin duda alguna bajo la influencia de la literatura francesa.

Las frases sucedían á las frases como los golpes de un péndulo, y no sin una exageración que á la larga tenía que resultar, y resultaba, desagradable.

Algunos folletines de Héctor Varela ó de Lucio V. Mansilla, por ejemplo, eran series de frases tan breves que no llegaban á las diez palabras, y que desafiaban al célebre cronista parisiense Timothée Trim, que es cuanto puede decirse.

La moda no pasó del todo, porque se hizo costumbre, admitiendo antes las modificaciones que se requieren en tales casos. La monomanía resultante de un laconismo rebuscado se evitó usando de períodos largos, medianos y breves.

Y esta nos parece, al fin, la regla más acertada (puesto que reglas hay), porque tanto para escribir bien como para hacer bien cualquier otra cosa, no hay como aprovechar acertadamente los materiales apropiados, sean grandes ó chicos...

Pero es claro que, si un pensamiento puede expresarse en toda su amplitud con cuatro palabras, diluirlo en diez ó veinte es darse el gusto de gastar papel, despilfarro perjudicial para el que escribe y ¡ay! ¡mucho más para el que lee!...

**LI**

**Primavera.**

10 de octubre.

Estamos desde hace dos semanas en plena primavera, y el renacimiento de la vegetación es un espectáculo en todas partes, un espectáculo que rezoza el alma.

La influencia de la primavera en el espíritu es realmente extraordinaria; no nos atribuimos, sin embargo, la prioridad de la observación, que no es tampoco tan trivial como parece.

Por lo menos se presta á glosas interesantes, como la que encontramos en las «Memorias» de Tolstoi, publicadas en estos días por P. Birukov. Nos referimos á una carta escrita en Moscú el 8 de marzo de 1851, á su tía Tatiana Alexandrovna, y en la que el gran escritor ruso hace las siguientes consideraciones:

En una obra que he estado leyendo últimamente, decía el autor que los primeros indicios de la primavera obran por lo común sobre el espíritu de los hombres.

Con la Naturalza que renace, uno quisiera sentirse renacer también.

Lamenta el tiempo que pasó, las horas mal empleadas, se arrepiente de su debilidad, y el porvenir se le aparece como un punto luminoso ante la vista.

Uno se hace mejor, moralmente mejor.

Esto, en lo que á mí toca, es completamente exacto.

Desde que comencé á vivir con independencia, la primavera me pone siempre en las buenas disposiciones en que perseveraría más ó menos tiempo; pero el invierno es siempre una piedra de toque para mí.

Pero no todos los temperamentos experimentan estas mismas sensaciones, ni todos los climas parecen aptos para provocarlas. Entre nosotros, esa reacción, ese renacimiento, es más bien privativo del otoño, después de los días abrumadores del verano, que enervan, postran y desgastan como un exceso de vida.

Nuestra primavera es agitada, turbulenta, caprichosa, desigual. La temperatura da saltos bruscos y locos, las tempestades son frecuentes, el viento sopla lento y bochornoso ó se enfurece en arrolladores remolinos, el cuerpo es juguete de los caprichos del clima, y el desasosiego que tanta inestabilidad provoca, se refleja necesariamente en el espíritu.

Existe el ansia que insinúa Tolstoi, pero en otro sentido muy diferente: es una especie de angustia, como la que se experimenta ante la posible aproximación de un peligro. Tiene algo de duda y de zozobra. La incertidumbre de la Naturaleza repercute armónicamente en el alma, creándole otra incertidumbre sin razón conocida.

No hay más que observar la gente que cruza las calles en un día como el de ayer, para convencerse de que ese desasosiego es general, y no la generalización errada del estado de cuerpo y de espíritu en que se encuentra simplemente el observador. Hombres y mujeres andan más nerviosos, más agitados; los gritos son más agudos, más discordantes; los tropiezos de peatones y vehículos se suceden con mayor frecuencia; el hormigueo del centro se muestra más hervoroso, más apresurado, más febril. Diríase que todo el mundo corre tras de algo, y si se preguntara á cada cual lo que ese algo es, contestaría, necesariamente:

—No lo sé. ¡De veras que no lo sé!

Esta extraña situación corporal y espiritual viene dando tema, desde hace siglos, á poetas y á médicos. Los unos han llamado á la primavera, juven-

tud, adolescencia del año, atribuyéndole las mismas locas fiebres que acometen al hombre cuando entra de lleno en la vida, ciego aún y ardoroso, como el toro en el redondel; los segundos aconsejaban antiguamente que, al comenzar la primavera, «se tomara medicina», para decirlo al modo de los franceses que, generalizando la especialidad terapéutica, logran nombrarla con ese eufemismo.

Pero, hay que confesar, también, que este estado de sobreexcitación va menguando poco á poco, á medida que la risueña estación avanza y «se asienta». Nunca se llega, bajo su reino, á la placidez continua de algunos otoños, tan tranquilos y tan dulces en este país, donde la regocijada luminosidad del cielo, el brillo del sol, la tibia caricia del ambiente, compensan y anulan casi por completo la melancolía de la caída de las hojas.

Sin embargo, la primavera tiene atractivos excepcionales y únicos. Cuando ella asoma, ¿no parece, en efecto, que se abrieran las puertas de una cárcel, y esa excitación por instantes incómoda no es la del prisionero que comienza á sentir la fiebre de la libertad?

¡Cuántos creen tener alas, apenas comienzan á reventar en los viejos árboles los tiernos brotes cuyo verdor acaricia los ojos como un símbolo de esperanza y de alegría!...

**LII**

**La Estancia sin carne.**

11 de octubre.

La última memoria del intendente da mucho que pensar.

Estudiando el por qué del encarecimiento de la carne, insiste en el grito de alarma que ya antes partiera de la municipalidad.

La causa de esa carestía no reside sólo en lo que generalmente se cree: exceso de exportación, competencia ruinosa hecha al consumidor particular por los frigoríficos—que pueden pagar altos precios,—gastos dispendiosos de los intermediarios y vendedores al detalle, gravámenes exagerados, etc.

Según se desprende, muy claro, en verdad, de esa memoria, la causa principal es mucho más grave, tanto que la intendencia llama de nuevo sobre ella la atención del ministerio de agricultura, del ejecutivo, de las cámaras:

—La estancia está sin carne—dice.

O, en otras palabras, nuestro país, ganadero por excelencia, no ve aumentar su stock de haciendas, lo que equivale á verlo disminuir, porque la demanda crece, fomentada por la mayor población, el mayor comercio con el extranjero y las causas concomitantes.

Esto en el mejor de los casos, porque puede que

ese stock haya disminuido absoluta no relativamente, y para saberlo se requeriría una prolija investigación.

Es lo que se impone, y lo que el gobierno nacional debe hacer sin pérdida de momento, porque el mal tiene remedio, afortunadamente.

La posibilidad de esa disminución salta, entretanto, á la vista.

Nuestros grandes criadores vienen dedicándose de un tiempo á esta parte, con empeño digno de aplauso, al mejoramiento de las razas—tarea que se inspira en una loable previsión del porvenir y en una nobilísima aspiración de progreso. Mejorando las crías se prevén y atajan posibles competencias futuras, se tiene contento al cliente extranjero, se aseguran los mercados consumidores.

Pero, al perseguir este fin, ¿no se habrá descuidado los demás? ¿no se habrá abandonado de una manera harto radical el eclecticismo que se aconseja en casos así? El estanciero que refina sus ganados necesita menos animales para realizar las mismas y aun mayores ganancias que cuando sólo tenía hacienda criolla.

Que uno, diez ó veinte disminuyan el número de cabezas que tienen en sus posesiones, poco importa para el equilibrio general: la diferencia resultará insignificante. Pero esta diferencia irá creciendo en razón directa del número de los que descuiden la cantidad para atender preferentemente á la calidad.

En tal caso, el progreso provocaría una crisis, y es lo que puede estar ocurriendo si la reiterada voz de alarma de la intendencia tiene todo el fundamento que es dado atribuirle, pues funcionario de tanta responsabilidad como el lord mayor del municipio no ha de hacer tan agoreras insinuaciones á humo de paja, ni con los simples datos conjeturales que obran en su memoria, por significativos que ellos parezcan ser.

Entre esos datos figuran, sin embargo, algunos

muy sugerentes, como el decrecimiento de la exportación de lanas, el descenso del consumo interno, la restricción de la faena en los frigoríficos, y el alza inesperada y gravísima del precio de la carne.

No hay humo sin fuego, y todos estos síntomas señalan una enfermedad quizá muy grave, con cuyo diagnóstico puede muy bien haber acertado el intendente municipal.

Veremos si en la junta de médicos que las circunstancias reclaman, el diagnóstico se confirma; la tarea incumbe á los ministros de hacienda y de agricultura. Conocido el mal, su tratamiento será fácil: bastará con recetar á los hacendados que sin desatender la calidad se preocupen seriamente también de la cantidad de sus haciendas.

Si fueran simples comerciantes, el remedio podría no ser administrado, porque momentáneamente nada pierden con el alza de sus productos: al contrario.

Pero son hijos de esta tierra, en su gran mayoría, muchas veces han demostrado que desean verla próspera y feliz, y no les agrada oír de nuevo la inusitada frase:

—¡ No hay carne en la estancia !

LIII

Ocio.

12 de octubre.

En una provincia argentina, en Córdoba, es en el único rincón de esta hermosa parte de América, donde, hace muchos años (pueden haber variado las costumbres), hayamos oído anatematizar generalmente á los que vivían—viejos ó jóvenes,—sin hacer nada con sus cinco dedos ni su única masa cerebral.

Hasta se les señalaba con una palabra especial, muy castiza sin embargo, pero caída en desuso en otras provincias, y sobre todo en la de Buenos Aires. Se decía de ellos, despectivamente :

—¿Fulano?... ¡Es un ocioso!...

Sin duda allí, como aquí, el ocio será hoy en día más que un motivo de crítica, un título á la pública consideración. Los miles de personas—miles crecientes,—que se lo pasan mirando las musarañas, papando moscas ó realizando tareas de más ruido pero de iguales resultados, no han visto brillar todavía el momento de decirse como el héroe de la fábula de Samaniego que : «si en esto para el ocio y los regalos, al trabajo me atengo y á los palos...»

Al contrario : entre nosotros, andar en todas partes de punta en blanco y sin hacer absolutamente nada, conduce como por un tubo á la celebridad, de

la que se hallan tan lejos los que trabajan, por aquello de que no es posible repicar y andar en la procesión...

Lo lastimoso es que en muchas partes ocurre tres cuartos de lo mismo.

En Francia, por ejemplo, el fenómeno ha irritado, por lo soberanamente injusto, los nervios del Dr. H. Huchard, de la Academia de medicina de París, quien se propone resolver el difícil problema de «utilizar á los ociosos».

¿Cómo? ¡Pues gravándolos con un nuevo impuesto!

Oigamos, primero, lo que entiende por «ocioso»:

Difícilmente se nos convencerá — dice, — de que levantarse á mediodía, pasarse dos horas en el tocador, montar á caballo, hacer visitas, jugar al croquet ó al tennis, hacer largas y delicadas comidas en buena compañía, asistir á los estrenos, frecuentar los grandes bars y los grandes clubs — lo que constituye con pocas variantes la vida acostumbrada de nuestros clubmen y hombres de mundo, — merezca ser considerado como un trabajo útil á la sociedad. Ahora bien, en este hermoso país de Francia forman legión los mortales favoritos de los dioses á quienes sus rentas y su educación imponen este género de vida...

Esta ventaja no es puramente francesa; harto lo sabemos aquí, donde la gente desocupada comienza á brotar con el pululamiento de los hongos.

Pero, aunque el remedio propuesto por el doctor Huchard, de la Academia de medicina de París, sea aplicable entre nosotros, las cosas no han llegado tan lejos como él las pinta allí.

Sí, son legión — agrega, — en número de más de cuatrocientos mil. Que en vez de caer siempre sobre los trabajadores, los rigores del fisco envuelvan también á los desocupados que viven inútilmente de la renta dejada por papá y mamá; eso es lo jústo. Que frente á los que cumplen su deber, trabajando, se exija á los ociosos quinientos francos al año para obtener el derecho de no hacer nada: 400.000 por 500, igual á 200 millones. ¡La cuestión financiera medio resuelta!

Como se ve, el sacrificio impuesto á los ociosos no sería excesivo, pero sus resultados tendrían algo de maravilloso. Aquí, aunque en menor escala, lo

recaudado serviría para aliviar á la pobre gente y permitirle, á su vez, un poquito del ocio necesario para recuperar las fuerzas y el buen humor.

Y decimos que el nuevo impuesto no produciría tantos millones, porque entre nosotros hay diversas clases de desocupados, y la más numerosa no es la clase rica. Muchos de nuestros ociosos no han de ver quinientos pesos juntos al cabo del año, como que viven de expedientes, trampas, gambetas, sablazos y otros medios semejantes. Estos no podrían, pues, pagar al fisco. Y hasta les asistiría razón para negarse al pago, diciendo, como el loco de Cervantes :

—¿Les parece á ustedes que es poco trabajo esto de hincar á un perro?... ¿Les parece á ustedes que nos cuesta pocos sudores esto de vivir *sobre el país*, y que el dinero necesario se nos viene á la mano milagrosamente? ¡Pues no hay, sin embargo, tarea peor que esta *esgrima* á todas horas!

En efecto. Los infelices trabajan material é intelectualmente. Pero lo hacen con gusto, gracias á la ilusión de que no trabajan. En fin, volvamos al proyecto.

El Dr. Huchard funda el nuevo impuesto en una argumentación que parecerá paradógica, pero que está inspirada en un gran espíritu de justicia :

Puesto que la patente es «una contribución anual pagada por toda persona que haga un comercio ó ejerza una industria», pretendo que el ocioso ejerce una industria: la de no hacer nada, y vivir sobre el trabajo ajeno. Pretendo que debe pagar más impuesto que el que vive de su trabajo.

El inventor está seguro de tener éxito, tarde ó temprano; aun más, rehuye el mérito del hallazgo económico y se encuentra precursores en ese modo de pensar—hecho raro en un innovador :

Pese á algunas sonrisas — exclama, — pese á algunos encojimientos de hombros, pese á la rutina, creo que el impuesto sobre la ociosidad, tan justo, tan moral y tan democrático, ha de existir un día. No tendré ni siquiera el mérito del descubrimiento, porque Begouin dijo mucho antes que yo :

—En vez de exigir patentes á los trabajadores, mejor sería imponerlas á los ociosos.

Con todo esto sólo busco un poco más de justicia social en este mundo, y no soy sino un hombre de buena voluntad: es mi disculpa. También la encuentro en esta máxima de Paul-Louis Courrier:

—Sobre cualquier asunto, publica tus ideas: si son buenas, aprovechan; si son malas, se corrigen y aprovechan también.

Es lo que hacemos hoy con las del Dr. Huchard, dedicándolas á la atención del público, que sabrá apreciarlas, pues consta á todos la falta de equidad con que en nuestro país sigue favoreciéndose á los que no hacen nada, absolutamente nada más que estorbar á los otros, sin beneficio propio ó ajeno, ni siquiera el castigo moral de la frasecita escuchada en Córdoba:

—¡ Si es un ocioso!

**LIV**

**Literatura periodística.**

13 de octubre.

La prensa argentina tiene muchos títulos á la consideración general, pues de pocos años á esta parte ha realizado conquistas y alcanzado progresos que la colocan en lugar muy importante dentro del periodismo universal. Pocos son los países en que los diarios tengan el mismo ó mayor desarrollo que en la República Argentina, y en cuanto á servicio informativo, corresponsales, etc., estamos, puede afirmarse, á la altura de los mejores.

Pero tan visible é innegable adelanto no es lo que motiva estas líneas, ni lo que más deben agradecer los lectores argentinos á la literatura periodística del país. Lo más importante, desde el punto de vista ideológico, es un hecho de orden moral, que muchos no observan, sin embargo.

Nuestro periodismo, asimilándose todos ó casi todos los progresos de la prensa universal, sirviéndose de cuanto elemento interesante le llega del extranjero, imitando, copiando, atrayendo colaboradores ajenos al país—es decir, cuando menos se podría esperar el resultado á que nos referimos,—ha sabido conquistarse un sello original, y mantener esa originalidad, en todo y por todo, casi diríamos instintivamente.

Lo más curioso es que tal peculiaridad no nació

de golpe y porrazo, sino paulatinamente, aunque en un periodo de tiempo muy corto en realidad: nuestras evoluciones son siempre rápidas, como lo demuestra la historia en cada página, y como lo pueden afirmar con la experiencia de las cosas vistas, muchos observadores que, sin embargo, no han llegado á viejos.

Pero señalaremos el fenómeno, pues ya debemos haber despertado suficientemente la curiosidad del lector.

La originalidad de la prensa argentina en general, y sobre todo de la bonaerense, consiste en la mesura y la discreción con que encara ó deja de lado todos los asuntos de orden moral é íntimo. Hay excepciones, especialmente en algunas provincias y en momentos de lucha ardorosa: pero confirman la regla, pues los diarios que constituyen excepción, ó tienen vida artificial y efímera ó perduran gracias á un cambio de dirección hacia la norma tácita é instintivamente establecida.

En el país no hay prensa de escándalo. Entre los diarios más libres de lenguaje y pensamiento, ninguno se mezcla en la vida íntima de nadie. Un asunto Syveton, por ejemplo, no hubiese tenido en Buenos Aires las sucias proyecciones que en París.

Hipocresía no es, sino en el sentido de la definición aquella de que significa un culto á la virtud. Y, en todo caso, el exceso de pudor ¿no vale mucho más que el exceso contrario?

Cualquiera que lea estas líneas—y esto es una prueba de la bondad del hecho señalado—se alegrará, por ejemplo, de que nuestra prensa no se preste á sátiras tan sangrientas como una que sobre la parisiense encontramos en *Le Figaro* de París: ¡la cuña para ser buena ha de ser del mismo palo!...

Es preciso que los lectores la conozcan por las moralejas que de ella pueden desprender. Héla aquí:

La escena se desarrolla en un aula de la Escuela de Periodistas.  
El profesor:—Hoy nos ocuparemos de una de las ramas de

mayor importancia en la profesión periodística: el crimen sensacional. — Con raras excepciones, el crimen sensacional sólo se produce en verano.

Un alumno:—Señor, ¿será porque los asesinos no matan sino cuando hace mucho calor?

El profesor:—No se burle usted de su profesor. Crímenes hay todo el año, pero para que resulten sensacionales es preciso que, mientras duermen la política, los tribunales y los teatros, los periódicos tengan la posibilidad de consagrarles largos artículos llenos de sabrosos detalles. — Veamos: Llega á oídos de ustedes que acaba de cometerse un lindo crimen, ¿á quién irán á entrevistar primero?

Un alumno bromista:—Al asesino.

Otro:—A la familia de la víctima.

Un tercero:—A sus criados...

El profesor:—Muy bien, alumno Tartabul: á los criados. Y si puede usted conseguir que uno de ellos le redacte el artículo, su éxito es seguro. Pero puede suceder que la víctima no tenga á su servicio personas suficientemente ilustradas. Por otra parte, no se sabe quién es el asesino. Haga el favor de decirme, ¿de qué hablará usted?

Primer alumno:—Describiré el teatro del suceso.

Segundo alumno:—Acompañaré á los agentes en todas sus pesquisas.

El profesor:—Hay un tema muy superior para el artículo: el pasado de la víctima. Interroguen ustedes á sus parientes, sus criados, sus amigos. Interroguen, sobre todo, á sus amigas. Nada de lo concerniente á una persona prematuramente aniquilada por uno de sus semejantes debe permanecer secreto. ¡Ah! si logran ustedes descubrir alguna intriga sentimental en la existencia del difunto, ¡qué ganga! Si descubren un verdadero escándalo, ¡qué triunfo!

El alumno bromista:—¿Y si no se establece, siquiera, la identidad de la víctima?

El profesor:—El asesinato de un desconocido por un asesino en fuga, es un crimen poco serio...

Esta sátira, volvemos á repetirlo, no tiene aplicación entre nosotros. Y no porque á nuestros periodistas les falte ingenio para dar interés á los asuntos que desarrollan. Por el contrario, con menos «argumento», digámoslo así, nuestros diarios suelen tener más atractivo que los europeos, porque cualquier cronista ó reporter de tres al cuarto, sabe poner de relieve la faz interesante de las cosas y realzar éstas sin necesidad de apelar á la sal gruesa y la pimienta fuerte del escándalo. Ello vendrá; pero, entretanto, felicitémonos de que no haya llegado todavía.

**LV**

**Conciértense estas medidas...**

14 de octubre.

En el número de LA NACIÓN, correspondiente al viernes, y en suelto aparte, con su adecuado comentario, léase esta noticia:

En las carreras de ayer, en el hipódromo de Belgrano, un jockey quedó moribundo á consecuencia de una rodada. Se llamó á la asistencia pública, y por indicación de un facultativo, que atendió al herido en el primer momento, se le pidió el envío de una ambulancia-automóvil, teniendo en cuenta su velocidad y su suave movimiento por las llantas de goma.

Pero he aquí que ese servicio se concede previo pago adelantado. El estado del jockey no admitía mayor espera, y siendo así, ¿cómo era posible trasladarse desde Belgrano para pagar? Bien está que se cobre, ya que esas ambulancias están clasificadas como especiales, pero no es humanitario que en casos como el ocurrente se proceda con tan estrecho criterio.

En la sección «Varias» del mismo número, y frente al suelto anterior, como guiñándole el ojo, léase la siguiente noticia:

—De la secretaría de la Sociedad Protectora de los Animales, se nos remite lo siguiente: «Contando la Sociedad Protectora de los Animales con una ambulancia triciclo para el transporte de los perros y gatos inválidos abandonados en las calles del municipio, se hace saber al público, á fin de que se dé cuenta en la secretaría, Paraguay 1061, de todo caso que ocurra para ser inmediatamente recogido el perro ó gato inválido».

Teniendo en cuenta todas las relaciones debidas, resulta evidente que los animales están en Buenos

Aires mejor cuidados y atendidos que los hombres.

¿Quién puede sostener que sea exacta esta proporción?

Hombre: perro:: automóvil: triciclo.

La relación entre el hombre y el animal, no puede establecerse; en cambio es muy posible y fácil hallar la que media entre un vehículo y otro. Cualquiera mecánico la calculará exactamente.

Pero, ni el protector más amante de los animales puede, en nuestra humilde opinión, posponerles el hombre; hay preferencias inadmisibles.

Sin embargo, el hecho es que si un gato ó un perro sufre un desmayo en la vía pública, será, merced á la ambulancia de la Sociedad Protectora de los Animales, inmediatamente transportado á donde pueda recibir los auxilios de la ciencia veterinaria, sin pago adelantado ni postergado de tales servicios, ni tener que sacar un céntimo de la ausente faltriquera; y un hombre no.

El valor moral y material, intrínseco y relativo, personal y social de un hombre, es, con todo, mucho mayor que el de un perro ó un gato, aunque los caprichos del mercado hagan parecer, á veces, que la verdad es todo lo contrario. Vaya un ejemplo:

En las ventas de animales suelen pagarse cientos y hasta miles de pesos por un «pointer» ó un «angora», pero si se sacaran á remate, muchos hombres no obtendrían semejante precio.

Aun á riesgo de que el lector tome á ofensa la aclaración de cosa tan evidente, vamos á demostrar que el fenómeno tiene otro significado que el del menor valor del hombre.

Este, con la abolición de la esclavatura, dejó de ser mercancía susceptible de compraventa, comercio para el cual no había nacido, según la moderna ética humana. El que comprara uno de estos ejemplares haría, pues, un pésimo negocio, pues adquiriría derechos que ya no existen, es decir, daría dinero por nada.

Tratándose de un perro ó un gato, ya es distinto, pues estos animales domésticos están asimilados á los bienes muebles, como semovientes.

El que compra un perro ó un gato, compra algo; el que compra un hombre, no compra nada, á menos que...

Pero esta es harina de otro costal. Pasemos adelante, para concluir.

No puede, en consecuencia, establecerse parangón entre el hombre y el animal, aunque por el último se dé dinero y por el otro no se dé.

Con una serie de raciocinios análogos, demostraremos ahora, que el valor de un hombre es, para la sociedad, mucho mayor que el de un animal cualquiera... ó lo contrario, si á mano viene...

Tomemos por ejemplo un ser cuyo valor venal sea mucho más grande que el de un perro ó un gato, dos ó tres veces mayor: un toro Durham ó de otra raza que dé los campeones en las ferias rurales.

El Durham vale muchos miles de pesos, todos los miles que se quiera—la imaginación puede, en este caso, ultrapasar sin miedo la realidad.

Bueno, pues: en la misma estancia ó cabaña en que campea el magnífico representante de la familia vacuna, hay un ser humano, insignificante y ruin, todo lo ruin é insignificante que la imaginación quiera.

El toro y el hombre están igualmente en buenas carnes, gordos, de cogote ó más—el grado no importa.

Sobreviene, por cualquier contingencia, una carestía tal, que los habitantes se encuentran en las mismas horrorosas condiciones de los náufragos de la Medusa.

Aun en el supuesto de que todos esos habitantes sean reproducciones de Shillock, Harpagón ó el viejo Grandet, y aun considerando el buen estado de gordura de ambos, ¿á quién se comerán? ¿al hombre ó al toro?

¡Al hombre, evidentemente!...

(No, no es error de caja: al hombre.)

Quizá el temor de las leyes impidiera la consumación del hecho material.

Pero el hecho *moral*, evidente, sin vuelta, es que se comerían al hombre, por lo menos en la intención.

Algún lector considerará disparatada y arcaica esta demostración.

Es injusto.

Los hechos están ahí palpables, imponiendo una argumentación pre-aristotélica si se quiere, pero, sin embargo, de palpitante actualidad.

**LVI**

**Dime cómo pisas...**

16 de octubre.

... y te diré quién eres.

Previendo una futura ciencia de las llamadas subalternas, dijo probablemente la sabiduría de las naciones que «quien mal anda mal acaba», y el sintetismo popular añadió que era preciso «andar derecho» cuando todavía no se puede «pisar fuerte».

Resulta, á la verdad, que la grafología tiene un notable predecesor — según acabamos de recordar revolviendo viejos librotos y periódicos de papel amarillo con olor á mohó,—en otra ciencia análoga que su creador llamó «escarpología».

No se equivoque la etimología de la palabra, refiriendo ésta á la graciosa imagen de la «escarpolette» francesa, que á su vez evoca la encantadora Sarah de los versos de Hugo. Aunque su prosapia es ilustre, el vocablo resulta bajo: viene del latín, pasó por el italiano, pero no sube más arriba del tobillo de cualquiera: será en español «zapatología» si la ciencia llega á triunfar tan decisivamente que se imponga á la misma Academia. Pero si la cuna es humilde, la «escarpología» tiene, en cambio, muy poco de modesta. Pretende nada menos que descubrir

al hombre y, lo que es aún más difícil, revelarnos á la mujer...

No se trata de una invención reciente, como ya dijimos, pero sí de una invención curiosa.

Data de veinte años, más ó menos, y se debe al doctor Garré, médico suizo, radicado en Basilea, «á quien ociosas letú—trastornaron la cabé»—se dirá probablemente.

La lectura del sistema frenológico de Gall incitó, en efecto, al doctor Garré á buscar algo nuevo en el mismo sentido, y á vueltas con la imaginación por un lado y la observación por otro, no paró hasta no haber encontrado... la «escarpología», ó sea la ciencia de diagnosticar las inclinaciones espirituales por medio de las inclinaciones del calzado...

Cualquiera afirma á priori que tal ciencia no es más que un capricho extravagante, menos fundado aún que la frenología y su nieta, ya citada, la grafología.

Sin embargo, el doctor Garré, por su parte, jura y perjura que los zapatos ó botines ó botas usados, son mucho más útiles para juzgar un carácter que los rasgos fisionómicos, las protuberancias craneanas, la escritura ó las rayas de la mano.

Según él, cualquier zapatero de viejo que fuera un observador y un psicólogo leería en las suelas, como en un libro abierto, hasta los secretos más recónditos del alma de sus parroquianos, sus virtudes ó sus vicios, su energía ó su debilidad, su versatilidad ó su constancia, su bonhomía ó su mal genio.

Algunas reglas sencillas y prácticas permitirán ensayar el sistema:

Si el talón y la planta de una bota llevada dos meses, están igualmente desgastados, será porque su portador es un hombre de negocios enérgico, un empleado fiel; ó una esposa excelente, ó una buena madre. Si aparece la suela desgastada por la orilla externa, el portador tiene tendencias caprichosas y aventureras, posee un espíritu obstinado y atre-

vido. Análogo desgaste en el borde interno, indica irresolución y debilidad en el hombre, modestia en la mujer.

Y como prueba de la exactitud de su tesis. M. Garré refiere un caso práctico: vió entrar en su casa un individuo cuyas botas, desgastadas por la orilla externa y rozadas en la punta, tenían el resto de la suela casi nuevo, y no vaciló en calificar á aquel hombre de aventurero de mala índole. Efectivamente, veinticuatro horas después el individuo era detenido por robo, según el interesado testimonio del inventor. Pero falta un dato que nos apresuramos á consignar porque arroja mucha luz sobre el asunto: el individuo, en efecto, acababa de robar... ¡las botas!... ¿No es esto un prodigio?

El doctor Garré defiende tenazmente su ciencia. Y para consuelo de los que anden mal, ha llegado á la conclusión de que, corrigiendo la manera de pisar, se corregirá la de pensar.

Pero, al terminar, nos ocurre la duda de que la «escarpología» sea mucho más antigua de lo que el doctor Garré presume, pues aparte de los refranes ya citados, ¿no recuerda el lector aquel modismo usual de «entrar con pie derecho», sinónimo de iniciar algo bien y con fortuna, perpetuado por el viejo y célebre soneto aquel donde se lee:

... y parece que entré con pie derecho  
pues fin con este verso le voy dando?

A menos que el poeta se refiera—y es lo más seguro,—á la superstición del pie izquierdo que, echando á andar el primero, era nuncio de desgracia en tiempo del paganismo. También se nos ocurre que la ciencia garreniana no es nueva entre nosotros. En la jerga popular «¡qué pisada!» es comentario de los grandes errores políticos ó sociales; «se pisó», es usado en los mismos casos; «pisar el palito», significa dar tontamente en la trampa, etc., etc. Lo

que demuestra que la sabiduría de las naciones practicaba ya, de tiempo inmemorial, siquiera una parte de la escarpología, ciencia no tan estúpida como á primera vista parece, puesto que se funda en la marcha de los hombres y sus naturales consecuencias. Algo aun más antojadizo suele enseñarse en nuestros colegios y facultades, sin que nadie le haga objeciones...

**LVII**

**Alrededor del trabajo**

22 de octubre.

Una de nuestras Crónicas, la titulada «Ocio», nos ha hecho favorecer con varias cartas interesantes. Por esas misivas vemos que no faltan partidarios calurosos del nuevo impuesto al «far niente», algunos de los cuales elevan esa curiosa contribución á la categoría de panacea que debe curarnos de dispendiosos y enervantes vicios ó flaquezas. Más de uno quisiera ver un proyecto ad hoc incluido sin otro trámite en las sesiones de prórroga del Congreso—tan viable y eficaz les parece,—pero la generalidad no tendría inconveniente en aguardar hasta el período ordinario del año que viene, exigiendo — eso sí, — la garantía de que ha de estudiarse entonces. Ninguno, entretanto, pone en duda que la ley contra la «vagancia» de alto fuste sería maravillosa para enriquecer la hacienda pública y disminuir las cargas que pesan sobre los trabajadores... Debemos confesar que, según se desprende de sus epístolas, los que se pronuncian en pro de la ley son gente de trabajo; los «ociosos» no han abandonado su ociosidad ni aun para defenderse. El oficio es, por otra parte, de los que no se confiesan.

Ahora, debemos agregar, también, que nunca

creimos oír tanto eco de una simple humorada, y que esa resonancia nos ha hecho parar mientes en el fondo del asunto. Cuando el río suena agua lleva. Y la corriente retumba tanto que debe arrastrar consigo toda una inundación...

¿Será en nuestro país el número de los voluntariamente desocupados tal, que invite de veras á ensayar contra ellos algún medio de represión? Enigma. El censo no nos instruye al respecto, porque los ociosos no se califican de tales cuando se les pregunta la profesión que ejercen; y en cuanto á averiguarlo personalmente... sería preciso estar por lo menos tan desocupado como ellos. Pero lo claro es que hay muchos, muchísimos, quizá más que en cualquier otra parte del mundo, salvo las felices comarcas en que aun no se ha llegado á la edad del hierro (los salvajes, en efecto, son *sportsmen*, no trabajadores). Para convencerse de ello basta con que cada cual pasee la mirada en torno suyo y clasifique entre sus relaciones los que viven de su trabajo, y los que viven aún mejor, pero sin medios conocidos de subsistencia, ó sencillamente devorando lo que les dejaron sus padres.

Estos últimos son interesantes é invitan á aplicarles (con una ligera modificación) el refrán tan viejo y tan exacto de: «Padre estanciero, hijo caballero, nieto pordiosero», cuando no es el hijo mismo quien, á la larga, acaba por esa última extremidad, lo que suele suceder con harta frecuencia á gente que no aprendió temprano la ruda ley de la vida.

Preferible á esta latina holganza es el defecto contrario, el que hace de los Estados Unidos un pueblo de acopiadores de riquezas. de hombres, para quienes el millón no significa más que la probabilidad de tener diez, y los diez la de llegar á ciento; un pueblo que produce individuos como Rockefeller, mozo de almacén en 1855, dueño de cinco millones veinte años después, de cien en 1885, de doscientos en 1890, de cuatrocientos en 1900, de seis-

cientos millones de dólares el año pasado... Este placer del trabajo con éxito y á todo trance, sin que lo provoque la avaricia (los archimillonarios yanquis hacen correr ríos de oro para fundaciones filantrópicas, bibliotecas, universidades...), es algo desconocido entre nosotros, pues la mayoría de los ricos se contenta con serlo, sin tratar de darse una ocupación ni menos de emplear parte de su fortuna en obras que perpetúen su nombre y le conquisten el amor de sus conciudadanos.

Pero, ¡qué diablos!, la contribución arrancada al ocio no llegará á la práctica, porque precisamente los que resultarían gravados por ella son los que gozan de mayor influencia y tienen más tiempo para utilizarla en las antecámaras del Congreso y en los bufetes ministeriales. La materia impositiva por excelencia, continuará siendo, indefinidamente, el artículo de primera necesidad, el que consumen los pobres y los afortunados, y más aquéllos que éstos.

No es éste, defecto exclusivo de nuestro país, apresurémonos á decirlo. En todas partes cuecen habas, y ya directa, ya indirectamente, no hay pueblo que escape á la dura ley, más ó menos disimulada. Pero ya que mal de muchos es pobrísimo consuelo, bien podríamos esforzarnos por tener siquiera la originalidad de que aquí fuese de otro modo... El deseo es utópico, pero bonito. Dejémoslo, pues, sin ahondarlo, para que no se desvanezca por completo.

También los corresponsales entusiastas del impuesto al ocio deben moderar sus ímpetus. No ha sonado la hora, y el proyecto se consideraría, en general, como una simple extravagancia. Pero, cófortelos la idea de que dentro de algunos años, ó dentro de algunos siglos, á más tardar, el número de los ociosos se habrá reducido á un insignificante tanto por ciento. Lo que no nos atreveríamos á afirmar, es si tal disminución será absoluta ó sólo relativa al número de los habitantes, en cuyo caso, bien podría haberse producido un aumento real y una re-

ducción de proporciones. Otro consuelo de que puede echarse mano es el de que siempre hubo desocupados desde que el mundo es mundo, por más que, repitiendo al filósofo, Zola haya proclamado en una de sus últimas novelas :

—No hay haraganes. Los que lo parecen, son, simplemente, enfermos.

Pero, como la enfermedad tiene tantos años como el hombre, hay que considerarla estado fisiológico, no patológico, cuando no se quiera hacer derroche de tolerancia... ó de indiferencia.

**LVIII**

**Contra los nervios.**

25 de octubre.

¡Qué diría Boileau si renaciera, y al renacer se hallara en pleno centro de Buenos Aires, él que escribió con tanta irritación y espiritualidad contra los ruidos del París del siglo xvii! ¿Cómo calificaría nuestra grande y bulliciosa capital del Sur, el severo Legislador del Parnaso que llamaba

un chat, un chat, et Rollet un fripon?

¡Cómo nos pondría, al oír el estrépito que hacemos, el agudo y epigramático Chamfort que confesaba: «tres cosas me importunan tanto en lo moral como en lo físico, tanto en el sentido figurado como en el directo: el ruido, el viento y el humo.» ¡Y qué sátira no escribiría el ilustre Quevedo, que ya en su época de paz y de silencio protestaba así:

Siempre son mi vecindad  
mal casados que vocean,  
herradores que madrugan,  
herreros que se desvelan!...

Ninguna ciudad del mundo es, ni con mucho, tan bulliciosa como Buenos Aires, porque en París, en Londres, en Berlín, en Nueva York, el tráfico más continuo, ordenado y monótono, resulta más sordo y no abruma y sobresalta al vecindario con las re-

pentinas explosiones que nos sorprenden, nos rompen los tímpanos, exasperan los nervios, sacuden el cerebro como un golpe de maza y producen la neurastenia con toda su secuela de males derivados é intolerables.

El estrépito no cesa ni un minuto en Buenos Aires, aunque se aplaque un tanto ya muy avanzada la noche, para ir creciendo en seguida hasta el amanecer, hora en que se reanuda con un «tutti» cada vez más ensordecedor. Todo contribuye á hacer del ruido bonaerense algo tremendo y malsano, desde la mala construcción del pavimento de sus calles, hasta las invenciones modernísimas de los tranvías eléctricos y los automóviles. Nadie se libra de una enfermedad nerviosa provocada por la bulla incesante y entrecortada, salvo los que viven y trabajan en calles de calzada de madera, por la que no pase el enorme y detonante peso de los nuevos tranvías, con el complemento terrible de su timbre clamoroso, implacable, sucedáneo de la antigua corneta, suprimida — ¡qué calumnia! — por considerársela más escandalosa.

Los tales tranvías tienen, no sabemos por qué ni para qué, unos artefactos de trecho en trecho, que, al pasar cada vehículo, producen un verdadero estampido, prolongado luego por la vibraciones metálicas de unas chapas de hierro, el chirrido desapacible de las ruedas sobre los rieles, y el zumbar agrio del trole. El que descanse ó trabaje cerca de alguno de esos artefactos dará noticias...

Esto se complica con la trompa de los automóviles y bicicletas, los gritos de los vendedores, el rodar de los carruajes, el lento golpear de los carros muy cargados, los chillidos de los muchachos, los repiques de las campanas, el martilleo de los obreros en las industrias, el agudo clamor de los «diareros», el vocerío de la multitud que llena las calles, el chirrido de las sierras, el murmullo inacabable de los mercados, los cantos, los silbidos, las

musitaciones, los gruñidos, los ladridos, las disputas, las grescas, las crepitaciones, los chasquidos, los choques, los retumbos, los estruendos repentinos, la cacofonía, en fin, de los mil sonos inarmónicos y nada esperados que forman la voz colosal de la gran ciudad.

Por la noche, el silencio es una mentira, pues de rato en rato lo interrumpen bruscos estrépitos: un eléctrico que pasa haciendo retemblar las calles y las fachadas y despertando sobresaltados á los que á duras penas lograron conciliar el sueño, un carruaje que redobla en el adoquinado áspero y desigual, ó una gresca que estalla en el vecino café, ó una serenata que se dan mutuamente y á voz en cuello algunos trasnochadores enemigos de la humanidad, ó los toques de auxilio de los vigilantes, ó todas estas cosas juntas y una porción de cosas más.

¡Qué dirían, sí, qué dirían los ingenuos satíricos que se quejaban del ruido en la antigüedad! ¡Cómo les quedaría el sistema nervioso, si se vieran obligados á revivir en esta Cosmópolis moderna, más semejante á herrería que á ciudad, y cuyo intolerable tormento del ruido olvidó Dante en su «Infierno»!... Seguramente se harían los sordos, como nuestras autoridades edilicias que, ó consideran muy grato este estruendo de todas horas, ó no han pensado en que podrían ponerle remedio ó aplicarle siquiera un paliativo, pese á que en todas partes, y desde hace muchos años, se venga legislando sobre el «ruido» como sobre todo lo que puede ocasionar perjuicio á terceros y tiene posibilidad de limitarse. En Francia, se hila delgado á ese respecto de larguísimo tiempo atrás, como puede comprobarse fácilmente y sin muchas investigaciones ni pesquisas previas. Vaya un ejemplo, y añejo, para que resulte mejor; lo tomamos del «Repertorio de Legislación de Dalloz.»

Sin embargo — dice, — en cuanto á los animales cuya presencia en el interior de las ciudades no está justificada por ninguna

necesidad real, se admite generalmente que los ruidos nocturnos con que turban la tranquilidad de los habitantes pueden motivar las prohibiciones que la autoridad municipal crea de su deber dictar.

Y cuenta el hecho siguiente:

El alcalde de una ciudad francesa hizo un reglamento prohibiendo á los habitantes que criaran en sus casas cerdos, palomas, conejos y otros animales que pueden infestar á los vecinos ó turbar el reposo público. Ahora bien: el tribunal resolvió que podía perseguirse como infractor de este reglamento al habitante convencido de haber guardado en su sótano unos terneros cuyo mugido incomodaba á la vecindad.

¡ No se trataba sino de mugidos ! Y aquí, en Buenos Aires, nadie se atreve á poner sordina á algunas de las infinitas trombas que nos ensordecen y nos van convirtiendo á todos en neurasténicos incurables !...

**LIX**

**Esperar sentado.**

26 de octubre.

No todo es malo en la República Argentina, pero fuerza es confesar que no todo es bueno tampoco. Hasta podría arriesgarse la afirmación de que hay muchas cosas malas y algunas pésimas...

Entre éstas la pachorra ó la desconfianza con que se mira todo lo que importe un progreso moral y social.

La indiferencia en este punto sería culpable en un pueblo que atiende tanto al interés material; preferimos, pues, creer que la inacción nace del deseo de experimentar antes en cabeza ajena y no meterse en camisa de once varas.

Sin embargo, se suele llegar en la expectativa á extremos tan absurdos, que una excepción, que un movimiento cualquiera llena de gozo y de esperanza el ánimo del observador de los fenómenos sociales.

Ejemplo de este género de grata sorpresa es la que acaba de provocar la cámara de diputados con su actitud ante el proyecto de ley de trabajo de las mujeres y los niños, que pide se incluya entre los asuntos de prórroga.

—Es más importante que la mayoría de los proyectos que se nos invita á tratar—dijo con otras palabras un señor diputado.

Considerado el proyecto desde el punto de vista de sus proyecciones morales y sociales, el padre

conscripto pudo ser mucho más afirmativo en cuanto á su importancia.

Pero el hecho plausible es que se trate siquiera de poner á flote un asunto que ya había naufragado este año. La intención, por lo menos, es buena.

En cambio, otras iniciativas de análogo orden de ideas, duermen bajo la enorme piedra que tienen deparada desde época inmemorial, y que, si se levanta periódicamente para dejarlas salir un momento á tomar el aire, vuelve á caer sin ruido, aplastándolas hasta otras vacaciones.

Entre ellas está en primera línea la de abolición de la pena de muerte, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos—como que data del 52 ó poco más—y que el diputado Palacios volvió á presentar este año á la Indiferencia legendaria de la cámara.

El Congreso teme la abolición de la pena de muerte, y en tal concepto parece vivir en años anteriores á Beccaria, y no tener ojos para ver los resultados que ese progreso moral ha ofrecido y ofrece en otros países, Italia por ejemplo.

—Sí, pero Italia tiene la «ergástula», peor que la muerte—objetan algunos.

—De la «ergástula» se vuelve, de la tumba no—se replica.

—; Bah! los errores judiciales son tan pocos que no valen la pena...

—Mejor es que se salven diez culpables y no que perezca un inocente. Tanto más cuanto que los culpables no escapan sin castigo, sólo que sufren uno revocable, no irremediable, como la muerte.

Pero todo esto es viejo, y la opinión está hecha; si el asunto se hubiera sometido á un plebiscito, la pena de muerte no existiría en la república.

Lo nuevo, lo que nos hace recordar este problema, presentado mil veces á la atención del pueblo, y mil veces escamoteado á los debates parlamentarios, es que la República Oriental del Uruguay, mucho menos dormilona y tímida en cuanto á las

leyes del progreso social, acaba de abolir la pena de muerte.

No le irá mal con ello ¡al contrario! y nos ha dado un ejemplo cuya trascendencia iremos viendo, aunque no queramos, hasta que nos será fuerza seguirlo. El campo experimental está tan próximo que no nos podremos negar á la evidencia... Entretanto, ¡quién nos oye cuando proyectamos ir á la cabeza de las naciones... sudamericanas por ahora!

La ley uruguaya tiene, sin embargo, una restricción que nos hace recordar la respuesta del andaluz:

—¿Sexos? Hay tres: los hombres, las mujeres y los militares.

La pena de muerte no se aplica en algunos países á las mujeres; de aquí en adelante, en el Uruguay no se aplicará tampoco á los hombres. Quedan posibles de ella los militares. La broma parecerá macabra é irrespetuosa, pero conste que no queremos ofender á nadie. Ni aun criticamos á los legisladores que hicieron la restricción, ya que los ejércitos se rigen por leyes especiales, exigidas por su arcaica estructura, insostenible de otro modo.

Pero, ya vendrá, también, la abolición de la pena capital para los militares mientras no asoma la de aquella otra colectiva de la guerra. El primer paso, el que cuesta, está dado en la república hermana. Cuando no se avanza es cuando no se echa á andar, como nosotros, herederos practicantes del viejo dogma de: «No se ganó Zamora en una hora», pretexto para no hacer nada, complicado con el «chi va piano va sano e va lontano», y con el más budista aun de que: «tout arrive à qui sait attendre».

Todo llega al que sabe esperar... Sí; pero, á veces, sucede á los pueblos como al borracho aquél, sentado en un guardacantón aguardando que pasase su puerta para entrar á dormir, postura en que «sorprendiólo el alba con la pupila roja...»

**LX**

**No lean las señoras.**

27 de octubre.

¡No! ¡no lean esto las señoras, sobre todo las argentinas!

Poco más abajo va á tratárselas de feas, gordas, holgazanas, comilonas de dulces y encurtidos, y, por añadidura, «pintadas» sin excepción, vale decir, viejas desde la primera edad.

No deben leer, pues, si no quieren acarrear un disgusto.

Apresurémonos á afirmar, sin embargo, que nos merecen un juicio muy diverso del que leerán ó no leerán, pese á nuestra advertencia ó aceptándola; para alabarlas, no tendríamos términos bastante elocuentes, justicieros y eficaces, pues no los hemos hallado todavía, ni aun buscándolos en los mejores diccionarios y enciclopedias.

Pero tampoco podemos escatimar la lectura de estas lindezas al sexo barbudo, que si no sale muy bien librado, tiene la egoísta y sangrienta compensación de ver maltrecho á su ídolo implacable.

Bien. Dejemos hablar á Mr. Howard O’Kie, que publica en el *Daily Mail*, de Londres, la siguiente correspondencia de Buenos Aires, comenzándola con agudísimas observaciones sobre nuestra industria y comercio que ha venido á estudiar, especial-

mente encargado por el colega londinense. Dice así:

En las calles, los hoteles y los clubs de Buenos Aires, no se oye hablar más que de negocios. El informe sobre las conservas de Chicago y sus influencias probables en los mercados europeos, es el tema del día. La opinión en general se muestra satisfecha. Aquí, los empleados nacionales vigilan todos los detalles de la industria saladeril, de las fábricas de carnes conservadas y de la exportación. Debe creerse que, tratándose de las fábricas más importantes, la inspección es eficaz, porque como las mismas fábricas son quienes pagan á los inspectores, éstas habrán tenido el buen criterio de insistir en que lo sea.

¿Se ve la ironía, eh? Sobre todo en el fondo de esto se ve aplicado un nuevo sistema de descubrir quién paga á los empleados públicos; éste *quién* es en otros países el gobierno, con sus recursos propios, de fuente milagrosa; entre nosotros no es el gobierno, sino el pueblo; ¡qué atraso! Pero mister O'Kie aguza aún su ironía, con raro talento, agregando:

El administrador de una gran casa local me dijo el otro día:

—La insistencia del presidente Roosevelt sobre la necesidad de vigilancia oficial no deja de tener gracia. El pueblo yanqui debe seguramente estar harto de vigilancia oficial, cuando el remedio no puede ser más sencillo. ¿Los fabricantes de Chicago no objetan la vigilancia sino el tener que pagarla? ¡Pues entonces que el público mismo ejerza la inspección gratuita! Oblíguese á los fabricantes á establecer un pasadizo desde donde se vea en toda su amplitud cada departamento de la fábrica, y uno ó más sitios donde el veterinario ó el repórter puedan examinar los animales. Es la única inspección que merezca ese nombre. Y luego, resulta barata y eficaz.

—Pero—objeté,—¿y los inventos industriales que quieren mantenerse secretos?

—¡No debe haber secreto alguno en lo que se refiere á un alimento cualquiera! — me replicó. — ¡El público tiene derecho de saber lo que come!

Este candor de los industriales criollos ó radicados, descubierto por Mr. O'Kie, no deja de ser original, y sobre todo está descripto con una agudeza que quizá envidiaran pero no imitarían, Dickens ó Mark Twain. Entre esos industriales es seguro que el notable escritor habrá encontrado al que asó la manteca.

Mr. O'Kie describe en seguida nuestra capital, con análogo humorismo :

La descripción de Josh Billing de una casa con «frente de mármol, fondo de basura» se le ocurre á uno á los pocos días de permanencia en la capital argentina. La Avenida de Mayo es como una parte de lo mejor de París ; ella reproduce l'Avenue de l'Opera de la ciudad europea en todos sus detalles : la ancha calzada, las aceras amplias invadidas por toldos y mesas de café, los turistas británicos y yanquis, los quioscos, las luces eléctricas, los edificios elegantes, las mujeres y los hombres bien vestidos — todo se encuentra allí. Los letreros de los balcones es lo único que impide que la ilusión sea completa.

Ya están ustedes viendo la Avenida de Mayo, como en una fotografía, sobre todo si no han estado en París. Pero esto no es más que tortas y pan pintado junto á lo que viene después.

En efecto, con el subtítulo de «Encurtidos y medicinas patentadas», Mr. O'Kie nos regala el sabroso plato que anunciábamos.

Descubrirse que entran en danza las señoras.

No : hay otra diferencia más. Mirad las mujeres arrellanadas en los carruajes. Son gordas, holgazanas, y lo contrario de bellas. En la cara se les delectean sus costumbres y su alimentación. Esta última se compone principalmente de dulces, encurtidos y medicinas patentadas. Estas mujeres no trabajan nunca. Sus costuras las hacen las criadas, que hasta las embadurnan la cara con cosméticos, y en tal cantidad, que se las creería compradas por los boticarios.

¡Cuadro magistral ! Cualquier porteña que haya tenido valor de leer se verá como en un espejo en la fina descripción de Mr. O'Kie, atiborrándose de medicinas patentadas, holgazaneando, más abotagada, inerte y flácida que las infelices esclavas turcas, ella, cuyo orgullo era dirigir la casa, educar los hijos, cultivar el espíritu y por lo menos, tener habilidades domésticas, cuando no artísticas... ¡Falta le hacía el espejo despiadado de O'Kie !

Ahora, otro complemento :

La comunidad es francamente utilitarista. El país es llano y feo, alternando entre polvo asfixiante y barro saturado de materias cloacales. Tal ambiente no induce al culto de la estética. Aparte

las avenidas «para muestra», las calles y las aceras son angostas; por la mayoría de las calles corren tranvías eléctricos, cuyos rieles están á pocos centímetros del cordón de la acera. Los olores de esta ciudad de un millón de habitantes no tienen la variedad definida que en Montevideo; pero son «suficientes». La viruela está haciendo estragos. Un diario calcula que hay ochocientos leprosos no vigilados «entre la gente de bien y los hombres de posición».

Buenos Aires es una de las ciudades del mundo en que la mortalidad es menor según las estadísticas; pero antes que los números está la palabra del corresponsal clarividente, cuya portentosa fuerza visual le hace descubrir lo que nadie había visto antes, sobre todo los leprosos que pululan en la alta banca, las esferas oficiales y la mejor sociedad... Pero súmese y adelante. ¡Cualquiera viene luego á visitar el país! Mr. O'Kie nos condena, por lo visto, á sembrar sal sobre nuestras propias ruinas, quién sabe por qué horrible crimen cometido contra su brillantísima é ingeniosísima persona.

Porque, como es natural, Mr. O'Kie saca las consecuencias prácticas de su profundo y concienzudo estudio y las ofrece modestamente bajo el título de «Consejos á los emigrantes», diciendo:

El país tiene una gran potencia de riqueza. Todo el mundo parece ganar dinero, pero la vida es «sórdida» y poco atractiva. El costo del alojamiento y la pensión es elevadísimo. Los jóvenes no deben venir aquí sin empleo seguro, salvo cuando tienen una profesión técnica y saben hablar en castellano. Los ingenieros ingleses con título obtienen empleo fácilmente.

Los diarios ingleses y coloniales deliran con la prosperidad, la grandeza y la magnificencia de la República Argentina, pero nunca mencionan los inconvenientes con que tropezará el inmigrante británico. La natural consecuencia de esto es que los escritorios de ingleses y hasta las oficinas gubernativas donde hay algún inglés, se vean invadidas por compatriotas recién llegados de Sud Africa, Australia, Nueva Zelanda — fuera del contingente no despreciable que viene de la misma Inglaterra, — todos pidiendo trabajo, y casi todos solicitando algún socorro pecuniario. Nadie desea tales individuos, ni en la ciudad ni en el campo; no hablan en español y son inútiles: no hay trabajo para ellos.

*The Standard* ha salido á la palestra refutando al chistoso corresponsal, y queremos copiar algo de lo que dice:

Todos cuantos visitan el Plata, están acordes en manifestar que las damas argentinas figuran entre las más bellas, mejor vestidas y más elegantemente ataviadas del mundo. Pero estaba reservado á Mr. O'Kie dar la nota discordante, y por intermedio del *Daly Mail* insultarlas públicamente. Mr. O'Kie es merecedor de que se le alquitrane y emplume; pero suponemos que habrá tomado la sabia precaución de sacudir de sus pies el « polvo asfixiante y el barro cloacal » de Buenos Aires.

El colega inglés se irrita con el divertido corresponsal. No es para tanto, y no le seguiremos en este terreno. ¿Podremos, por nuestra parte, reirnos un poco y sin amargura del bueno de míster O'Kie?...

**LXI**

**Correspondencia femenina.**

28 de octubre.

El estupendo artículo de Mr. Howard O'Kie sobre Buenos Aires nos ha procurado el placer de que nos escriban numerosas lectoras, hecho inusitado y que nos halaga en gran manera, como es de suponer.

Esto no significa ni mucho menos, que tomemos cándidamente por oro todo lo que reluce, es decir, que no vislumbremos alguna que otra lengua barba tras de las perfumadas esquelitas, ni alguna diestra velluda en las caprichosas patas de mosca que las cubren.

Ni nos vamos, tampoco, al otro extremo: muchas de las cartas son indiscutiblemente femeninas. Al bello sexo le gusta escribir—por lo mismo que es peligroso,—y no pierde ocasión tan brillante de dar un buen alfilerazo, ya que no de romper una lanza, en defensa propia.

Sin embargo, no había tal necesidad. La causa de las señoras estaba ganada de antemano, y tan ganada que Mr. O'Kie, sin previa acusación fiscal, sin más que la simple exhibición de su *factum*, está condenado al horrible sobre todos los horribles castigos que pueden recaer en la cabeza de un escritor: la risa con sus variantes y matices, desde la de la

burla hasta la de la lástima. Porque este es el castigo ; nadie, en efecto, vota con nuestro distinguido colega de *The Standard* porque alquitranen y emplumen al descortés, aunque algunas ya le habrán emplumado moralmente llamándole Ganso ó Pavo.

Con todo, y aunque la defensa sea como añadirle agua al mar, queremos transcribir siquiera algunos párrafos de esas cartas, correspondiendo así con una pequeña galantería al honor que, escribiéndolas, se nos ha hecho.

La mujer argentina — dice una, — no descuida por el sport los deberes de su hogar, y en cuanto á la costura, se conoce que Mr. O'Kie no ha entrado intimamente en nuestras casas, que á ciertas horas del día son verdaderos talleres, para que por las tardes, nuestras criollas, «arrellanadas en sus coches» luzcan en el paseo el fruto de sus habilidades. En cuanto á cosméticos y pinturas, fieles admiradoras de lo extranjero, no haríamos, si los usáramos tan general y exageradamente, más que seguir un ejemplo que se nos da, con disimulo ó sin él, según los países.

Otra más irritable, traza un croquis de mister O'Kie, á quien afirma haber conocido, y se explica, por ciertas particularidades corporales y espirituales, el efecto que nuestra capital le ha causado, y el encono que hacia la mujer argentina demuestra. La carta, llena de rasgos satíricos, es en todas sus partes demasiado personal para que podamos extractarla ó dar siquiera una muestra de ella, aunque, efectivamente, la saña de O'Kie haga creer que «resuella por la herida».

Luego, entre muchas, nos llama la atención una que dice :

Si el corresponsal del diario inglés es joven ó simplemente vejancón, *The Daily Mail*, para ser justo con nosotras, debería hacer una prueba : mandarlo á vivir unos cuantos años en Buenos Aires, una vez que pase este momento de efervescencia en que se le arañaría y pellizcaría sin conmiseración. Si no le pasaba lo que á los caballeros británicos fundadores de nuestras grandes familias angloporteñas, podría ratificar lo dicho : de otro modo, debería hacer pública confesión de su pecado, y el diario londinense declararse paladinamente ciego instrumento de un rencoroso ó de un «sencillo», como dicen en Chile

En fin, para no ser prolijos, sólo nos referiremos á otra carta, la más divertida.

Es evidentemente apócrifa.

Tras de sus caracteres en apariencia femeninos se ve la mano febril de alguien que también tiene muchos desdenes que vengar, pues no hay solterona, por muy recalcitrante que sea, y aunque forme en las filas más avanzadas del más avanzado «varonilismo» (este vocablo es menos anfibológico que el usual en estos casos) que olvide hasta tal punto sus intereses de cuerpo, y se declare tan rematadamente antimujeril. Ni Shakespeare ha puesto en boca de su Timón de Atenas dicterios contra la humanidad que equipararse puedan con los que contra las damas contiene esta hojita de papel, aparentemente escrita por una dama, pero dictada, sin duda alguna, por un despecho que peina barbas y puede que canas.

¿Que se ha entrado en curiosidad? Pues nosotros, al mismo tiempo, en ganas de satisfacerla. Sólo que es imposible, salvo usando de un medio indirecto, pues la letra de molde, como antes se decía, no aguanta estas cosas.

El medio es éste:

Tómese un cristal de aumento; léase con él la nunca bien ponderada correspondencia de O'Kie, y todavía quedará chiquita frente á la dulce escuela en cuestión.

En cuanto al sexo del autor, no queda duda, después de leer este parrafito—el único aprovechable:

«Tiene cien veces razón el señor corresponsal de »*The Daily Mail*, á quien no tengo el gusto de conocer, pero con quien simpatizo desde ahora por lo »sincero.»

Porque es evidente que una mujer animada de tales sentimientos, se los comunicará al paciente y no á personas extrañas. Esto último sólo á un hombre se le ocurre.

**LXII**

**Viaje vertiginoso.**

29 de octubre.

La lógica es la cosa más general (en apariencia, al menos) en los escritos, y la más rara en la vida. Examinando lo que le ha ocurrido en un día cualquiera, sus encuentros, los incidentes de su trabajo, sus sensaciones, sus aventuras importantes ó mínimas—el lector convendrá necesariamente con nosotros, si su espíritu crítico le permite ver que uno «logiquiza» los sucesos después de ocurridos, y aunque sean los más heteróclitos que darse pueda.

En los estudios suele ocurrir lo mismo, y en la cacería de asuntos para estas crónicas ¡peor! Las carreras que esto último provoca suelen ser curiosas y son siempre interesantes. ¿Por qué no ponerlas en parte, siquiera una vez, ante los ojos del lector?

Ayer, por ejemplo, íbamos á salir en busca de algún hecho de actualidad (escasos los domingos), cuando el ventarrón, amenazando llevárselo todo por delante, nos confinó en el escritorio, por cuyas ventanas veíamos la lluvia pulverizada por el viento y convertida en una cortina más espesa que la niebla de Londres.

—¡Bien!—pensamos.—Ayer se inauguró la exposición filatélica: contemos, pues, la anécdota del origen de la estampilla.

Después de revolver libros y husmear papeles, escribimos; pero.: para recibir el tremendo desengaño de que la historia estuviese recién contada... ¡Al canasto las carillas, pues, y venga otro tema! Pero ¿cuál?...

Aunque la lluvia continuara, resolvimos pasar el río. En la otra orilla está fresca aún la abolición de la pena de muerte, asunto que no debe desperdiciarse... La cuestión es decir algo que no sea muy viejo ni demasiado lírico...

Y pensando en Tolstoï, cuyas memorias «definitivas» están en curso de publicación, recordamos un párrafo elocuente leído estos días... Pasamos á Rusia, dejando sin más estadía la República Oriental, y una vez en Rusia, leímos en la página 73 del tomo II:

Durante mi permanencia en París, la vista de la pena capital me ha demostrado la falsedad de mi superstición del progreso. Cuando vi la cabeza separada del cuerpo, y cómo una y otro cayeron en el canasto, comprendí — no por medio de la razón sino por medio de todo mi ser — que ninguna teoría de la razón de ser de todo lo que es y del progreso puede justificar ese acto, y que si todos los hombres del mundo encontraran según cualquier teoría y desde la creación del mundo que ese acto es necesario, yo sabría que no es necesario, que es malo. Por lo tanto, el progreso no es el juez de lo bueno y de lo malo, sino yo, con mi corazón.

Ya ve el progreso á lo que se expone, con esa horrible concesión á la costumbre tradicional, y ya ve qué enemigos se echa encima con tales incongruencias.

Porque Tolstoï no lo perdona y le sacude de lo lindo por esas y otras razones. Llega á decir que el progreso no es ley universal, y cita en su apoyo la cristalización de los pueblos del Extremo Oriente y sobre todo del Japón (escribía esto hace algunos años).

Y como esta paradoja reavivara otra lectura reciente, buscando entre las revistas ya amontonadas en los anaqueles, dimos con la que había de condu-

cirnos al imperio del Sol Levante y á la presencia del plenipotenciario del Micado ante el Eliseo, de vuelta ya á sus pagos.

Este señor embajador contó que en una soirée á que asistía en París se hicieron tantos, tan grandes y tan extemporáneos elogios de su querido Nipón, con motivo de su triunfo sobre Rusia, que, fatigado al fin de escuchar el endiosamiento de la carnicería, interrumpió el coro de alabanzas, diciendo con disimulado sarcasmo :

—Durante generaciones enteras os hemos estado enviando delicadas acuarelas, admirables obras cinceladas, pájaros y animales representados con precisión científica, porcelanas inimitables, telas estupendas, y, sin embargo, nos considerabais como una nación bárbara... Acabamos de matar ciento veinte mil rusos ¡y ahora somos un pueblo civilizado!...

Tolstoï debería haber oído esta sabrosa anécdota, tan significativa de cultura, como deben oirla entre nosotros, aquí, en la República Argentina, los que aun no tienen claro concepto de lo que es la civilización. Con lo cual, ya de vuelta, damos por terminado el viaje y esta crónica.

¿Que el viaje no tiene nada de vertiginoso, dice el lector? Pues recapacite y verá: en menos de cinco minutos hemos pasado de Buenos Aires á Londres, para volver á Buenos Aires, irnos luego á la República Oriental, pasar á Rusia, presenciar una ejecución en París, correr por Extremo Oriente, detenernos en el Japón y regresar tan sueltos de cuerpo... Sume los kilómetros, y opine.

¡Ni en alas del ciclón de ayer hubiéramos hecho tanto camino en tan poco rato!...

**LXIII**

**A propósito de estampillas.**

30 de octubre.

De paso nos referíamos ayer á la exposición filatélica que acaba de inaugurarse con éxito en el Prince George's Hall, poniendo á la orden del día las estampillas postales. Esta «orden del día» no quiere decir para nuestra intención que despierten vibrante entusiasmo en todo el mundo. No: también hay gente muy despreciativa y desdeñosa para con las «colecciones de sellos». Los coleccionistas, por su parte, pueden quedarse muy tranquilos y satisfechos, como los artistas y escritores ultramodernos, exclamando:

—¡ No se nos comprende !

Pueden, también, si les cuadra, entonar himnos á la filatelia, preconizarla como medio eficacísimo de desarrollar el conocimiento de la geografía y como pretexto de tener unos minutos con juicio á los muchachos revoltosos. Pueden eso y mucho más. Los de la oposición, en cambio, pueden, con la misma libertad, hacer todo lo contrario. Nosotros nos lavamos las manos ; pero como tuvimos la mala idea de referirnos al fracasado propósito de contar el origen de las estampillas, he aquí que nos llueven ahora cartas pidiendo que lo hagamos, so pretexto de que muchos no han leído lo que al respecto se dijo,

y poniéndonos casi en el ineludible compromiso de hacer pasar por nuevo un cuento viejo, ó, con más honradez, de volver á exhumar á propósito de tan palpitante actualidad una anécdota añeja, pero de todos modos entretenida. Demos, pues, por no habido el precedente, y comencemos.

El hecho es interesante, y tanto que ha servido de tema á numerosos relatos, más ó menos atractivos, más ó menos conmovedores, más ó menos bien escritos, alguno de los cuales rueda todavía por ahí como artículo de primera mano. Su fe de bautismo está, sin embargo, fechada entre 1830 y 1840, y Alfonso Esquirós, sin pensar en que ahora habríamos de editarla nuevamente, la había reproducido.

Pues, señor, un viajero, atravesando cierto distrito del norte de Inglaterra, llegó á una posada á cuya puerta se detenía en ese mismo instante el cartero, portador de una carta.

Salió á recibirla una joven que la tomó, la volvió y revolvió en sus manos y en seguida preguntó cuánto tenía que pagar de porte.

—Un chelín—dijo el cartero.

La suma era, sin duda, harto crecida para la joven: pues suspiró profundamente, y dijo, bajando los ojos:

—¡Dios mío! La carta es de mi hermano, pero... no tengo ni un penique...

Y con ademán desolado tendió la carta, devolviéndola al cartero.

El caminante que observaba la escena, compadecido se ofreció á pagar el porte, y lo hizo pese á la obstinada resistencia de la muchacha, que no quería permitírselo por nada de este mundo, lo que le dió que pensar.

Y con razón.

En efecto, apenas el cartero volvió las espaldas, la chicuela confesó el «cuento»: de acuerdo con el hermano, se daban noticias de su salud y otros asuntos importantes para ambos, por medio de signos

particulares trazados en el sobre. Dentro no había carta alguna.

—Apenas vemos el sobre—agregó la muchacha, —ya estamos informados de cuanto queremos saber, sin pagar nada. Nuestra pobreza es tan grande que no podríamos costear el porte de las cartas...

El viajero no era un hada disfrazada, ni un encantador á caza de aventuras, pero era en cambio el político y matemático inglés sir Rolando Hill, autor del famoso trabajo «Colonias interiores», boceto de un plan para la extinción del pauperismo, y uno de los fundadores de la colonia británica en Australia meridional.

Y nuestro hombre sacó de este hecho tan sencillo la invención de la estampilla, que tanto incremento había de dar á la correspondencia del mundo.

Desde luego juzgó vicioso un sistema fiscal que se prestaba á semejantes fraudes, y no paró hasta encontrar nuevas bases para la organización del correo—las mismas que, perfeccionadas, sirven hoy y todos conocemos.

**LXIV**

**No hay mal que por bien  
no venga.**

31 de octubre.

La exhilarante carta de Mr. O'Kie prometería ser un veneno inagotable, si no hubiéramos resuelto dejar, desde hoy, abandonada la mina que nos ofrece: todo abuso es pernicioso.

Pero, hoy por hoy, como despedida, sacaremos el montón de cartas que respecto de la correspondencia de *The Daily Mail* nos sigue llegando, una sobre las mujeres argentinas en que se mezcla lo dulce con lo amargo, la crítica con el encomio, y que demuestra mucho acierto en varias observaciones.

Nos la envía una dama conocedora de las tierras de aquende y allende el Atlántico, y que sabe poner los puntos sobre las *ies*; y titulamos esta crónica «no hay mal que por bien no venga», porque aquella más tonta que envenenada lucubración, ha traído el sensato y ecuánime trozo que sigue, trozo que también pudo llamarse «Las argentinas pintadas por sí mismas.»

Pero tiene la palabra nuestra aguda corresposal:

«Bien sé que al escribir estas líneas atraeré sobre mi cabeza de criolla vieja las maldiciones de mis jóvenes compatriotas; pero no resisto al deseo vehemente de decir un poco de verdad, echando la

culpa de ello á Mr. O'Kie y á sus críticas medianamente chistosas y de menos que mediano buen gusto.

»El *Standard* se apresuró á refutar una aseveración que no merecía tomarse en cuenta. Dificilmente podrá ciudad alguna ostentar un conjunto tal como el que ofrece Buenos Aires de mujeres bellas y bien puestas. Para convencerse no hay más que recorrer la calle Florida de cuatro á siete de la tarde, ó bien tomar una platea en la Opera, ó haber asistido al Premio Internacional en el hipódromo de Palermo.

»Pero debo confesar que nuestras mujeres se pintan demasiado y demasiado temprano. Básteme recordar la carta que el Dr. Miguel Cané escribió sobre esto á la directora de la escuela Sarmiento, allá por el año 1903.

»Otro hecho incontestable es que la mujer argentina tiene marcada tendencia á engrosar. Ese aumento de volumen se acentúa en ella al poco tiempo de casada, y en una gran mayoría de casos reconoce como causa principal la indolencia y la falta de ejercicio físico.

»Que la argentina se haga un poco sportwoman en vez de aletargarse en el corso de la calle Florida; ó á lo menos, si quiere á todo trance figurar en ese clásico y aburrido desfile, que invierta siquiera una hora por día en deportes saludables, propios para hacer resaltar su belleza, dándole colores... naturales.

»¿Por qué no tendría Buenos Aires, al igual de Londres, París ó Berlín, unos cuantos «ladies clubs» de tennis, de golf, de cricket, etc.? Hasta la fecha, tan sólo la colonia británica ha dado un paso en este sentido. Mientras tanto nuestras niñas y señoras jóvenes siguen levantándose tarde...

»Un defecto capital y que el Sr. O'Kie pasó por alto (lo que haría suponer que ese buen señor se había vuelto sordo) está en la... oratoria. Las argenti-

nas hablan demasiado fuerte y todas á la vez, como las españolas. En cualquier sitio donde se hallan, salvo la iglesia (¡y eso!) parecen necesitar que todo el mundo se entere de lo que les pasa.

»Este es el defecto más general, y los mismos viajes á Europa no han tenido todavía la virtud de corregirlo. Es extraño que tamaña falta no lleve miras de desaparecer. A nosotras, que estamos continuamente aquí, no nos llama la atención. Nuestro oído se ha habituado más ó menos á ello, como al run-rún de los troles. Pero no sucede lo mismo con el europeo culto que llega á Buenos Aires por vez primera y que oye esas conversaciones «achicharradas». Su impresión es de estupor al oír por todas partes el taladro de esas vocecitas chillonas, con las mismas entonaciones, el mismo modo de cantar las frases... Así, pues, en cuanto las mujeres sepamos comunicarnos sin dar parte á la galería, sin exuberancia de gestos, ni salidas de tono, habremos dado un gran paso hacia la perfección en materia de cultura y nos haremos más simpáticas aún, lo que ya es mucho decir...

»Tiene razón el *Standard* en proclamar que la argentina es muy elegante, aunque el núcleo de argentinas que se viste con «elegancia sobria» sea todavía reducido. La porteña se posesiona pronto de la moda, es cierto, pero en general la exagera, y si no, véase el recargo de postizos que llevan muchas de nuestras damas y niñas. Demasiados y muchas veces mal puestos. Cabezas adorables hay que quedan deformadas por la abundancia de los flequillos, las bananas, etc. Un poco de moderación sería de mucho mejor gusto.

»La indolencia intelectual corre parejas con la indolencia física. Egresada del colegio á la moda, la argentina lee poco, escribe menos aún, y, sin embargo, á muchas no les faltan medios, pues son brillantes conversadoras, espirituales, finas, y es lás-

tima grande que no aprovechen los dones naturales con que han sido favorecidas.

»Es de esperar que los defectos que dejo señalados desaparezcan pronto y la mujer argentina será celebrada dentro de poco, no solamente por su belleza y sus prendas morales, sino también por su cultura física é intelectual, ocupando en la sociedad moderna el puesto que de veras le corresponde.

»Saluda al señor cronista con toda consideración.

—*Una criolla «retour d'Europe.»*

Ahora, no faltará algún mal intencionado que nos grite:

—¡Eh, señor cronista! ¡Me parece que esto es muy distinto de lo que usted aseveraba el otro día!... ¿Cómo se entiende?

—¡Caramba! — contestaremos. — ¿No es mejor que haya confesado sus faltas la misma parte? ¿Y quién nos perdonaría que no fuéramos galantes con el bello sexo, sobre todo en circunstancias tan críticas para el amor propio femenino? *Est modus in rebus*, ó, en otras palabras lo cortés no quita lo valiente...

**LXV**

**Historia de una novela.**

1 de noviembre.

Más bien deberíamos decir «epílogo de la historia de una novela»; pero así no está del todo mal, tampoco. Se trata de un libro que ha hecho gran ruido en nuestro país, que tuvo y tiene su relativa trascendencia, pero que muy pocos habrán leído por estos barrios. Nos referimos á «The Jungle», de mister Upton Sinclair, novela yanqui provocadora de tan alborotado movimiento de opinión que el presidente Roosevelt y el congreso norteamericano se vieron en el caso de tomar medidas contra las fábricas de conservas y la escandalosa mala fe de los «beef-packers».

Pues ahora resulta que el novel y ya célebre autor apuntaba para otro lado y le sonó la flauta por casualidad: su objeto no era el perfeccionamiento de las conservas sino el mejoramiento social de los obreros que las preparan... ¡Inexcrutables son los caminos de la Providencia!

Al relatar este reverso de la historia contemporánea, un cronista dice que Mr. Sinclair está rabian-do. Y explica el fenómeno, muy lógico después de sabido, naturalmente.

Hace observar, en efecto, que la última parte de «The Jungle» contiene diatribas anticapitalistas á

porrillo, apologías del proletariado, ditirambos socialistas que convierten al libro en un manifiesto de propaganda obrera y no en una acusación contra los repugnantes métodos usados en Chicago para hacer tragar á la humanidad las cosas más inverosímiles.

El objeto del autor era evidentemente lograr que se adoptasen de golpe, en masa y con entusiasmo, las doctrinas proclamadas después de las ardorosas denuncias contra los «beef-packers». Pero la opinión pública no ha tomado en cuenta los sufrimientos y la miseria de los obreros de las fábricas, y, ocupándose preferentemente de su digestión, exigió las medidas de seguridad que todo el mundo conoce.

Mr. Sinclair erró el tiro.

Pero, como es hombre de indiscutible buena fe y de gran firmeza de convicciones, ha tomado inmediatamente otro camino para hacer triunfar sus doctrinas, aprovechando los muchos millares de dólares que le hacen ganar las sucesivas ediciones de su obra, traducida ya á casi todos los idiomas.

Quiere formar una colonia comunista en los alrededores de Nueva York, y ya se ha puesto á la tarea, comenzando por dar una conferencia en el New-keley Lyceum. Ya tiene más de cien adhesiones para llevar á la práctica su proyecto que es curioso:

En un terreno de trescientas ó cuatrocientas hectáreas, se instalarán de ciento cincuenta á doscientas familias, cada una de las cuales vivirá aparte, sea en casas separadas, sea en departamentos espaciosos. Los niños se criarán y educarán en común, en un edificio especial, cuya administración se confiará á una comisión de mujeres elegidas por las madres. Se cocinará en común, también por los procedimientos más modernos, y la colonia se reunirá á comer en vastos refectorios. Para las industrias y trabajos que ejerzan los colonos habrá fuerza motriz eléctrica ú otra. La colonia tendrá alumbrado, aguas corrientes, una biblioteca, salas de lectura, de reunión, de concierto, etc.

Quién sabe si esto no resulta, en lugar de epílogo de la obra de Sinclair, otra novela, más *real*, pero no más original que *The Jungle*, pues la literatura y la vida están llenas de aplicaciones espirituales ó tontas del viejo Falansterio, con sus escenas dramáticas y cómicas.

O, también ¿quién nos asegura que el autor (yanqui al fin) no se vale del proyecto para hacer más *réclame* aún á su voceadísima novela?

En este caso habremos... pisado el palito y contribuido á que se vendan algunos ejemplares más.

Con todo, el autor no conseguirá que la obra se inmortalice, pues el éxito de la inmortalidad no suele obtenerse con los bombos.

**LXVI**

**La decencia en la calle.**

3 de noviembre.

Ayer se acercó á nosotros un caballero argentino que, después de largos viajes de observación y estudio por Europa y América, acaba de regresar á su país.

Es joven, ardoroso, entusiasta y quiere á su tierra con un cariño inteligente y ponderado que le permite apreciar sus bondades y abominar de sus defectos. Si lo dejaran, intentaría extirpar éstos de un solo golpe y para siempre como quien arranca una muela.

En vez de volver hecho un escéptico, y probablemente gracias á que no ha limitado su campo de observación á los cafés y los bailes de París, trae nuestro hombre un gran sentimiento de respeto hacia muchas cosas respetables de que aquí, sin embargo, afectamos sonreír por puro y bien diagnosticado snobismo.

Pero, volviendo al cuento, ayer, al acercársenos, ardía de indignación, tanto que, pese á su cortesía habitual, apenas nos saludó para entrar de lleno en materia :

—¡ Esto no es tolerable!—exclamó.—¡ Esto no puede seguir así, so pena de que hagamos, ante los extranjeros que lleguen al país, el tristísimo papel

de salvajes ó de cosacos! ¡Hay que buscarle, hay que encontrarle remedio!...

—¿De qué se trata?— preguntamos sonriendo, pues todavía no nos había sido posible «ponernos en situación».

—¡De las señoras, de la manera soez y brutal con que cierta parte del público se conduce impunemente con las señoras! ¿Le parece á usted bonito, qué digo bonito, admisible lo que hacen con ellas algunos individuos que, á juzgar por el traje, aspiran á la decencia y á la corrección?... ¡Qué desvergüenza y qué indignidad!... Una dama, una señorita, no puede aventurarse en las calles de Buenos Aires sin correr el riesgo de que se la ultraje de palabra y de hecho, de palabra con torpes «galante-rías» de gente de mal vivir, de hecho con los más irritantes y canallescós contactos...

—Algo de eso hay—murmuramos, avergonzados reflejamente.

—¿Algo? ¡Diga usted mucho! No pasa día sin que esa villanía se repita centenares de veces, en los sitios más frecuentados de la capital. Y lo que indigna, lo que subleva es que nadie imponga un correctivo á esos miserables, que cuantos presencian un hecho de esos no se levanten como un solo hombre para castigar al repugnante insultador. ¡Parece que nadie tuviera madre, esposa, hermanas, parientes!... ¡Oh! ¡esto es algo que no se ve en ninguna otra ciudad del mundo! ¡Algo que no se observa sino en Africa!...

Bajamos la cabeza, asintiendo, cada vez más penosamente impresionados por tan amarga verdad.

—Las señoras—continuó nuestro interlocutor,—son impotentes para defenderse. El rubor las impide pedir el auxilio del siempre lejano vigilante—los galanes toman sus precauciones,—y provocar un escándalo mayor en medio de la calle, tanto más cuanto que tendrían que ir con el acusado hasta la comisaría más próxima, para interponer su queja

ante escribientillos curiosos y fisgones, perder el tiempo, dar margen á hablillas y comentarios, y exponerse, en fin, á que el remedio resulte peor que la enfermedad.

—Hace años — interrumpimos, — se formó una liga de caballeros que...

—Que ya no hacen absolutamente nada, por lo que se ve, pues la odiosa costumbre ha tomado incremento. Ahora llega á extremos inverosímiles... En los primeros días de mi vuelta á Buenos Aires, creyendo que se trataba de hechos aislados, quise hacer de Don Quijote, y tuve unos cuantos incidentes. Hoy, viendo que los enemigos forman legión, contra toda mi voluntad, me abstengo; y eso es lo que me sofoca, lo que me indigna, cuando no me ocurre algo como lo que me acaba de ocurrir y no es para contado... Una escena espantosa, provocada por uno de esos. ¡Yo no tengo hermanas, soy soltero, pero por honor de mi país haría cuanto está en mi mano por castigar debidamente y cortar de raíz esa aberración!...

—¿Cómo cree usted que pueda conseguirse?

—Pues dando nueva vida á esa liga de que me hablaba, invitando á toda la prensa culta á que la fomente, haciendo que se adhieran todos cuantos tienen madre, esposa, hermanas, prometida... «Hoy por ti, mañana por mí.» ¿A nadie le gusta que una persona querida sea pública é impunemente ultrajada? Pues comencemos por lograr que ninguna mujer lo sea; no hay otro medio. Esa liga, á la que deben pertenecer todos «los hombres decentes», perseguiría á los desvergonzados manos-largas, y con el apoyo de la policía, acabaría bien pronto con ellos.

—La policía, ¿y cómo?

—Muy sencillamente: autorizando á los miembros de la liga á enviar con una tarjeta suya, á la comisaría próxima, al culpable de ofensa á las buenas costumbres: él iría después á prestar declaración. Así, dentro de poco, habríamos acabado con

una costumbre odiosa, soez, indigna de un pueblo medianamente culto y que nos presenta como salvajes á los ojos de todos los extranjeros, y á los propios también, si nos detenemos á juzgarla.

Esto dijo; y como dijo bien, no nos resta sino desear que su idea se lleve á la práctica lo más rápida y lo más severamente que sea posible. (1)

---

(1) Actualmente son castigados los «galanteadores», aplicando la idea lanzada en esta Crónica, la policía ha acabado con esto. El que falta al respeto á una mujer es detenido, se le obliga á pagar una multa y sufre, además, la vergüenza de que su nombre aparezca en los periódicos.

  
**LXVII**

## **Símbolos respetables.**

6 de noviembre.

Sin caer en las exageraciones del patriotismo que ve insultos en todas partes, y que convierte en quisquillosos á cuantos cojean de ese pie, preciso es convenir en que, entre nosotros y muy á menudo, se falta involuntariamente al respeto á muchas cosas de veras respetables, como aquella á que se refiere una carta que acabamos de recibir, y que sin más preámbulo vamos á poner ante los ojos de los lectores.

No se la tilde—y vaya esto como entrada en materia—ni de patrioteria ni de exagerada. La informa un espíritu elevado. Ese puntillo es el que manifestaron siempre, en una ú otra forma, los pueblos que han llegado á ser algo «en el concierto de las naciones» como académicamente se decía.

Ahora, habla el corresponsal:

No sé si usted habrá observado, aunque **raya** en lo intolerable, el indebido uso y abuso que se hace del escudo nacional. No hay bolichero italo, franco, anglo ó hispanoargentino que no se considere con derecho á apropiárselo como marca de sus artículos, sean éstos botines ó velas de estearina.

Sin buscar mucho, existe una casa en el ramo de calzado, que «plantifica» — es la palabra, — el escudo en la planta de sus botines y zapatos de lujo, como para que el cliente se eleve más arriba de sí mismo.

Verdad es, también, que el mismo Gobierno nacional cuece habas en la materia.

Por ejemplo, ha mandado hacer á una casa de alfombras un gran tapete que, según me ha dicho el fabricante, se destina á la presidencia de la cámara de diputados.

Dicho tapete lleva en el centro un enorme y llamativo escudo nacional que, una vez en el sitio para que se hace, tendrá necesariamente que ser pisoteado — sin mala intención, es natural, pero pisoteado, — hasta por el último ordenanza.

No es extraño, pues, cuando los hombres de gobierno hacen estas cosas, que los demás las imiten y exageren, sobre todo en el comercio, y desde que el escudo resulta una bonita marca de fábrica y un hermoso adorno en un letrero.

Sin embargo, el escudo se ha hecho para algo más elevado y noble que figurar como motivo de dibujo en las alfombras ó en las suelas de los zapatos.

Sigue el corresponsal patriota en este orden de consideraciones, ofreciendo algunos otros ejemplos no tan acertados y que, sobre todo, tienden á pedir exageradas restricciones en el uso, no sólo de las armas patrias, sino también en el de otros símbolos más generales, como la República, la Libertad, etc. (1)

Como la limitación de las artes interpretativas en este sentido es siempre peligrosa, no lo acompañaremos tan lejos, pues no somos partidarios de ninguna clase de censura que no emane del juicio público.

Pero eso no quita que lo apoyemos en cuanto al uso y el abuso de las insignias patrias, otras que la bandera nacional.

Dicho uso deberá reglamentarse, como se ha reglamentado el de la bandera, el del himno, etc.

A nadie agrada ver pisoteado el retrato de una persona querida, y las armas nacionales son, al fin y al cabo, el retrato simbólico de nuestro país.

Por eso nos extraña sobremanera lo del tapete para la cámara de diputados, hecho que, si es cierto—no nos ha sido posible comprobarlo—denota

---

(1) En cierta calle céntrica existe una gran Fábrica Nacional... de engrudo! ¡Oh los letreros! Uno maravilloso recuerdo ahora, por asociación de ideas: «El amigo del pueblo. Cajonería fúnebre».

ría un descuido que es preciso remediar. Se explica el escudo en una tapicería destinada á un muro, pero no en una alfombra que ha de rodar por los suelos, sean cuales sean los antecedentes que hagan tolerable esa costumbre en algún otro país.

Que las armas de otras naciones aparezcan sin que nadie se ofenda, en porcelanas y lozas de humildísimo destino doméstico, no impone á todo el mundo permitir que se haga lo mismo con su blasón. Hay unos estómagos más delicados que otros, y susceptibilidades muy dignas de respeto, aun cuando para el escéptico parezcan exageradas.

Hace algunos años, un 25 de mayo, Frank Brown apareció en el circo vistiendo un traje con los colores nacionales, como suelen hacer en Europa los clowns y otros artistas. Alguien protestó, á voces, con excesivo patriotismo. El popular clown no dijo palabra, metióse adentro, cambió de ropa, y volvió á presentarse con otro traje al público, que le hizo una ovación.

Hizo bien el público é hizo mejor el artista, pues ni aun involuntariamente debe herirse á nadie en sus íntimos afectos.

Saquen la consecuencia los que no dan á los símbolos el respeto que les corresponde y que debe medirse por el que los demás le tienen.

**LXVIII**

**El capítulo de los sombreros.**

7 de noviembre.

La proximidad de la fiesta de las flores vuelve á poner sobre el tapete el interesante capítulo de los sombreros.

Los sombreros son la única parte de la indumentaria moderna que preocupa á alguien más que al que la lleva, y da tema de conversación á los sociólogos, á los gobernantes y al público en general, llegando á ser hasta objeto de resoluciones administrativas.

No hay que encogerse de hombros: la prueba evidente de este aserto, al parecer temerario, está en la inacabable cuestión de los sombreros de las damas en el teatro, y de los sombreros de los aurigas en el pescante.

Lejos de nosotros la idea de involucrar y confundir ambos problemas: el primero constituye un conflicto entre dos derechos—el que tienen las señoras de ponerse el tocado que les dé la ganá, y el que tiene de ver el espectáculo el «espectador» que paga para serlo más que en el nombre,—y el segundo es un simple problema de estética con prlongaciones á la decencia y el decoro.

Grande algazara y huelga y escándalo y prisiones hubo cuando la municipalidad quiso intervenir en el tocado de los señores cocheros, y la baraúnda se

complementó y complicó y enredó con reivindicaciones de mayor tarifa y toda la secuela inevitable en estos casos.

Mediante algunas concesiones recíprocas de ambas potencias beligerantes—los cocheros y la municipalidad,—se arribó á un acuerdo: las tarifas se dejaron incólumes (se aumentaron en realidad) y los cocheros se comprometieron á usar pamelas ó pavitas, más de acuerdo con la belleza y buen gusto de la gran capital, de que son preciosos auxiliares y el más brillante ornato, por lo menos á su juicio y juzgando por lo caro que se venden.

Pero el acuerdo quedó bien pronto roto, sin duda por aquello de que «la raison du plus fort est toujours la meilleure», y los formidables aurigas hicieron una regresión natural hacia el atávico chambergo y los sucedáneos más ó menos compadres. La ordenanza ha caído tan en desuso como muchas, y con más radicalismo que otras realmente ridículas, como la que prohíbe fumar en los tranvías, inclusive la plataforma, y haya ó no señoras dentro.

Por muy revoltoso que nuestro pueblo sea, no creemos que estos hechos se deban exclusivamente al espíritu de oposición que suele animarlo contra las autoridades, salvo que ese espíritu busque válvulas de escape, y tome la primera que encuentre, aunque sea, más que válvula, desahogo infantil. Bueno ; ya sabemos que el pueblo es un niño grande.

Entretanto, los cocheros son un niño terrible, y lo peor del caso es que esta vez no deja de asistirles cierta razón. La ordenanza estaba mal hecha. Era demasiado exclusivista. Venía á imponer un solo tipo de tocado, y no el que mejor correspondía á nuestros automedontes venidos de todos los puntos del Universo, pero «criollos» desde que subieron al pescante. Porque eso sí ; el cochero se asimila á nuestro país más que nadie, y tanto el ligur como el partenopeo se convierten en Juanes Moreiras apenas tienen una *victoria*.

Además, ya hemos dicho que son gente de gusto artístico, capaz de un raro estetismo. Desde el primer instante vieron que la pavita no les sentaba, no armonizaba ni siquiera en la asimetría del «art nouveau».

Recordaron, probablemente con estremecimientos y palpitaciones de toda su carne, la original pero poco elegante figura que hacían los primeros galenses del Chubut, andando tras del arado, en la tierra suelta del recién abierto surco, tocados con la otrora reluciente galera de felpa de los domingos. *Horresco referens!*...

Renegaron de la pavita que, decididamente, les daba un aire muy pavo, y como tenían la comodidad de abandonarla sin daño de su tarifa de «primera», dado que hay muchos niños para un trompo, y hoy en día todo el mundo quiere andar en coche, resignaron la galera, y vieron que era bueno: es decir, que callar, hacerse el tonto y obrar á gusto, es un gran medio en este dulce país, donde las vociferaciones y las huelgas exasperan el espíritu de autoridad, pero donde ese espíritu desaparece en cuanto no encuentra estimulante de amor propio.

Pero abreviemos. El curso de las flores se aproxima, recordando la ridícula indumentaria cocheril. ¿Por qué no se modifica prácticamente la ordenanza, «aconsejando» á los cocheros que usen gorra con visera, análoga á la de los chauffeurs, de paño ú otro material en el invierno, de paja, brin, etc., en el verano?

Los cocheros, aunque atrabiliarios en todas partes del mundo, no son ingobernables. Como niños terribles, más se consigue con ellos mediante la dulzura que las imposiciones. Propóngaseles un distintivo gremial que les guste, como el «gibus» al auri-ga parisiense que lo ostenta orgulloso, y se verá si «agarran»—para hablar una vez como ellos.

**LXIX**

**Entre los árboles.**

10 de noviembre.

La vuelta de las noches tibias, sofocadas en el centro de la ciudad, dulces y gratas donde corre el aire libre, trae consigo el refloreCIMIENTO de una hermosa costumbre bonaerense: los largos paseos nocturnos por Palermo, entre el follaje fresco de los árboles, bajo la caricia de la luna, con cuyos rayos còmpite el haz de luz de los focos eléctricos, más indiscreta, más deslumbradora, pero menos «persuasiva» y eficaz, pues su brillo muere á los pocos pasos, después de iluminar cruda y groseramente los objetos, mientras que la onda lunar, suave y tranquila, lo envuelve todo y todo lo aclara, como un discurso plácido, que cautivase á la vez la razón y el sentimiento.

Así de muchos hombres, focos cegadores á corta distancia, nada, absolutamente nada, algo más lejos: así de algunos, cuya inteligencia sin deslumbramiento da, empero, luz bastante para iluminar todo un panorama.

No serían estas las filosofías de cuantos anoche paseaban en carruaje ó á pie por las avenidas de nuestro gran paseo. No es posible afirmarlo, pero sí que algunos pensarían en cosas similares. Eran pocos. El fresco suele ser vivo todavía por las noches, y la humanidad teme resfriarse.

En noches anteriores la concurrencia fué mayor, dando ya la impresión de lo que serán más tarde, como todos los años, esas móviles reuniones al aire libre, rumorosas y alegres, llenas de vaga pero intensa sugestión, atravesadas á veces por ráfagas de melancolía, animadas otras por risas cristalinas, acentos regocijados, fugas de voces jubilosas, entre los árboles espesos, ó por las avenidas cuyo macadam cruje al paso de los coches, ó en las terrazas resplandecientes de luces, ó sobre las aguas del laguito perezoso, ó en los anchos tapices de sombra azulada que los bosquecillos tienden á sus pies, y en los que la imaginación se pinta grupos elegantes y rítmicos, brotados de algún Gobelino primoroso, ó reencarnados de algún madrigal de Rubén Darío.

La señal está dada. De aquí en adelante, el movimiento y la vida irán creciendo en el parque al propio tiempo democrático y señorial (el pueblo es el señor) á que Thays ha puesto el sello ateniense de su apellido. E irán creciendo, intensa y rápidamente hasta la explosión ardorosa de nuestro verano de ascuas y de llamas, en que, desde las primeras horas de la tarde, Palermo, visto de lo alto, parecerá un hormiguero que acaba de reventar, ó las verdes inmediaciones de una colmena que suelta sus nuevos enjambres. Entonces se creará que todo Buenos Aires vive en el antiguo Parque 3 de Febrero, escapado de los recalentados tubos de sus calles, de las celdas caldeadas de sus casas, de los alvéolos céntricos que se convierten en otros tantos hornos para fundir platino. Y el hormigueo, el continuo pulular iniciado en cuanto comienza á descender el sol, sigue *in crescendo*, disminuye, aumenta otra vez, y luego va nuevamente amortiguándose en la noche hasta morir con los primeros fulgores del día naciente.

Palermo, en primavera, en verano, en otoño, mientras no llegan los fríos penetrantes, tiene una fisonomía poco variable para el observador superfi-

cial. Porque cuando se eclipsan los brillantes trenes de las familias que salen de «villegiatura»—eclipse lento y paulatino,—los substituye poco á poco la muchedumbre abigarrada de los que, no pudiendo huir del todo de la tortura estival en plena ciudad, escapan á ella siquiera unas cuantas horas, refugiándose en ese «veraneo» de los que no tienen dónde veranear. Y entonces el movimiento, y el ruido y la vida son mayores, compensando la disminución del lujo, la elegancia y la riqueza ostentosa.

¡ Oh, ese Palermo en el verano ! Imposible pasearse por él sin recordar el espectáculo que nos ofreciera años hace, cuando el «coup-de-chaleur», con su pululamiento inacabable desde que se ponía el sol envuelto en nubes de fuego y de ceniza. Aquello parecía la población de una ciudad huyendo de un terremoto y con las ropas en que la había sorprendido la catástrofe...

Pero estas son visiones dolorosas y antipáticas. Palermo nos ofrece hoy cuadros más risueños, brisas perfumadas y dulces, entre el rumor pertinaz de sus follajes apenas agitados, perceptible sólo cuanto es necesario para hacer más sensible y más sedante el vasto silencio.

**LXX**

**Juguetes del viento.**

11 de noviembre.

Una sorpresa y un sobrecogimiento ha sido el día de ayer, desde el punto de vista meteorológico, pues el viento del Sur, persistente y vivo, nos retrotrajo el invierno, con su cielo encapotado, sus ráfagas frías, los remolinos de las hojas secas en las calles y las plazas. La diferencia consiste en que las hojas no eran secas, sino arrancadas de los árboles en pleno renuevo, y en que los remolinos autores de tal proeza y tal saqueo levantaban cegadoras columnas de polvo. Al caer la tarde el frío se hacía sentir, más que por el descenso real del termómetro, por la variación sobre las altas temperaturas anteriores.

Pero no era un frío ingrato ni mucho menos. A no ser por el polvo incómodo y desagradable, el día hubiera parecido á muchos excelente. Las propiedades tónicas del viento del Sur, vivificante y activo, se hacían notar en todos. La multitud andaba más ágil, más contenta por las calles, con ademanes prontos y sin nerviosidad, paso vivo, buen humor visible; en los interiores, al abrigo de las ráfagas, se conversaba animadamente ó se trabajaba con brío, lejos de la pereza que inyecta en nuestra sangre el amodorrador viento del Norte.

Y mientras hacíamos estas observaciones, leyen-

do y abandonando los diarios de la tarde, para seguir los juegos del viento con las hojas, el polvo, los papeles que en días así salen quién sabe de dónde, como si Buenos Aires fuese una inmensa redacción afligida por un número infinito de colaboraciones fatalmente «carnereables»—mientras leíamos, pues, tropezamos con la siguiente noticia telegráfica de Europa :

«París, noviembre 10.—*Le Matin* anuncia que el »aeronauta Santos Dumont se ha inscripto en el con- »curso de 1908, de carrera con aeronave, de París »á Londres, y espera hacer la travesía en dos horas.»

De una y otra cosa unidas—el viento y el dirigible,—surgió, por razón natural, el temor á la catástrofe, y el recuerdo de las muchas que han dado trágico fin á tantos audaces conquistadores de la atmósfera, juguetes del viento y víctimas de su titánica osadía. Y entre todas, la más melancólica nos pareció la de aquel hombre-pájaro, que encontró la muerte después de flotar dos mil veces en las alturas, dándose el inmenso, el sobrehumano placer de desprenderse, él solo, de la tierra, sin más aparato que una prolongación, una ampliación de sus propios miembros.

Nos referimos—el lector lo habrá adivinado,—al pobre inventor alemán Lilienthal, que no hace muchos años cayó de lo alto de sus ilusiones para hacerse pedazos en la prosaica tierra.

Era, entre todos los navegantes aéreos, el que con más justicia podía reivindicar el título de hombre-pájaro.

Lilienthal, provisto de un par de alas inmensas unidas á las piernas y los brazos, se lanzaba al aire desde un punto elevado, como ciertas aves de vuelo difícil, y lograba descender así lentamente hasta el suelo. No había encontrado, ni mucho menos, un dirigible, ó un aeroplano, pues su máquina era, cuando más, una ingeniosa aplicación del paracaídas. Sin embargo, sus experimentos y su muerte resultan

conmoveras, sobre todo contadas por la autorizada pluma de Soreau, testigo presencial, que habla así :

Salió casi horizontalmente de lo alto de la torre, y andaba por el aire á una altura de quince metros más ó menos. El viento hacía sonar de un modo extraño los tendidos cordajes de su máquina....

De pronto ésta desvió hacia la izquierda, algo oblicuamente en relación al viento. El aparato se inclinó fuertemente hacia un lado, como si una ráfaga repentina lo hubiera golpeado bajo el ala izquierda. Durante un momento pude ver la parte baja del aeroplano ; pero al punto Lilienthal, con un enérgico movimiento de las piernas, restableció el equilibrio...

Ya hemos entrevisto el accidente. Ocho días después se produjo en realidad.

Lilienthal no puede defenderse contra un fuerte impulso que inclina la máquina toda y la vuelca por completo. El experimentador es hecho pedazos contra el suelo... Aquel era su dosmilésimo ensayo....

El pájaro no escapa á este peligro, pero lo conjura en cierto modo gracias á la sorprendente velocidad del movimiento alado, de esa vivacidad que le hace dar un aletazo, un colazo en el momento oportuno, gracias á la habilidad que, cuando es preciso, prolonga la caída en declive suave, hasta el momento en que recobra el equilibrio, y, sobre todo, gracias á una constante adivinación y utilización de las corrientes de aire, que ofrecen sus alas al viento y que, cuando se cierne, lo sostiene sin exigirle esfuerzo alguno. Su «presencia de ánimo» es lo que le salva sin cesar. Debe su vuelo y su salvación al prodigioso y misterioso acumulador de que la Naturaleza lo ha provisto, como á todos los animales superiores : el cerebro.

Sólo el hombre, por valeroso, flemático y cerebral que sea, seguirá juguete del viento como las «hojas del árbol caídas», mientras no se realice el sueño de Nietzsche y siempre que quiera llegar más arriba de donde puede...

P. S.—Un año después de escrita esta Crónica, el maravilloso Wilbur Wright, montando su aeroplano, sorprendía al mundo con sus magníficos vuelos, con su «presencia de ánimo», con su instinto de ave que juega en las alturas. ¿Puede el hombre decir ahora: «No se llegará á esto, ó á lo otro»? Lo más inverosímil se realiza, lo más imposible se hace. Como Wright, ya vuelan otros. Esto en lo material. ¿Y en lo moral? ¿Ha de detenerse el progreso? ¿No se llegará un día — más cercano quizá de lo que se cree, — á más felicidad, á más alegría, á más justicia?...

**LXXI**

**Postales.**

14 de noviembre.

Larra podría volver á escribir en Buenos Aires—si renaciera ó se reencarnara aquí,—aquel famoso artículo «Modos de vivir que no dan de vivir».

Entre las muchas profesiones y los infinitos ramos comerciales que, á primera vista, parecen merecer la sentencia de Sancho: «oficio que no da de comer á su amo no vale dos habas», se observan en las calles más centrales de la capital las numerosas casas de venta de tarjetas postales, muy arregladitas, muy cucas, y lanzando á la acera torrentes de luz, como una joyería.

¿Se puede comer, vestir, vivir, pagar fabulosos alquileres, patentes, impuestos, luz eléctrica y demás, realizando ganancias grandes ó pequeñas, con el simple comercio de esos paralelógramos de cartulina grabada ó litografiada, artísticos á veces, de pésimo gusto casi siempre, y que hacen con la delicia de unos la desesperación de otros?

¡Ahí se verá! Puesto que las casas continúan abiertas é iluminadas como un ascua de oro, fuerza es creer que el negocio prospera—sin duda porque todo marcha viento en popa en la parte material y tangible de nuestra civilización. Hay épocas así, en que todo lo frívolo, lo insignificante, lo superfluo, brilla y ocupa el sitio de las cosas de importancia.

El reinado de las postales podría considerarse síntoma alarmante, tanto por su efecto real de hacer tirar el dinero—poco ó mucho—por la ventana, cuanto por el falso disfraz de arte y de intelectualidad en que se envuelve,—especie de refinada manifestación de decadencia: cuando no hay cerebración para las cosas grandes, los espíritus se vuelven hacia las muy pequeñas y las cultivan con igual afán.

Por fortuna, para no alarmarnos en demasía, tenemos por delante el hecho de que, en una ú otra forma, la costumbre viene de muy atrás, y hasta de épocas fuertes y robustas, nunca exentas en parte de cierta «mièvrerie». La colección de postales es hija legítima del álbum, pero no ha heredado sino sus peores prendas. El álbum, que floreció en tiempos remotos, tenía la ventaja de no exigir, como la tarjeta, una síntesis, un pensamiento completo en pocas palabras, obra difícil, si no imposible, para la generalidad. En la hoja del álbum cabía todo. En la tarjeta hay que realizar la hazaña que consistiría en demostrar ingenio con una simple frase ante corros de desconocidos, al pasar, una vez tras de otra vez, sin otro antecedente ni preparación que la frase misma.

De ahí que la postal tenga tantos enemigos: á nadie le gusta decir «pavadas» á sabiendas. De ahí también que el bello sexo se empeñe en sostenerla. Como de los niños («cet âge est sans pitié») puede decirse de la mujer que goza en presentar al hombre el palito del ridículo, ponerlo á dura prueba, torturarlo y luego reirse con aire candoroso de Santarellina. De ahí que tantos, ante la terrible visión de una tarjeta en demanda de un pensamiento, se espeluznen y exclamen como Mme. de Sevigné ante un álbum:

—¡Cómo se desea, á veces, el derecho á la imbecilidad!

Esto que venimos diciendo es, entretanto, la explicación de la prosperidad revelada por las casas de

postales. No hay que buscar otra causa. La malicia femenina es la que sostiene esos terribles arsenales para su guerra en encajes al sexo enemigo. Allí están sus armas de dos filos: porque en una tarjeta postal ó se le rinde culto confesando su victoria, ó se pierde la batalla con el desastre del ridículo.

Habría un remedio: el silencio. Pero, aparte de la escasa galantería, el silencio es una confesión de inferioridad, es rehuir el combate, ni más ni menos.

Hay otro remedio, porque como dijo el refrán: Dios pone el bálsamo junto á la herida: los libritos con pensamientos hechos que se venden al lado de las postales. Pero... hay que firmarlos. Y de ahí al suicidio, espiritualmente hablando, no media un paso. Firmarlos, es repetir la proeza de aquel que, perseguido por sus contrarios, se mató para evitar que lo mataran.

En suma, no hay cómo escapar al suplicio de la tarjeta, ni aun el medio socorrido que ofrecía el álbum de repetir ó ampliar lo dicho por el preopinante, y que solía prestarse á verdaderas agudezas, como la siguiente:

Broglie escribió en una página de un álbum: —Mi nombre no es digno de figurar en esta colección.—Ni el mío—puso Jorge Sand, algo más abajo. —Ni el mío tampoco—agregó Eugenio Sué.

Philipón, viendo toda la vanidad que esto encerraba, los fulminó con este apóstrofe:—¡Farsantes! —Pero Viennet quitó también la máscara á Philipón, exclamando: — ¡Oh, cuádruple orgullo! — Y Pablo Feval cerró la letanía diciendo con razón (salvo que él se excluía generosamente):—¡Pongamos quintuple y no se hable más!

La tarjeta no tiene ni la circunstancia atenuante de prestarse al comentario. ¡Y, sin embargo, condenada por todos, todas contribuyen á salvarle la vida!...

**LXXII**

**Hacer política.**

15 de noviembre.

La comisión de la defensa agrícola está metida en un berengenal, porque parece que, en vez de matar langosta, se ha dedicado á hacer política menuda, y como la acusación le pesa, trata, naturalmente, de demostrar su inexactitud.

Que haga las dos cosas á un tiempo no es admisible, porque no se puede repicar y andar en la procesión, y porque el fermento de la política tiene tanta vitalidad que no deja prosperar otro fermento alguno donde quiera que invada.

Tal es la convicción pública, ratificada por largos años de una dura experiencia que no pueden desvanecerse con sofismas. Y el pueblo dice: ó la comisión de la langosta cumple su deber, y entonces no le queda tiempo de hacer política, ó hace política y entonces no tiene tiempo de cumplir con su deber.

Sabido es lo de «vox populi, vox Dei», y nunca mejor confirmado que en este caso particular, lo que no quiere decir que creamos imposible la anunciada defensa de la Defensa. Puede ser muy bien, aunque es difícil, que esté limpia de toda culpa. Allá veremos.

Pero, entretanto, nos ocurre una duda: ¿No se-

ría «hacer política» matar langosta? La contestación afirmativa se impone á poco de reflexionar. Hacer bien al país, de cualquier modo que sea, es hacer buena política. Librarlo de la acridia para siempre ó alejar sus terribles amenazas inmediatas, sería, pues, hacer buena y trascendental política, y una en que todo el mundo podría mezclarse sin peligro de obtener otra cosa que el aplauso general. El mismo ejército que tomara participación en ella, no incurriría en críticas, y hasta se ganaría un legítimo y hermoso laurel. (1)

¿Cuáles son, en efecto, las mejores victorias? Las que logran el engrandecimiento de la patria ó cimentan y consolidan su grandeza conquistada ya. El más miope ve que acabar con la langosta es prolongar y acentuar el período de prosperidad que atraviesa actualmente el país. Cualquiera, pues, que hiciese esa proeza merecería bien de la patria, y si al ejército le tocara realizarla, puede tenerse por seguro que ello se le contaría como uno de sus mejores triunfos, y que el pueblo se lo agradecería más que todas sus marchas y contramarchas inútiles y costosas.

Cuéntesele á un agricultor que, afligido, cruzado de brazos, impotente y rabioso ve pasar por sobre su cabeza una manga inacabable que le oculta el sol y el cielo, y le destruye hasta la última esperanza en su cosecha, cuéntesele que los cuerpos tales y cuales han hecho estas y las otras maniobras con todo lucimiento y sin ningún provecho.

—¡Y á mí qué se me importa!—exclamará aplastando furioso con el pie la langosta que se ponga al alcance y pisoteándola como símbolo y síntesis de las innumerables huestes enemigas.—¡Y á mí qué se me importa, ni del ejército ni de nada!... ¡Las tropas son para nosotros lo mismo que los emplea-

---

(1) Parte de la prensa criticaba, entonces, que se proyectara enviar soldados á los sitios mas amenazados por la langosta.

dos de la Defensa agrícola, que se pasan la noche y el día en el café del pueblo, tomando copas y buscando votos para las elecciones!...

Lo que sigue generalmente á este desahogo, forma parte del diccionario de interjecciones harto usuales para ser escritas, y que, en consecuencia, silenciamos.

Sin embargo, ese hombre desesperado paga el ejército, paga la administración, paga la defensa, y quiere con justísimo título que no «se haga política» en el sentido despectivo de la frase, sino en el sentido grande y patriótico, en el sentido de procurar al país días fecundos, hermosos y tranquilos.

Haga esta última política la comisión de la Defensa, y recuerde toda la amplitud de la misión que le está encomendada. Y tenga muy en cuenta este fenómeno:

Matar langosta es hacer política.

Desgraciadamente, hacer política no es matar langosta; hacer política suele ser crear nuevas mangas... ¡Y qué mangas!...

**LXXIII**

**La Locura de la velocidad.**

16 de noviembre.

Hemos recibido una carta que plantea un problema sin resolverlo ni indicar ruta por donde encaminarse á la solución. Nosotros tampoco encontramos la clave, y dejaríamos á un lado la carta y el problema, si ese poco de prosa no resultara, á nuestro modo de ver, interesante. Quizá los lectores no compartan la opinión; pero, por las dudas, nos arriesgamos á ponerla al alcance de sus ojos. Dice la carta:

En las Crónicas se ha hablado con acierto y buen humor del tormento del ruido en Buenos Aires y sus efectos sobre el sistema nervioso de la población.

Me permitiré presentar el «pendant» de ese martirio, lo que lo completa y hace inevitables las neurastenias hasta en las mismas estatuas de bronce: á Falucho van á tener que darle bromuro de potasio y baños calientes.

«Un loco hace ciento», dice el atinado refrán, y los locos de la velocidad van á volver demente al pueblo entero de Buenos Aires, contagiándolo de una manera extraña, pues la locura de este último va á tomar una forma muy distinta.

¡ Señor! No se puede andar á pie, ni en tranvía, ni en carruaje, sin estar todo el tiempo con el ¡ Jesús! en la boca: aquí atropello, allí me atropellan, allá rompo algo, acullá me rompen algo. ¡ Es una fiebre vertiginosa que, como ya lo dije antes, hace juego con el martirio del ruido y va á acabar con la salud de todos!...

Yo, á pesar de ser hijo de Buenos Aires (es cierto que estaba, entonces, muy lejos de la gran ciudad de hoy), ya no me animo á cruzar una bocacalle, y, cada vez que ando por el centro, hago el papel de los provincianos de la anécdota. ¿ La recuerdan ustedes? ¿ No? ¡ Pues entonces, oigan!

Decíase una vez—hace de esto muchos años,— que se preparaba un atentado contra el presidente de la República. La policía estaba sobre aviso y multiplicaba las precauciones. Más vale prevenir que castigar.

Ahora bien, ciertos provincianos de tierra adentro (siempre han de ser los pobres provincianos víctimas ó héroes de esta clase de historias) desembocharon una tarde en plena calle Florida, muy enlevitados, muy tiesos, gravísimos. Formaron grupo á la orilla de la acera, asomándose y retirándose á la pared en cuanto veían acercarse rápidamente un carruaje: y los carruajes se sucedían sin interrupción, pues á esa hora comenzaba el curso tan «encomiado» y con tanta justicia por American Girl. Los avances y los retrocesos del grupo parecían significar:

— ¡ Ahí viene!—los avances.

— ¡ No! ¡ no es ese!—las retiradas.

Como el presidente acostumbraba retirarse de la casa de gobierno en coche, y pasar por la calle de Florida, este misterioso manejo llamó la atención de un «pesquisa», que avisó al vigilante, que avisó al cabo, que avisó al sargento, que avisó al oficial, que llamó más agentes, y los agentes, el oficial, el

sargento, el cabo, el vigilante y el «pesquisa» rodearon á los inofensivos enlevitados y arrearon con ellos á la comisaría.

Largas horas después de estar encerrados, llegó por fin la del interrogatorio, comenzado prolijamente por el nombre, nacionalidad, estado, profesión, etcétera.

—¿Qué estaban ustedes haciendo en la calle Florida?

—¡Esperando una «escampadita», pues, para poder pasar!

Y aquí concluyó la historia, porque no fueron fusilados.

Yo, ahora, me encuentro todos los días en el mismísimo caso. El vértigo me persigue, si ando á pie, en coche ó en tranvía. El temor á las colisiones me tiene tonto. A cada paso me veo arrollado por un vehículo cualquiera, especialmente por algún automóvil.

¡Oh, los automóviles! No sé dónde he leído que en no sé qué ciudad se les iba á poner á raya, prohibiéndoles no sólo que anden á gran velocidad por las calles céntricas, sino también que desprendan los vapores mefíticos que hoy apestan al soberano público.

Yo soy amante del progreso, pero estos abusos del progreso me ponen fuera de mí. Ya sé que á muchos les pareceré tan retrógrado como los viejos habitantes de Buenos Aires que se oponían á los primeros tranvías de caballos, afirmando que iban á atropellar y matar la gente. Todavía recuerdo que esos primeros tranvías (era yo muy niño, sin embargo), iban precedidos por un «cuarteador» que hacía de heraldo, una cuadra antes, tocando la trompeta para avisar al pueblo aterrado que se acercaba el «monstrum horrendum».

Pero ¡qué quiere usted! Pienso que por culpa de esto nos estamos enfermando todos, y que bien po-

drá hacerse—*il-y-a avec le ciel des accomode-  
ments*,—un arreglo con el progreso para esto de las  
velocidades y el ruido en pleno semillero humano.  
Y si desbarro, no es culpa mía: ya dije que todo  
esto me está volviendo tonto.

.

**LXXIV**

**Una Nueva profesión.**

17 de noviembre.

¡ Oh ! no se trata de una invención criolla, ni mucho menos. Entre nosotros se inventa poco, fuerza es confesarlo, quizá debido á nuestra tierna edad de pueblo que no alcanza aún á los cien años.

Ni se trata de una profesión realmente nueva.

El hecho es más modesto, pese á su rimbombante calificativo, dictado por la moda y el efectismo periodístico: es la aclimatación entre nosotros de un oficio de largos siglos existente, de vez en cuando muy honrado en otros países, y que también se ha practicado aquí pero sin título de profesión ni cosa que lo valga.

En fin, y para ser breves: nos referimos á la profesión de escritor, que acaba de apuntar en nuestro horizonte, hecho que se nos permitirá señalar, con tanta mayor justicia cuanto que en estas columnas se inició el movimiento concretado anteayer en la fundación de la Sociedad de Escritores, punto de partida de muchísimas «cosas futuras».

La de escribir no ha sido profesión oficial entre nosotros hasta ahora, por más que hubiese y haya un puñado de profesionales de la pluma. Aún hay quien sostenga que se debe escribir sólo en los «ra-

tos de ocio», como se fuma un cigarro. Lo sostienen, lo practican y... ¡así sale ello! Fundados en lo que aparentemente hacían los antiguos, y dando un sentido directo á simples figuras de retórica, creen que se hace un libro en diez minutos, sin caer en cuenta de que los «ratos de ocio» de un Horacio ó de un Ovidio eran... ¡toda la vida!...

En suma, no hay que tomarlo demasiado á mal: pasada la época de las luchas por la idea, la reacción nos ha llevado al extremo opuesto de aquel bello lirismo. La gente es excesivamente positiva.

Por eso ocurre lo que antes señalábamos.

Uno de los pocos hombres que viven de su pluma sin ser periodistas, y que no tiene más profesión que la de escribir, nos ha contado los apuros en que se viera cada vez que le fué preciso prestar declaración, salir de padrino, inscribirse, figurar en el censo, justificar el uso de su derecho á la vida en una palabra.

—¿Profesión?

Aquí las vacilaciones, las dudas, el rubor, el miedo de que se le replicara que tal oficio no existe.

—Decir «escritor» me parecía tan ridículo como la ocurrencia de aquel que ponía en sus tarjetas de visita: «Fulano de Tal, pasajero de primera clase del vapor *Alfonso XIII*»...

Como contraposición existe el caso del general Mitre que se inscribió como «tipógrafo», cuando podía invocar con igual derecho otros títulos... Esto nos hace recordar también el dicho famoso de la noble dama francesa que exclamaba refiriéndose á Juan Jacobo Rousseau:

—¡Será posible que se haga caso á un hombre que escribe en una bohardilla y se alimenta con papas!...

Porque en todas partes se han cocido... papas, íbamos á decir, aunque aquí por arrobas, sin duda por ser producto americano... Sólo que en la República Argentina estamos aún en los «tiempos de an-

tes» y á cada paso se repite, con circunstancias agravantes, esta anécdota contada por Chanfort:

D'Alembert, que ya gozaba de la más grande reputación, hallábase en casa de madame du Deffant, donde estaban, también, el presidente Hénault y el señor de Pont-de-Veyle.

Llega en esto un médico llamado Fournier, que al entrar dice á madame du Deffant:

—Señora, tengo el honor de presentaros mis humildísimos respetos...

Luego, al presidente Hénault:

—Señor, tengo el honor de saludaros...

Al señor de Pont-de-Veyle:

—Señor, soy vuestro humilde servidor.

Y á D'Alembert, secamente:

—Buenas tardes.

En Buenos Aires el médico (y más aun si hubiese sido banquero ó cosa que lo valga), hubiera completado la gradación no saludando al escritor, ni con las buenas tardes.

«Oficio que no da de comer á su amo no vale dos habas», decía Sancho, y hemos repetido muchas veces, porque entre nosotros no solamente no vale dos habas, sino que anula por completo al que lo ejerce. ¡Es tan fácil ganar dinero, que quien no lo gana, resulta necesariamente, para el concepto público, una perfecta nulidad!...

¿Cambiará este estado de cosas la Sociedad de Escritores?

No vacilamos en afirmar que sí. La unión dignificará á los profesionales. La defensa decidida y justiciera de sus intereses, hará que se reconozcan sus derechos. Y cuando haya quienes vivan decorosamente de lo que escriben, variará el fondo y la forma de las cosas.

Y al ir á inscribirse, á declarar, etc., cuando se pregunte:—¿Profesión?—podrá contestarse sin cortedad:—Escritor.

**LXXV**

**Enseñar sabiendo.**

18 de noviembre.

Parece un axioma impuesto á todo el mundo sin excepción, por su evidencia, el de que para enseñar es preciso haber aprendido antes. Pues no, señor, no es así, y en todo tiempo ha solido hacerse lo contrario, según lo prueba el antiquísimo dicho popular: *Maestro ciruela.—No sabe leer y pone escuela.*

Lo mismo vienen demostrando, de meses á esta parte, algunos de los artículos que aparecen en la tercera página de LA NACIÓN, subscriptos por el seudónimo de distinguidos colaboradores, y en los que se ha visto retratar con rasgos precisos y agudos á la «ignorancia docente», que todavía suele mostrar la larga oreja en nuestras escuelas y colegios, pese al propósito firme de recortarla todo lo necesario.

No es nuestro intento repetir eso que ya está dicho y muy bien dicho, sino ocuparnos de un hecho nuevo, y precisamente opuesto á aquel: la práctica del santo precepto de «enseñar sabiendo», y sus primeros proficuos resultados en el orden en que se aplica esta vez. De otros órdenes de cosas no hablamos por el momento.

Pues es el caso que el consejo nacional de educa-

ción, queriendo dar al estudio del dibujo una eficacia que hasta entonces no había tenido, nombró, hace dos años, inspector especial de dibujo á don Martín A. Malharro, artista argentino que acababa de hacer una activa propaganda contra las viejas rutinas, y á favor de un método que, respondiendo á los múltiples factores característicos de nuestra población escolar, hiciera accesible el ideal hasta entonces líricamente indicado en los programas. Como es lógico, el nuevo inspector, con la autorización del caso y los poderes precisos, comenzó al punto á poner en planta el sistema preconizado, que puede sintetizarse así:

La copia directa del natural; la interpretación individual de los seres y objetos que nos rodean; la iniciación en el culto de la belleza; la aplicación práctica del dibujo en sus distintas ramificaciones: artística, científica, estética y pedagógica.

La evolución era grande y difícil. ¿Quién, efectivamente, había de enseñar todo eso? Era preciso comenzar por hacer maestros; y por ahí se comenzó, después de haber planeado con exactitud la enseñanza futura, inmediatamente iniciada en las escuelas — para no perder tiempo — con espíritu educativo en la alta acepción de la palabra, respondiendo á los fines inmediatos y mediatos de la escuela y dando fuerza objetiva á las lecciones en su correlación con todas las materias. Vale decir, el dibujo como medio de expresión.

Formáronse en seguida profesores especiales, de acuerdo con estas ideas, de las que fueron apóstoles, organizando cinco cursos donde los maestros de escuela trabajaban diariamente dos horas, aprendiendo para enseñar. Su perseverancia, su puntualidad, su aplicación dignas del mayor encomio, les han hecho triunfar de todas las dificultades, y en número de doscientos cincuenta el año pasado, de quinientos este año, forman un conjunto de setecientos cincuenta profesores y profesoras, que, dados

ya sus exámenes de competencia, después de un arduo trabajo suplementario, están en disposición de que el dibujo cese de ser un simple adorno de los programas escolares, un turbulento «recreo» mal disfrazado de los niños.

Si la resistencia que provoca toda obra nueva ha inspirado antes de ahora algunas críticas injustas y acerbas, estamos convencidos de que en adelante callarán, visto el éxito innegable de las clases dadas públicamente estos días, revelador de que en nuestras escuelas se han cumplido con toda amplitud los propósitos del consejo nacional de educación, realizándose una evolución completa, y elevando y dignificando una enseñanza hasta hoy desdeñada ó poco menos.

Los niños saben expresar una forma por medio del dibujo, no ya, como antes, copiar servilmente una estampa ó un grabado. Se dan cuenta de las peculiaridades de los objetos, han aprendido á «ver» la Naturaleza sin necesidad de una interpretación intermediaria, y comienzan á hacer la síntesis de lo que ven, como ensayan, también, hacer su análisis, es decir, la expresión del detalle, por medio del lápiz y los pinceles—pues también adquieren prácticamente, con las de la forma, las nociones del color, los valores, la perspectiva. Significa esto que ya no olvidarán lo aprendido y que lo aprendido les será útil, análogamente á la misma escritura.

¿Para qué?—dirá alguno, sin comprender cuánto sirve al hombre la visión clara de las cosas y la facultad de comunicar esa visión á los demás, exacta y fácilmente.—El dibujo es, como arte y como medio, un auxiliar valiosísimo de las ciencias, y un guía precioso del gusto. Aquí, donde tanto agradan los ejemplos del extranjero, la plausible innovación parecerá más práctica aun cuando digamos que está implantada en Estados Unidos, y que los trabajos de nuestra escuela, expuestos para su confrontación frente á otros similares de Boston, Indianápo-

lis, Chicago, etc., acusan cierta superioridad en la que no insistiremos por no parecer «chauvinistas».

En fin la obra ha tenido su mejor sanción: la trascendencia. De Buenos Aires ha irradiado á toda la república, donde se siguen los principios y la metodología implantados por el consejo nacional de educación.

Un hecho tan significativo no podía producirse sin dejar su huella en estas crónicas, cuando tan hondas son las que marcará en la educación de nuestros hijos.

**LXXVI**

**El Pan de cada día.**

19 de noviembre.

La viscera que gobernaba el mundo en tiempos de Rabelais, sigue más ó menos directa y ostensiblemente gobernándolo hoy. El estómago es un soberano tan poderoso como en épocas de barbarie y obscurantismo. Podrá disimular su influjo, pero le mantiene incontestable.

Sin embargo, nadie cuida de su estómago personal, mientras no protesta y se encocora. Sólo en el gabinete de los sabios se examinan con encarnizada atención los problemas á él atinentes: ¿qué se debe comer? ¿cómo se debe comer? ¿cuándo se debe comer?

De dos de estos problemas y sus múltiples soluciones (ninguna absoluta) se ha hablado tanto ya, que no insistiremos, aunque en la práctica no se haya arribado á mucho, que digamos. Ahora está sobre el tapete el tercero:

¿A qué hora se debe comer?

El doctor Martinet acaba de hacer interesantes estudios comparativos de las costumbres en los pueblos principales. Tomaremos algunos de sus datos.

—Entre los ingleses y los holandeses, lo más general es hacer tres comidas, como sigue:

*Primera:* de las ocho á las nueve de la mañana,

antes de salir ó de ponerse á trabajar. Mesa bastante abundante con jamón, fiambres, huevos, manteca, dulces ó miel, queso, te ó café.

*Segunda*: á la una de la tarde, más ó menos. Simple merienda, uno ó dos sandwiches, una copa de cerveza ó una taza de te, tomados generalmente en el «bar».

*Tercera*: entre siete y ocho. Bastante copiosa. Sopa, asado, legumbres y postres. Cerveza.

—En Alemania:

*Desayuno* á eso de las ocho, compuesto de café ó te con leche, pan con manteca y mermeladas ó compotas.

*Segunda*: entre doce y dos de la tarde. Copiosa. Sopa, carne bien cocida (en Alemania y en la Suiza alemana rara vez puede obtenérsela de otro modo), legumbres, budines, queso, compotas, cerveza.

*Tercera*: de siete á nueve, generalmente en la cervecería. Un solo plato, pero en gran cantidad: *abend plat*, carne, jamón y cerveza.

—En Francia:

*Desayuno* de las ocho á las nueve. Generalmente café con leche, te ó chocolate, y pan con manteca ó sin ella.

*Segunda*: de once á doce y media. Copiosa. Orubres (como decía el viejo Pascal), fiambre, carne asada ó guisada, legumbres y postres. Vino, café puro.

*Tercera*: de siete á ocho. Copiosa. Sopa, carnes, legumbres y postres. Vino. Generalmente no se toma café por la noche.

Nuestros padres—si hemos de creer á la tradición,—complicaban algo más esto de las comidas, sobre todo en Buenos Aires, y probablemente porque les sobraba tiempo y munición de boca.

En ciertas épocas se acostumbró—y no es cuento—llenar el siguiente programa:

*Desayuno*: á eso de las ocho. Café con leche con

pan ó bizcochos, ó mate dulce con análogo complemento, ó chocolate, ídem, ídem.

*Almuerzo*: alrededor de mediodía (hora en que se cerraban las puertas de la calle), con sopa (caldo), abundante puchero, un frito, un guisado y postre de mazamorra ó arroz con leche.

*Merienda*: á las tres, con mate y bizcochos, fiambres ú otras cosillas.

*Comida*: al obscurecer, con sopa, guisados, asado con ó sin ensalada, aves, frutas de la estación, dulces, café.

*Cena*: á eso de las doce, con sopa, fiambres y algún otro platito.

Entre la comida y la cena solía tomarse un tente en pie: chocolate con tostadas ó bizcochos, dulce con una copa de vino rancio ú otra cosilla ligera. Los largos intervalos que mediaban entre estas comidas, llenábanse con mate dulce, acompañado de galletitas.

Conste que esta lista podría completarse aún; pero parecería exageración.

Ahora se han simplificado las cosas, y, por lo general, en Buenos Aires, el programa es: desayuno, á las ocho; almuerzo copioso, de once á doce; merienda (te con leche y pan ó pastelería), de tres á cuatro; comida abundante, á las siete; un poco de te ó café con leche, al acostarse.

La organización racional de las comidas no es ni la nuestra ni la de nuestros antepasados, como no lo es tampoco—según el doctor Martinet,—ni la alemana, ni aun la francesa, que critica, porque las dos comidas copiosas, á las doce y á las siete, «no »convienen en caso alguno, pues conducen á comer demasiado y digerir luego muy mal».

Más lógico é higiénico es para él—y también para el buen sentido,—el método angloholandés, porque coloca la comida ligera en medio del período de trabajo y de fatiga y favorece el reposo digestivo.

Las dos comidas abundantes se hallan separadas

por diez horas, á lo menos, de la mañana á la noche, y el estómago tiene tiempo de llenar su cometido.

Después de la primer comida, el trabajo no es inmediato, pues se necesita cierto tiempo para salir de casa, etc. La segunda es ligera y no puede fatigar los órganos digestivos; además no hace perder tiempo, pues es corta.

Deben ensayarla aquellos á quienes les sea posible. Muchos (y entre ellos los periodistas) tienen que aplicarse el precepto del filósofo griego, aunque á veces por otras razones.

—¿A qué horas debo comer?—le preguntaba un quídam.

—Si eres rico, come cuando quieras.

—¿Y si soy pobre?

—Cuando puedas.

**LXXVII**

**Excelente noticia.**

21 de noviembre.

El hábito de la investigación en los reporters les suele llevar á una maestría sorprendente. Entre ellos, el que nace con instinto, el de raza, se perfecciona á poco que practique, y ya le vemos averiguando y observando hasta en sueños, hasta en los momentos más deliciosos ó los trances más amargos. A ese no se le escapará un gesto, un ademán, una circunstancia, un detalle, y sabrá inducir é inducir mejor que Sherlock Holmes, porque este «detective» novelesco ha tenido siempre la ventaja de conocer previamente el desenlace de sus pesquisas. Y ese—el reporter,—en campo mucho más amplio que el gendarme, no sólo mirará y verá hacia atrás como él, sino también hacia adelante, hacia lo que no ha sucedido todavía, como un augur. Tendrá la visión clara de las cosas pasadas y presentes, y el sentido de la interpretación de actos, de palabras y hasta de simples ideas que se reflejen en el espejo fisionómico.

Decimos esto para explicar cómo ha llegado hasta nosotros, por diversos conductos á la vez, la excelente noticia de un hecho no ocurrido aún, y que mantienen secretos los interesados y actores.

Por oculto que un proyecto esté, por muy recón-

dito que sea su pensamiento inicial, siempre y en cualquier forma ha de transpirar á la superficie, ya porque se habla de él á algún amigo, ya porque es tema de expansiones en el seno de la familia, ya porque los actos preparatorios que su realización requiere dan indicio cierto de su existencia al observador sagaz.

De este modo, pues, sabemos que se prepara en estos instantes, en la república, un gran movimiento filantrópico, una calurosa exteriorización de la caridad que arde en tantos nobles corazones.

Lo curioso es que sin ponerse de acuerdo varias personas han coincidido simultáneamente en el propósito, eligiendo la misma fecha para realizarlo.

Curioso, pero no obra de la casualidad, ni tampoco hecho inexplicable. Por el contrario, obedece á una lógica tan perfecta cuanto natural.

Con tanta insistencia se han presentado en este diario y en algún otro colega, los altos ejemplos de filantropía que, á cada momento, se presentan en otros países, tanto interés han despertado, que la enseñanza no podía dejar de ofrecernos sus frutos. Admirando la generosidad, la caridad ajenas, su espíritu ha penetrado los ánimos hasta el punto de que nadie se contente ya con exclamar:

—¡Qué admirable! ¡Qué hermoso!

Y en cuanto el sentimiento admirativo resultó insuficiente, así como nace la flor después de las hojas, así también comenzó á brotar el sentimiento aun más noble y grande de la emulación:

—¿Por qué no hacerlo también?

Y se hará. Va á hacerse este año, por fin.

Muchos de nuestros ricos se han preparado para finalizar 1906 con un acto espléndido y público.

Público, no por inmodestia, sino para que el ejemplo cunda y la generosa iniciativa gane imitadores.

En ese grupo—que llamaremos así por más que se trate de iniciativas individuales y aisladas, que sólo reúne la convergencia del propósito,—los cre-

yentes con motivo de Nochebuena y Navidad, y los escépticos con el de la fiesta más pagana de año nuevo, harán valiosas donaciones á diversos asilos, hospitales, instituciones de caridad y de utilidad pública, etc., vinculando su nombre á una obra tan hermosa cuanto duradera —equivalente muchas veces á todo un monumento, como es la de Monthyon en Francia.

Nuestros ricos no pueden, naturalmente, competir con los multimillonarios yanquis, ni con los grandes señores británicos, y no dotarán nuestros hospitales, universidades, bibliotecas, museos, etc., con la esplendidez de aquéllos. No deben esperarse aún, en la república, donativos de millones. Pero, la proporción será guardada y el acto resultará magnífico, no sólo relativa, sino también absolutamente.

Debemos confesar que esta noticia sensacional nos dejó algo incrédulos en un principio, porque siempre cuesta admitir sin examen un hecho inusitado, y porque aquí, á la verdad, no han entrado todavía de lleno las costumbres filantrópicas que son el más alto timbre de nuestros hermanos del Norte.

Pero nos ha llegado con tal precisión é igualdad por varios conductos reporticios, que hemos debido inclinarnos, sobre todo cuando se nos dieron nombres, y dos ó tres reporters afirmaron hallarse en situación de hacerlos públicos desde ahora, bajo su responsabilidad.

Así, pues, el nombre de las personas iniciadoras de este movimiento—entre las que muy pocas dejan de ser generalmente conocidas y respetadas,—cerraría esta crónica con broche de oro, si no advirtiéramos que tal publicación entrañaría un peligro; no porque temamos las rectificaciones, ni las negativas de haber tenido la idea tan humana en unos, tan cristiana en otros, sino porque tememos la involuntaria pero asimismo injusta omisión de alguno de ellos.

Este exceso de severidad informativa, que nuestros lectores se explicarán muy bien, será compensado con creces en cuanto se produzca el hecho tan hermoso que.—lo repetimos,—nos costaba creerlo, aunque sea general costumbre en tantas otras partes.

**LXXVIII**

**El Gran liquidador.**

23 de noviembre.

Todos los años, por esta época, recrudescen los incendios.

Es un fenómeno curioso, que algunos observadores superficiales atribuyen á las altas temperaturas reinantes en este tiempo.

Esos observadores no tienen—fuerza es decirlo—el espíritu de relación necesario para la operación mental que vulgarmente se llama «atar cabos».

Atar cabos no es habilidad privativa de las viejas habladoras que edifican y consolidan calumnias mortales sobre el cimiento de dos ó tres inocentes datos verídicos.

Atan cabos también los sabios y los inventores, los psicólogos, los sociólogos, los fisiólogos, cuantos, en fin, se dedican á las ciencias y las artes especulativas, sea en el bufete, sea en el laboratorio.

En sociedad, y entre las personas á que aludíamos más arriba, aun está en uso el «post hoc, ergo propter hoc», que en la ciencia no es verdad, sino apenas posibilidad, simple indicio que no debe desdeñarse demasiado, pero que tampoco debe aceptarse sin inventario previo.

Decíamos, pues, que las almas cándidas é ingenuas, ignorantes de la operación de atar cabos, creen

ó no están lejos de creer, que los incendios de fin de año son siempre tan numerosos sólo por la coincidencia del verano y las altas temperaturas que favorecen la propagación del fuego, resecaando los materiales de construcción y haciéndolos más combustibles.

Diremos también que las personas avezadas á atar cabos con perversa intención, y que por cabos toman hasta los hilos de coser, no vacilan en llegar á una conclusión enteramente contraria, afirmando que la multiplicación de los incendios no se debe á nada más que á los malos balances y á la mano criminal resuelta á «corregir la suerte», como los jugadores tramposos. Para ellas no hay incendio, producido en esos meses, que no sea intencional.

Ni tanto, ni tan poco. La malevolencia suele no tener razón.

Debemos admitir, desde luego, una media docena de incendios casuales, cifra igual á la que arrojan los otros meses del año. Hasta podríamos tolerar un pequeño aumento, considerando la mayor temperatura, ocasionada á explosiones de inflamables, y entre ellos—sea dicho de paso—al petróleo espúreo que ha invadido la plaza de tiempo atrás.

Pero es el caso que la diferencia resulta enorme hasta en veranos que, como éste, no tendrían razón de envidiar á una benigna primavera: los incendios se multiplican y hacen que los ánimos menos prevenidos se inclinen á tomar por cierto—siquiera en este caso—el viejo y pesimista proverbio de «piensa mal, y acertarás.»

El aumento del número, es una pista, un grave indicio. Pero no es el único.

—¿Han notado ustedes,—nos preguntaban ayer—la clase de las casas que todos los años se queman por diciembre?

—No hemos parado mientes.

—¿No han visto que sólo por una rara casualidad se quema una casa de familia?

—Es cierto. Pero eso no tiene nada de extraño. Una vivienda privada está mucho menos expuesta que un establecimiento comercial ó industrial, sobre todo hoy, que el gas, la luz eléctrica, los tabiques incombustibles, las vigas de acero, etc., disminuyen tanto los riesgos de incendio.

—No me negarán ustedes, sin embargo, que esa relativa inmunidad se hace harto notable en estas épocas de liquidación, ni que esa liquidación se convierte con harta frecuencia, para los establecimientos comerciales, en evaporación por el calor y en completa incineración, mientras las casas particulares están más al abrigo que nunca y sólo suelen incendiarse por contagio...

Juzgamos exagerada la insinuación, pero no pasó sin dejar un sedimento de duda. ¿Habrá—nos preguntábamos—mucha proporción de incendios intencionales en los que generalmente se producen, sobre todo á fines de año?

Y, sin resolver el problema directamente, llegamos á la conclusión de que algo de eso habrá, y de que es necesario, en tal caso, acudir con el remedio á mal tan grave.

El remedio existe, pues las leyes castigan á los incendiarios con toda severidad, como que el hecho criminal de poner fuego á un edificio ó un establecimiento puede tener consecuencias mucho más deplorables, delictuosas y generales de lo que estuvo en la mente del autor.

Nadie puede, en este caso, circunscribir su acción, ni prever cuántos y quiénes sufrirán sus efectos.

Pero si bien las leyes penales son severas y serían eficaces, no resulta así de su aplicación. La justicia, en efecto, procede con demasiada lenidad, por falta de interesados en perseguir á los incendiarios, cuando no ha habido muerte de persona, heridas graves, etc. El ministerio público suele descuidarse, no ampliar la instrucción, no ahondar en el sumario.

Los interesados que podrían fomentar y completar la acción policial y del juez instructor, los acreedores que vieran sus créditos comprometidos ó perdidos por una acción dolosa, y que en tal caso se convertirían en acusadores, generalmente resultan al abrigo de toda contingencia, merced á las compañías de seguros. Estas pagan, de modo que al acreedor le importa un bledo que el incendio haya sido intencional ó no.

Pero, se observará, las compañías de seguros no tienen que pagar los incendios comprobadamente provocados y están interesadas en perseguir ante la justicia á los presuntos incendiarios.

Hasta por ahí no más. A una compañía le conviene pagar cada año un buen número de siniestros para demostrar su vigor, las ventajas que ofrece, su corrección absoluta. Las acciones judiciales, los pleitos—sobre todo, cuando son muchos—las perjudican porque hacen alejar la clientela que, sin pararse en barras, suele tomar todo esto por pretextos de mal pagador.

El ministerio público es el llamado—casi el único llamado—á poner coto á estas criminales liquidaciones, si es que se cometen, como todo el mundo cree, y como es muy posible.

La instrucción severa en cada caso de incendio, se impone como una necesidad de salud pública.

En un incendio no peligran sólo las mercancías y los ladrillos de los que, asegurados, nada tienen, en suma, que perder ; peligran también las vidas y los intereses de muchos á quienes no se avisa previamente el día y la hora de la... liquidación.

**LXXIX**

**El Mes de los niños.**

3) de noviembre.

Pocos pasos más y habremos llegado al fin del año.

Acaba el mes de los recuerdos, el mes que se abre con la conmemoración de los que duermen, y va á iniciarse el de los encantos y alegrías immaculados.

Despunta diciembre entre las tormentosas brumas y las borrascas arrolladoras de los exámenes, y su alboreo es para los niños una promesa de días regocijados y esplendorosos, fugaces como un sueño en la realidad, inacabables, infinitos en la magnitud y la candidez de la esperanza infantil.

¡Oh, esa esperanza que tiene todas las formas de la convicción, imprevisora, ciega y tan amplia!... Esperanza ignorante de que lo es, creadora de una seguridad, de una confianza que nada teme, que ante nada se arredra, que da al niño la posesión total é indiscutida del mundo, y hace del más desvalido y andrajoso pilluelo un Alejandro conquistador, cuando da suelta en la calle, en la plaza pública, en el baldío terreno del suburbio, á todo el vuelo de su imaginación y todos los quererres de su voluntad!... ¡Ojalá pudieran conservarte algunos hombres, hasta los últimos años de su vida, oh esperanza, que te ignoras y que infundes la capacidad de las grandes realizaciones!...

Diciembre asoma. Encárnase el anhelo infantil. Ya giran sobre sus goznes las puertas del aula á punto de cerrarse, después de los tormentos del examen que la convirtieron en lóbrega mazmorra. Ya el sol tiene más brillo, el cielo es más claro, las cosas se ven «de otro modo», más luminosas, más alegres, más accesibles á la visión y la comprensión. Cesó ya el indigesto rumiar de tanto conocimiento aparentemente inútil, realmente inaplicable en los primeros años de la vida (¡oh, sí, servirá después!) y se anuncia el hartazgo de las vacaciones, la mesa siempre puesta para la exaltada imaginación, el regocijo de todos los hombres y todos los objetos, la orgía de los colores y de los ruidos, la convivencia con el sol rey, con el aire libre, con las noches sonoras de insectos y luminosas de invisible y ubícua luz, la fiesta mágica, el sueño hadaico que arroba y arrobó á los niños desde que el hombre pisó la tierra y era niño él también, con vacaciones el año entero que cerraba y abría el broche radiante del verano. Ya los escaparates comienzan á marear las cabezas infantiles con sus abigarradas tentaciones de juguetes y de dulces, á que ningún espíritu fuerte de diez años puede resistir por mucho que repita el *ne nos inducas*: muñecas y fusiles, cocinas y espadas, juegos de comedor y trompetas, linternas mágicas y cajas de colores, menajes y trenes, animales domésticos y jardines zoológicos, cerdos y perros y gatos y gallinas repletos de bombones, y tanto turrón, y tanto mazapán y tanto chocolate!... ¡Adán y Eva, que asomáis á la vida ¿quién resiste, verdad? San Antonio en persona vacilaría, se dejaría llevar, él, helado espectador, sin un parpadeo, de las maravillas que luego resucitó Flaubert, para espanto y asombro de las gentes!

¡El mes de los niños! Porque aquí, entre nosotros, coinciden con la época magnificente y gloriosa del verano las fiestas infantiles por excelencia: las vacaciones, Nochebuena y Navidad, Año Nue-

vo, los Reyes, collar de alegrías que cierra el carnaval, muerto para la sequedad y el escepticismo de los hombres, vivo, radiante y loco todavía para la plástica sensibilidad de los pequeños... Pero este mes, este mes, sobre todo: la escuela cerrada, el árbol de Navidad con sus inverosímiles, pero reales maravillas, el zapatito en el balcón, los aguinaldos, los juguetes, las indigestiones de golosinas que, al contrario de las escolares, dejan ganas ¡oh cuántas ganas! de volver á empezar...

¡Felices, benditos los niños que ven llegar con el alma llena de sol estos hermosos días! ¡Que se colmen sus manos de juguetes y de alegrías sus corazoncitos!...

Pero ¿y los otros? ¿Los que sólo con la imaginación ven un poco más de luz, un poco más de alegría? ¿Los pobrecitos que no tienen madre ni padre que se convierta para ellos en el dadivoso Noel? ¿Los que viven en la obscuridad y la miseria del conventillo? ¿Los que crecen en la fría disciplina y entre las siempre nubladas paredes semicarcelarias del asilo infantil?

¿No habrá en Buenos Aires quiénes quieran hacer para ellos el papel de madre y de padre, de San Nicolás ó de Noel, de Mago prodigioso ó munífico?

¡Nada cuesta! ¿No hay quién quiera regalarles un poco de sol?... (1)

---

(1) Actualmente reina ya la conmovedora costumbre de regalar juguetes á los niños pobres en los hospitales, asilos etc., de Buenos Aires.

**LXXX**

**La Ciudad del tedio.**

No lo decimos por alabarla, pero Buenos Aires es una de las ciudades más aburridas del Universo, especialmente los domingos y días de fiesta.

Fuera de los espectáculos pagos, el público no tiene ni donde divertirse ni cómo matar el tiempo, si no sale al campo ó se mete en las tabernas más ó menos disimuladas. El domingo, el día de fiesta es un prolongado bostezo.

Notándolo, un extranjero nos preguntaba ayer:

—Pero ¿no hay bandas de música en esta capital?

—Sí que las hay—le contestamos.—Se cuentan por docenas.

—¿Y por qué no tocan algo en las plazas públicas, en los jardines? ¡Ah! ¡vamos! serán profesionales ó de asociaciones particulares...

—También oficiales: no hay batallón, inclusive el de bomberos, que no tenga su banda de músicos, á veces muy buena, por cierto.

—¿Y por qué no se dejan oír? Cuando menos, al público no le gusta la música, entonces...

—¡Por el contrario! Los habitantes de esta ciudad son casi melómanos. En cuanto suena una banda, si va en marcha lleva tras ella una enorme cauda de aficionados que marcan el paso al compás de la música, y si está fija, se forma alrededor de ella

un enjambre de personas, tan apretado como el de las abejas cuando se posan á descansar en el tronco de un árbol.

—¡ De veras !

—Como usted lo oye. Cuando pasa una banda por la calle, todo el mundo se asoma á puertas y ventanas...

—¡ Hace mucho que estoy en Buenos Aires y, sin embargo, no he visto semejante cosa !...

—Pero habrá usted observado que allí donde suena la agria y desgarradora voz de un fonógrafo, que raspa los oídos, allí se aglomera la gente. Y esto, que podría parecer contradictorio, es una prueba más de una afición desmedida y que acepta hasta las malas aproximaciones.

—Pero, entonces ¿ qué hacen las bandas de músicos oficiales los domingos y días de fiesta ?

—Lo que el resto de la población : ¡ bostezar !

—¿ Por qué ?

—¡ Vaya usted á saber ! Las cosas de este país suelen ser inexplicables, sobre todo para los hijos del país. Los extranjeros las explican á veces, por demostrar ingenio... pero no siempre bien. Quizá sea por el descanso dominical...

—Si este fuera completo, podría, efectivamente, ser una explicación. Pero de todos modos es extraño. He ido á Palermo, he ido al jardín zoológico, que debería ser el encanto de Buenos Aires, un sitio en que se aglomeran atractivos, ¡ cuántos más atractivos, mejor ! Y, sin embargo, no he oído nunca un trozo musical.

—¡ Ahí verá usted !

No quisimos decirle que lo del jardín zoológico es una aberración, por no mostrarnos indiscretos en demasía. Pero aquí, « inter nos », puede explicarse la cosa.

Ocurrió, pues, por aquel tiempo, que para todas las fiestas de caridad—funciones teatrales, kermesses, bailes y *tutti quanti*—y aun para las particu-

lares se pedía y se obtenía el concurso de las bandas de músicos, que se pasaban soplando la noche entera, generalmente para el rey de Prusia.

Los cuarteles tenían que esperar hasta altas horas, la vuelta al hogar de aquellos calaveras por fuerza, y el abuso llegó á términos tales, que la superioridad resolvió cortarlo, si no de raíz, muy al ras del suelo (aquí nunca se corta nada de raíz, por principio).

Entonces se impuso á cuanta sociedad quisiera utilizar las bandas militares (y eso previa la consiguiente autorización), una cuota de cincuenta pesos por cada matinée y soirée musicales.

El abuso quedó cortado, pues, con esto.

Pero, en el caso del jardín zoológico—que es de utilidad general y al que concurre Buenos Aires entero—¿quién pagaría la cuota, en resumen de cuentas? El pueblo. Y como el pueblo es, precisamente, quien sostiene las bandas militares, resultaría pagando dos veces la misma cosa, ó si se prefiere, anticonstitucionalmente gravado con dos impuestos por un solo servicio.

Igual ocurre con las bandas ausentes de los jardines y paseos, pagadas sin embargo para que toquen allí, porque son ¿lo repetimos? del pueblo, y para el pueblo deben ejercer sus funciones.

¡He aquí cómo nuestra previsora constitución no se cumple ni en lo referente á la música!

En cuanto á ésta, el caso ocurrente es como el del prójimo que, poseedor de un paraguas nuevo, no lo sacaba en días de lluvia, ó siquiera nublados, para que no se le envejeciese... Ocurrió, sin embargo, que al abrirlo un día se lo habían comido los ratones.

Nuestras bandas no serán devoradas, pero pueden desafinarse, y sobre todo no ejercer una de sus funciones más hermosas y trascendentales: quitar á Buenos Aires el mal nombre que de «ciudad del tedio» va conquistando tan denodadamente.

un.

**LXXXI**

**El Costo de la vida.**

Hoy que todo el mundo se apronta para los gastos superfluos, aunque obligatorios, de Navidad y Año Nuevo, ó ve temblando acercarse la hora de los aguinaldos y las propinas, de los obsequios con retribución y de los mil compromisos de todo orden que en esta época hacen sudar más que los más tórridos calores estivales—no habrá nadie que no eche la mirada hacia atrás, saque cuentas, haga balance y concluya diciéndose que la vida en Buenos Aires se ha hecho imposible para quien no posea ó no haga negocios, es decir para las interesantes clases que van desde el peón y el obrero hasta el empleado á sueldo, alto ó bajo.

Los otros, los propietarios de tierras ó campos de pan llevar ó de pastoreo, los comerciantes, los especuladores, los que mueven capitales propios ó ganan con tenerlos inmóviles, para decirlo todo en una palabra, no sufren la carestía, porque tienen en su mano cómo remediarla, aumentando sus entradas y sus beneficios. Y este mantenimiento á todo trance, de su ganancia, es precisamente lo perjudicial y enloquecedor para quienes no pueden contar sino con una entrada fija que, en el mejor de los casos, no aumenta en la misma proporción que las cosas de primera necesidad: la casa, la ropa, la co-

mida, toda esa prosa vil cuyas exigencias lleg<sup>am</sup> embargo, á convertir la vida en drama á lo Hugo con sus puntas de sainete y sus episodios trágicos.

Días pasados pudo leerse en este periódico que, en relación, más baratos estaban los objetos del lujo y la bambolla que los artículos imprescindibles. Y es la verdad, aunque esa «relación» no llegue á significar que lo superfluo se da gratuitamente. Ya se verá por qué aludimos á este punto.

Nadie, en suma, fuera de los privilegiados del capital, deja de quejarse de la maldecida suerte que no sabe disminuir la necesidad de habitar, de vestir y de comer á medida que crece la dificultad de procurarse los menesteres para ello. Y como muchas de esas cosas tienen, aunque no se cuente con dinero, un carácter de perentoria urgencia, he aquí que el déficit comienza á entrar en los hogares modestos como Pedro por su casa, llevando consigo la deuda, semilla de disgustos, apreturas, dolores, infortunios, que tiene la virtud de germinar en cualquier parte y de convertir en maciega el campo hasta entonces mejor cuidado. Pocos son los que se resuelven á reducirse, á «no estirar los pies sino hasta donde alcanzan las sábanas.» Lo contrario es lo humano, y lo contrario es lo que se hace, no sin cierta lógica aparente.

El obrero, el empleado, el trabajador á sueldo, en fin, se dicen:

—El país está en plena prosperidad, rebosante de riquezas, libre de toda traba y de todo peligro. Yo gano al cabo del mes lo mismo que antes me bastaba y aun me permitía hacer algún ahorro. ¿Por qué he de reducirme, entonces, y privarme no sólo de lo superfluo á que estaba acostumbrado, sino también de parte de lo necesario? Sería una ingenuidad, tanto más cuanto que esta crisis de carestía no puede durar, pues no tiene razón de ser. Sigamos, pues, como antes, porque la baja no tardará, y entonces restableceré el equilibrio de mi pre-

un costo con los ahorros que haga, como antes. Historia de unos pocos meses!...

¡Historia de nunca acabar! Para el que tiene entradas fijas, la deuda es una carcoma. Se agranda y crece por sí misma. Exige que «se tape un agujero abriendo otro», necesariamente mayor. Y si la carestía se prolonga un poco más de lo natural, la deuda, el déficit conduce á extremos tales que, el menor, es obligar á reducirse en grado mucho más grande que si se hubiera tenido previsión, haciendo pasar al imprudente, de la holgura á la completa estrechez ó de la estrechez á la negra miseria.

—¡Trivialidades! ¡Lugar común!—dirá alguno al leer estas líneas que sólo pretenden, en efecto, ser «prácticamente» esas cosas.

Y, sin embargo, no son tan trivialidad ni tan lugar común, y es bueno y patriótico proclamarlas bien alto, cuando haciendo la más ridícula antítesis con las quejas sobre el costo de la vida, se ve en la calle, en los tranvías, en los paseos, en los teatros, desbordar un lujo insolente, que hace de Buenos Aires la ciudad más ostentosa en cuanto al traje de sus mujeres (después de Nueva York), y cuando esas mujeres no son sólo las esposas, las madres, las hijas ó las hermanas de los capitalistas, sino las de esos modestos trabajadores á quienes el sueldo no alcanza ya para llevar el mismo tren de vida de hace un año.

—Usted casi no puede distinguir—nos decía un extranjero,—entre una dama de la alta aristocracia del capital, otra de mediana fortuna, las burguesas y las damiselas que visten para vivir y viven porque se visten, sino gracias á muy tenues matices de educación y distinción. Cuando se llega por primera vez á esta ciudad, se experimenta la impresión de que todo el mundo es riquísimo. A poco andar se sabe, desgraciadamente, lo contrario.

Bástenos, ahora, añadir que Juvenal hallaría te-

ma en esto para dejarnos como á escueleros en tiempo de «la letra con sangre entra.»

¿El remedio? Estaría seguramente en la libertad del oro, vale decir, en su baja. Pero mientras ésta no llega—y no se anuncia,—el remedio positivo, eficaz, indiscutible está en renunciar á seguir descontando tontamente un futuro que puede tardar, y hacer economías, dejando entre el borde de la sábana y los pies un buen palmo de lienzo para las posibles contingencias.

El costo de la vida seguirá siendo harto elevado, las comodidades y los goces serán escasos, pero el miedo á la catástrofe no hará indigesto el pan.

**LXXXII**

**Flor del fango.**

Entrar á la vida en brazos de un ebrio que duerme en plena vía pública, y entrar de tal modo que el primer techo hospitalario sea el de una comisaría—he ahí una aventura que nada tiene de trivial, por cierto, y que no inventó la imaginación de Dickens, sino que produjo ayer nuestro hervidero de gran ciudad, donde ya tienen cabida todas las intrigas y todos los azares caros á los folletinistas y noveladores.

¿Qué será ese niño, hijo del acaso, cuyo primer custodio—la madre—no le quiere, cuyo padrino—el ebrio—no le tolera sino mientras el alcohol lo inmoviliza, y cuyo primer paseo concluye casi en un calabozo? ¿Un Napoleón, un Newton, un Cervantes ó un simple Gavroche que acabe en Lazarillo de Tormes?

Vaticinémosle un destino mejor; debemos desear para él, más que el saber y la gloria, la felicidad. Y el augurio es una forma del voto...

Su primer día, su primera noche, fueron de terrible prueba, y en el hecho, aunque no en su propia sensación, valen por las torturas que suele costar la resignación, el conformismo—única forma, para mucha gente, de la felicidad terrena.—Ha hecho, por fuerza, el voluntariado de la desgracia y debe

librarsele del servicio mientras no se convoquen las reservas y la pasiva. ¡Que sea feliz!

El suceso valdría la pena de que Dickens, á quien no citábamos al acaso, lo hubiera tomado como punto de partida de algún *Oliver Twist* ó de algún pobre Joe, para hacer asomar esas lágrimas que en Inglaterra han valido más que perlas, á que los Estados Unidos deben mucha parte de sus maravillosas instituciones filantrópicas, y que aquí se contentan con humedecer las pestañas sin llegar en su influjo hasta el bolsillo.

O también á un Hugo, para que nos presentara otro *Gwymplaine*, sin títulos aristocráticos necesarios al golpe de melodrama, pero ociosos para uno de sus estupendos desbordamientos de antítesis: la madre, entre el dolor y la vergüenza, la pureza infinita del niño, la cínica crueldad del que arrebató la criatura, la noche, el borracho, la degradación siniestra del ángel en brazos del vicio...

¿Y qué tema para el escultor de Balzac, aquel *Dorlange* que hizo de la mitológica Niobe una madre desgarradoramente desolada, llorando sus hijitos—unos monitos muy espirituales, pero monos al fin—símbolo sin duda de que el amor materno es ciego, ó de que los hombres no merecen que los llore la madre...?

El escultor podría titular su grupo—el niño dormido sobre el pecho del ebrio—«Flor del fango», como esta croniquilla, ó «La inocencia en brazos del vicio». Podría—y haría mejor—no titularlo, para dejar campo abierto á todas las interpretaciones, imitando á Ibsen con sus dramas:

—¿Qué simboliza usted en su obra?

—No sé—contestaba epigramáticamente el gran dramaturgo.—Espero á que los críticos me lo digan...

Llamaríanlo, á su capricho, por ejemplo: «La pureza ennoblece cuanto toca», yendo mucho más lejos de la verdad. O «Bajo la protección de Dios»,

recordando el proverbio de que hay uno especial para los niños y los borrachos. Algún mitólogo sacaría á colación á Sileno y Baco infante. Y los tradicionalistas que aun no han olvidado el Buenos Aires antiguo, podrían renovar la antigua y mala copla del torno de la Cuna, escribiendo en el plinto, sin mejorar la composición :

    Mi padre y mi madre  
    me arrojan de sí;  
    el sueño del vicio  
    me protege así.

Pero el pobre hombre, culpable de un exceso, no es precisamente el más acreedor á recriminaciones. Hay otra persona cuya alma vaga por los límites extremos de la crueldad, ó cuya inteligencia está privada de toda luz. Preferimos creer lo segundo por honor de la especie.

Ese ó esa tal, es quien tuvo la escarnecedora idea de poner al niño allí. Sin declamaciones, se convendrá en que el hecho es repugnante. No puede, tampoco, decirse menos.

La flor recién nacida ha recibido dos hálitos agostadores—no decimos tres, porque de la madre quizá deba repetirse: «Qui sait sous quel fardeau sa pauvre âme succombe»—el del que le sacó á exponerlo, á abandonarlo, y el vinoso y envenenado del ebrio...

Para bautismo ó estigma de la civilización ya es bastante. ¡La mala suerte debe ahora darse por satisfecha! Si no, sería cosa de ir pensando en emigrar de un globo inhabitable.

**LXXXIII**

**Quién paga las huelgas.**

Declarada la huelga general, hablamos ayer con uno de los obreros disidentes, es decir, con uno de los que no tomarán parte en ella sino en último caso, obligados por sus camaradas que adoptan y practican el procedimiento jesuítico del «compelle intrare».

—¿No es usted huelguista?—le preguntamos.

—No.

—¿Por qué?

—Porque este movimiento obedece á algo que no está á la vista, créamelo usted. De nada no se hace nada, y los obreros no se han lanzado á la huelga general porque sí: tienen una esperanza. ¿Cuál? La de un apoyo, la de un refuerzo, la de que su agitación llegue á tener vastas proporciones, á ser una revolución. El diario anarquista lo dice bien claro: llama á éste un «momento solemne», y añade esto, lea usted.

Nos tendió un diario señalando este parrafito: «A los anarquistas es á quienes toca ser nervio del presente movimiento, pensar sobre el actual momento histórico para obrar en consecuencia. ¡Anar-

»quistas! ¡Aprestémonos al presente movimiento  
»que tiene tintes rojos, tintes de aurora revolucio-  
»naria!»

Y nuestro interlocutor agregó á manera de co-  
rolario:

—¡Revolución! ¡Los anarquistas! Ellos que vie-  
nen peleándose como perros y gatos y que ni siquie-  
ra pueden costear un diario, á pesar de dar funcio-  
nes extraordinarias y todo... ¡Que no embromen!  
Y después hay que hacerse una pregunta: ¿quién  
paga las huelgas?

—¡Ah, bueno! ¿Y la respuesta?

—La respuesta es muy sencilla, pero para llegar  
hasta ella se necesita dar muchos rodeos. Porque la  
primer consecuencia de las huelgas parecen siem-  
pre sufrirla los patronos.

—¿Los patronos?

—Sí; y á los pocos días quienes resultan sufrién-  
dola son los mismos obreros. Pasa con las huelgas  
lo que con los impuestos. Hasta los destinados á  
los artículos de más lujo pesan sobre los pobres.  
Ese «rebote» acabamos de verlo una vez más con  
la cuestión de los fósforos. Les estamos pagando la  
huelga á las fábricas, sin chistar, con el aumento de  
precio del artículo... Los camaradas lo vienen ad-  
virtiendo—pero no muy claro,—desde hace tiempo,  
y á eso se debe que ahora pidan indemnización por  
los días de «paro». Pero eso no basta, porque el au-  
mento de precio en cualquier artículo, desde una  
simple caja de fósforos hasta el más costoso, viene  
á encarecer nuestra vida, aunque al fin de la huel-  
ga se nos aumente el salario y se nos paguen los  
días muertos. Con tanto esfuerzo ¿sabe lo que he-  
mos ganado en realidad estos últimos años? ¿Lo  
sabe?

—Los sueldos mejores y el trabajo menor.

—La diferencia de sueldos se la lleva la cares-  
tía de las cosas, y más también. Yo, y, como yo, mi-  
llares de camaradas, vivimos hoy lo mismo que an-

tes, porque si la tarea se concluye más temprano, para pagar al propietario de la casa, al carnicero, al verdulero, al panadero y al lechero, tenemos que buscar trabajo extraordinario ó ir amontonando deudas hasta donde alcance el crédito, que no va muy lejos, de veras.

—De modo que según usted, esta huelga general...

—No conducirá á nada, no. En primer lugar porque no se propone nada práctico, porque no pide nada que se traduzca en mayor bienestar para los obreros; y en segundo lugar porque nadie compensará las privaciones que empezamos á sufrir y que aumentarán á medida que la huelga se prolongue. Los ricos no carecen de nada, absolutamente de nada en estos días, y salvo un poco de intranquilidad, la huelga no les hace mella. Ellos gozan de las mismas comodidades, de la misma abundancia, quizá con un poquitito más de gasto que recuperarán después aumentando los alquileres si son propietarios, el precio de los artículos si son industriales y todas las cosas en general si practican el comercio. Así se ha hecho siempre, y no se comenzará ahora á hacer lo contrario. Así se hace, para compensar los impuestos mayores á los artículos de lujo... En cambio, entre usted en una casa de pobre. Entre usted en la mía, por ejemplo. Estamos temblando de quedarnos mañana sin leche para los chiquilines, sin carne y sin pan para nosotros. ¡Ah! nosotros, á la corta ó á la larga, y generalmente desde el primer momento, somos los únicos que pagamos las huelgas...

—¿Por qué las hacen, entonces?

—Por decoro, por amor propio, porque no se nos tache de «carneros».

—¿Carneros?

—Precisamente así se llama á los que no siguen sin discusión las órdenes más ó menos disfrazadas

de los dirigentes, á los que no quieren ser ciegos instrumentos.

—Pero ríanse de esa apreciación ridícula que ustedes mismos entienden así.

—Y nos reímos mientras es posible, mientras no corremos peligro de algo peor. Porque, garantizada en apariencia la libertad del trabajo, ¿quién se libra de un mal golpe al dar vuelta una esquina ó al retirarse á su casa?... Mañana, si «las papas quemán», yo también abandonaré el trabajo, maldiciendo esta nueva tiranía ignorante que se nos impone en nombre de la libertad, tan ignorante que está sirviendo de instrumento y arma á otros burgueses quizá peores que los que hoy manejan el país.

—¿Y los jefes natos del partido, los que por su saber y su conciencia estarían llamados á aconsejar á ustedes?

—Nadie les hace caso. El otro día se trató de no admitir á los «intelectuales» en ningún partido obrero. Y son los que corren más peligro en estos alborotos.

—En suma, ¿usted no es partidario de la huelga?

—De ésta, no. Es como si me preguntara usted si me gusta que los chicos se queden sin comer porque al secretario general de mi gremio no lo han saludado otros en la calle con el sombrero en la mano. ¡Ahora, si estuviera en juego mi libertad, ó mi pan de cada día, yo sería el primero en echarme á la calle para defenderlo! Pero darme el lujo tonto de creerme unos días un personaje, para pasar luego con los míos hambrunas y dificultades, ¡eso sí que no me cabe en la cabeza!

Y luego, terminando, subrayó:

—Nosotros, sólo nosotros pagamos las huelgas ¡hasta las que no hacemos! Yo trabajo, pero cuando acabe el paro sufriré sus consecuencias como si no hubiera trabajado, y peor que los promotores de la huelga, porque nuestros «dirigentes» vienen re-

tirándose año por año, á hacer vida burguesa, con casas de comercio, hasta con empleos de gobierno, y á ellos nunca, pero nunca, les falta ni pan en su casa ni un peso en el bolsillo con que pagarse la copa después de un discurso incendiario. *Cost va il mondo!*

**LXXXIV**

**Una Extraña suerte de  
escamoteo.**

Hablamos ayer con un obrero sobre las cuestiones de actualidad. Un obrero argentino no es ya lo que hace veinte años, sino un hombre que lee y digiere más ó menos bien sus lecturas, un hombre que se ocupa de algo más que de su taller y de su casa, y que ha contraído el hábito de pensar y discernir. Un obrero extranjero—si no se trata de un campesino rudo, es decir, si no es uno de la mayoría—se encuentra en análogas condiciones, superiores á veces. Pero el que nos ocupa es hijo del país.

—¿Está de huelga?—le preguntamos después de sentarnos juntos á tomar el fresco: soplaba una brisa agradable.

—Sí—nos contestó.

—¿Como anarquista ó como socialista?

—Hombre, no sé. A estas horas nadie sabe á qué partido pertenece. Por mis ideas sería socialista; pero parece que me han hecho anarquista...

—¡Cómo puede ser eso!

—Muy sencillamente. Nosotros, los trabajadores, no aspiramos sino á una cosa: al mejoramiento de nuestra situación social. Con ese fin, humano y loable, que nadie puede criticar sin injusticia, nos agrupamos desde años atrás para trabajar juntos en

dicho sentido. De este movimiento nacieron las primeras huelgas y las primeras sociedades de resistencia, formulándose programas de todo cuanto había que conseguir más urgentemente: son los programas mínimos del partido socialista que usted debe conocer.

—En efecto.

—Nosotros no sabíamos más que una cosa, pero esa la sabíamos perfectamente: que estábamos mal, y que era necesario mejorar. La sabíamos entonces, y ahora la sabemos mejor, porque hemos estudiado más. Bueno, pues: el programa mínimo es una buena cosa y, de realizarse, mejoraría mucho nuestra situación. Pero es demasiado grande para hacerlo en un día. ¡Claro! Vino uno y dijo: «Ya que hacemos esto, ¿por qué no hemos de hacer lo otro?» Y llegó otro y agregó otra cosa, y otro después añadió una nueva exigencia. Eramos pocos, no veíamos el lado práctico de la cuestión, y ya que pedíamos líricamente, tanto daba pedirlo todo de una vez... Así nació el partido socialista que tardó diez años largos en conseguir un diputado con ayuda de vecinos.

—¡ Ah! ¿ Usted conviene también?...

—¡ Pero, señor! Si la elección fué tan clara, tan evidente... Y ahora que se vota por lista otra vez, nos han cerrado el paso, y está mal ¡ de veras que está mal! Deberían dejar que nos defendiéramos legalmente, que tuviéramos la representación que nos corresponde. Tanto más cuanto que...

Se interrumpió, nos miró con una sonrisa sugerente y luego agregó:

—Tanto más cuanto que así se acabarían las agitaciones ridículas é inmotivadas. La actividad moral del obrero se dedicaría á algo mejor, se encarrilaría, tendría, en lugar de válvulas como ahora, pistones en que resultara útil.

—A todo esto nos alejamos de la cuestión.

—Al contrario. Estamos en ella. Bien, pues: se

empezó á trabajar con el programa mínimo, lleno de agregados que serán realizables dentro de mucho tiempo, y, naturalmente, no se consiguió nada en los primeros años. Entonces surgieron los anarquistas, que hasta ese momento habían debido contentarse con vociferar alrededor nuestro. Dijeron, y no sin cierta razón, que los medios legales no serían de nada en un país donde no se respeta ni el derecho de votar; predicaron la acción, la violencia, el odio á toda autoridad; nos prometieron, después de una revolución, la conquista de la libertad absoluta, y como son hombres resueltos y sin asco, fomentaron algunas huelgas, consiguieron en parte lo que exigían y se rodearon del prestigio que da el éxito. Nosotros los trabajadores, que poco entendemos todavía de matices en las ideas, encontramos por una parte que el socialismo, ó lo que creíamos tal, no conseguía nada, mientras que los anarquistas lograban algo siquiera. Y dejamos á los anarquistas que tomaran la dirección de nuestros grupos, no viendo que procedían simplemente como socialistas, ó aparentando que no lo veíamos...

—¿Por qué?

— Porque los anarquistas dirigentes dirigen en cuanto hombres de acción, pero no en cuanto anarquistas. Los escuchamos, los seguimos, pero... hasta por ahí no más. No somos tan tontos. Si usted hubiera leído las últimas proclamas y los últimos números de su periódico lo sabría tan bien como yo. No han hecho más que predicar la violencia y la revolución, con motivo de la huelga general. Y ya ve que nadie les ha llevado el apunte. ¡Claro! Lo que queremos, se lo repito, es ir mejorando, mejorando siempre nuestra situación material y moral, pero no empeorarla por la locura de algunos criminaloides que no ven más que sangre y disturbios ó de algunos capitanes Araña que embarcan la gente y se quedan en España, incitando á que otros hagan barbaridades mientras ellos pasan la vida

gorda... Pero, la confusión de nuestros partidos nace de lo que ya le dije y no es más que superficial. Para mí, somos socialistas manejados por anarquistas hasta donde nuestra propia razón lo tolera. Y aun puede que seamos simplemente buenos demócratas, exasperados porque no tenemos como hacer, si no triunfar, por lo menos respetar nuestras opiniones y nuestra aspiración de hombres que quieren vivir como tales en una tierra libre. ¡Sí, señor! ¡Que los cocheros del Rosario hubieran tenido la seguridad de que se haría caso á su protesta si era justa, y dígame dónde hubiera ido á dar esta huelga! A nadie se le hubiese ocurrido levantarse y yo mismo no niego que ese remedio cabe en las instituciones republicanas. Entretanto, dada la situación actual, ya ve usted como estamos: ¡más parecidos á anarquistas que otra cosa! ¡Y es lástima!

—¿Sabe—le dijimos—que si publicáramos esta conversación nos acusarían de haberla inventado?

—¡Bah! Dígalas que hay cientos de obreros que saben mucho más que yo, y que los dejarían boquiabiertos conversándoles de libre cambio y proteccionismo ó cosa así. Nos juzgan y creen en nuestra ignorancia completa por los discursos desatados de algunos compañeros impresionistas. Pero, hay, muchos más que se callan y estudian para saber bien dónde les aprieta el zapato y qué horma les conviene para corregirlo. Esos no se lanzan porque sí á la huelga, como los muchachos raboneros de hace veinte años, cuando había una pelea de camaradas en el bajo. Antes preguntan por qué, para qué, y si las razones no les parecen suficientes, sólo abandonan el trabajo cuando se les impone la tiranía de los agitadores.

Y con gesto de enérgica protesta, agregó:

—¡Ah, la tiranía de los torpes y los ignorantes, peor que las otras, porque ni sospecha adónde va, y por qué no sabe de matices ni tolerancias que exi-

ge nuestra propia naturaleza! Me hacen recordar al guía muerto de los pobres ciegos...

—¿Usted también lee á Maeterlinck?

—Nadie me lo ha prohibido... todavía.

Y el temor que encierra esta frase tiene su razón de ser: si hay quien prohíba el trabajo, ¿por qué no la lectura, también, en nombre de la solidaridad de la ignorancia?

**LXXXV**

**Precedentes que no lo son.**

Desde el 10 de Noviembre, don Manuel Criado Franco y doña Basilia Morales de Criado, esposos legítimos, habitantes del Rosario, están divorciados «de común acuerdo y como obligación natural», según reza la noticia que en la sección telegráfica habrán visto ayer nuestros lectores.

Este divorcio—el primero en tal forma,—es un acto íntimo, pero solemne, al que da fuerza «moral» un contrato privado firmado por ambas partes, en octubre 27, y que el telegrama reprodujo en sus términos precisos.

No había escribano, ni jefe de registro civil, ni autoridad competente alguna ante quien registrar y formalizar el divorcio, por eso su cumplimiento queda únicamente librado á la buena fe de los cónyuges, sólo coartados en su acción—si acaso les ocurre faltar á la palabra empeñada—por el juicio de sus vecinos, la crítica de sus relaciones y la opinión del pueblo en general; pues su contrato ha pasado á ser un «instrumento público sui generis», merced á las mil bocas de la prensa y los mil alambres del telégrafo.

No pudiendo desatarlo, Criado y su esposa han cortado de una plumada el nudo gordiano, aunque uno y otro queden, muy contra su voluntad, con

un *fil á la patte*, vecinos, ya que no cohabitantes, y colaboradores en la obra común, ya que no esposos (véase el contrato, si no se ha visto: vale la pena).

Eso sí: esperan como el maná la ley de divorcio que suponen á punto de ser sancionada por el Congreso y promulgada por el ejecutivo, para desatar completamente el vínculo penoso, quitarse la pesada coyunda, verse libres del yugo insoportable. Para entonces se han comprometido á pedir la sanción legal de su separación de cuerpos, realizada ya por incompatibilidad de caracteres, imposibilidad material de vivir en común y ansias de reconquistar una vida más apacible y llevadera.

Un moralista aprovecharía la ocasión para predicarles que ese es uno de tantos espejismos de la felicidad, y que, seguramente, no hallarán la paz buscada gracias á un simple cambio de habitaciones y de costumbres, pues la dicha está dentro de uno mismo, y depende sólo de la firme voluntad de ser dichoso, contentándose con lo que se tiene y hasta regocijándose de tener eso y no otra cosa, si es posible.

Pero no es el momento oportuno para iniciar tales disquisiciones de ética pura, pues lo interesante sería analizar, bajo todos sus aspectos, el documento en cuestión (cosa que no haremos tampoco, pues el tiempo nos basta apenas para el ligero comentario).

Desde luego, salta á la vista que el contrato no es válido, ni tiene más fuerza que la que quieran darle los contratantes. Los esposos Criado, pese al pape-lito, están tan casados como mil otros cónyuges que no se pueden sufrir, que llegan á odiarse, y que, sin embargo, guardan las apariencias ante el público, dándose por muy felices, ó no las guardan, exhibiendo sus desavenencias y sus disputas ante todo el mundo.

Pero, una vez conocido su compromiso bilateral, da cierto vigor á éste, como antes indicábamos, el

temor al «qué dirán», más poderoso que la misma ley en ciertos casos.

—¿Qué dirán Fulano y Zutano, si nos volvemos á unir?

—¡Qué burlas las de Menganita, si no cumplimos al pie de la letra!...

Este juicio público no vale nada, sin embargo, y los esposos Criado deben considerarlo con desdén, con el mayor de los desdenes, mantengan ó no su divorcio de puertas adentro. Recuerden la fabulita del asno, el molinero y su hijo, y tomen el sabio ejemplo del paraguayo que no quería ser Dios.

—Pero, ¿por qué no quieres?

—¡Ay! ¡porque no podría contentar á todo el mundo!...

Doña Basilia, según se desprende del contrato, es una excelente ama de casa, buena cocinera y lo demás, pues de otro modo, don Manuel no le confiaría, divorciado y todo, su mesa, su ropa blanca, etc. En cuanto á éste, y también según el documento, es un hombre honrado y leal, en quien puede confiarse á ojos cerrados. Ergo, no hay nada roto; no está en cuestión nada esencial.

En una comedia en un acto de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda—que algunos dicen arreglo del francés,—dos esposos á punto de divorciar tienen que vivir previamente un mes entero en la misma habitación, sirviéndose el uno al otro. La comedia tiene *lietto fine*: los esposos se reconcilian y vuelven á su casa de braceté.

¿Quién nos dice que si doña Basilia sigue preparando á don Manuel platitos y golosinas de su gusto, y don Manuel hace su papel de hombre galante retribuyendo esas atenciones, ahora sobre todo que se acerca el Año Nuevo, este drama conyugal no puede convertirse en comedia moralizadora, con un desenlace tan grato como el que la Avellaneda dió á la suya?

Sería una sorpresa del divorcio antes del divor-

cio, y el acto primo de los esposos Criado no quedaría siendo un precedente que no lo es, y cuyo ejemplo imitarán en vano los cónyuges mal avenidos.

Eso si no resulta una vez más que las costumbres son las que crean las leyes, y no las leyes las que forman las costumbres, como quieren nuestros diputados.

**LXXXVI**

**El Concurso dramático.**

Buen efecto ha causado en el mundo de los que escriben la resolución del Gobierno creando un premio de importancia para el concurso dramático iniciado por el Teatro Nacional, y si bien el decreto provoca críticas de detalle, la generalidad lo ve—más que todo—como un excelente síntoma, como los primeros pasos en una senda que nuestros poderes desdeñaban explorar.

El resto del público ha leído la noticia con curiosidad indolente, aunque le produjera un efecto hasta entonces desconocido: «¡Cómo! ¿Lo que se escribe vale algo? ¿una obra dramática no es el simple entretenimiento con que mata las horas un ocioso que no sabe qué hacer ó no quiere trabajar?»

Naturalmente, las personas sensatas, escriban ó no, han visto la intención y el significado del decreto gubernativo y lo aplauden sin reservas como alentador y propiciador de una nueva era para el trabajo intelectual, la era en que los trabajadores de ese orden comenzarán, por fin, á ser considerados sin necesidad de que se echen á cuerpo perdido en la política, y en que se les estime y respete como factores eficientes de nuestro progreso.

Ya era tiempo de que los escritores cesaran de ser parias, y la atención que hoy les presta el Gobierno llama sobre ellos la del pueblo, acostumbra-

do hasta ahora á considerarlos como bohemios ilusos y desdeñables.

Todo cuanto hagan las autoridades por fomentar el trabajo intelectual, tanto científico cuanto literario y artístico, estará bien hecho y redundará directamente en beneficio de nuestra civilización. Las repúblicas jóvenes suelen descuidar mucho estas cosas, para lamentarlo después, tratando á todo trance de recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, nosotros tenemos una tradición que es necesario mantener: casi todos nuestros grandes hombres han sido literatos, y escritores espontáneos y brillantes hubo hasta entre los generales de la independencia. Como los tiempos han cambiado, ahora ya no es posible producir sólo en los ratos de ocio, ni éstos son tantos como para escribir ni cartas á la familia, en la brega por el pan cotidiano. Para que se escriba, para que se escriba bien—ya lo hemos dicho antes de ahora,—es preciso que el escritor pueda ser y sea un profesional. Si no, se seguirá tanteando, ensayando indefinidamente, sin crear nada que se mantenga y viva por sí solo. No se puede repicar y andar en la procesión.

Los Estados Unidos del Brasil recibieron del imperio una magnífica herencia literaria. Protegida por el soberano y su corte, la literatura se desarrolló hasta tener vida propia é intensa, todo un mecanismo de casas editoriales, sociedades, academias, compañías dramáticas á que la república, lejos de desbaratarlo, ha dado nuevo y más brillante empuje. El folletín y la *Biblioteca de LA NACIÓN* han dado á conocer obras brasileñas de mucho mérito como *Inocencia*, del vizconde de Escragnoille Taunay; *Canaán*, de Graça Aragna; *Esau y Jacob*, de Machado de Assis; *El mulato*, de Aluizio Azevedo. Y las prensas de Río y de muchos estados brasileños, dan á luz continuamente libros de análogo valor, obras de los ya citados que aun viven, y de un núcleo valiosísimo de autores, que crece día por día

y cuya producción sale ya del país á la conquista de Europa.

—Nuestra literatura es pobre y mala—dicen algunos, oponiéndose á su fomento.

Razón de más para tratar de perfeccionarla. En el camino se hacen bueyes, como dice el refrán criollo, y metiéndose al agua es como se aprende á nadar. Por otra parte, cuando se ha pensionado, agasajado, paseado por Europa, no sólo á los hombres de ciencia, sino también, y puede que más, á los pintores, los escultores, los músicos ó aspirantes á tales, con aplauso general, no vemos por qué no ha de comenzarse á prestar alguna atención á los escritores, que son tan útiles ó más para dar brillo y resonancia á nuestra joven nación.

No creemos, naturalmente, que el gobierno pueda, con uno ó varios decretos, hacer brotar la literatura como Moisés el agua de la roca. Pero puede —y esto es indiscutible—facilitar su desarrollo y su perfeccionamiento. Puede y debe.

En cuanto á la crítica que se hace al concurso, nos parece justa y digna de que el Gobierno la tome en cuenta para lo futuro.

Su acción debe ser más amplia, no ceñirse á la estrechez de un torneo al que, desde luego, no irá á jugar su reputación el que la tenga; en París se premia «la mejor obra dramática representada durante el año,» sin especificación de teatro.

Así, el que escribe no «escribe para concurrir», no corre tras de un premio, no sufre tampoco con la posible derrota. Hace lo que hubiera hecho aunque la recompensa en cuestión no existiese. Y el que se lleva el premio, tiene el orgullo de haber triunfado en campo abierto, sin exclusiones, con adversarios de toda categoría y toda fuerza.

Y así deben hacerse acá los futuros concursos dramáticos. (1)

---

(1) En 1909 se han adoptado oficialmente estas ideas.

**LXXXVII**

**Los Bastidores de la Bolsa.**

Apresurémonos á decir, para que no paguen justos por pecadores, que esta crónica va enderezada á una excepción varias veces repetida, pero no á una regla general. Los folletinistas y autores de novelas por entregas, han abusado en demasía del sensacionalismo, llamando á la Bolsa de todos los países, antro de perdición, nido de desalmados jugadores y otras lindézas que, precisamente por lo excesivas, han ido siempre á dar más allá del blanco. No hemos de incurrir en semejantes hipérboles, tanto más cuanto que nuestra Bolsa de comercio viene, de algunos años á esta parte, elevando mucho su nivel moral. Pero, esto mismo no impide que las excepciones se nos muestren en ella feas é indecorosas, invitando á la crítica primero, al correctivo después.

El tema es del día, podría ser encarado de un modo concreto; pero preferimos generalizar, por razones de delicadeza que se comprenderán fácilmente.

La Bolsa no tiene bastante rigor con los que se conducen sin honestidad en sus operaciones, sean corredores, ó sean socios. No es exigente, no es todo lo exigente que sería menester, en la admisión de las personas que han de manejar allí dentro el

dinero de los demás, y esta falta de precaución es ocasionada á grandes males, ó, por lo menos, á espectáculos que indicaremos en seguida, inmorales y corruptores.

Por otra parte, la legislación es deficiente, también, en lo que respecta á los corredores de Bolsa, usufructuarios, puede decirse, de una ley especial que les garantiza la impunidad cuando quiebran, y no permite que se les persiga, como á los comerciantes ó á los simples particulares.

Esta anomalía parecerá extraordinaria, inverosímil, pero es la verdad en toda su desnudez.

El corredor que no paga á sus acreedores de la Bolsa, porque ha tenido la mala suerte de irse barranca abajo, ó simplemente porque su mala fe lo induce á ello, sufre como único castigo el de que su nombre sea inscripto en la pizarra, como si se pusiera en la picota, y el de que no se le vuelva á admitir en el establecimiento mientras no haya liquidado sus deudas.

El castigo moral es grande sin duda. Pero es grande sólo para la gente honrada, porque no siendo material apenas si roza las epidermis curtidas como un soplo. Para los deshonestos, para los que han sido capaces de quedarse con el dinero ajeno, la pena es sencillamente ridícula, y poco les importa si no se les persigue, ni se les ejecuta, ni se les quita lo usurpado...

Cuando un corredor quiebra porque uno ó varios de sus clientes han faltado á sus compromisos, como se sabe que el agente ha procedido con honradez, lo único que su desgracia provoca es la compasión. Otros lo han precipitado y resulta víctima propiciatoria de faltas ajenas. Así, estamos muy lejos de referirnos á ellos.

Pero lo que no es perdonable, lo que resulta anacrónico y de una inmoralidad corruptora, es que algunos bolsistas hagan negocios ilícitos, y cuando se ven mal, hallen medio de burlar á sus acreedores

quedando en pie, tan frescos como antes y, sin embargo, cuenten con la más completa impunidad.

¿Qué les importa no poder entrar de nuevo en la Bolsa de comercio, si con el dinero que tienen en el bolsillo pueden presentarse en todas partes, divertirse, gozar la gran vida, pasear su cinismo por los sitios más concurridos de la capital y hasta, si á mano viene, frecuentar la sociedad ó codearla, que para ellos es lo mismo?

Esto no debe, no puede seguir así, y la misma Bolsa tiene que apresurarse á ponerle el remedio que la opinión reclama.

No es justo que, quien con manifiesta deshonestidad hace operaciones evidentemente delictuosas y se apodera del dinero ajeno, goce, por el mero hecho de pertenecer á la Bolsa, de tan monstruoso privilegio; mientras un comerciante cualquiera, es perseguido y ejecutado, si quiebra, hasta sacarle el último peso; mientras un obrero que deja de pagar el alquiler de su mísera habitación ve embargados sus muebles, vendida parte de sus ropas y puestos, sencillamente, sus trastos en las calles...

No hay dos justicias ni dos morales, ni la Bolsa puede reivindicar el derecho de tener una justicia y una moral aparte. Más aún: no le conviene, pues con ese hecho puede desconceptuarse, no sólo ante nosotros mismos, sino—lo que es mucho peor,—ante los extraños entre quienes su crédito va creciendo desde años atrás.

Se impone, en consecuencia, una reforma de nuestra legislación en lo tocante á corredores de Bolsa, pues cuanto las leyes contienen al respecto es arcaico, establecido, como fué, antes de que ese género de operaciones diese siquiera indicios de lo que sería en el futuro.

Pero, mientras esa reforma llega, la Bolsa puede hacer algo por sí misma: mostrarse más cauta, más recelosa, más exigente en la admisión de socios y corredores.

La tarea es más fácil de lo que parece, pues dentro del establecimiento mismo, se reclaman medidas de previsión. Y cuando esto sucede, impónese el recuerdo de aquello de «confesión de parte...» El gremio, naturalmente, no puede ver con gusto el insolente cinismo de los que lo desacreditan.

**LXXXVIII**

**La Navidad del escéptico.**

Le detuve en mitad de la acera. Iba apresuradamente, con el bastón en la mano izquierda y al hombro, mientras en la derecha llevaba un paquete que, por la forma, revelaba contener una torta de Navidad, no sabemos si genovesa ó milanesa. Eran las once y cuarto.

—¿Dónde con tanta prisa?—le pregunté.

—A casa. Estoy un poco lejos y debo llegar á las doce. No encuentro carruaje. La fiesta y el tiempo amenazador están haciendo el agosto de los cocheros en pleno diciembre.

—Yo ando sin rumbo, de modo que, si no molesto, podré acompañarlo un ratito—le dije.

Es el tal un escéptico en toda la extensión de la palabra, y en materia de religión, incrédulo é impío hasta más no poder. Este hecho anterior, la torta y la prisa, eran lo que me determinaba á entablar conversación con él y acompañarlo para entablarla.

—¿De modo que usted festeja también la Nochebuena?—pregunté.

—Me doy ese espectáculo y ese placer desde hace muchos años. Cuando niño iba con mi padre ó con mi madre á recorrer los principales «nacimientos» de las iglesias y las casas particulares, para volver luego á cenar en familia. Cuando adolescente, salía

con mis discípulos y compañeros á pasearme por las calles, golpear las puertas por «diablura», cantar y gritar despertando á todo el mundo, hasta la hora de la misa del gallo, en que concurríamos á los templos en son de broma, á hacer á las mujeres víctimas de nuestra ingenua pero desastrada guarangueria. Cuando joven, poco más ó menos siguió imperando en mí la misma costumbre, pero ya atemperada y embellecida por los recuerdos. Ahora, que soy un hombre maduro, casi un viejo, me complazco en renovar, con mis hijos, mirándome en ellos, las escenas y los sentimientos de la infancia.

—Cultiva usted la tradición.

—Sí, con amor. No hay nada más hermoso que una tradición poética que en modo alguno entorpece el progreso, ni pone trabas á la ciencia y demás conquistas humanas. Usted dirá que de este culto mío al catolicismo no hay más que un paso. Pero, en primer lugar, la figura de Cristo es una inmensa figura, su religión ha sido provechosa al hombre, su filosofía es grande, y sería la mía, si el renunciamiento no llevara á un quietismo casi musulmán, como lo están demostrando ciertos comentaristas modernos que tratan de renovar lo envejecido con un entusiasmo de inventores... En fin, eso no hace al caso. Observe usted.

Habíamos llegado á una esquina que por el momento era imposible cruzar, tantos coches pasaban interrumpiendo las encontradas corrientes de los peatones.

—¿Cree usted — agregó, — que todo este mundo de personas es creyente?... Salta á la vista que no, porque en este maremágnum hay de todo— hombres y mujeres de todos los países, de todas las razas, de todos los credos, hasta del que consiste en no creer nada. Entonces, ¿por qué festejan la Nochebuena, sin excepción, unos de una manera, otros de otra? Pues, por la fuerza incontrastable de una tradición que abarca gran parte del mundo, y que,

lejos de olvidarse, toma mayor relieve cada vez, pues á ella se incorporan recuerdos y sentimientos personales, individuales, hasta el punto de que la tradición universal sea en cada uno una tradición propia, de familia, y esta fecha una recapitulación subconsciente de la propia vida entera; pues ella, por sus notables peculiaridades, va—créase ó no,—plantando jalones á lo largo de la existencia. Y quien recuerda el jalón evoca el paisaje y las escenas que lo circundaban. Por eso toda esta gente, cuya mayoría es incrédula, festeja esta noche como la festejo yo.

Y después de una pausa siguió diciendo:

—Es también, la supervivencia de todo lo más hermoso que se llevó el pasado; dentro de un instante, al ver á mis hijos riendo y jugando en torno de la mesa del comedor, voy á volver á verme en los primeros años de la vida... Y junto á mí todo lo querido que desapareció y se desvanece en la sombra: mi madre, mi padre, mis ancianos abuelos, mis tíos que volvían conmigo por un rato á la infancia, tan niños como yo, jugando también... ¡Eh, qué quiere usted!... La tradición es el recuerdo en grande escala y tiene esto de bueno: que cuando uno olvida, todo el mundo le hace recordar por fuerza... Hasta los malos tiempos, sí. Pero, volviendo por pasiva el verso del gran épico, hay alegría en recordar el tiempo desgraciado cuando se es feliz.

—De modo que...

Pasaba por casualidad un carruaje desocupado y el escéptico se precipitó á su asalto, con torta y con bastón, y desde el estribo gritó con júbilo, como despedida:

—¡Noche buena! ¡Noche buena!

**LXXXIX**

**Hamlets criollos.**

En una interview hecha últimamente al célebre actor francés Mounet Sully, éste expuso al periodista que lo interrogaba su manera de entender el personaje shakespeariano de Hamlet. Aunque dijera cosas de interés, no nos detendrá sino la síntesis que hizo del gran drama en la siguiente forma:

La moraleja de Hamlet se desprende con claridad: En la vida hay que «pensar» y no «soñar», «obrar», y no «fluctuar», «ser» y no «no ser», so pena de que los acontecimientos, los hechos y la acción dominen, aplasten y aniquilen para siempre y sin provecho, la intención, el ensueño, el ideal...

Esta lección de Hamlet, tan lacónicamente expuesta por el actor francés, nos parece, en el momento actual de una aplicación admirable á nuestra juventud, y á nuestros intelectuales, que sueñan y fluctúan en vez de pensar y obrar.

Habrá excepciones, pero su situación general del momento es esa. Aguardan una hora ideal para ponerse en movimiento, y esa expectativa se parece como una gota de agua á otra, á la parálisis y la muerte, porque así como «se prueba», el movimiento «se produce» andando.

Convencidos de que el estado político, social y «cerebral» del país tiene que mejorar, desdeñan

por el momento su política, su sociabilidad y su producción, y tendiendo la mirada por sobre las fronteras, fijanla en otras tierras más felices y avanzadas cayendo en la extática é inútil contemplación del faquir, que aspira á perfeccionarse confundíendose con la divinidad por medio del ascetismo.

Se les escapa que ellos, precisamente, son los llamados á llenar el vacío que separa nuestra civilización y nuestro progreso de la civilización y el progreso europeos; que el momento ansiosamente aguardado puede y debe ser producido por ellos mismos, no por otros; que este abismo que piensan ver terraplenado por los demás, no lo será por nadie mientras ellos no entren resueltamente en acción, porque esos «demás», ese «fátum» tan parecido á la lotería, á que entregan el porvenir, son, ni más ni menos, los que han creado y prolongan el presente que les disgusta y paraliza.

Ensimismados, ajenos al ambiente, sabiendo una cantidad de cosas prácticas en otras partes, líricas ó teóricas aquí, no viven la vida, no se mezclan á las mareas del pueblo, están en el «no ser» de las especulaciones filosóficas, puras y sin aplicación actual. Y encastillándose en las conclusiones falsas á que, con buena lógica, los conducen los falsos puntos de partida, se quejan de la falta de aire, de la atmósfera asfixiadora, de la incomprensión á que están condenadas sus ideas y aspiraciones.

Pero, vamos á cuentas: ¿quién debe comprender á quién? ¿El país á los habitantes, ó los habitantes al país? ¿El pueblo en masa á su juventud y su puñado de intelectuales, ó la juventud y los intelectuales á la masa del pueblo? ¿El discípulo al maestro, ó el maestro al discípulo?...

Si bien la Naturaleza se modifica á la larga, merced á la presencia y el trabajo del hombre, el hombre tiene que comenzar, so pena de la vida, por «adaptarse» fundamentalmente á la Naturaleza. Esto se hace extensivo á las sociedades y los pueblos.

El ente superior vivirá en ellos vida artificial y precaria, si no empieza por adaptarse, para tratar, luego, de modificarlos. Nuestra acción eficiente sólo se producirá desde el punto en que tomemos la situación tal cual es, el país tal cual se encuentra, desde que lo comprendamos en vez de exigir que él nos comprenda primero á nosotros.

Por esto, la educación y la instrucción de los llamados, y aun no venidos, á ser dirigentes, nos parece adolecer de una falla. Los ejemplos de la perfección ajena se les presentan con tanta tenacidad, tan sin descanso, que llegan á vivir cerebralmente fuera de su escenario, lejos de la vida real, moralmente extranjeros en su misma patria, pues se descuida la aclimatación, el ejemplo de lo nuestro, sinceramente presentado, sin ambages, sin reticencias, sin mentiras, que luego producirán fatalmente en ellos la indecisión de Hamlet.

Pensar, obrar, ser: es la trinidad á que debe rendir culto nuestra juventud, para no convertirse á un budismo extático, para ser activa, para ser feliz.

Europa como civilización, Estados Unidos como democracia, nos dejan muy atrás, ¡harto lo sabemos! Pero, si ante ellos nos quedamos boquiabiertos, con los brazos caídos y las piernas flojas, no los alcanzaremos jamás. Para alcanzarlos es preciso exclamar con fe y con orgullo, como Corregio ante el cuadro de Rafael:—*Anch'io son' pittore!*—¡Nosotros también somos pueblo!— ¡Y ponernos á la acción ejecutiva, al pensamiento práctico, á ser, á vivir!

FIN

